

INSPECTOR
JOHN REBUS

**IAN
RANKIN**

**EL ECO DE
LAS MENTIRAS**

RBA

Título original: *In a House of Lies*

© John Rebus Limited, 2018.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2019.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO600

ISBN: 9788491874843

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

MARTES

1

2

3

MIÉRCOLES

4

5

6

7

JUEVES

8

9

10

11

12

13

VIERNES

14

15

16

17

18

19

20

21

22

SÁBADO Y DOMINGO

23

24

LUNES

25

26

27

MARTES

28

29

30

31

32

33

MIÉRCOLES

34

35

36

37

38

39

40

41

JUEVES

42

43

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[VIERNES](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[SÁBADO](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[EPÍLOGO](#)

[IAN RANKIN. JOHN REBUS](#)

[IAN RANKIN. MALCOLM FOX](#)

[OTROS TÍTULOS DE IAN RANKIN](#)

[Notas](#)

MARTES

El coche fue hallado porque Ginger sentía envidia de su amigo Jimmy.

Aquella mañana había cuatro personas en el bosque. Eran las vacaciones de febrero y las clases no se retomaban hasta varios días después. Llevaron las bicicletas lo más lejos que pudieron y las dejaron en un punto del camino cubierto de vegetación, en el que las raíces y las ramas caídas formaban una pista de entrenamiento improvisada. Los cuatro, Ginger, Alan, Rick y Jimmy, tenían once años e iban a la misma clase. La bicicleta de Jimmy era la más cara, al igual que la ropa y la mochila que llevaba. Sus padres siempre le compraban lo mejor. El dormitorio del muchacho estaba atestado de consolas de videojuegos y poseía las últimas novedades. Por eso Ginger esperó a que Jimmy, empapado en sudor y jadeante después de tanto correr y saltar, se encontrara justo al borde del profundo barranco para darle un empujón. No fue muy fuerte. Ginger solo pretendía asustarlo o que se deslizara unos metros por la pendiente y que luego pudiera trepar de vuelta sin ayuda mientras los demás se reían, lo observaban y grababan. Pero los laterales eran pronunciados e inestables y Jimmy cayó rodando hasta el fondo, donde había una masa de helechos, zarzas y ortigas.

—Yo no he sido —dijo Ginger.

Esa sería la versión oficial en clase, en el patio y en la casa que compartía con sus padres y sus dos hermanas. Alan maldijo entre dientes al mirar desde el borde y Rick lo agarró de la sudadera, como si temiera que Ginger no hubiera terminado aún.

—¡Yo no he sido! —repitió Ginger elevando el tono.

Los tres vieron a Jimmy ponerse en pie. Se buscó picaduras de ortiga en el dorso de las manos y la cara, y luego se agachó a coger una rama caída.

—Va a por ti —le dijo Alan a Ginger en tono burlón.

Pero Jimmy estaba utilizando la rama para apartar los helechos e intentar ver lo que ocultaban.

—Alguien ha abandonado un coche —gritó Jimmy.

—La gente abandona coches continuamente —respondió Rick—. ¿Serás capaz de salir de ahí?

Pero Jimmy lo ignoró. Estaba bordeando el coche y tratando de destapararlo. Las ventanas seguían intactas, pero se hallaban cubiertas por una película mohosa, así que se tapó la mano con la manga y se puso a limpiarlas.

Los otros chicos se miraron los unos a los otros. Alan fue el primero en bajar por la pendiente, seguido de Rick y de Ginger.

—¿Hay algo que valga la pena coger? —preguntó Alan.

Jimmy tenía la cara pegada al cristal e intentó abrir la puerta del conductor, pero estaba atorada.

—Creo que es un Polo —murmuró Ginger—. El coche. Es un Volkswagen Polo —añadió para que quedara claro.

Rick estaba frotándose las palmas de las manos con musgo.

—Me han picado las ortigas —protestó.

Alan se encontraba en el lado del acompañante y abrió la puerta con un chirrido de bisagras.

—Parece que está vacío —dijo al montarse en el coche. La llave seguía puesta en el contacto y la giró, pero no ocurrió nada—. Está muerto —anunció.

—Seguro que alguien lo mangó y decidió abandonarlo —concluyó Ginger, que ya se mostraba aburrido y dio una patada a un faldón.

Rick se había bajado la cremallera y estaba orinando en unos helechos.

—El pis es bueno para las picaduras de ortiga —le dijo Alan, que obtuvo por respuesta un dedo levantado.

Jimmy se había dirigido a la parte trasera del coche y estaba pulsando la cerradura del maletero, que se abrió un par de centímetros y quedó trabado.

—Ayúdame —le ordenó a Ginger.

Ambos se sobresaltaron cuando se rompió la ventana trasera. Al volverse, vieron que Rick había arrojado una piedra y estaba sonriendo y desempolvándose las manos.

—¡Joder! —gritó Jimmy.

—Larguémonos de aquí —contestó Rick.

Ginger oteaba por el agujero del cristal.

—Aquí hay algo —anunció, y esperó a que los demás se acercaran.

—Parece un esqueleto —aventuró Alan.

—Será una broma o algo así —dijo Rick—. No parece de verdad. ¿A vosotros os lo parece?

—¿Y cómo es uno de verdad, profesor? —repuso Jimmy mientras tomaba fotos con su teléfono.

Los demás sacaron sus móviles para poder hacer lo mismo.

—Tiene pelo —dijo Ginger—. Pelo y una camisa.

—Deberíamos irnos y que lo encuentre otro —propuso Rick, que dio media vuelta y echó a andar pendiente arriba—. ¿A qué estáis esperando? —dijo a los demás.

Ginger y Alan se miraron indecisos. Entonces oyeron la voz de Jimmy y se volvieron hacia él. Tenía el teléfono pegado a la oreja y estaba pidiendo que lo pasaran con la policía.

Siobhan Clarke aparcó en el camino de acceso detrás de varios vehículos oficiales. Un agente uniformado examinó su placa y le indicó la ruta que debía seguir bosque adentro. Luego, Clarke abrió el maletero del Vauxhall Astra y se cambió los zapatos por unas botas de agua.

—Muy inteligente —comentó el policía, que miró sus zapatos manchados de barro.

—No es mi primera vez —respondió Clarke.

Las puertas traseras de la furgoneta de la policía científica estaban abiertas y un técnico buscaba algo que necesitaban.

—¿Haj está al mando? —preguntó Clarke, y el técnico asintió.

Ella hizo lo propio y siguió adelante.

Haj Atwal era el mejor jefe de la científica con que contaba la Policía de Escocia. El teléfono de Clarke empezó a vibrar. Era un 0131 y había cobertura suficiente, así que contestó.

—¿Sí?

Al otro lado, solo hubo silencio. Miró la pantalla. «Llamada finalizada». Clarke no reconoció el número, lo cual no era ninguna sorpresa. El día anterior y el anterior a ese había ocurrido lo mismo en tres ocasiones. Al principio, pensó que alguien se había equivocado, pero empezaba a tener sus dudas. Pasó junto a cuatro bicicletas. Los chicos habían sido trasladados a una comisaría para que prestaran declaración. Les devolverían las bicicletas más tarde. Si alguien se acordaba.

Clarke tardó más de cinco minutos en llegar al barranco. Primero oyó las voces y luego empezó a distinguir las figuras humanas. Habían atado un par de cuerdas gruesas a unos árboles situados cerca de allí. Con gran esfuerzo, un agente de la científica estaba subiendo por la pendiente mientras otro utilizaba la segunda cuerda para relevarlo.

—Sobrevivirán los más fuertes —comentó un agente situado junto a Clarke.

Desde el borde del precipicio, Clarke divisó el coche. Habían retirado buena parte del camuflaje, y ahora tomaban fotos y examinaban la zona de alrededor del vehículo, mientras montaban unas lámparas de arco voltaico conectadas a un generador portátil. Era primera hora de la tarde, pero ya empezaba a oscurecer.

—Deduzco que no fue necesario un médico.

—No como tal —comentó el agente—. Pero la patóloga está ahí abajo.

Al fondo del barranco, todos llevaban monos blancos con capucha, pero Clarke identificó a Deborah Quant, que también la vio a ella y la saludó con la mano. La figura que tenía a su lado pareció preguntarle quién era y, cuando Quant respondió, él también levantó la mano. Un minuto después, el tipo asomaba por el barranco como si fuera la tarea más fácil del mundo. Una vez arriba, se quitó la capucha y le tendió una mano a Clarke.

—Soy el inspector jefe Sutherland —dijo—, pero puede llamarme Graham. ¿Es usted la inspectora Clarke?

—Siobhan —respondió ella.

—Y conoce usted a nuestra patóloga local.

Clarke asintió.

—¿Qué sabemos de la víctima?

—Varón. Deborah no se atreve a asegurar cuánto lleva muerto. Parece que ha sufrido daños en

el cráneo.

Clarke estudió el lugar.

—No es fácil llegar aquí en coche.

—Supongo que antes era más accesible. No sabemos si seguía vivo cuando se metió en el barranco o si ya estaba atado en el maletero.

—¿De qué año es el coche?

—Aún no estamos seguros. Han quitado las matrículas. No hay rastro de la pegatina de la inspección técnica y no había nada en la guantera ni en la ropa. Lo llevaremos al laboratorio a ver qué dicen.

—¿No puede tratarse de un suicidio extraño?

Sutherland se encogió de hombros.

—Deborah no cree que la lesión del cráneo fuera causada por un choque. Está en la parte posterior de la cabeza, y todo apunta más a un arma que a otro tipo de impacto.

—¿Dice que iba atado?

—Bueno, no exactamente.

Sutherland cogió su teléfono móvil y giró la pantalla para mostrársela a Clarke. En la foto aparecía el interior del maletero, un primer plano de unas piernas con sus pies. El hombre llevaba unos vaqueros mugrientos y desgastados por el paso del tiempo y unas zapatillas de deporte blancas que habían empezado a pudrirse. Tenía los tobillos esposados. Clarke miró a Sutherland como buscando una explicación, pero él se limitó a encogerse de hombros.

El Equipo de Delitos Graves tenía su oficina en la comisaría de Leith y Sutherland le dijo a Clarke que se reuniría con ella allí.

—¿Conoce el lugar? —preguntó.

—Lo conozco, sí.

Clarke llamó a su oficina de Gayfield Square para informar de que estaría en otro sitio.

—Transferida al Equipo de Delitos Graves —comentó la agente Christine Esson—. No creas que no estoy celosa.

—Ya te contaré cómo ha ido.

—Probablemente solo necesitan que les expliques dónde pueden conseguir comida caliente y bebida.

—Gracias por el voto de confianza, Christine.

Clarke esperaba que Esson pudiera percibir su sonrisa. Después de colgar, entró en la sala del EDG, que estaba vacía, y en donde solo había unas cuantas mesas y sillas. Así habían quedado las cosas, gracias a los cambios acaecidos en la Policía de Escocia. El Departamento de Investigación Criminal local, el DIC, había sido relegado a un segundo plano tras enviar a un equipo para que tomara las riendas y reservarles un par de salas. Clarke no conocía a Graham Sutherland, pero había oído hablar de él y se preguntaba por qué ahora estaba ella bajo su radar.

Entonces oyó un ruido detrás y se dio la vuelta. Sutherland entró en la sala mirándola fijamente. Era alto y de constitución atlética y debía de rondar los cincuenta años. Tenía el pelo rubio y corto, una tez que había tomado el sol no hacía mucho y una mirada que revelaba que no se le escapaban demasiadas cosas. Su traje gris oscuro parecía casi nuevo y vestía una camisa blanca almidonada y corbata azul marino.

—Lo de siempre —comentó mientras estudiaba el entorno—. Seguro que las ventanas están cerradas a cal y canto y la mitad de los enchufes no funcionan.

—Además, algunos cajones pueden dar problemas.

Sutherland sonrió fugazmente.

—El resto del equipo no tardará en llegar. No sé si conocerá a alguno.

—Lo cual plantea una pregunta, señor...

—Le dije que me llamara Graham.

—Si no conoce la ciudad, hay guías más cualificados que yo.

Clarke se cruzó de brazos y Sutherland la miró a los ojos.

—He oído cosas buenas sobre usted, Siobhan. Sé orientarme en Edimburgo, pero espero que usted pueda orientarme en este caso. Y, además...

Sutherland se interrumpió, dejando en el aire lo que estaba a punto de añadir.

—¿Además...? —dijo Clarke.

—Sé que tuvo un encontronazo con la Unidad Anticorrupción. No es usted la primera ni tampoco será la última. —Sutherland dio un paso adelante y ladeó ligeramente la cabeza—. Para mí, la policía es como una familia. Alguien tendría que recordárselo a la UAC.

—No necesito que me compadezcan, Graham.

Este asintió lentamente. Se oyeron voces subiendo las escaleras.

—Quienes sí necesitan compasión son los que están a punto de entrar por esa puerta. Haremos las presentaciones rápidamente y nos pondremos a trabajar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Clarke cerró la puerta del lavabo y se sentó a anotar los nombres en su teléfono móvil para recordarlos. Había otro inspector, Callum Reid. Era pelirrojo y pecoso y, por la edad que aparentaba, podría incluso pasar por hijo de Clarke. Había entrado en la sala con un mapa en la mano, que desplegó y colgó en la pared. En él aparecían los bosques, pueblos y ciudades que los rodeaban.

—Tendremos que conformarnos con esto mientras no consigamos una pizarra —anunció.

Sutherland miró a Clarke para indicarle que era algo normal en Reid. «Sr. Eficacia», escribió junto a su nombre. Los dos sargentos recordaban un poco a un dúo cómico de la televisión de los años setenta. George Gamble era un hombre corpulento que vestía un traje a cuadros, todo él coronado por una tez rubicunda y una mata de pelo alborotada. Tess Leighton era al menos ocho centímetros más alta y tan delgada que Clarke se preguntó si podría sufrir anorexia. Tenía la piel blanca como la leche y lucía ojeras. Por su parte, los dos agentes rasos parecían hermanos. Ambos tenían el cabello rubio y una altura y edad similares, probablemente unos veinticinco años. Phil Yeats se presentó especificando que su apellido era «como el del poeta, no la bodega de vinos».

—Nunca se cansa de explicarlo —añadió la agente Emily Crowther al estrechar la mano de Clarke.

El equipo había sido seleccionado recientemente por Sutherland, quien había dirigido muy pocas investigaciones de envergadura. Así se lo explicó a Clarke, que había captado el subtexto: «No me decepciones». Luego, se reunieron todos en torno al mapa y Callum Reid rodeó los bosques con un grueso rotulador negro.

Cuando hubo acabado de anotar los nombres de sus nuevos compañeros sentada en el retrete, Clarke se dio unos golpecitos con el teléfono en la barbilla. Al menos, ahora sabía por qué la habían llevado allí: para demostrar a los de Anticorrupción que la policía estaba unida. La Unidad Anticorrupción de la Policía de Escocia se había pasado casi medio año intentando acusar a Clarke de algo. Por ahora, habían terminado, pero ella creía que volverían a la carga. Sabía que

los desesperaba no conseguir el resultado deseado. «No es usted la primera ni tampoco será la última». Sutherland le contó que él también había tenido sus más y sus menos con la UAC en el pasado. ¿El traslado de Clarke era la manera que escogía Sutherland para hacerles un corte de mangas a sus antiguos torturadores? Clarke esperaba que no. Le dijo que había oído cosas buenas sobre ella, y era cierto. Siendo buena policía y detective, lo había aprendido casi todo con gran esfuerzo.

Su teléfono empezó a vibrar. Esta vez apareció en la pantalla un nombre en lugar de un número y Clarke esbozó una media sonrisa al responder.

—Justamente estaba pensando en ti —dijo.

—¿Era un Polo?

John Rebus parecía inquieto.

—¿El qué?

—El coche que había en el bosque. Tienes que averiguar si era un Volkswagen Polo rojo.

—¿Cómo lo sabes?

—En la radio han dicho que había un cuerpo dentro.

Clarke entornó los ojos.

—¿Me estás diciendo que sabes quién es?

—No digo que lo sea; digo que podría serlo.

—¿Y piensas decírmelo?

Hubo un momento de silencio.

—¿Te han adjudicado el caso?

—Soy adjunta del Equipo de Delitos Graves.

—Bien por ti. Entonces ¿estás en Leith? —Clarke no pudo evitar sonreír y Rebus pareció notarlo—. Puede que lleve mucho tiempo jubilado, pero el cerebro sigue activo.

—Puede que el cerebro siga activo pero tú, no.

—¿Qué significa eso?

—Que solo uno de los dos es policía ahora mismo, así que dame un nombre y lo comprobaré.

—Yo le echo la culpa a la tecnología moderna.

—¿De qué?

—De la poca memoria que los de tu generación tenéis. Habéis olvidado cómo se almacena la información.

—John... —respondió Clarke con un suspiro—. Dame el nombre.

—Ni siquiera me has preguntado qué tal estoy.

—Te vi el mes pasado.

—A lo mejor, la situación ha empeorado.

—¿Es así?

—No tanto como para que tú lo notes.

—Me alegro. —Clarke hizo una pausa—. John, ¿sigues ahí?

—Estoy en camino.

—Esto no funciona así.

Pero Rebus había colgado.

Clarke se levantó, abrió la puerta del cubículo y se lavó las manos antes de volver a la oficina. El equipo intentaba mostrarse ocupado mientras esperaba la llegada de material y del personal auxiliar. Reid insistía en la necesidad de una televisión o un monitor para poder estar atentos al tratamiento que dieran los medios a la noticia. Leighton añadió que alguien debería seguir las redes sociales como fuente de información y rumores. Les faltaba una mesa, así que Yeats y

Crowther compartían una, pero no parecía importarles y estuvieron charlando hasta que Graham Sutherland hubo finalizado la llamada.

—Deborah Quant dice que necesitamos a un antropólogo forense. Contactará... —consultó una anotación— con Aubrey Hamilton. Por lo visto, es de Dundee.

—Pero ¿habrá autopsia? —preguntó Callum Reid, situado junto a su mapa como si pretendiera evitar que se lo robaran.

Sutherland asintió.

—Y Hamilton ayudará a la profesora Quant. Mientras tanto, han tomado las huellas a los niños para el proceso de descarte. Creo que Haj tiene ganas de cargárselos; pisotearon toda la escena del crimen y dejaron cristales rotos por todas partes.

—¿Qué opináis de las esposas? —dijo George Gamble, que se quitó la americana y se sentó con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco.

—Buena pregunta. —Sutherland los miró uno a uno—. ¿Alguna idea?

—Parecen de buena calidad —respondió Tess Leighton arrastrando las palabras. Estaba sentada muy erguida, como si fuera una Jean Brodie hastiada.

—Son auténticas —coincidió Sutherland.

—¿Se refiere a que son de la policía?

—Aún no lo sabemos.

—Pero las llevaba en los tobillos —dijo Callum Reid negando con la cabeza—. No tiene sentido.

—A menos que quieras impedir que alguien salga corriendo —añadió Phil Yeats.

Pensativo, Sutherland se pasó el dedo por el tabique nasal.

—¿Algo que añadir, Siobhan?

Clarke se aclaró la garganta.

—Una de mis fuentes podría tener un nombre para nosotros.

De repente, la sala se llenó de energía. Reid se olvidó del mapa y se acercó a Clarke.

—Adelante —dijo.

—No me lo ha dicho.

—¡Entonces, vamos a hablar con él!

Reid se volvió hacia Sutherland esperando a que asintiera o dijera algo, pero su jefe estaba mirando fijamente a Clarke.

—¿Con quién ha estado hablando exactamente, Siobhan?

—Es un expolicía. Lleva años jubilado. Y, si lo conozco bien, aparecerá por aquí en los próximos diez o quince minutos.

—¿Le gustaría hablarnos un poco de él antes de que eso ocurra?

—¿En apenas diez o quince minutos? —dijo Clarke con un resoplido—. Dudo que eso le haga justicia.

Sutherland se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—Inténtelo de todos modos.

—No me dejaban pasar de recepción —protestó Rebus cuando Clarke lo acompañó al piso de arriba—. Qué tiempos aquellos...

Clarke se volvió hacia él.

—¿En serio estás bien, John?

—Todavía padezco una enfermedad obstructiva pulmonar crónica, si es a eso a lo que te

refieres. No va a desaparecer.

—Lo sé. Irá a peor.

—Pero, por alguna razón, aquí sigo. —Rebus extendió los brazos—. Como el proverbial...

—¿Bicho malo? ¿Elefante en una cacharrería?

—Creo que iba a decir «fantasma en la máquina», hasta que me he dado cuenta de que no es exactamente un proverbio. —Hizo una pausa y estudió el lugar—. Como en los viejos tiempos.

—No queda ya nada como en los viejos tiempos, John —dijo Clarke, que empezó a subir de nuevo las escaleras.

Cuando llegaron al descansillo, Rebus tenía dificultades para respirar. Tardó un momento en recuperarse y se palpó el bolsillo para comprobar que llevaba consigo el inhalador.

—He dejado el tabaco de una vez por todas —informó a Clarke.

—¿Y el alcohol?

—Solo una especie de solución acuosa de vez en cuando, señorita.

Echando los hombros hacia atrás y adoptando una mirada que Clarke reconoció de antaño, Rebus pasó junto a ella y entró. Sutherland ya estaba de pie, y recibió a Rebus en el centro de la sala estrechándole la mano.

—No se conoce a una leyenda todos los días —dijo.

—¿Usted o yo? —respondió Rebus.

Sutherland sonrió y acompañó a Rebus hasta una silla. Phil Yeats estaba apoyado en la pared; la silla que ocupaba Rebus era la suya. Sutherland se sentó a su mesa y juntó las manos.

—Siobhan nos ha contado que podría tener información, John. Le agradecemos que haya venido.

—Quizá no me lo agradezcan tanto cuando oigan el nombre. Fue en 2006. —Rebus señaló a Callum Reid—. Usted aún debía de llevar pantalones cortos. —Luego se volvió hacia Sutherland—. ¿Esta semana les dejan traer al trabajo a sus hijos o qué?

—El inspector Reid es mayor de lo que aparenta.

Sutherland intentaba mantener una actitud distendida, pero Clarke notó que no duraría mucho. Su tono alertó a Rebus, que volvió a echar un vistazo a la sala.

—Memoria corta, como le comentaba a Siobhan. Si no me equivoco, el coche probablemente pertenezca a Stuart Bloom.

Rebus hizo una pausa y vio que Sutherland fruncía el ceño.

—En 2006 yo aún estaba en Inverness —respondió finalmente el inspector jefe.

—¿Y tú, Siobhan? —Rebus levantó un dedo—. Ya respondo yo por ti: te habían destinado a Fife. Tres meses, diría, que coincidieron casi de manera exacta con el caso.

—¿El detective privado? —Clarke asintió—. Recuerdo que hablamos de ello. Desapareció.

—Exacto —dijo Rebus—. ¿Les suena de algo?

Luego miró a los allí presentes, pero solo vio rostros inexpresivos. Sin embargo, Callum Reid ya estaba utilizando su teléfono móvil para buscar el nombre en Internet. Los otros lo vieron y siguieron su ejemplo, todos excepto Sutherland, cuyo móvil había empezado a vibrar.

—Inspector jefe Sutherland —dijo al cogerlo.

Mientras escuchaba, miró fijamente a Rebus y, después de dar las gracias a su interlocutor, agitó el teléfono en dirección al exagente.

—Han contactado con nosotros algunos ciudadanos. Otros ciudadanos, debería decir. Tres de ellos han dado el mismo nombre que usted.

—Detective privado de Edimburgo —dijo Reid leyendo la pantalla—. Desapareció en marzo de 2006. Su compañero fue interrogado...

—¿Compañero de trabajo? —interrumpió Sutherland.

—Su amante —precisó Rebus—. Stuart Bloom era homosexual. Su novio era el hijo de un agente de la Brigada de Homicidios de Glasgow llamado Alex Shankley.

—¿El novio era sospechoso? —preguntó Sutherland.

—No escasean esos tipos —zanjó Rebus—. Pero cuando no hay rastro de juego sucio y no aparece un cuerpo...

Sutherland se levantó a estudiar el mapa y Rebus se acercó.

—¿Habrán rastreado esos bosques?

Rebus asintió lentamente.

—Creo que más de una vez.

Sutherland se volvió hacia él.

—Y eso, ¿por qué motivo?

—Por el propietario de esas tierras.

—Suéltelo ya, John —le espetó Sutherland, a quien se le estaba agotando la paciencia.

—El hombre para el que trabajaba Stuart Bloom, un productor de cine llamado Jackie Ness. La casa de Ness se encuentra en el lado opuesto del bosque desde la carretera. —Rebus miró el mapa y finalmente señaló un punto con el dedo—. Ahí, más o menos —dijo—. Y «casa» no sería la palabra adecuada; más bien se trata de una mansión.

—¿Ness sigue viviendo allí? —Sutherland vio que Rebus se encogía de hombros y se dio la vuelta—. Consíganme esa información —ordenó a nadie y a todos.

—Nos vendría bien un ordenador —dijo Phil Yeats—. Tengo el portátil en el coche. Voy a por él.

Sutherland asintió y dijo a Rebus:

—Es como llaman hoy en día a los ordenadores portátiles.

—Ya lo sé —respondió—. Y ahora, ¿qué?

Sutherland se puso pensativo.

—Trabajó usted en la investigación original. Nos sería útil conocer la información de la que dispone.

—Suponiendo —añadió Tess Leighton— que realmente se trate del coche de Bloom y que el sujeto del maletero sea él.

—Debemos mantener la mente abierta —coincidió Sutherland—. Pero, mientras tanto, John podría informarnos para llevar cierto orden. Imagino que la documentación estará almacenada en algún lugar.

—Probablemente la CCU se la llevara casi toda —dijo Rebus fingiendo que estudiaba el mapa.

—¿La CCU?

—Ya sé que ahora se llama UAC, pero en 2006 era la CCU. Unos cuantos necesitaríais recibir una pequeña clase de historia. Fue mucho antes de la Policía de Escocia. En aquel momento, aún teníamos los ocho cuerpos regionales...

—¿Y por qué intervino la CCU, John? —interrumpió Sutherland.

Rebus dudó unos instantes.

—Bueno —respondió al fin—, la cagamos a base de bien. La CCU fue solo la guinda del pastel, por así decirlo.

—No se equivoca —terció Callum Reid, que estaba mirando fijamente su teléfono y tecleando con el pulgar—. La familia de Bloom presentó más de una docena de reclamaciones durante y después de la investigación. El año pasado, volvieron a la carga.

Rebus asintió lentamente con la mirada clavada en Sutherland.

—Todo sería mucho más sencillo si quien estaba en ese coche fuese cualquiera menos Stuart Bloom. ¿Cabe alguna posibilidad de que fuera un suicidio?

—Creo que podemos descartarlo casi por completo. Alguien tapó el coche con ramas y helechos.

—Pudo hacerlo él antes de meterse en el maletero si verdaderamente no quería que lo encontraran.

George Gamble soltó una risotada áspera.

—¿Alguna vez ha visto a un suicida con esposas en los tobillos?

—¿Esposas?

Rebus miró a Sutherland, a Siobhan Clarke y, de nuevo, a Sutherland.

—Todavía no queremos que ese detalle se haga público —dijo Sutherland, que miró a Gamble con cara de pocos amigos.

—¿Esposas de la policía? —insistió Rebus.

Sutherland levantó la mano con la palma mirando hacia Rebus.

—No nos precipitemos. Deberíamos sentarnos para que nos cuente la historia.

—No me vendría mal una taza de té.

Sutherland asintió y se volvió hacia Clarke.

—Siobhan, es usted quien conoce la zona...

—Hay una cafetería en la otra acera. Probablemente sea la mejor opción.

Sutherland sacó del bolsillo un billete de veinte libras y se lo ofreció.

—Un momento —protestó ella—. ¿Quiere que vaya yo?

—Estoy delegando —respondió Sutherland con una mirada pícara.

Clarke cogió el billete y se acercó a Emily Crowther.

—Le toca, agente Crowther.

Esta frunció el ceño y parecía reacia a coger el dinero, así que Clarke se lo dejó encima de la mesa y lo deslizó en su dirección.

—Bien delegado —comentó Rebus con una tímida sonrisa—. ¿Por dónde quiere que empiece?
—preguntó a Graham Sutherland.

Una calle con casas adosadas en Blackhall, una zona residencial bastante tranquila de no ser por los conductores que querían evitar Queensferry Road, la calle adyacente más transitada. Rebus abrió la puerta de hierro forjado. Las bisagras no emitieron sonido alguno y el jardín que se extendía a ambos lados del camino de baldosas parecía bien cuidado. En la acera había ya dos cubos, uno lleno de basura y el otro con tierra y plantas de jardín. Ningún otro vecino había sacado aún la basura. Rebus llamó al timbre y esperó. Finalmente abrió la puerta un hombre de su misma edad, aunque pareciera un lustro más joven. Bill Rawlston seguía estando delgado después de la jubilación y los ojos que se ocultaban tras las gafas de media luna conservaban su sagacidad.

—John Rebus —dijo con seriedad mientras estudiaba al visitante de arriba abajo.

—¿Te has enterado?

Rawlston torció el gesto.

—Pues claro que me he enterado, pero nadie ha dicho todavía que sea él.

—Es cuestión de tiempo.

—Sí, supongo. —Rawlston suspiró y entró en el vestíbulo—. Será mejor que pases. ¿Te apetece un té o prefieres algo más fuerte?

—Un té está bien.

Rawlston miró hacia atrás cuando se dirigía a la cocina.

—Es la primera vez que te veo rechazar una copa.

—Al parecer, he cogido una pequeña dosis de enfermedad obstructiva pulmonar crónica.

—¿Y qué es eso exactamente?

—En los viejos tiempos, se conocía como «enfisema». Parece que he comprado un boleto ganador.

—Bueno, lo siento de todos modos. Ni «crónica» ni «obstructiva» suena a premio gordo.

—¿Y tú, Bill? —preguntó Rebus.

—Beth murió el año pasado. Fumó un paquete diario durante toda su vida adulta y va un día y tropieza, se da un golpe en la cabeza y la mata un coágulo de sangre. ¿Te lo puedes creer?

La cocina estaba imaculada. Rawlston había lavado el cuenco de sopa y el plato del almuerzo y los había dejado en el escurridor. También había enjuagado el envase de plástico de la sopa. Debía de haber un contenedor de reciclaje esperándolo frente a la puerta trasera.

—¿Azúcar? —preguntó Rawlston—. Ya no me acuerdo.

—Solo leche, gracias.

Pero Rebus no tenía planeado beberse el té. Se había hartado de él después de su visita a Leith. Sin embargo, mientras preparaban las bebidas tuvo tiempo de estudiar a Bill Rawlston, y sabía que él también habría estado aprovechando la ocasión para pensar.

—Por aquí —dijo Rawlston a su invitado, y luego le ofreció una taza y lo guio hacia el salón, una estancia pequeña con un comedor al lado. Había fotografías familiares, objetos decorativos, y una librería llena de ediciones en rústica y DVD. Rebus estudió las estanterías con gran afectación.

—Últimamente casi no se oye hablar de Alistair MacLean —comentó.

—Es probable que haya una buena razón para ello. Siéntate y cuéntame qué te ronda por la

cabeza.

Al lado de la butaca favorita de Rawlston, había una mesa auxiliar con dos mandos a distancia, un teléfono y unas gafas de repuesto. Los coloridos cuadros de las paredes probablemente reflejaran más el gusto de Beth que el de su marido. Rebus se sentó al borde del sofá con la taza entre las manos.

—Si es él, es posible que se trate de un asesinato. Por la descripción del cuerpo, seguramente ya estuviera muerto cuando nosotros lo buscamos.

—¿Encontraron el cuerpo en Poretoun Woods? —Rebus asintió—. Peinamos ese bosque, John. Lo sabes. Teníamos a docenas de hombres... Invertimos cientos de horas...

—Lo recuerdo.

Stuart Bloom vivía en Comely Bank, al norte del centro urbano. La comisaría más próxima a su casa era Lothian y Borders, situada en Fettes Avenue y coloquialmente conocida como «la Casa Grande», así que instalaron al equipo de investigación en dos salas normalmente utilizadas para reuniones de los altos mandos. El inspector jefe Bill Rawlston estaba al cargo, con Rebus y media docena de agentes del DIC a sus órdenes. En la primera sesión informativa, Rawlston había anunciado que aquel era su último año antes de jubilarse.

—Para ambos —le dijo Rebus, y Rawlston lo miró fijamente.

—Pues quiero resultados. Nada de holgazanear, ni de hablar con la prensa ni tampoco de asestar puñaladas por la espalda. Si quieren jugar a la política, hay un Parlamento esperándolos al final de la calle. ¿Entendido?

Pero hubo holgazanería, cuchicheos a amigos periodistas y hasta puñaladas en el pecho cuando la espalda no estaba libre. El equipo no había llegado a congeniar; nunca fueron una familia.

Rawlston dejó la taza encima de la mesita.

—Supongamos que es él...

—Abrirán una investigación por asesinato —afirmó Rebus—. Y los medios de comunicación desenterrarán las viejas noticias, que los nuestros ya estarán repasando de nuevo. También hay que tener en cuenta a la familia.

—El año pasado fueron a por mí otra vez. ¿Te enteraste? —Rebus asintió—. Para ellos fue todo una conspiración desde el principio y nosotros estábamos justo en medio. Finalmente recibieron una disculpa oficial del gran jefe.

—Justo antes de que le dieran la patada.

—Dijo que nos habíamos comportado con «arrogancia institucional» al gestionar las puñeteras reclamaciones. Hay que ser caradura...

—Pero nadie demostró que la investigación fuera negligente —precisó Rebus y, al ver que Rawlston no decía nada, añadió—: Creo recordar que la madre era descrita como una luchadora.

Rawlston soltó una carcajada.

—Nos dejamos la piel y ni siquiera nos dieron las gracias.

—Más bien todo lo contrario.

—Me encantaba mi trabajo, John, pero al final fue un gran alivio dejarlo, —Rawlston hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Tuvieron que sacarme a rastras. Aun así, volví a trabajar una temporada en casos sin resolver.

—¿Y ahora?

Rebus espiró.

—Por lo visto, el consenso general cree que he perdido eficacia.

—Entonces ¿qué te trae por aquí?

—Pensé que debías saberlo. Ya hay un equipo trabajando. He hablado antes con ellos para que, al menos, conozcan un poco la historia. Pero desempolvarán los archivos del caso y, en algún momento, hablarán con la familia... y con el equipo de investigación original.

La voz de Rebus se apagó.

—Tendremos que defendernos otra vez. —Rawlston parecía estar contemplando algo que se encontraba al otro lado de las paredes del salón—. Creo que, desde el comienzo, supe que iba a ser una de esas investigaciones que te llevas contigo a la tumba. En mi caso, más pronto que tarde.

Rebus esperó un momento antes de responder.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—De seis meses a un año. Me dicen que tengo mejor aspecto que nunca. Sigo haciendo ejercicio y como verdura... Me tomo todas las pastillas. —Rawlston forzó una sonrisa irónica—. No he fumado en la vida, pero me pasé treinta años casado con una persona que sí lo hacía. ¿No te parece increíble? Y mira qué me espera al final: toda esa mierda persiguiéndome de nuevo. —Observó a Rebus—. John, ¿podrías mantener los oídos abiertos y contarme cómo avanza todo?

Rebus asintió.

—Creo que sí.

—Intentarán enterrarnos. No nos quieren aquí. Olemos a los viejos tiempos y las viejas costumbres.

—Antes has hablado de una conspiración con nosotros en medio... —Rebus dejó la taza, todavía llena, sobre la alfombra y se puso en pie—. ¿Qué me dirías si te contara que el cuerpo que encontraron en el coche llevaba esposas?

—¿Esposas?

—Los forenses pronto sabrán si eran de la policía. Eso no significa que pertenecieran a un agente, por supuesto.

—¿Los Chuggabugs?

Rebus se encogió de hombros.

—¿Tienes noticias de ellos?

—Vinieron al entierro de Beth, pero no se quedaron a tomar algo después.

—¿Siguen en la policía?

—La verdad es que no hablamos. —Rawlston se levantó, enderezó los hombros y echó la cabeza hacia atrás, pero Rebus sabía que estaba actuando. Aquel hombre sentía dolor, y el dolor no iba a desaparecer—. Yo era escrupuloso, John —dijo en voz baja—. Hice todo lo que estaba en mi mano. Es posible que a algunos no les pareciera suficiente, pero si puedes hacer algo para impedir que mi reputación se vaya por el retrete...

Rebus asintió y ambos cruzaron sus miradas sabiendo que ninguno de los dos había sido del todo sincero con el otro en aquel encuentro.

—No se trata solo de tu reputación, Bill —dijo Rebus, mientras veía cómo Rawlston se acercaba tanto que, por un momento, temió que fuera a darle un abrazo, aunque al cabo se limitó a propinarle una palmada en el antebrazo.

—Te acompaño a la salida —dijo Bill Rawlston pausadamente.

En el instante en que finalmente encontró aparcamiento para el Saab, Rebus se encontraba a pocos pasos de su edificio de Arden Street cuando oyó la puerta de un coche abrirse detrás de él.

—Me preguntaba cuándo te vería —le dijo a Siobhan Clarke.

—¿Puedo subir?

—Brillo necesita dar un paseo.

—Pues en ese caso te acompaño.

Rebus extendió el brazo hacia ella con las llaves colgando de un dedo.

—La correa está suspendida en la pared y las bolsas para las heces, en el cajón que hay debajo de la tetera.

Clarke cogió las llaves.

—¿Qué pasa, veterano? ¿Las escaleras son demasiado para ti?

—No tiene sentido subir cuando hay piernas más jóvenes disponibles.

Clarke abrió la puerta principal y entró. Tenía razón: los dos tramos de implacables escaleras de Edimburgo estaban convirtiéndose en un problema. Cada vez con más frecuencia, Rebus tenía que detenerse en el primer descansillo y, en ocasiones, debía utilizar el inhalador. Había barajado la posibilidad de vender y comprar una planta baja, ya se tratara de un piso, ya de una casa adosada. Puede que acabara haciéndolo.

Brillo estaba ladrando de alegría cuando Clarke lo bajó al mundo exterior, donde una plétora de imágenes y olores lo estaba esperando.

—¿Vamos al parque de Meadows? —aventuró al mismo tiempo que intentaba pasarle la correa a Rebus.

—Efectivamente —respondió él, que se metió las manos en los bolsillos y echó a andar.

—No se me dan muy bien los perros —le advirtió Clarke mientras Brillo tiraba de la correa.

—No lo haces nada mal —dijo Rebus para tranquilizarla.

El cielo estaba despejado y la temperatura no superaba por mucho los cero grados. Un grupo de estudiantes pasó junto a ellos con bolsas de la compra cargadas de botellas.

—A tu piso le vendría bien un poco de orden —dijo Clarke.

—Se suponía que solo debías entrar en la cocina.

—A tu cocina le vendría bien un poco de orden —corrigió.

—¿Te estás ofreciendo?

—Ando un poco liada últimamente. Pero pensaba que quizá con Deborah...

—La profesora Quant y yo nos hemos dado un respiro.

—Oh.

—No nos hemos peleado ni nada. De hecho, probablemente debería echarte la culpa a ti.

—¿Por qué?

—Por tenerla tan ocupada. —Rebus hizo una pausa—. Tu hombre, Sutherland, parece bastante preparado.

—De momento, no puedo quejarme.

—Es el primer día, Siobhan. Hay un montón de cagadas por delante. ¿Y el resto del equipo?

—Parecen majos.

—¿No deberías estar tomando unas copas con ellos después del trabajo?

—Ya sabes a qué he venido, John.

—Cuéntame.

—Quiero oír toda la historia.

—¿No crees que es la misma que le he explicado a Sutherland?

—Hay una primera vez para todo, supongo.

—Pero no mentí, eso tienes que reconocérmelo. ¿Ha habido progresos en mi ausencia?

—La verdad es que no. —Clarke respiró hondo—. Así pues, Stuart Bloom era un detective privado al servicio de un hombre llamado Jackie Ness para que investigara un contrato de tierras. Ness mantenía una vieja rivalidad con otro empresario, Adrian Brand...

—Ahora, sir Adrian Brand.

—Brand quería unas tierras situadas en una zona no edificable para construir un campo de golf y Ness opinaba que esas mismas tierras serían perfectas para levantar unos estudios cinematográficos. Consideraba que Brand podía estar sobornando a diversa gente para cerrar el trato, pero necesitaba pruebas...

—Y ahí es donde interviene Stuart Bloom.

—Licenciado en Periodismo. Estudió Informática y aprendió a piratear ordenadores. Mantenía una relación bastante abierta con un profesor universitario que se llama...

—Derek Shankley.

—Alex, el padre de Shankley, trabajaba en el DIC de Glasgow...

—En la Brigada de Homicidios, para ser más exactos.

Habían llegado a Melville Drive y el parque de Meadows se extendía ante ellos como un gran campo de juegos rodeado de árboles con la antigua clínica y la universidad al otro lado. Rebus se agachó para quitarle la correa a Brillo, y el pequeño y nervudo perro salió corriendo. Clarke y Rebus se quedaron donde estaban, observando de soslayo a Brillo cuando este aminó la marcha y se puso a olisquear el territorio.

—La noche en que Bloom desapareció —prosiguió Clarke— acababa de reunirse con Jackie Ness en su casa.

—La palaciega Poretoun House —confirmó Rebus.

—Que resulta que está al lado de Poretoun Woods. En cuyos bosques, al parecer, ha yacido el cuerpo de Bloom todos estos años.

—Si se trata de él.

—Si se trata de él —repitió Clarke—. Tess Leighton se queda hoy hasta tarde para comprobar si existen otras personas desparecidas por aquella época. —Volvió la cabeza hacia Rebus—. ¿Y por qué intervino la CCU?

—Para empezar, la familia se quejó de que no pudiéramos demasiado empeño. El amante había sido señalado como sospechoso y pensaban que estábamos siendo muy indulgentes con él.

—¿Por ser hijo de quien era?

—El agente Alex Shankley era un tipo duro de Glasgow, el típico macho de pies a cabeza. Fútbol los sábados y asado para cenar los domingos. Se pasaba el día persiguiendo a bandas callejeras y demás escoria.

—¿Y se avergonzaba de su hijo?

—Es posible, no lo sé. Pero corría el rumor de que prefería que mencionáramos a Derek lo menos posible. Ahora no sería tan sencillo, pero en aquel momento teníamos bastantes amigos en la prensa.

—Un momento. Bloom era periodista. ¿La prensa no quería averiguar qué le había ocurrido a uno de los suyos?

Rebus se encogió de hombros.

—No estuvo en la profesión el tiempo suficiente para hacer amigos.

—De acuerdo. ¿Y qué hay de la reunión con Jackie Ness?

—Una puesta al día rutinaria en la mansión. Las instrucciones para Bloom fueron que siguiera con lo que estaba haciendo.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Preguntar aquí y allí, invitar a unas cuantas copas, acceder a varios ordenadores...

—¿Mirasteis en su ordenador cuando desapareció?

—Yo no, pero el equipo sí lo hizo. No tenía una oficina como tal; trabajaba en casa. Pero nunca

encontramos su portátil. ¿O debería decir *laptop*? Tampoco encontramos su teléfono. Solo sabíamos que en las semanas posteriores a su desaparición no abrió ningún correo electrónico, ni tampoco hizo llamadas ni sacó dinero del cajero automático.

—¿Creíais que estaba muerto?

Rebus asintió.

—Una pelea con su amante; se fue de una discoteca con un desconocido que no debía; acabó en el lugar equivocado en el momento equivocado...

—Supongamos que intentara entrar en casa de Adrian Brand o en su oficina —especuló Clarke.

—Interrogamos a toda la gente que pudimos, a muchos de ellos más de una vez. En aquella época no había tantas cámaras de seguridad, pero aun así era difícil esfumarse como si nada. Estábamos esperando a que alguien hablara; nadie lo hizo.

—Sus padres vienen de camino —dijo Clarke con un suspiro.

—¿De dónde?

—Ahora viven cerca de Dumfries.

—¿Crees que podrán identificarlo?

—Probablemente haya que recurrir al ADN. Pero Graham pedirá a Jackie Ness que mire la ropa. Al parecer, fue la última persona que vio a Bloom. A Derek Shankley también se lo pedirán. ¿Recuerdas cómo vestía Bloom la noche de su desaparición? —Rebus negó con la cabeza—. Según los periódicos, una camisa de cuadros roja, una chaqueta y unos pantalones vaqueros, las mismas prendas que llevaba el cuerpo que encontramos en el Polo. —Clarke se lo quedó mirando—. Necesito saber lo que no me estás contando, John.

—Más o menos es eso.

—Lo dudo.

—Me alegro de verte, Shiv. Ojalá no tuviera que acabar así.

Clarke abrió un poco más los ojos.

—Así, ¿cómo?

Rebus asintió hacia donde Brillo se había detenido para ponerse en cuclillas.

—Siendo tú la que lleve la bolsa.

El teléfono de Clarke empezó a vibrar y miró a Rebus con fingida decepción antes de devolverle la pequeña bolsa negra de polietileno.

—Tengo que cogerlo —dijo.

Cuando Rebus volvió, acompañado de Brillo, que ya llevaba puesta la correa, preguntó quién la había llamado.

—No es nada —dijo sin conseguir ocultar su exasperación.

—Pues no lo parece.

—He recibido varias llamadas de un 0131, pero cuando contesto, cuelgan.

—¿No reconoces el número? —Clarke negó con la cabeza—. ¿Has devuelto las llamadas?

—Una vez, pero no lo cogieron.

—¿No saltó el contestador? —preguntó Rebus señalando el teléfono—. Prueba otra vez. Así te entretienes mientras voy a la papelería.

Cuando hubo tirado la bolsa, vio que Clarke se dirigía hacia él.

—Lo han cogido —dijo—. Es una cabina de Canongate.

—¿Y quién era?

—Parecía un turista. Dijo que solo pasaba por allí.

—Es un misterio, entonces. ¿Cuántas dices que has recibido?

—No lo sé. Diez, doce, algo así.

—¿Todas del mismo número?

Clarke comprobó las llamadas recientes.

—Son dos números distintos.

—Inténtalo con el otro. A lo mejor, eso te da la respuesta. Es lo que haría un detective, inspectora Clarke.

Ambos sonrieron momentáneamente, pero Rebus empezó a toser.

—El frío es una mierda —dijo.

—¿Te encuentras bien?

—Parece que he sobrevivido a otro invierno. La semana pasada me hicieron la espirometría anual y tengo los pulmones al setenta por ciento.

—El invierno aún no ha terminado. Dicen que va a descargar nieve procedente de Rusia; tal vez, mucha.

—Una buena razón para quedarse en casa.

—Has perdido un poco de peso. Supongo que te irá bien.

—¿Quién puede permitirse comer con la pensión de un policía? Pero tiene sus ventajas.

—¿Por ejemplo?

—Si cojo una infección, podría morir. Es la excusa perfecta para no ser sociable. Además, no puedo visitar grandes ciudades contaminadas como Londres.

—¿Pensabas ir?

—No en esta vida. —Rebus miró a Brillo—. Sé lo de Anticorrupción, por cierto.

—¿Cómo?

—No eres el único policía con el que hablo. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Qué había que contar?

—Por el amor de Dios, Shiv, me expedientaron tantas veces que soy una enciclopedia ambulante en lo que se refiere a cómo tratar con esos gilipollas.

—A lo mejor, quería hacerlo a mi manera y no a la tuya. Además, no pasó nada. Estaban intentando pescar, eso es todo. Al igual que la CCU con el caso de Stuart Bloom. —Clarke hizo una pequeña pausa—. A menos que tú y los tuyos realmente ocultarais algo.

—No haré comentarios, señorita.

Ambos guardaron silencio durante medio minuto. Por la calle pasó un solitario corredor nocturno. Había poco tráfico y dos perros habían iniciado un concurso de ladridos en el cercano Bruntsfield Links, lo cual hizo que Brillo alzara las orejas.

—Si no te asustan demasiado los gérmenes —dijo Rebus finalmente—, podemos volver a mi casa a tomar un café.

Pero Clarke negó con la cabeza.

—Tengo que irme a casa. Probablemente vea a Deborah mañana. ¿Quieres que le diga algo?

—Nada que no pueda decirle yo mismo. —Rebus hizo una pausa—. Sobre todo, no le menciones lo de la cocina.

A Clarke se le ocurrió que Canongate le iba de paso, así que giró a la derecha en North Bridge y buscó unas cabinas telefónicas. Delante de una tienda de faldas escocesas situada cerca de la casa de John Knox, había varias. Aún estaba en la zona turística. Siguió avanzando al mismo tiempo que la calle se quedaba cada vez más tranquila —y, por lo visto, silenciosa— a medida que se aproximaba al final, donde la arquitectura contemporánea del Parlamento escocés miraba de frente al ancestral Palacio de Holyrood, situado justo delante. Luego se metió en una rotonda y

desanduvo el camino. Las cabinas de la tienda de faldas eran las únicas que había visto, así que aparcó enfrente y se bajó del coche. Ninguna resultaba especialmente tentadora; en los cristales había salpicaduras y restos de carteles a medio arrancar.

Clarke sacó el teléfono y llamó al número desconocido. La cabina de al lado empezó a sonar, así que colgó y abrió la puerta. El aroma a orina era muy tenue, pero aun así le saturó las fosas nasales. Echó un buen vistazo al interior, incluyendo el suelo, pero no vio nada de interés. Al cerrar de nuevo la puerta, marcó el segundo número desconocido. Como era de esperar, en esta ocasión el sonido llegó desde la cabina contigua. Clarke registró la calle arriba y abajo, y estiró el cuello para escudriñar todas las ventanas que había por encima del nivel de la calle. Su teléfono móvil mostraba la fecha y la hora de las diversas llamadas que había recibido. Dos a primera hora de la tarde, la mayoría entre las siete y las nueve de la noche y una a medianoche. ¿Sería alguien de la zona que utilizaba una cabina para resultar ilocalizable? Le pareció una solución anticuada. Si se quiere conservar el anonimato, puede hacerse con un móvil; solo hay que ocultar el número de teléfono. Pero había maneras de sortear ese obstáculo. Cualquier policía lo sabía. ¿Alguien estaba en apuros? ¿Habían facilitado el número de Clarke por error? Quizás esperaran oír una voz masculina o se tratara de una broma aleatoria. Incluso había oído hablar de llamadas automáticas para comprobar si las líneas y los equipos funcionaban. Podría ser cualquier cosa.

En la otra acera había un pub llamado McKenzie's y estuvo tentada a entrar, pero tenía ginebra de sobra en casa, además de la tónica y el limón necesarios. Del oscuro interior había salido un hombre a fumar un cigarrillo, y Clarke se acercó a él y lo saludó.

—¿Es suyo el local? —preguntó.

—Sí.

—¿Alguna vez ha visto a alguien utilizando esas cabinas? —dijo señalándolas.

El hombre dio una calada y retuvo el humo antes de exhalarlo.

—¿Quién coño utiliza una cabina en los tiempos que corren?

—No todo el mundo tiene móvil.

—Ha estado a punto de engañarme. ¿Es policía?

—Podría ser.

—¿Y qué pasa?

—Unas llamadas molestas.

—¿Se oye a alguien respirando fuerte? Dios, eso me trae recuerdos. A mi mujer le pasó una vez. Hace años, eso sí.

—¿Y el pub? ¿Ha aparecido alguna cara nueva recientemente?

—Casi todo son estadounidenses y chinos que quieren café y algo para comer. Estos últimos días el local gana más dinero con las comidas que con la bebida. ¿Desea que esté atento?

—Se lo agradecería —dijo Clarke, que buscó una tarjeta de visita en el bolsillo—. Trabajo en Gayfield Square. Siempre pueden hacerme llegar un mensaje.

—Siobhan es un nombre bonito —dijo el hombre leyendo la tarjeta.

—Eso pensaron mis padres.

—¿Puedo invitarla a tomar algo, Siobhan?

Clarke frunció el ceño visiblemente.

—¿Qué diría su mujer?

—Diría: «Robbie, no sabía que aún se te levantaba».

El hombre seguía riéndose cuando Clarke volvió a su coche.

Clarke recorrió toda la calle pero no encontró aparcamiento, así que dobló la esquina y dejó el coche en zona prohibida. Había un cartel de «POLICÍA» que podía colocar en el salpicadero, si bien sabía por experiencia que era una invitación a los gamberros, de modo que decidió acordarse de mover el Astra antes de que los guardias comenzaran su turno de mañana. Unos juerguistas trasnochadores bajaban por Broughton Street con envases de comida rápida, riéndose a carcajadas. Desde una ventana se oía música, pero afortunadamente provenía del edificio de enfrente. Había alguien en un coche estacionado. La pantalla del móvil le iluminó el rostro, aunque el interior del vehículo estuviera a oscuras cuando Clarke encontró su llave, abrió la puerta y se cercioró de cerrar bien tras de sí.

La escalera estaba iluminada y despejada, y no la esperaba más correo que los habituales folletos publicitarios. Cuando llegó al descansillo, abrió la puerta del piso y encendió la luz del recibidor. Se preguntó cómo sería eso de que la esperara Brillo u otro perro. Quizá fuera agradable tener a alguien en casa. En la cocina llenó la tetera. Al ver sus platos en el fregadero, llegó a la conclusión de que la de Rebus no estaba en tan mal estado. Mientras hervía el agua, fue al comedor y se acercó a la ventana. Solo distinguía el coche y la ventanilla del conductor, que volvió a iluminarse. Entonces, la ventanilla empezó a bajar y por ella asomó una mano con un teléfono apuntando en dirección a la puerta del edificio. El flash saltó en cuanto el desconocido tomó una fotografía.

—¿Qué coño...? —murmuró Clarke, que siguió observando unos instantes, antes de volver al recibidor, coger las llaves y salir a la escalera.

El motor del coche estaba en marcha cuando abrió la puerta principal. Luego se encendieron los faros y las ruedas empezaron a girar. Clarke no consiguió ver al conductor ni tampoco distinguir si era un hombre o una mujer. Cuando se hubo alejado, salió a la acera y se tomó un minuto para tranquilizarse, momento en el que el coche enfiló Broughton Street y desapareció. Ni marca del automóvil ni número de matrícula. Clarke observó el hueco que había dejado el coche y decidió aparcar el suyo allí.

—Mira el lado positivo, Siobhan —se dijo para sí mientras se dirigía hacia la esquina.

MIÉRCOLES

El aparcamiento del depósito de cadáveres estaba casi lleno cuando llegó Clarke. Había comprado un café en el bar del barrio y lo llevaba en la mano mientras se dirigía a la entrada de personal. La mayoría de los allí presentes la conocían y le dieron la bienvenida asintiendo con la cabeza mientras recorría el pasillo. La sala de autopsias se encontraba un piso más arriba, así que subió las escaleras y abrió la última puerta, la que conducía a la sala de visitantes. Dos hileras de bancos y una vidriera separaban a los espectadores de la sala en donde se llevaba a cabo el trabajo. El equipo de Sutherland ya estaba allí, concentrado en el altavoz del techo mientras las profesoras Deborah Quant y Aubrey Hamilton comentaban el procedimiento. Ambas vestían el mono reglamentario, junto con protectores para los pies, mascarillas, gorros y gafas. Quant era la más alta, lo que resultaba útil cuando se hallaban de espaldas a la sala de visitas. El personal del depósito de cadáveres se movía a su alrededor con utensilios de acero inoxidable, cuencos y bolsas de muestras de diferentes tamaños. Tenían varias básculas, aunque Clarke dudase de que hubiera órganos vitales que pesar. Graham Sutherland no fue el único que miró con envidia el café de Clarke.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Están quitándole la ropa.

Sutherland le alcanzó unas fotografías. Un técnico estaba examinando varias copias de las mismas imágenes, en las cuales aparecía Stuart Bloom en distintos momentos de su vida en diversas posturas. En una de las últimas, parecía llevar la misma chaqueta y camisa que la noche de su desaparición. Al acercarse más al cristal, Clarke vio que la cazadora vaquera y la camisa de cuadros habían sido separadas limpiamente del cadáver por secciones, aunque no pudieran evitar arrancar parte de la piel. Lo que quedaba sobre la mesa de autopsias parecía el atrezo de una película de terror. Con ayuda de unas pinzas, tomaron muestras de cabello, cejas y una uña, además de algunos fragmentos de vidrio de la ventanilla rota.

—Al parecer, los animales lo estuvieron atacando a lo largo de estos años —comentó Sutherland.

—Yo creía que el maletero estaba cerrado y las ventanillas intactas.

Sutherland se la quedó mirando.

—Me refiero a los insectos y demás. Huelen la putrefacción y siempre encuentran una vía de acceso.

La patóloga y la antropóloga estaban estudiando el cráneo, y Quant describió un círculo con el dedo alrededor de la zona dañada. Después, examinaron la mandíbula y los dientes.

—Archivos odontológicos —dijo Clarke.

Sutherland asintió y se volvió hacia George Gamble. Los demás agentes estaban de pie, pero Gamble había decidido quedarse sentado, con las manos rechonchas apoyadas en sus gruesas rodillas.

—Están en camino —dijo.

Sutherland miró a Clarke a los ojos.

—La CCU ha autorizado el acceso a los archivos del caso. Son unas veinticinco cajas y otros tantos discos duros. Nos lo enviarán del almacén.

—Alegría de alegrías —dijo Tess Leighton con desgana.

—Un poco de material de lectura para ti, Tess —terció Callum Reid con una sonrisa.

—Para todos ustedes —precisó Sutherland—. Es un trabajo en equipo, ¿recuerdan?

Leighton agitó un dedo en dirección a Reid, que resopló y volvió a centrar su atención en la autopsia. En ese momento se abrió la puerta y apareció un ayudante del depósito de cadáveres vestido con un mono y relucientes botas de goma.

—Me vendría bien que uno de ustedes fuera a recepción —dijo—. Amenazan con entrar sin permiso.

—¿Quiénes? —preguntó Sutherland.

Clarke creía saberlo.

—¿La familia?

El ayudante asintió.

—Y traen a un periodista con ellos —añadió.

—Haga los honores, Siobhan —dijo Sutherland—. Igualmente, necesitamos a uno para la prueba de ADN.

—¿Y qué les digo?

Sutherland se encogió de hombros con escasa empatía y observó de nuevo la autopsia, sobre todo ahora que los tobillos, aún con las esposas, estaban siendo fotografiados, inspeccionados y comentados.

Clarke intentó no mostrar sus emociones cuando salió detrás del ayudante hacia recepción, donde había otra empleada con blusa blanca y pantalones negros. Se había levantado y tenía los brazos extendidos, como si pretendiera formar con su cuerpo una barrera entre los visitantes y las escaleras y pasillos que tenía justo detrás. El ayudante se había esfumado y Clarke se quedó sola junto a la recepcionista.

—Soy la inspectora Clarke —anunció mostrando la placa, lo cual tuvo el efecto deseado. A veces ocurría y a veces, no. Los visitantes desviaron su atención hacia ella y reconoció a los padres de Stuart Bloom por las fotografías que había visto en Internet. Aparentaban poco más de sesenta años. La madre, Catherine, llevaba un abrigo negro de buen corte. Tenía el pelo gris y corto, y le sentaba bien con arreglo a la forma de su cara. La vida no había sido tan generosa con su marido. En las fotografías mostraba una mirada afligida y casi siempre dejaba los discursos en manos de su mujer. Martin Bloom había sido contable y probablemente siguiera siéndolo. El traje parecía de uso diario, combinado con la misma corbata apretada. Necesitaba un buen corte de pelo y le asomaban cabellos grises por las orejas.

—La familia merece una explicación, inspectora Clarke. Después de tantos años de incompetencia policial y cortinas de humo...

Clarke levantó una mano y estudió al hombre que acababa de hablar. Probablemente no llegara a los treinta años y se parecía un poco a Stuart, el hijo de los Bloom. Pero Clarke sabía que Stuart era hijo único. El hombre se dio cuenta de que la agente quería que se identificara.

—Soy Dougal Kelly, un amigo de la familia.

—¿Y, por casualidad, también es periodista, señor Kelly?

—Estoy escribiendo un libro —respondió—, pero eso no viene al caso.

Sin decirlo, Clarke pareció coincidir con esa apreciación y se volvió hacia los padres.

—Señor y señora Bloom, sé que esto es duro, pero ahora mismo no tenemos nada concreto que podamos comentar.

—Podrían empezar por dejarnos verlo —dijo Catherine Bloom con voz temblorosa.

—Eso no será posible hasta que confirmemos la identificación.

—¿Está diciendo que podría no ser él? —preguntó Martin Bloom tímidamente.

—Ahora mismo no sabemos gran cosa.

—¡Pero saben algo!

Su mujer estaba levantando de nuevo la voz.

—Imaginen que no es Stuart y dejamos que vean el cuerpo antes que la familia de verdad. Se harán cargo de la angustia que ello ocasionaría.

—¿Cuánto tardarán en saberlo con seguridad? —preguntó Dougal Kelly.

—No mucho, espero. —Clarke seguía mirando fijamente a los padres—. Si pudiéramos extraerles una muestra de ADN o, quizás, un cabello o dos...

—¿Pueden hacerlo aquí mismo? —preguntó el padre.

—Creo que sí. —Clarke se volvió hacia la recepcionista, que había regresado a su puesto para intentar hacerse invisible—. ¿Le importa que utilicemos la sala de espera mientras lo compruebo?

—En absoluto.

—¿Y podría conseguir una taza de té?

La recepcionista asintió y cogió el teléfono.

—Vengan —dijo Clarke, que los acompañó hasta una puerta situada a unos metros de distancia.

—Parece conocer bien este lugar —dijo Kelly en un tono distendido.

Clarke les indicó que entraran. Dentro tenían sillas de plástico y una mesa cubierta de viejas revistas y, en las paredes, había varios carteles en los que aparecían un campo de girasoles, una cascada y una puesta de sol. Clarke fue la primera en acomodarse y observó a los demás mientras tomaban asiento.

—¿Participó usted en la investigación original? —preguntó Kelly, y Clarke negó con la cabeza.

—Mejor que no intervenga nadie de aquella época en todo esto —dijo Catherine Bloom.

—La mayoría se jubiló hace mucho —añadió su marido, que le dio unas palmadas en el dorso de la mano—. El inspector Rawlston y todos esos.

—¡Los Chuggabugs siguen aquí! —replicó su mujer.

A Clarke le pareció haber oído mal.

—¿Chuggabugs?

Dougal Kelly se inclinó hacia delante.

—¿Es demasiado joven para *Los autos locos*? Yo, también. En 2006 ya eran una reliquia, pero ese es el nombre que recibían.

—¿Quiénes?

Fue Catherine Bloom quien respondió.

—Los policías que trabajaban para Adrian Brand.

—No descubrimos que sus compañeros los llamaban así hasta mucho después —explicó Kelly—. Aunque seguro que no se lo decían a la cara. —Vio que todavía tenía explicaciones que dar—. ¿Pierre Nodoyuna y Patán? Era una serie de dibujos animados, los mismos coches compitiendo una semana tras otra. Pierre Nodoyuna hacía trampas, aunque nunca le sirviera de nada.

—He oído hablar de ella.

—Uno de los coches era el Arkansas Chuggabug. Lo conducía un granjero y su copiloto era un oso.

—De acuerdo...

—Y, por alguna razón, a Steele y Edwards los apodaban así.

Clarke notó una subida de adrenalina, pero intentó disimularlo.

—¿A Steele y Edwards?

—Estaban en la nómina de Adrian Brand —terció Catherine Bloom—. ¿Y a nadie le pareció

eso sospechoso? ¿Nadie pensó que eso formara parte de la conspiración?

Su marido había dejado de darle palmadas en la muñeca y empezó a frotársela, pero ella apartó la mano.

—¡Estoy bien! —gritó justo cuando la recepcionista asomaba por la puerta.

—Necesito saber quién de ustedes desea leche y azúcar —anunció con la sonrisa más falsa que se pueda imaginar.

Clarke se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Será solo un minuto —dijo—. He olvidado preguntar si podemos extraer el ADN aquí.

Luego volvió al aparcamiento y se quedó allí un rato, pasándose la mano por el pelo, mientras que en la otra sostenía el teléfono, así que hizo una llamada. Rebus lo cogió casi al instante.

—¿El apodo se te ocurrió a ti? —preguntó.

—Buenos días a ti también, Siobhan. ¿Qué apodo?

—El de los Chuggalugs.

Hubo un momento de silencio.

—Chuggabugs —corrigió Rebus.

—Dos policías llamados Steele y Edwards.

—Eran uña y carne, como suele decirse. ¿Con quién has estado hablando?

—Con los padres de Stuart Bloom.

—Me pregunto quién se lo diría.

—Están con un escritor llamado Dougal Kelly.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Ha salido a relucir mi nombre?

—No, pero el de Bill Rawlston, sí. Cuando quise darme cuenta, ya estaban hablando de Steele y Edwards y de que recibían dinero de Adrian Brand. —Clarke esperó una respuesta, pero no llegó—. Y bien, ¿es cierto, John?

—Quizá fuera mejor hablarlo cara a cara.

—Sabes que Steele y Edwards siguen en el cuerpo de policía, ¿verdad?

—Hace años que no sé nada de ellos.

—Están en Anticorrupción, John. Son los que fueron a por mí.

—Joder. Por aquella época iban de uniforme y difícilmente hubieran superado un test de inteligencia. Deben de saber dónde están enterrados los cuerpos.

—No es la expresión más sutil dadas las circunstancias.

—Mis disculpas. ¿Así que los Chuggabugs se pasaron al lado oscuro? Supongo que, en los tiempos que corren, tiene todo el sentido del mundo. ¿Estás en el depósito?

—Sí.

—¿Has visto a Deborah?

—Sí, pero no hemos hablado. Audrey Hamilton está con ella.

—¿La antropóloga forense?

—Sí.

—Buen equipo. Quizá convendría que le hablaras a tu jefe de Steele y Edwards.

—¿Para qué?

—Para que él pueda interrogarlos y tú divertirte un poco a su costa.

—¿Tan vengativa me consideras?

—Sí no es así, poco te enseñé.

Clarke estuvo a punto de sonreír.

—Me lo pensaré.

—¿Quieres venir luego a pasear al perro y soltar un poco de lastre?

—¿Te refieres a que te mantenga informado? Eso no sería demasiado ético, ¿no te parece?

—Lánzame un hueso. Ténnos contentos a Brillo y a mí.

—Hablamos luego, John.

—Que así sea.

Cuando colgó, Clarke se dio cuenta de que había salido del aparcamiento y se encontraba en Cowgate. Al darse la vuelta, vio a Graham Sutherland indicándole que subiera desde una ventana del piso superior. Clarke intentó no ruborizarse mientras desandaba el camino.

Sutherland salió a recibirla frente a la sala de autopsias.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tenía que coger una llamada —respondió Clarke—. Además, los Bloom quieren saber si podemos extraer el ADN aquí.

—La profesora Quant ya está en ello. Ha terminado el examen preliminar. La profesora Hamilton tiene trabajo pendiente y quiere ver el lugar donde encontraron el coche.

—¿Por qué?

—Algo relacionado con el modo en que el cuerpo humano altera un entorno determinado. La jerga se me escapa. —La seriedad de su mirada empezaba a remitir—. ¿Cómo están los padres?

—Ella, histérica; él, más resignado. Por lo visto, han contado su historia a un escritor llamado Dougal.

—Pues que tengan suerte. —Sutherland metió las manos en los bolsillos—. Estaremos en el limbo hasta que se confirme la identificación.

—Eso no nos impide seguir adelante. Hay un noventa por ciento de posibilidades de que sea él. Ningún otro desaparecido por esas fechas encaja en la descripción.

Sutherland asintió.

—Supongo que mientras esperamos, podemos repasar las notas del caso y hablar con algunas personas.

—Hay algo que probablemente debería contarle, señor. Dos agentes de la investigación original trabajan ahora en Anticorrupción. Son los mismos a los que me enfrenté recientemente.

Sutherland se quedó pensativo unos instantes.

—Eso no supone un problema, ¿no?

—Solo creí que debía saberlo.

—¿De eso trataba la llamada?

—Más o menos.

—Nada de secretos, Siobhan. Me parece que ese fue el origen de los problemas de la investigación original.

—Sí, señor.

—Vuelva a llamarme Graham, ¿de acuerdo?

—Señor —dijo Clarke con una reverencia y una sonrisa.

Un visitante estaba esperando en la recepción de la comisaría de Leith. Era bajo y fornido, tenía el pelo rizado y llevaba unas gafas redondas al estilo de John Lennon, americana de *tweed*, pantalones de pinzas y una camisa rosa.

—Me llamo Glenn Hazard —dijo mientras sacaba unas tarjetas de visita—. Estoy aquí en representación de sir Adrian Brand.

—Es usted relaciones públicas, señor Hazard —dijo Sutherland al leer la tarjeta—. ¿Sir Adrian es uno de sus clientes?

Hazard asintió.

—Mi cliente más importante —especificó.

—¿Y qué le trae hoy por aquí?

—La noticia ya se ha hecho viral. Han encontrado a Stuart Bloom —dijo, mirando a los allí presentes en busca de confirmación.

—Eso no es estrictamente cierto.

—Bueno, la comunidad de Internet lo da por hecho, así que no importa demasiado que lo hayan encontrado o no. —Vio la mirada clavada en él y se retractó—. Bueno, claro que importa, pero mi trabajo consiste en limitar daños posibles. Sir Adrian ya tuvo que soportar los efectos colaterales de la desaparición de Bloom. Estaría bien... controlar el caudal de información y acallar los rumores antes de que empiecen.

—¿Qué intenta decirnos, señor Hazard?

—Poretoun Woods es propiedad de mi cliente.

—¿Jackie Ness se los vendió a sir Adrian? —preguntó Clarke.

Hazard negó con la cabeza, y estaba a punto de contestar cuando Sutherland lo interrumpió.

—Será mejor que suba, señor Hazard. Sería provechoso aclarar todo esto. Beneficioso para su cliente, quiero decir.

La sala del DIC todavía no se había ventilado y olía a humedad. Uno de los radiadores siseaba permanentemente y Callum Reid intentó abrir una ventana sin éxito. Sin embargo, habían desembalado el material —ordenadores, un monitor de televisión y una pizarra blanca montada en un caballete—, y ya se parecía más a un centro de investigación. Junto al mapa, habían clavado fotografías de Stuart Bloom y de su pareja, Derek Shankley. En todas las mesas había fotocopias dispersas de artículos de prensa sobre la investigación de 2006, y habían aparecido tazas y una tetera. Clarke miró a Tess Leighton.

—Sí estuviste atareada ayer por la noche —le dijo.

—Me ayudó George, la verdad —respondió Leighton.

Hazard se sentó en la silla que había ocupado Rebus el día anterior. Parecía imperturbable, probablemente fuera el requisito mínimo para trabajar en el mundo de las relaciones públicas.

—En aquella época, ¿representaba usted a sir Adrian? —preguntó Sutherland al sentarse cómodamente a su mesa.

—En aquel momento, no —respondió Hazard.

—Un trabajo interesante, ¿verdad?

—Cada día, un nuevo desafío.

—Un poco como el trabajo de policía, entonces. —Ahí concluyó la conversación banal—. De modo que Poretoun Woods es ahora propiedad de sir Adrian Brand. ¿Desde cuándo?

—Hace solo un par de años. El bosque venía con Poretoun House. Se la compró a un hotelero llamado Jeff Sellers, que había planeado convertirla en otro hotel. De lujo, cinco estrellas, ya sabe. Creo que se le acabó el dinero, y ahí entró sir Adrian. Yo diría que fue una ganga.

—Tanto la casa como el bosque habían pertenecido a Jackie Ness —dijo Clarke.

—Ness se lo vendió a Sellers.

—¿Y ya sabe que su cliente es el nuevo propietario?

Hazard esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Imagino que sí, aunque el verdadero dueño sea una de las empresas de sir Adrian, no el propio sir Adrian.

—¿Piensa desempolvar el plan para el campo de golf?

—Que yo sepa, no. Eso quedaba al otro lado de la ciudad desde Poretoun. Ya sabe, en el oeste más que al sudeste.

—Pero ¿todavía se guardan rencor?

—Quizá fuera más exacto decir que ambos caballeros tienen buena memoria. Pero ese es el verdadero motivo por el que estoy aquí. Para los medios de comunicación, esto será un picnic. Stuart Bloom estaba husmeando en los asuntos de sir Adrian. Doce años después, acaba muerto en unos terrenos de sir Adrian. Ya se imaginarán qué ocurrirá, a menos que manejen la historia con sumo cuidado.

—Nosotros no nos dedicamos a manejar historias, señor Hazard —zanjó Sutherland—. En su día, las cosas quizás hubieran sido mucho más amigables, pero eso ya es pasado.

—No querrán ver sufrir a un hombre inocente y que su reputación salga perjudicada. Yo solo digo que cuando preparen sus comunicados de prensa y hablen ante los medios...

—¿Se refiere a que protejamos el nombre de su cliente?

—En la medida de lo posible, sí, para salvaguardar a un inocente. Estaría encantado de ayudar a su Departamento de Prensa a redactar los...

—Puede que tengamos que hablar con sir Adrian —interrumpió Clarke, que se situó junto a la mesa de Sutherland mirando a Hazard—. ¿La mejor opción es, pues, Poretoun House?

—En realidad, no vive allí.

—Entonces ¿quién lo hace?

—Creo que está vacía. Sir Adrian posee una casa en Murrayfield.

—¿Y qué planes alberga para Poretoun House?

Hazard se encogió de hombros.

—Volviendo al asunto que nos ocupa —terció Sutherland—, ¿por qué cree que el cuerpo estaba en ese bosque? —Hazard volvió a encogerse de hombros—. ¿Su cliente tiene alguna teoría?

—Por lo que he hablado con él, diría que siempre ha creído que Jackie Ness tuvo un encontronazo con el detective y se lo cargó. El bosque debía de ser un buen lugar para esconder el cuerpo. Ochocientos metros de pista de tierra y nadie alrededor. No cabe duda de que Ness tenía carácter. Corren infinidad de historias sobre él. Pueden encontrar la mayoría en Internet. —Hazard hizo una pausa y miró fijamente a Clarke—. Si tienen pensado interrogar a sir Adrian, deben prometerme que harán lo mismo con Ness. No hacerlo daría mala imagen.

—Gracias por el consejo —dijo Sutherland con frialdad. Justo en ese momento le llegó un mensaje, lo leyó y dejó el teléfono encima de la mesa—. Le agradecemos que nos haya resuelto algunas dudas, señor Hazard. Phil, ¿puedes acompañar al señor Hazard a la salida?

Hazard parecía reacio, pero Sutherland ya estaba de pie tendiéndole una mano.

—Si me necesitan para cualquier cosa, lo que sea...

—Todos tenemos su tarjeta —respondió Sutherland asintiendo con brusquedad, y se quedó allí quieto mientras Yeats y Hazard se marchaban. Luego buscó a Emily Crowther—. Emily, ¿puede cerrar la puerta, por favor? Deberíamos esperar a Phil, pero podemos ponerlo al día en cuanto vuelva. Será mejor que hagamos esto ahora mismo.

Sutherland estaba toqueteando la pantalla de su móvil. Cuando empezó a sonar, activó el altavoz.

—Inspector Sutherland —Clarke reconoció la voz de Deborah Quant—, gracias por llamar.

—El equipo al completo está aquí, profesora —dijo Sutherland—. Estamos listos para escuchar lo que tenga que decirnos.

—Quienquiera que fuese la canguro de los Bloom, debería haber procurado echar un vistazo en el bolso de la madre. Había metido media vida de su hijo en él, incluida una copia de su historial dental.

Sutherland se volvió hacia Clarke, pero ella estaba mirando a la pared opuesta a la vez que intentaba no sonrojarse.

—Parece que coincide —dijo Quant—. Aun así, haremos la prueba del ADN. Hay que adoptar todas las precauciones, pero los padres creen que la muestra de pelo que les enseñamos pertenecía a Stuart. Lo mismo sucede con las fotos de su ropa. No presenta rasgos distintivos ni tatuajes, así que eso es más o menos todo lo que tenemos.

—¿Les mencionaron las esposas?

—Por supuesto que no.

—¿Y cuál es la causa de la muerte?

—Aubrey y yo coincidimos bastante. Traumatismo por objeto contundente. El agujero de la parte trasera del cráneo tiene un par de centímetros. Un martillo, quizás. O una barra de hierro. Hemos tomado muestras para comprobar si dejó algún resto. Después de tanto tiempo, no albergo muchas esperanzas.

—Gracias, profesora. ¿Hay algo más que debemos saber?

—Aubrey quiere ver el lugar donde encontraron el coche. Pregunta si su equipo forense sigue allí trabajando.

—El coche ha sido trasladado al laboratorio.

—Manténgame informada de sus progresos. El suelo del maletero nos dirá si fue asesinado *in situ*. La profesora Hamilton dice que actualmente se están realizando trabajos interesantes en pedología. Una persona de Aberdeen podría sernos útil.

—¿A qué se refiere?

—Barro en la carrocería y el interior del coche, fragmentos de tierra incrustados en los neumáticos, ese tipo de cosas. Podría ayudarlos a ustedes a saber dónde estuvo antes de que acabara en el barranco.

—Lo tendré en cuenta.

—Ah...

—¿Qué?

—Se lo noto en la voz. ¿El caso aún no tiene presupuesto?

—No, todavía no.

—Bueno, no tengo ni idea de cuánto cuesta ahora mismo una pedóloga, pero sé que hay poco dinero. Dicho lo cual, la víctima era Stuart Bloom, así que los jefes no querrán dar la imagen de que escatiman esfuerzos.

—¿Estás cien por cien segura, Deborah? —preguntó Clarke.

—Hola, Siobhan. Me pareció verte en la sala de visitas. Digamos que al noventa y nueve coma nueve por ciento. —El teléfono de Sutherland empezó a sonar—. Parece que tiene otra llamada —dijo Deborah Quant—. Debería atenderla. Probablemente sea el comisario de esta semana.

—Las noticias vuelan —dijo Sutherland.

—¿No le parece?

Sutherland cogió el teléfono, finalizó la llamada con Quant y se llevó el dispositivo a la oreja.

—¿Sí, señor? —dijo mientras se dirigía al pasillo.

Cuando él salía, entró Yeats.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Enciende la tetera y te lo contamos —respondió Tess Leighton.

El inspector Malcolm Fox estaba sentado a su mesa mordisqueando un bolígrafo. Tenía la impresión de que le hacía parecer atareado, como si estuviera cavilando grandes ideas o resolviendo un problema complejo. Su pantalla de ordenador mostraba la redacción a medias de un informe sobre la reasignación de recursos para el Equipo de Delitos Graves de la Policía de Escocia. Todo cuanto lo rodeaba seguía pareciéndole nuevo. Gartcosh era la sede del flamante Campus de la Justicia Escocesa, el centro neurálgico de la policía. Un lugar situado a sesenta y cinco kilómetros al oeste de la capital siempre sería otro país para Fox, oriundo de Edimburgo.

El suave rurrún de actividad revelaba que la Policía de Escocia estaba en apuros, aunque, bien mirado, nunca había que buscar demasiado lejos para encontrar una crisis de un tipo u otro. Como el comisario y uno de sus ayudantes habían sido suspendidos mientras eran investigados por varios delitos, Jennifer Lyon, la ayudante del comisario y jefa de Fox, se sentía agobiada por una carga adicional de preocupaciones y trabajo. Pese a ello, Fox no tenía demasiado con qué entretenerse. Había soltado varias indirectas sobre su deseo de desempeñar una función más amplia, pero Lyon le había aconsejado que fuese paciente. A decir verdad, aún estaba en período de adaptación. Había tiempo de sobra.

—Además —añadió Lyon—, si ahora asciende demasiado deprisa, la caída podría ser terrible.

Lyon consideraba que las actuales tareas de Fox constituían una especie de ascenso. Si lo hacía bien, los de arriba podrían fijarse en él. Todo el mundo parecía coincidir en que la política era su punto fuerte. En otras palabras, Fox era un buen oficinista, habilidoso en las reuniones, presentable y más feliz con las oraciones subordinadas que con los subordinados propiamente dichos. A Fox le daban ganas de contestar: «Yo ya he entrado en acción, me he manchado las manos en el pasado». Incluso había intentado que lo trasladaran de Delitos Graves a Crimen Organizado y Antiterrorismo, pero Lyon ni siquiera se lo planteó. A falta de comisario, el subcomisario, que había estado a punto de jubilarse, había tomado las riendas, si bien se apoyaba mucho en Lyon, lo cual significaba que a menudo ella estaba ilocalizable. Fox sabía que los casos importantes habían quedado en suspenso, a la espera de futuras tomas de decisiones. Sus compañeros de Delitos Graves se mostraban ansiosos, al borde del motín, mientras hacían cola para conseguir la autorización de Lyon en tal o cual procedimiento.

Ese era el motivo por el que un par de ellos se puso de pie en cuanto Lyon entró en la amplia oficina diáfana. Un gesto con la mano les indicó que no era un buen momento y Lyon se situó justo detrás de Fox. El pelo de la mujer, teñido de rubio, era quebradizo y se curvaba por los lados como si quisiera enmarcar su rostro. Cuando Lyon se inclinaba hacia delante durante una reunión, su melena le tapaba los ojos, cosa que la volvía indescifrable. Esta vez, mientras su jefa se agachaba para hablarle al oído izquierdo, Fox se concentró en sus labios rosa pálido.

—Me gustaría hablar con usted fuera, Malcolm.

Cuando este se irguió, Lyon ya estaba en el umbral. Mientras él hacía amago de seguirla, vio las miradas de sus compañeros, que querían que intercediera por ellos. Fox negó con la cabeza, se enderezó la corbata y se abrochó la americana.

Una de las peculiaridades de Gartcosh eran sus «zonas de descanso», rincones tranquilos y confortables en donde las varias disciplinas existentes, tales como Delitos Graves, Ciencia

Forense y Fiscalía, podían intercambiar información mientras tomaban un café con relativa calma. El interior del edificio parecía un centro de educación superior con grandes medidas de seguridad. Lyon no había conseguido llegar a su destino sin ser interceptada. Alguien de la Unidad de Fraudes Fiscales estaba soltándole una perorata, mientras ella asentía desganada con la esperanza de que el hombre captara la indirecta.

—Siento interrumpir —dijo Fox al acercarse—. Me comentaba que era un tema urgente, señora. Lyon intentó adoptar un semblante de decepción.

—¿En otro rato, Owen? Lo lamento.

El hombre de Hacienda se fue mirando a Fox con cara de pocos amigos.

—Le enviaré un correo electrónico —le dijo Lyon para que se quedara tranquilo. Luego, bajando la voz para que solo pudiera oírla Fox—: Se lo agradezco. Sentémonos.

Cuando se hubieron acomodado, observaron el ir y venir de los agentes, algunos de los cuales se los quedaron mirando al reconocer a Lyon, mientras se preguntaban con quién se había sentado. Lyon estaba jugando con los cordeles que llevaba al cuello: los de una foto identificativa y una tarjeta de acceso a las zonas más seguras del edificio.

—¿Tiene que ver con el informe? —preguntó Fox.

Lyon negó con la cabeza.

—Es por el caso de Stuart Bloom. —Vio que Fox la miraba inexpresivamente—. Creo que en aquella época estaba usted en Asuntos Internos.

—¿De cuándo estamos hablando?

—Del año 2006.

—Me incorporé al año siguiente.

—La familia de Bloom aún armaba escándalo, y siguió haciéndolo después.

Fox asintió.

—¿El detective privado que desapareció? ¿Su queja original no fue desestimada?

—Y todas las que presentaron después, pero, por lo visto, su cuerpo ha aparecido. Nos preguntarán por qué se nos escapó la primera vez. Según me han dicho, algunos miembros del primer equipo no se cubrieron de gloria, precisamente. —Hizo una pausa y por fin miró a Fox a los ojos—. Quiero que eche un vistazo. Usted trabajaba en Reclamaciones, así que tal vez pueda averiguar qué atajos tomaron, desde las chapuzas cometidas hasta si se produjo una conspiración delictiva. Siempre hubo rumores y me gustaría acallarlos.

—¿Esto no se solaparía con la nueva investigación?

—¿Le quitará a usted el sueño?

—En absoluto. —Fox reaccionó al tono gélido de Lyon irguiéndose un poco—. Yo repasaría los informes originales...

—Hay algo más ahí, Malcolm. La familia siempre aseguró que existía una conspiración, que los nuestros se habían confabulado con los ricos y poderosos, y habían filtrado información a la prensa para que la ciudadanía solo viera una parte de la historia. —Lyon miró a izquierda y derecha para cerciorarse de que no pudieran oírla. Aun así, bajó un poco el tono de voz—. Todavía no vamos a hacerlo público, pero la víctima iba esposada.

—¿Las esposas eran de la policía? —Vio que Lyon se encogía de hombros casi imperceptiblemente—. ¿Cree que hay agentes involucrados?

—Es una de las cosas en las que quiero que piense. Infórmeme directamente a mí. Yo hablaré con quien esté al mando. Lo último que necesitamos ahora mismo es que nos echen más mierda encima. La prensa y los políticos andan pisándonos los talones.

Cuando dejó de hablar, Fox reconoció de pronto en sus ojos la fatiga de haber librado

excesivas batallas, la esperanza de que alguien se ocupara de aquello y lo hiciera desaparecer.

—Déjelo en mis manos —dijo Fox.

Sin asentir ni sonreír en señal de agradecimiento, Lyon se levantó y fue a su despacho, un lugar relativamente seguro. Fox se quedó allí sentado un momento y luego sacó el teléfono para leer la prensa. El cuerpo había sido hallado en Poretoun Woods, al sudeste de Edimburgo. Eso significaba que la base del Equipo de Delitos Graves probablemente fuera Leith. En el país no había demasiadas salas dedicadas a esas operaciones. Fox leyó la noticia y memorizó nombres y detalles. Si Reclamaciones se vio implicado, tuvo que ser bajo la tutela de su antecesor, Ray Hungerford. Ray seguía vivo y Fox se lo encontraba cuando se festejaba alguna jubilación y en los funerales. Al comprobar su lista de contactos, vio que no tenía su número.

Tras dejar el teléfono, miró fijamente la puerta de la oficina de Delitos Graves. Debían de estar esperándolo para que les contara de qué había hablado con la jefa, pero Fox se levantó, guardó el móvil en el bolsillo y salió al mundo exterior.

Fox no necesitó hacer demasiadas llamadas para localizar a Ray Hungerford. Al parecer, en aquel momento era taxista y la compañía le indicó que se encontraba en una parada de Lothian Road. El trayecto de vuelta a Edimburgo se vio ralentizado por unas obras en la M8 y un accidente en la intersección con una vía de acceso. Fox tenía puestas las noticias en la radio, pero la prensa aún no disponía de mucha información. Escuchó una entrevista con la madre de Stuart Bloom, que imploró a quien supiera algo que lo manifestara. Fox no dudaba que muchos responderían a sus ruegos; en su mayoría, gente rara o con ganas de llamar la atención. Algunos lo harían con las mejores intenciones, obstaculizando momentáneamente la investigación. Fox imaginaba que el equipo de Delitos Graves lo encajaría con impaciencia y fastidio.

—Como en los viejos tiempos en Reclamaciones —murmuró para sí mismo cuando el atasco de tráfico empezó a despejarse.

Más allá se extendía Edimburgo, y el castillo, situado sobre su plataforma volcánica elevada, era visible desde varios kilómetros a la redonda. Fox se relajó un poco; entendía mejor la ciudad que Gartcosh. Sabía cómo funcionaba.

Había tres taxis delante del hotel Sheraton, pero uno había retrocedido hacia el final de la cola con los intermitentes puestos y la luz de «libre» apagada. Fox aparcó delante y bajó del coche. Al acercarse al taxi, la ventanilla del acompañante se abrió.

—¿Andas ocupado, Ray?

—Has cogido peso, Malcolm.

—¿Te va bien que hablemos?

—¿De qué?

—¿Nos sentamos atrás?

Hungerford dejó el motor en marcha para disfrutar de la calefacción. Se sentó al lado de Fox y los dos hombres se estrecharon la mano.

—He rechazado tres carreras, que lo sepas —protestó.

—Te lo agradezco. ¿La pensión no te mantiene a flote?

—El taxi es de mi hijo. Solo me ocupo de él cuando está de vacaciones por ahí. Así salgo de casa. No seguirás en Reclamaciones, ¿verdad?

—Ahora estoy en Gartcosh. Delitos Graves.

—La Casa Grande, ¿eh?

—Me han pedido que investigue el caso de Stuart Bloom —dijo Fox.

—Agua pasada. ¿Conque es él a quien han encontrado en el bosque?

—Eso parece. La investigación original no estuvo libre de dificultades.

Hungerford puso mala cara.

—¿Ahora eres diplomático o algo similar? A mí siempre me ha gustado hablar claro.

—De acuerdo. El caso original fue una cagada desde el principio.

—Estaba al mando un buen hombre —repuso Hungerford—. Nunca oí una mala palabra sobre Bill Rawlston.

—¿Y los agentes que tenía a sus órdenes?

Hungerford frunció los labios.

—Una bonita colección de gilipollas, incompetentes y oportunistas.

—Imagino que incluiste esa valoración en tu informe.

—No hubo un informe propiamente dicho; todo eran habladurías. Es probable que unos cuantos agentes fueran homófobos. Solía ser casi inevitable. Interrogaron a algunos amigos de Bloom pertenecientes a la escena gay y no los trataron precisamente con guantes de seda. Al mismo tiempo, había un buen policía de Glasgow que no quería que involucraran a su hijo, aunque ese hijo tuviera que ser tratado como sospechoso. —Hungerford hinchó las mejillas y espiró—. Por su parte, los dos magnates...

—¿Jackie Ness y Adrian Brand?

Hungerford asintió.

—Competían por ver quién de los dos la tenía más larga. Sus abogados protestaban a la mínima y los periodistas invitaban a una copa a cualquiera que tuviese una historia que contar...

—¿Incluidos algunos agentes que participaban en la investigación?

—Sin duda. Me atrevería a decir que tú hiciste algo parecido cuando trabajabas. Yo desde luego, lo hice. Un tío te invita a un buen whisky, empieza a caerte bien y consideras que merece algo a cambio. A algunos policías les chiflaba ver publicado un artículo de prensa al que habían contribuido.

—¿Algún nombre en particular?

Hungerford se quedó pensativo unos segundos.

—¿Toda esta arqueología solo porque han encontrado el cuerpo?

—Los mandamases quieren cerciorarse de que no vayan a aparecer zombis entre los esqueletos.

—¿Y te lo han encargado a ti porque estabas en Reclamaciones?

—Sí, más o menos.

Hungerford asintió pensativo.

—Lo único que hicimos fue leer los informes del caso y hacer unas cuantas preguntas. Era obvio que se habían cometido errores. Nuestra gente fue negligente u obstructiva. No era la primera vez que pasaba y, desde luego, tampoco fue la última.

—¿Hicisteis alguna recomendación?

—A un par de agentes podría haberles caído una buena si hubiéramos querido. Uno de ellos se llamaba Steele.

—Déjame adivinar: el otro era Edwards.

—¿Los conoces?

—Actualmente trabajan para Anticorrupción en Gartcosh.

—En aquel momento eran agentes uniformados, pero se andaban con juegucitos.

—¿Por ejemplo?

—Tenían otros trabajos a tiempo parcial, sobre todo en seguridad. Incluso habían formado parte del servicio de guardaespaldas de Adrian Brand.

—¿Necesitaba guardaespaldas?

—Corrían rumores de que había robado dinero a un gánster irlandés que mantenía vínculos con los paramilitares. Hubo un enfrentamiento.

—¿Finalmente no salió nada a la luz?

—Que yo sepa, no. Pero, desde luego, había algo raro en Steele y Edwards. Tenían coches de lujo y hacían viajes caros. Siempre llevaban la mejor ropa, relojes de diseño...

—Todo, con un salario de poli.

—Pero, como te decía, nunca llegamos a desenmascararlos.

—¿Contaban con protección?

Hungerford se encogió de hombros.

—Brand reservaba mesas en un montón de cenas benéficas e invitaba a muchos mandamases y parlamentarios.

Fox se puso pensativo.

—¿Y cuando acabasteis con los informes...?

—Los enviamos a la CCU para que les echaran un vistazo. No se averiguó nada, así que los archivaron. Quienes lleven ahora las riendas probablemente estén leyéndolos con mucha atención, ¿no crees?

—Siempre que estén alertas.

—No siempre es así, ¿verdad? —dijo Hungerford entre carcajadas.

—Aparte de Steele y Edwards, ¿alguien más digno de mención?

—Joder, Malc, mi memoria ya no es lo que era. —Hungerford se frotó la barbilla—. Mary Skelton, aunque no diera problemas; era guapa y muy agradable. De Doug Newsome podría decirse que era un vago; no siempre redactaba informes rigurosos. —Hizo una pausa y sonrió—. Y luego estaba John Rebus, claro.

Fox torció el gesto.

—¿Por qué dices «claro»?

—En mi época en Asuntos Internos, Rebus nunca andaba muy lejos de recibir un rapapolvo o una suspensión. ¿Nunca entrasteis en conflicto?

—Rebus se jubiló a finales de 2006. Bueno, más o menos.

—Suena como si te hubieras cruzado con él, ¿no?

—John Rebus siempre se las arregla para reaparecer. ¿Algo en particular que manchara su reputación en el caso Bloom?

—Era amigo del padre del novio, un policía de Glasgow. Decían que quedaban de vez en cuando para tomar algo.

—Lo cual podría no tener la menor importancia.

—A menos que se produjera un intercambio de información. No pudimos demostrar nada.

Fox se quedó pensativo unos instantes y asintió.

—Gracias por tu tiempo, Ray. Te lo agradezco mucho. Me alegro de que nos hayamos puesto al día.

—Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Hungerford extendió el brazo, pero no para encajar el apretón de manos que le ofrecía Fox. Tenía la palma hacia arriba y ladeó la cabeza en dirección al taxímetro, que había estado en marcha en todo momento.

—Veinticinco con cincuenta —dijo—. No te preocupes —añadió guiñando un ojo—, te haré una factura por treinta.

Los demás se habían excusado después de tomar una copa, pero Clarke y Sutherland se quedaron un rato. Él fue a buscar una tónica para Clarke y media IPA para sí con el fin de añadirla a la pinta que casi se había terminado. El bar era de los más caros de aquella zona de Leith, lo cual significaba que la policía podía sentirse relativamente segura. Aun así, estaban sentados a una mesa esquinera desde la cual pudieran ver la puerta.

—¿Seguro que no quiere ginebra con eso? —preguntó Sutherland.

—Prefiero no causar una mala impresión.

—Dos gin-tonics después del trabajo difícilmente constituyen una falta disciplinaria. — Sutherland hizo un brindis—. Hablando del tema...

—¿Qué sabe?

—Solo que Anticorrupción creía que estaba pasando usted información a una amiga suya periodista.

—No es cierto.

—Y también que utilizó un ordenador del trabajo para intentar facilitar información a esa misma periodista.

—Quedé absuelta.

—Desde luego, y está resentida por la acusación.

—Me hicieron sentir como si fuera un mal policía, y no lo soy.

—Esos dos agentes de Anticorrupción...

—Steele y Edwards.

Sutherland asintió.

—¿Les guarda rencor acaso?

—No.

—Me parece que no acaba de decirme la verdad.

—Depende de cómo defina «rencor». ¿Les haría un favor en el futuro? No. ¿Querría que alguien les atacara en un callejón oscuro? No.

—¿Y si los viera tomando una copa y poniéndose luego al volante?

—Los denunciaría pitando.

Ambos sonrieron y miraron sus respectivos vasos. Clarke se recostó, haciendo girar la cabeza, sintiendo la tensión allí.

—Recuerdo que en Inverness había un trepa que no caía bien a nadie —dijo Sutherland—. Tenía un problema con la bebida, pero le cubríamos las espaldas cuando era necesario. Cuando se jubiló, hubo una fiesta en la cafetería con algo más que tentempiés. Todos aplaudimos, le dimos el regalo que habíamos comprado y salimos a despedirlo cuando se iba a casa en coche. Alguien informó a Tráfico, lo pararon y perdió el carné.

—Supongo que es justo. —Clarke dio un sorbo—. ¿Se crio usted en Inverness?

Sutherland asintió.

—No me queda mucho acento, excepto cuando visito a la familia. Veo que es usted inglesa.

Clarke negó con la cabeza.

—Nací y me crié aquí. Es culpa de mis padres. ¿Y en dónde más ha estado aparte de en

Inverness?

—En Aberdeen, Glasgow e incluso en Skye una temporada.

—¿Hay Departamento de Crímenes en Skye?

—Me gusta pensar que yo lo erradiqué. —Sutherland brindó consigo mismo—. ¿Alguna vez ha trabajado fuera de Edimburgo?

—Me destinaron a Glenrothes cuando desapareció Stuart Bloom.

—Qué suerte. Si hubiera participado en el caso, ahora no podría formar parte de mi equipo por un conflicto de intereses.

Clarke asintió distraída.

—Entonces ¿dónde vive ahora? —preguntó cuando hubo pasado un rato.

—En Shettleston, en Glasgow.

—¿Se ve Barlinnie desde allí?

—Más o menos. ¿Y usted?

—A cinco minutos de aquí. Cerca de Broughton Street.

—¿Sola? —Vio cómo Clarke asentía—. Yo también. No siempre ha sido así, pero ya sabe cómo funciona. Decidí casarme con mis palos de golf. Imagino que usted no juega, ¿verdad?

—¿Tengo pinta de golfista?

—No lo sé. ¿Qué pinta tienen?

—Mi idea del aire libre y del ejercicio son la cafetería y el quiosco del barrio.

En aquel momento empezó a vibrar el teléfono de Clarke, que tenía al lado del vaso por si volvían a llamar desde la cabina.

—¿No lo coge? —preguntó Sutherland.

—No es importante.

Ambos esperaron a que finalizara la llamada.

—Tengo la sensación de que es usted más compleja de lo que parece, inspectora Clarke.

—No lo soy, créame.

Sutherland se quedó pensativo un momento, levantó el vaso y la observó a través del vidrio alzado. Cuando volvió a dejarlo sobre la mesa frunció los labios.

—Sé que Tess ha echado un primer vistazo al informe del caso Bloom, pero me gustaría leerlo.

—¿Por qué?

—Es posible que mencione a nuestros amigos Steele y Edwards. A lo mejor, puede guardarse algo para utilizarlo en el futuro.

Clarke lo miró fijamente.

—Fue usted quien avisó a Tráfico, ¿verdad? —La ceja izquierda fue lo único que movió Sutherland—. Si me responde, se lleva un premio.

—De acuerdo, estoy intrigado.

—Una partida de *pitch and put* en Bruntsfield Links.

—Es una oferta difícil de rechazar. Pero a lo mejor lleva usted micrófono, así que...

Sutherland le sostuvo la mirada y luego asintió de manera lenta y clara.

—Pero tendrá que ser en un día templado, eso sí —advirtió Clarke.

—¿Y cuántos de esos hay en Edimburgo?

—Hace un par de años, tuvimos uno.

Ambos se echaron a reír.

En el parque de Meadows una vez más, iluminados por las farolas de Melville Drive.

Había dejado de llover, pero la hierba estaba mojada y el frío les calaba los zapatos y les enfriaba los dedos de los pies. Rebus llevaba las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, y Clarke se había puesto la capucha de la chaqueta impermeable. Más adelante, Brillo estaba olisqueando un rastro invisible. Era como ver a un niño trazar una línea en una hoja de papel.

—Es un tipo obstinado —dijo Clarke.

—Por no hablar de incansable. No sé a quién me recuerda.

—Quería preguntarte por Steele y Edwards. ¿Hasta qué punto crees que fueron corruptos en su día?

—Ya conoces el dicho: hay que saber nadar y guardar la ropa.

—Yo pensaba que eso era con la gente de Fife.

—También. Lo único que necesitas conocer es que eran así. Se lo guardaban todo para ellos. Siempre se sentaban muy juntos a otra mesa. Si hubo un cerebro, este fue cien por cien propiedad de Brian Steele. Grant Edwards tenía fuerza y poco más.

—No ha cambiado mucho.

—Bueno, tú has tratado más con ellos últimamente, pero entonces nadie creía que fueran a durar mucho en la policía. Más bien, que acabarían denunciados por algo o se irían a algún sitio donde calentara más el sol.

—¿Y eso qué significa?

—Steele tenía un par de coches de lujo y se dedicaba a llevar peces gordos de un lado a otro. Probablemente fuera así como empezó a relacionarse con Adrian Brand. Siempre decía que el trabajo de policía era aburrido.

—¿Y Edwards?

—A veces, conducía. Muchas noches libres trabajaba de portero en una discoteca. Decían que había invertido dinero en un lavado de coches cerca de Forth Bridge.

—¿Intentaron influir en la investigación?

—¿Por orden de Brand, quieres decir? —Rebus se quedó pensativo unos instantes—. Sí, es posible. Probablemente no le hicieran ascos a un puñado de billetes. Brand querría que lo mantuvieran informado o asegurarse de que no le causaban demasiados problemas.

—Hoy nos ha visitado el relaciones públicas de Brand. Quiere más o menos lo mismo.

—No me atrevería a decir que esté cobrando menos por sus servicios. —Rebus sacó un encendedor del abrigo e hizo girar la rueda hasta que apareció una llama—. Joder, ojalá fumara todavía.

—No creo que tus pulmones estén de acuerdo con eso.

—Mi especialista pretendía que me comprara una bicicleta estática. ¿Te lo imaginas?

—No, la verdad es que no.

—Yo, en el piso, pedaleando para no ir a ninguna parte.

En Melville Drive se había detenido un coche. Oyeron cómo se cerraba la puerta y, al darse la vuelta, vieron a una figura oscura que se aproximaba.

—Vuelve el hijo pródigo —anunció Rebus—. ¿O es un cerdo el que regresa? Estoy un poco oxidado.

—Hola a ti también, John. —Malcolm Fox señaló el encendedor—. Creía que lo habías dejado.

—Es por si decido palmarla con un destello de gloria.

Fox se acercó a Clarke para darle un beso en la mejilla.

—Tranquila, esto no es Francia —bromeó Rebus.

—¿Cómo estás, Siobhan?

Clarke asintió.

—¿Y tú, Malcolm?

Fox también asintió y se volvió hacia Rebus.

—Lo primero que hice fue ir al Oxford Bar, pero me dijeron que ya apenas te ven por allí. A mi edad debería estar curado de espantos, pero reconozco que me ha sorprendido.

—Sí, han tenido que rebajar las previsiones de ingresos. El mercado bursátil no está contento. Y hablando de ambientes agradables, ¿qué tal por Gartcosh? ¿Habéis perdido a más jefazos últimamente?

—No es un remanso de paz, que digamos.

—De un tiempo a esta parte, solo se habla de acoso. Espero que no lo hayas sufrido a la hora del recreo, Malc. Todos sabemos que eres un alma sensible. En mi época, aguantábamos los golpes sin protestar.

—Quizás eso explique por qué acabaste con tantos moratones.

Rebus abrió los brazos.

—¿Tú ves alguno?

Fox se dio unos golpecitos con el dedo en la frente.

—Me refería más bien a esto.

Rebus cerró los ojos.

—Bueno, pese a los daños cerebrales, veamos si todavía puedo leer al menos la mente. Veo un esqueleto en el coche, mucho revuelo de periodistas y a los jefazos ansiosos por un viejo caso y por quienes trabajaron en él. —Abrió de nuevo los ojos—. Y aquí estás tú.

—No has perdido tus habilidades —dijo Fox fingiendo que aplaudía.

—Estás trabajando en la Casa Grande y antes estabas en Reclamaciones. ¿A quién iban a mandar a husmear, si no?

Rebus miró a Brillo, que estaba dando vueltas alrededor del recién llegado. Fox se agachó y le dio una palmadita.

—Mencionaron tu nombre de pasada —reconoció enderezándose de nuevo.

—¿Y a Brian Steele y Grant Edwards? —preguntó Clarke.

—A ellos, también. —Fox se la quedó mirando—. ¿Qué andas buscando, Siobhan?

—Trabajo en el Equipo de Delitos Graves.

—¿Estás al mando?

Clarke negó con la cabeza.

—El inspector jefe Sutherland.

—Siobhan también tuvo un encontronazo con Anticorrupción —dijo Rebus.

—¿Te refieres a Steele y Edwards?

—Antes los llamábamos los Chuggabugs —comentó Rebus.

Fox seguía mirando a Clarke.

—¿Has solicitado las notas del caso de 2006?

—Sí.

—Necesito echarles un vistazo.

—Eso es asunto del inspector jefe Sutherland.

—En realidad, es asunto de la ayudante Lyon, y estoy seguro de que ya le ha mandado el mensaje correspondiente a tu jefe.

—¿No es bonito, Siobhan? —dijo Rebus arrastrando las palabras—. Una vez más, tú y Malcolm trabajando juntos en un caso.

—A decir verdad, lo que yo estoy haciendo es investigar un asesinato —replicó Clarke.

—Eso es cierto, Malcolm —dijo Rebus—. Tú, en cambio, has vuelto a tu antigua especialidad, que consiste en remover la mierda para echársela por encima a tus compañeros, ya estén en activo, jubilados o enterrados hace mucho. Estarás satisfecho. —Hizo una pausa—. Vives en un adosado, ¿no es cierto?

Fox frunció el ceño por el cambio de tema.

—Sí —respondió al fin.

Rebus asintió para sí mismo.

—Por eso nunca pude vivir en uno. —Le vino una idea repentina y desvió su atención hacia Clarke—. Ojo, si Malcolm descubre algo sucio sobre los Chuggabugs, a lo mejor no se trata de un mal resultado.

—Alguien tendrá que explicarme lo de ese apodo —dijo Fox.

—Son unos personajes de unos dibujos animados —respondió Clarke.

—Que recientemente fueron a por Siobhan —añadió Rebus—. De ahí ese apetito por sus trapos sucios.

—John, no olvides que la suciedad tiene la habilidad de propagarse —advirtió Fox.

—Los meados, también —contestó Rebus señalando a Brillo, que tenía la pata ladeada hacia el tobillo de Malcolm Fox.

Había aparcamiento justo delante del edificio de Clarke. «Qué suerte», pensó. Entonces se preguntó si estaba ocupado justo antes de que ella llegara y recordó el coche de la noche anterior. Era exactamente el mismo lugar. Cuando cerró el Astra, miró a un lado y otro de la calle, aunque todos los coches parecían vacíos. Tampoco había nadie merodeando por la acera. Pero en el momento en que se acercó al edificio, vio algo pintarrajeado en la puerta, unas letras plateadas grandes que resaltaban sobre la pintura azul oscuro. Clarke sacó el teléfono y activó la linterna pese a que ya había podido leer el mensaje. Pero solo quería asegurarse de que ponía lo que ella pensaba.

«¡¡¡AQUÍ VIVE UNA CERDA!!!».

«¡¡¡LÁRGATE, ESCORIA!!!».

Clarke examinó el resto de la puerta, que estaba impoluta. Pero entonces se fijó en el interfono. Habían utilizado el mismo rotulador plateado para tapar su nombre. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y lo pasó por encima de la tinta, que no estaba del todo seca. Volvió a mirar a ambos lados de la calle y metió la llave en la cerradura. Una vez dentro, apoyó la espalda en la puerta y esperó, pero no había nadie escondido ni bajando las escaleras. Cuando llegó a su descansillo y miró la puerta del piso, le latía el corazón a toda velocidad. El grafitero no había llegado hasta allí. O, si había...

Clarke abrió la puerta y estudió el recibidor antes de entrar. Una vez que hubo cerrado, se acercó a la ventana del comedor y observó la calle y las ventanas de enfrente antes de bajar las persianas y encender las luces.

JUEVES

Había cámaras de televisión frente a la comisaría de Queen Charlotte Street. Al acercarse, Siobhan Clarke vio a Catherine Bloom concediendo una entrevista. A la altura del pecho sostenía una fotografía ampliada de su hijo. Junto a ella, se encontraba Dougal Kelly, asegurándose de que su cartel de JUSTICIA PARA STUART fuera bien visible. El padre de Stuart se mantenía apartado de la escena, observando a su mujer con lo que a Clarke le pareció una mezcla de orgullo y resignación. La campaña había sido larga y aparentemente incesante, pero había pasado factura. Media docena de periodistas de medios impresos estaban escuchando la entrevista para la televisión y grabándola con sus teléfonos móviles. Uno de ellos miró esperanzado a Clarke, pero ella negó con la cabeza. Apenas hubo entrado en el edificio, le llegó el mensaje de texto: «¿Nos vemos luego?». Pero las cafeterías y las vinotecas habían supuesto el comienzo de las rencillas de Clarke con Anticorrupción. Smith era la única especialista en sucesos que quedaba en el *Scotsman*, y la relación había sido fructífera. La periodista nunca sobrepasaba los límites establecidos ni publicaba nada sin el consentimiento previo de Clarke. Pero cuando escribió sobre la suspensión de varios agentes situados en lo alto de la jerarquía de la Policía de Escocia, Anticorrupción empezó a preguntar quién estaba filtrando información.

Lo cierto era que Smith ni siquiera se lo contó a su buena amiga Siobhan Clarke, que ignoró el mensaje y subió las escaleras. Estaba un poco adormilada, ya que la noche anterior se había pasado media hora borrando la pintada de la puerta principal lo mejor que pudo. La había vuelto a mirar aquella mañana y aún podía leerse, incluso cuando las letras apenas fueran visibles. ¿Qué pensarían sus vecinos? Algunos sabían que era policía pero otros, no. En cuanto pudiera dejar de bostezar, buscaría un pintor que le diera un par de capas. Porque había algo más: hacia la una de la madrugada, justo cuando iba a acostarse, recibió otra llamada de la cabina de Canongate. «¿Qué quieres?», respondió malhumorada, y oyó que colgaban.

—Me alegra que nos acompañe, inspectora Clarke.

La atronadora voz con acento de Glasgow pertenecía al comisario Mark Mollison, jefe de división en Edimburgo. Clarke sabía que debería haber esperado una visita, sobre todo cuando la prensa andaba por la zona.

—Acabamos de debatir cuándo y dónde celebrar la primera rueda de prensa. ¿Se le ocurre algo?

Clarke observó la sala. Estaban todos allí, así que había sido la última en llegar. Sutherland y Reid se encontraban junto a la pared, con su extensa muestra de mapas, fotos y recortes. Habían recibido el último ordenador y una impresora. Entonces se dio cuenta de que los ruidos que había oído en la habitación contigua procedían de los últimos miembros del personal de apoyo instalándose.

—Lo cierto es que no, señor —respondió.

Mollison se encontraba en el centro de la sala, con las manos a la espalda y balanceándose sobre los talones. Medía más de un metro ochenta y tenía la cara llena de venas rotas que desembocaban en una nariz que no habría deshonrado a Rudolf el reno.

—En principio, esta mañana examinarán de nuevo el lugar donde fue hallado el coche y un equipo rastreará exhaustivamente el bosque...

—El señor Mollison quiere saber si Poretoun Woods podría funcionar como un telón de fondo evocador —interrumpió Sutherland.

Clarke captó el tono de su jefe.

—No sé si tenemos mucho que decir a los medios en este punto concreto de la investigación —aventuró.

Sutherland asintió.

—Desde luego, disponemos de información que no queremos que ellos tengan —añadió Callum Reid.

—¿Las esposas? —preguntó Mollison—. ¿Alguna novedad al respecto?

—Los forenses se hallan estudiándolas con detalle —respondió Sutherland—. Por ahora, lo único que sabemos es que son un modelo antiguo. En otras palabras, no eran de uso policial cuando desapareció Bloom.

—Acabará saliendo a la luz. Necesitamos una estrategia para gestionarlo.

—Por supuesto.

—¿Hoy, entonces, no habrá rueda de prensa?

—Podríamos replantearnos la idea esta tarde, señor.

Mollison intentó ocultar su decepción.

—Entonces puedo volver a St. Leonard's. No me gustaría pensar que estoy entreteniéndolos.

Mientras hablaba, miró de soslayo a Clarke. Con un gesto de despedida al resto del equipo, salió de la oficina emitiendo un repiqueteo con las suelas de cuero, y los allí presentes empezaron a relajar los hombros y a espirar.

—Podría haberme avisado alguien —protestó Clarke.

—No nos has dado tu número —respondió Emily Crowther.

—Entonces, eso es lo primero que debemos hacer —dijo Sutherland—. La información de contacto de todo el mundo clavada en una hoja de papel a la pared y copiada en sus respectivos teléfonos.

—También podríamos crear un grupo de WhatsApp —propuso Crowther.

—Si lo consideran útil... —Sutherland vio que Phil Yeats se dirigía a la cafetera—. El café puede esperar, Phil —le advirtió.

—En el caso de Siobhan, no lo tengo muy claro —comentó George Gamble—. Debió de entretenerla hasta muy tarde, Graham.

Hubo sonrisas detrás de las mesas. Sutherland no participó en ellas pero Clarke, sí. Lo último que quería era que el equipo se dividiera en facciones. Mientras iban pasándose una hoja para anotar sus datos, Clarke se acercó a Sutherland, que había vuelto a su silla y había empezado a teclear.

—¿Ha tenido noticias de Gartcosh? —preguntó.

—¿Cómo lo sabe?

—Malcolm Fox y yo nos conocemos desde hace mucho y me lo encontré ayer por la noche.

—¿Salieron los dos hasta tarde, entonces?

—Decidí que sería mejor echar un vistazo al campo de *pitch and putt* para ver en qué lío me había metido.

Sutherland esbozó una media sonrisa.

—Fox no tardará en llegar. He informado a todo el mundo esta mañana y le he ordenado a Tess que le haga de canguro. Si cree que hay algo que debería saber ella de antemano...

Clarke asintió y fue hacia la mesa de Tess Leighton.

—He trabajado con Fox anteriormente —dijo—. Es bueno con los detalles; antes estaba en

Reclamaciones. Es meticuloso, puede que un poco minucioso incluso.

—Pero ¿está soltero? —terció George Gamble—. Eso es lo que le interesa a Tess.

—Que te den, George —repuso Leighton con aspereza. Después, a Clarke—: ¿Olores corporales o mal aliento? ¿Pedos y eructos?

—Creo que pasará la nota de corte.

—Entonces ponlo un escalafón por encima de George.

—¿No te olvidas de algo, Tess? —respondió Gamble—. Trabajaba en Reclamaciones, lo cual significa que disfruta siendo cruel con gente como tú y como yo. Quizá no huela mal, pero eso no significa que no apeste.

La productora de Jackie Ness tenía sus oficinas en un reluciente edificio de cristal en Fountainbridge. Clarke y Emily Crowther habían sido enviadas allí a interrogarlo. Durante el trayecto, Crowther le contó que había estudiado Literatura inglesa en la universidad y que la policía distaba mucho de ser su primera opción profesional. Se había criado en Fife y su novio regentaba una tienda de bicicletas cerca de Dunfermline. Compartían casa en la ciudad y planeaban casarse. Cuando se disponía a preguntar por la vida de Clarke, esta anunció que habían llegado.

Crowther era esbelta y rubia, y probablemente quince años más joven que su compañera. Llevaba una falda hasta las rodillas, medias negras finas y tacones de tres centímetros. No parecía ni actuaba como una agente de la ley y Clarke empezó a intuir por qué la había elegido Sutherland para aquella tarea.

El nombre de la productora era Locke Ness. En la pared que había detrás del mostrador de recepción se veía el logo sobresaliendo de las profundidades de una extensión de agua.

—Qué ingenioso —dijo Crowther, lo cual pareció complacer a la joven recepcionista.

—El señor Ness estará con ustedes en breve —anunció.

—Habíamos quedado a una hora —respondió Clarke con firmeza—. Si quiere hacernos perder el tiempo, podemos acabar esto en la comisaría.

La sonrisa de la recepcionista se desvaneció.

—Preguntaré —dijo, y desapareció detrás de una puerta.

Crowther se acomodó en el sofá de piel mientras Clarke examinaba una estantería con premios baratos y una pared cubierta con carteles de películas como *Zombies vs. Bravehearts* y *Los asesinatos del comedor de opio*. Había leído un poco acerca del productor. El tipo había empezado como propietario de una cadena de videoclubes pero, luego, invirtió en películas de terror de bajo presupuesto antes de pasarse al cine más comercial. Clarke no recordaba haber visto ninguna de sus producciones.

La recepcionista volvió acompañada por un hombre que estaba poniéndose la americana.

—Hay un restaurante aquí al lado —dijo—. No he desayunado. ¿Qué les parece si vamos? Soy Jackie Ness, por cierto. —Se fijó en Emily Crowther y agitó un dedo hacia ella—. La luz la ama, ¿lo sabía? Capta su rostro a la perfección. —Se volvió hacia la recepcionista—. Estás de acuerdo, ¿verdad, Estelle? —Después, a Clarke—: No habrá mucha gente en el restaurante. Aún no es la hora de comer. Suelen reservarme una mesa esquinera. No es como si estuviéramos grabando todo esto o algo parecido, ¿verdad? Se trata solo de los antecedentes.

—Una palabra más adecuada podría ser los «preliminares» —dijo Clarke—. No ha sido usted todavía apercebido ni tampoco va a necesitar un abogado.

—Con lo que cuestan, me alegro. ¿Y usted es...?

—La inspectora Clarke. Esta es la agente Crowther.

Ness desvió nuevamente su atención hacia Crowther.

—¿Solo agente o es que no existe agente de primera? —Levantó una mano de inmediato—. Lo sé, no debería haberlo dicho. No he podido evitarlo. Discúlpenme.

—Veo que sigue viviendo usted en la época del Betamax.

Ness decidió ignorar el reproche de Clarke.

—Media hora —indicó a la recepcionista a medio camino de la salida.

—O más si es necesario, Estelle —apostilló Clarke.

El restaurante ofrecía mayoritariamente hamburguesas, y eso fue lo que pidió Ness, aunque vegetariana, y una Irn-Bru, mientras que las dos agentes se decantaron por un café. Pero el hombre tenía razón: eran los únicos clientes y los ubicaron en el lugar favorito de Ness. Clarke y Crowther se sentaron delante de él y lo observaron mientras se quitaba la americana.

—Menopausia masculina —les dijo—. O estoy sudando o estoy helado.

—Un poco mayor para la menopausia, ¿no? —comentó Clarke.

—A mí me habían dicho que eras tan joven como la mujer que tenías al lado —repuso Ness entre carcajadas.

A Clarke no dejaba de asombrarla que aún existieran personajes como aquel, y pensó en el monstruo del lago Ness, el último de su especie.

—Aparte de Ness, ¿existe un Locke? —preguntó.

—Es un antiguo socio. Discutimos porque intentó evadir impuestos. Pero a la gente le hace gracia el nombre, así que no me molesté en cambiarlo.

—¿Algún proyecto en ciernes?

—Siempre hay algo a la vista. De hecho, estamos saturados de propuestas y guiones fantásticos que probablemente no lleguen a rodarse. La mayoría de las veces, el dinero no se materializa.

—¿No es usted el que proporciona el dinero?

—Yo encuentro el dinero, y eso es una habilidad totalmente diferente. La portería se ha movido de sitio, como si dijéramos. Cuando empecé, todo se comercializaba directamente en vídeo. Ahora, en cambio, todo es digital. Hay chavales rodando películas con su teléfono móvil, editándolas en el ordenador y colgándolas en Internet. Están Amazon y Netflix. Todo el mundo ve las películas en *streaming*. Las ventas de DVD y Blu-Ray están desplomándose. En realidad, no es que la portería se haya movido, sino que se trata de un deporte completamente distinto.

—Pero usted, ¿puede sobrevivir?

—¿Qué otra cosa voy a hacer si no?

Clarke le calculó poco más de sesenta años. Tenía el cabello blanco pero abundante y lucía un bronceado cortesía de un crucero de invierno o, más bien, de una cabina de rayos uva. Llevaba un buen corte de pelo, aunque en el último afeitado se hubiera dejado un poco de vello en su cara redonda y brillante. Se había arreglado la dentadura y conservaba la presuntuosidad necesaria propia de su trabajo, si bien no llevaba la camisa planchada, y la llamativa corbata carmesí no lograba ocultar que le faltaba un botón.

Al igual que la industria a la que pertenecía, Jackie Ness había vivido tiempos mejores.

—Hemos venido a hacerle unas preguntas sobre Stuart Bloom —dijo Clarke ahora que habían roto el hielo—. Trabajaba para usted cuando desapareció.

—Es terrible. Lo primero que pensé fue lo que todo el mundo: una pelea entre amantes.

—¿Y cuando no volvió a aparecer?

—A veces, la gente solo quiere esfumarse. Hice una película sobre este mismo asunto: un discreto director de banco abandona a su familia y se convierte en justiciero.

—¿Cómo era su relación con el señor Bloom?

—No teníamos ningún problema. No era caro, parecía conseguir información interesante...

—¿Información sobre Adrian Brand?

—Alias el Cabronazo. —Ness miró a ambas agentes—. Con perdón.

—¿Alguna vez sospechó usted que Brand pudiera saber lo que estaba pasando?

—¿Se refiere a si hizo que liquidaran a Stuart? —Ness frunció el ceño—. Siempre fue una posibilidad. Brand se juntaba con mala gente y Stuart estaba a punto de demostrarlo.

—¿Algo que hubiera podido ponerlo en peligro?

—En aquel momento, la policía investigó, pero no fue muy lejos. —Ness dejó de hablar en cuanto llegó su hamburguesa. La cogió y le dio un mordisco. Seguía masticando cuando aparecieron las bebidas—. Sírvanse un poco de boniato frito.

—¿Qué pensó cuando encontraron el coche en Poretoun Woods? —preguntó Clarke.

Ness negó vigorosamente con la cabeza.

—No pudo haber estado allí todo ese tiempo.

—¿Por qué?

Clarke esperó a que Ness tragara y le diera un sorbo a la Irn-Bru.

—Yo solía rodar allí. Puede que no fuera en ese lugar exacto, pero siempre estábamos por esos bosques. Cualquier cosa vagamente medieval o relacionada con zombis o niños asustados se grababa allí.

—El coche se encontraba bien camuflado en una hondonada bastante profunda.

—Le estoy diciendo que lo habría visto. A lo que debo añadir que esos bosques fueron resultado de un proyecto personal mío. El bosque y la casa. Me gasté una fortuna restaurándolos.

—¿Cómo se restaura una zona boscosa? —preguntó Crowther con lo que parecía auténtica curiosidad.

—Plantando especies raras y autóctonas en lugar de árboles para cultivo. Consulté a varios expertos en silvicultura y tuve en cuenta todo cuanto dijeron.

—Está usted diciendo, entonces, que gozaba de un conocimiento pormenorizado de Poretoun Woods —comentó Clarke, y Ness la miró a los ojos por encima de la hamburguesa.

—Ya sé adónde quiere llegar. Insinúa que yo conocía el barranco y sabía que era un buen escondite. Pero ¿por qué iba yo a matar a Stuart? Era una persona fantástica que se limitaba a hacer su trabajo y a disfrutar del fin de semana.

—¿Los fines de semana eran especiales para él?

—Había una discoteca en la Ciudad Nueva que le gustaba, cerca de Leith Street. Creo que se llamaba Rogues. Él y Derek eran clientes habituales.

—¿Se refiere a Derek Shankley? ¿Llegó a conocerlo?

—Lo vi un par de veces. No mencionó nunca que su padre fuera policía. Por lo visto, no estaba muy contento con lo de su hijo y Stuart.

—¿Y usted, señor Ness?

—No tengo ningún problema con los homosexuales. Algunos de los mayores talentos de mis películas lo eran. En aquella época, puede que no todos hubieran salido del armario, pero las cosas funcionaban así. Incluso ahora, muchos nombres conocidos son reacios a declararse homosexuales. Podría decirle unos cuantos que la sorprenderían.

—¿Por qué vendió Poretoun House?

La expresión de Ness se volvió un poco sombría.

—Invertí demasiado dinero de mi bolsillo en una película que creía que triunfaría. Entonces, Billy... Billy Locke... tuvo ese encontronazo con Hacienda y a la empresa, de repente, se le

acumularon las multas que pagar.

Ness se encogió de hombros y dejó los restos de hamburguesa encima de la tabla de madera en la que se la habían servido. El pequeño cubo de estaño que contenía las patatas seguía intacto. Ness contuvo un eructo.

—¿Por qué cree que eligieron ese sitio en particular? —preguntó Clarke.

—A lo mejor, para intentar involucrarme. Parece lógico que se trató de alguien que conocía mi relación con el bosque.

—Pero actualmente es propiedad de su antiguo rival.

Ness puso mala cara.

—Aquello fue una puñalada por la espalda. Creí que hacía bien en vendérselo a Jeff Sellers, y luego él va y cierra un acuerdo precisamente con Brand. ¿Y sabe por qué lo hizo Brand?

—¿Por qué?

—Para putearme. Disculpen la expresión una vez más. Por lo que he oído, está dejando que la casa se pudra. Y el bosque, también. Permite que crezcan especies invasivas. Eso es exactamente lo que son él y los de su calaña: especies invasivas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Los hombres como él son poco más que saqueadores y timadores. Dice y hace lo que sea necesario para conseguir las tierras que quiere, y luego construye cualquier porquería en ellas. Yo quería esa zona verde para erigir el primer estudio cinematográfico de Escocia. Habría significado puestos de trabajo y prestigio. Brand quería un campo de golf para sus amigos ricos y, aun así, habría reducido sus dimensiones para meter más casas chabacanas de las suyas.

—¿Todavía andan ustedes a la greña?

—Me cansé de pagar las facturas de los abogados. Quería recuperar mi vida. Además, cuanto más tiempo pasaba Stuart desaparecido, más fácil era interpretarlo como un mensaje en la línea de «déjanos en paz a mí y a mi negocio».

Clarke sacó su cuaderno y hojeó varias páginas, buscando su siguiente pregunta con gran afectación.

—¿Alguna vez ha tenido trato con dos hombres llamados Steele y Edwards?

Ness soltó un resoplido.

—Me pararon un par de veces para decirme que iba a más velocidad de la permitida, pero yo sabía qué estaba ocurriendo. Stuart ya me había advertido de que Brand los tenía en nómina.

—¿Stuart contaba con pruebas de ello?

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Fue algo que Stuart descubrió en el transcurso de su investigación?

—Sí.

—¿Alguna vez presentó usted una queja formal?

Ness se la quedó mirando fijamente.

—¿Insinúa que habría servido de algo?

—¿Stuart Bloom también tuvo algún encontronazo con ellos?

—Nunca lo mencionó, pero hubo alguna redada en la discoteca, policías buscando drogas, menores de edad, prácticas corruptas y depravadas... ¿Recuerda que por aquella época se produjo una avalancha de sobredosis en la ciudad? Eso les dio a los suyos la excusa perfecta.

—¿Y el señor Bloom nunca fue arrestado en esas redadas?

Ness se dio unos golpecitos a un lado de la nariz.

—Decía que era lo bastante inteligente como para no pasarse por allí durante aquellas noches.

—¿Está diciendo que recibía chivatazos?

—El padre de su novio era poli. Dos y dos son cuatro. —Ness apuró el contenido de su vaso y sonrió—. ¿Sabe que aparecieron en una de mis películas?

—¿Quiénes?

—Había una escena con muchos extras que no podía permitirme, así que le pregunté a Stuart. Él y Derek reunieron a gente que conocían de Rogues. Ahora que lo pienso, rodamos en el bosque.

—¿Cómo se titulaba la película?

—*Zombies vs. Bravehearts*. ¿Alguna vez ha intentado que cuatro zombis parezcan una horda?

—¿Ese fue el papel que interpretaron Stuart y Derek?

Ness negó con la cabeza.

—Hacían cola para ponerse una falda escocesa e ir con el torso desnudo y pintado de azul. Aquel día hizo mucho frío. Podría haberme ahorrado el coste del maquillaje.

—¿La película está disponible en algún sitio?

—Me han dicho que se vende por pequeñas fortunas en Internet. Cuando la estrenamos, fue un fracaso. Hay algunos vídeos en YouTube.

—Pero imagino que usted guardará una copia en su despacho.

—Es la única que conservo.

—Se la devolveremos, se lo prometo.

El sol estaba bajo y volvió a iluminar parte del rostro de Emily Crowther.

—Debería plantearse seriamente lo de la interpretación —le dijo Ness—. ¿Le importa si...?

Sacó un teléfono del bolsillo y lo sostuvo en alto para hacerle una foto, pero Clarke tapó la cámara con la mano.

—Nada de publicidad —dijo.

Alicaído, Ness volvió a guardar el móvil.

Cuando se marchaban, le dijo al camarero que saldaría cuentas con él a finales de semana. La mirada del camarero dejaba traslucir a las claras que tampoco esperaba otra cosa. Una vez recogido el DVD, que iba guardado en una caja de plástico negro sin distintivos, ambas volvieron al coche de Clarke.

—Podría hacer de ti una estrella —comentó.

—Menudo ruin de mierda —repuso Crowther, y Clarke la miró de soslayo.

La agente Emily Crowther acababa de ganar muchos, muchos puntos, y el inspector jefe Graham Sutherland, también. Había sido capaz de intuir cómo podía reaccionar alguien del mundo del cine ante una cara bonita y había acertado de lleno.

—¿A qué viene ese interés repentino en Steele y Edwards? —preguntó Crowther cuando Clarke se disponía a incorporarse al tráfico.

—Ahora trabajan en la Unidad Anticorrupción.

—Y tú acabas de escapar de sus garras —dijo Crowther asintiendo.

—¿Te lo ha contado Graham?

Crowther asintió de nuevo.

—Pero ¿te han exonerado?

—Estoy limpia como una patena —respondió Clarke, y puso el intermitente para girar a la altura del semáforo.

El primer encuentro entre Malcolm Fox y Tess Leighton se convirtió en una inevitable batalla de voluntades que él acabó perdiendo. Los informes de 2006 habían sido trasladados a una pequeña y fría sala situada al fondo del pasillo y Fox adujo que debían volver al Equipo de Delitos Graves.

—Con el debido respeto, Malcolm —le dijo Leighton—, ahí dentro estamos dirigiendo una investigación por asesinato.

—No molestaría.

Leighton desvió la mirada hacia las montañas de cajas.

—Probablemente sí lo hicieras. Es más fácil concentrarse cuando tienes una habitación para ti solo. Estoy siempre por aquí si me necesitas.

Dicho lo cual, retrocedió y cerró la puerta al salir. Una hora después, volvió a asomar la cabeza en la sala.

—Vamos a por un té —le dijo—. ¿Cómo lo tomas?

—Con leche, gracias.

—¿Qué tal por aquí?

—Me estoy congelando.

—Pues te vendrá bien una taza de té.

Cuando se fue, Fox decidió seguirla hasta la oficina del EDG, se acercó a un radiador y puso las manos encima. Leighton estaba sentada a su mesa y Phil Yeats ocupándose de la tetera.

—Solo hasta que me descongele —explicó Fox a los allí presentes.

Graham Sutherland apartó la mirada del ordenador.

—¿Algún avance?

—Hay mucho que procesar.

—Si averigua algo que crea que pueda sernos de utilidad...

Fox asintió.

—Será el primero en saberlo.

—Mientras tanto —dijo Sutherland a su equipo—, Aubrey Hamilton irá a Poretoun Woods. ¿Quién quiere acompañarla? ¿Tú, George?

—Tendría que conseguir unas botas.

Sutherland miró a Callum Reid.

—¿No sería más útil aquí? —dijo este.

—Puedo ir yo, si quiere —intervino Fox—. No me importaría ver el barranco.

—Pero usted no participa oficialmente en la investigación, Malcolm.

—Ya voy yo —dijo Leighton—. Malcolm puede acompañarme si así lo desea —añadió, y se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué hay de malo en ello?».

—No me tenga en vilo, Tess —dijo Sutherland—. Si Hamilton averigua algo, quiero saberlo de inmediato.

Leighton asintió para indicar que había captado el mensaje. Había llevado una bolsa de la compra a su mesa y sacó de ella unas botas de agua.

—¿Tú tienes? —preguntó a Fox.

—Ya me las arreglaré —respondió él.

Cinco minutos después, estaban en el Corsa de Leighton, quien enseguida preguntó a Fox por su labor en Gartcosh y por si había descubierto algo en los viejos informes.

—Los leíste antes que yo —contestó—. ¿Qué te parecieron?

—No me gustó que dos agentes hubieran trabajado para Brand.

—¿Te refieres a Steele y Edwards?

—Además, la investigación procuró minimizar cualquier mención a Derek Shankley para centrarse en la homosexualidad de la víctima. Interrogaron, de hecho, a muchos hombres gays y los retuvieron más tiempo del que parecía estrictamente necesario.

—¿Y las quejas de la familia?

—Hay que recordar que había una persona desaparecida. Existían motivos para sospechar que sucedía algo turbio, pero ninguna prueba, lo cual no impidió que los padres esperaran milagros.

Fox asintió.

—Mi jefa me dijo que las protestas de la familia habían sido desestimadas, pero no es cierto. La Policía de Escocia acabó disculpándose por el trato que les había dispensado.

—Sin reconocer que nos habíamos equivocado.

—Ya estoy viendo algunos indicios de negligencia, Tess. Tardaron más de una semana en interrogar a Brand, por ejemplo. Y nadie parece haberse molestado en ver las imágenes de las cámaras instaladas en el barrio de Bloom o la ruta de vuelta a la ciudad desde Poretoun House.

Leighton lo miró inquisitivamente.

—¿Y todo eso leyendo solo una hora? Estoy impresionada.

—Me vino bien que consultaras los informes tú primero. Lo interesante se hallaba en la parte de arriba de la primera caja. Te lo agradezco.

Leighton miró el GPS.

—Al final no te tomaste el té —dijo—. Podríamos detenernos a comprar uno para llevar.

—En el camino de vuelta, quizás. Pero gracias de todos modos por pensar en ello.

Durante el resto del trayecto, hablaron de la Policía de Escocia, de política y de la situación general del mundo. Ninguno de los dos parecía especialmente inclinado a desvelar su vida personal, pero Fox pensaba que acabaría ocurriendo. Empezaban a llevarse bien. La profesora Hamilton iba acompañada de un ayudante. Fox no conocía a la antropóloga forense, pero sí su reputación. Era de estatura baja, castaña y llevaba flequillo y unas gafas que ocultaban unos ojos sumamente vivos. Una cinta perimetral azul y blanca rodeaba la hondonada. La tierra estaba removida tras la búsqueda de huellas realizada el día anterior. Habían intentado desbrozar el viejo camino por el que probablemente circuló el coche, y tuvieron cierto éxito, aunque en muchos tramos había sido repoblado por árboles jóvenes y zarzas.

—¿Quién iba a saber que existía un camino de acceso? —comentó Fox cuando se adentraron en el bosque.

—Los agricultores de la zona —dijo Leighton—. Además de los agentes forestales, el propietario del bosque...

—Y cualquiera que comprase un mapa del servicio de cartografía —añadió Hamilton—. Yo me hice con uno y aún aparece.

—Es bueno reducir las posibilidades —farfulló Fox mientras sus zapatos se hundían en el manto de hojas.

Un agente aburrido y aparentemente aterido de frío estaba custodiando la escena del crimen. Llevaba una chaqueta acolchada y guantes negros, pero parecía anhelar que se produjera un cambio de turno. Anotó los datos de los cuatro en un sujetapapeles y señaló con la cabeza las cuerdas que les permitirían bajar por la pendiente.

—Tampoco hay nada que ver.

No, porque habían utilizado un tractor para remolcar el VW Polo y el lateral del barranco estaba removido. Hamilton ya había pasado por debajo de la cinta perimetral e, ignorando las cuerdas, buscó el agarre necesario con sus botas.

—No será usted escaladora, por casualidad —le dijo Leighton.

—Senderista —respondió Hamilton—. Pero en Escocia viene a ser lo mismo.

Leighton miró a Fox, que se encogió de hombros para indicarle que estaba bien donde se encontraba. Sin embargo, para demostrar cierta voluntad, Fox rodeó el barranco y observó otros vestigios de la exhaustiva búsqueda. El ayudante de Hamilton se había reunido con su jefa después de realizar casi todo el descenso sobre su trasero. Ambos empezaron a estudiar el montón de material que había encima del coche.

—Lo arrancaron en lugar de cortarlo con un cuchillo —dijo finalmente Hamilton mientras su ayudante fotografiaba todo lo que sostenía delante de él.

Hamilton abrió la carpeta que había llevado consigo. En su interior, había docenas de fotografías de la escena del crimen y estudió algunas con atención, levantando de vez en cuando la mirada para visualizar el Polo. La policía forense había embolsado colillas, latas de bebida oxidadas y envoltorios de chocolate, en los cuales buscarían huellas y otros rastros identificadores. Hamilton cogió un puñado de tierra fértil y oscura y la desmigajó entre sus dedos.

—Se pueden aprender muchas cosas de los insectos —dijo con parsimonia—. Algunos frecuentan ciertos entornos, y cuando se trata de objetos fabricados por el hombre, estos son proclives a deteriorarse a ritmos diferentes, afectados de nuevo por su entorno. —Levantó una foto del Polo para que la vieran—. No estoy convencida de que el coche pasara doce años en esta quebrada.

—Entonces ¿cuánto tiempo estuvo aquí? —preguntó Fox.

—No el suficiente para el grado de corrosión que esperaba encontrarme.

—¿Dónde estuvo antes?

—Quizá nos lo digan los insectos. Sigo queriendo que lo examine un pedólogo. Imagino que ahora contamos con presupuesto, ¿no? —Leighton asintió—. Entonces ¿puedo hablar con el inspector jefe Sutherland?

—Seguro que estará abierto a sugerencias.

—En ese caso, ojalá esté disponible la persona que quiero.

Una vez finalizado su recorrido, Fox se acercó de nuevo a Leighton.

—¿Qué opinas? —le preguntó ella.

—Te diré lo más importante que tengo ahora mismo en la cabeza, Tess.

—¿El qué?

Fox levantó una pierna.

—Necesito unos zapatos nuevos.

Sir Adrian Brand dirigía su imperio desde una gran casa victoriana situada en Kinellan Road, en Murrayfield. Los jardines que rodeaban la propiedad habrían pasado por un parque en zonas menos atractivas de la ciudad. Protegidos en un garaje, había un Bentley y un Tesla, este último conectado a su cable de carga. Cuando Clarke y Crowther llamaron al timbre, abrió la puerta Glenn Hazard.

—Me alegro de verle otra vez —dijo Clarke, cuyo tono desmentía el contenido de sus palabras.

—Sir Adrian está en el invernadero —respondió Hazard—. Aunque, al igual que yo, no entiende por qué le hacen perder el tiempo.

—¿Porque nos chifla?

Hazard emitió un chasquido de exasperación y las condujo a lo largo del pasillo, con su lámpara de araña y su suelo de parqué pulido, hasta alcanzar la puerta de un salón que había junto a lo que parecía un comedor adyacente. Luego llegaron a unas puertas de cristal que daban a un espacioso invernadero lleno de plantas y muebles de mimbre. Brand estaba allí sentado fingiendo que leía el *Financial Times*. Lucía unas gafas sin montura y tenía cara de búho. El pelo que le quedaba lo llevaba peinado hacia atrás. La camisa amarillo pálido con los dos primeros botones desabrochados dejaba a la vista unos mechones de vello grisáceo en el pecho. A diferencia del Rolex de Jackie Ness, el modelo dorado que colgaba de la gruesa muñeca de Brand parecía auténtico.

Brand cerró y dobló el periódico con aparatosidad. Su relaciones públicas se había sentado en la silla ubicada a su derecha, de modo que solo quedaba disponible un estrecho sofá para Clarke y Crowther, que se hicieron hueco en él. Sobre la mesita de cristal que mediaba entre ellas y Brand había una copa con restos de zumo de naranja natural, un pequeño montón de revistas de actualidad y un iPod en el que un canal sin volumen retransmitía imágenes de la serie televisiva *Mammon*.

—Gracias por recibirnos habiéndolo avisado con tan poco margen —dijo Clarke.

Brand la miró por primera vez.

—Lo dice como si hubiera tenido alguna posibilidad de elección en el asunto.

—Imagino que no debe de resultar nada fácil obligarlo a hacer algo que no desea, sir Adrian.

La sonrisa de Brand era tan delgada como la cadena de platino que llevaba colgada del cuello.

—Supongo que sentía curiosidad. No aparece cada día un cadáver en mitad de unas tierras de tu propiedad.

—Especialmente si se trata del cadáver de alguien que usted conocía.

—Sir Adrian no conocía a Stuart Bloom —terció Hazard.

Clarke no apartó la mirada de Brand.

—Pero ¿sabía, al menos, quién era, el tipo de trabajo que hacía para Jackie Ness?

—Esto ya se habló en su momento, inspectora. —Brand aleteó una mano en el aire—. Me enteré de que Ness había contratado a una especie de detective. Mi gente estaba al corriente de que alguien había intentado acceder a mi ordenador.

—¿Y no pudieron demostrar quién era?

—Yo sabía que Ness andaba detrás, de modo que pedí a mis abogados que enviaran una carta

de cese y desistimiento.

—¿No acudió a la policía?

—Siempre que puedo, intento resolver mis asuntos yo mismo. Y, como usted ha dicho, no tenía pruebas de la participación de Ness.

—¿No se planteó hablar directamente con Stuart Bloom?

—No.

—¿Ni enviar a un emisario que lo hiciera por usted?

Brand cambió un poco de postura.

—De nuevo, no.

—Como parte de nuestra investigación sobre el asesinato del señor Bloom, revisaremos las declaraciones e interrogatorios originales. ¿Dijo algo entonces que quiera modificar?

—Dije la verdad, inspectora, al igual que estoy haciendo ahora.

—Como usted acaba de mencionar, el cuerpo fue hallado en unas tierras de su propiedad. ¿Qué opina al respecto?

—Adquirí Poretoun Woods recientemente.

—Aun así...

Brand se encogió de hombros y el cuello de la camisa se le subió hasta las orejas.

—Lo lamento por su familia, desde luego, aunque en el pasado dijeran cosas terribles sobre mí.

—Difamaciones —precisó Hazard—, ante las cuales el señor Adrian no tomó siquiera medidas.

—Eso es algo inusual, ¿no? —Ambos se quedaron mirando a Clarke—. Bueno, me refiero a que usted nunca ha rehuido el trato de abogados y pleitos.

—Un hombre necesita un *hobby*, inspectora.

La sonrisa de Brand dejó a la vista una dentadura perfecta.

—La familia Bloom creía que contaba usted con protección policial por tratarse de quien era.

—Lanzaron toda clase de acusaciones absurdas: que esto era un complot de los francmasones, que estaba sobornando al comisario... Un despropósito absoluto.

—¿Sigue teniendo chófer, señor?

El cambio de tema no desconcertó a Brand.

—No como tal.

—¿Y guardaespaldas?

—Yo suelo acompañar a sir Adrian —intervino Hazard, y Brand se volvió hacia él.

—Se refiere a un guardaespaldas propiamente dicho, Glenn. A un exmilitar formado en kravmagá. —Después, se dirigió a Clarke—: En ocasiones, he recurrido a los servicios de una agencia, sobre todo en relación con los viajes al extranjero.

Clarke asintió lentamente, fingiendo digerir la respuesta.

—¿Sigue tratando con Brian Steele y Grant Edwards?

Brand frunció el ceño.

—¿Deberían sonarme esos nombres?

—Trabajaban para usted cuando desapareció Stuart Bloom. Solo lo hacían en su tiempo libre. En su trabajo diario, eran agentes de policía.

—Ha trabajado mucha gente para mí, inspectora.

—Solían hacer de chóferes y guardaespaldas. Estoy convencida de que, con un poco de esfuerzo, conseguirá recordarlos.

Brand acabó asintiendo.

—Steele y Edwards, sí. Estuvieron poco tiempo conmigo.

—Incluso fueron uno de los motivos de queja de la familia Bloom.

—¡Ah!, ¿sí?

—Teniendo en cuenta que ambos participaban en la investigación por desaparición... Según Catherine Bloom, había un posible conflicto de intereses.

—Vino por aquí. Más de una vez, de hecho. La puerta estaba cerrada, pero le gritaba a mi mujer por el interfono.

—¿Y tampoco contactó con nosotros?

—Al final, dejó de hacerlo. Aunque nunca haya tenido hijos y no sepa lo que es perder uno, me daba lástima.

—¿Su mujer no está en casa?

—No tendría nada que añadir. A Cordelia nunca le ha interesado mi negocio.

Hazard se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y los puños cerrados.

—Imagino que también le harán preguntas a Jackie Ness para que haya paridad, ¿no?

—Acabamos de hablar con el señor Ness —dijo Clarke mirando fijamente a Brand, que estaba pendiente de las cotizaciones en bolsa que emitía un canal de la televisión—. ¿Ha habido hostilidades recientes entre ustedes dos?

—Jackie Ness vive de glorias pasadas, las que fuese que un día tuvo —respondió Brand sin levantar la cabeza—. Me han dicho que está a un paso de la bancarrota, y no es la primera vez.

—¿Está diciendo que ya no es un rival?

—Ese capullo no es lo bastante importante —murmuró Glenn Hazard.

Brand apartó la vista de la pantalla y miró fijamente a Clarke.

—Jackie Ness es historia —dijo.

—¿Por qué compró Poretoun House, señor Adrian?

—Como inversión.

—¿Y en qué incrementa su valor dejar que se pudra?

Los ojos de Brand casi resplandecían.

—Le molestó, ¿verdad? ¿Se lo contó? Sabía que lo haría.

—Lo hizo por eso, ¿no?

—Era una ganga. —Brand pareció ver a Crowther por primera vez—. ¿Usted habla o solo está de adorno?

—Hablo cuando tengo algo que decir —contestó Crowther—. Y resulta que ahora sí lo tengo.

—¿En serio?

Crowther señaló las plantas.

—Tiene pulgones. Y bastantes, por cierto.

Cuando llegó el momento de irse, Hazard se quedó en el umbral, observando a Clarke abrir el Astra y sentarse al volante mientras Crowther se montaba en el sitio del acompañante. Una vez que cerraron las puertas y el coche estuvo en marcha, Clarke preguntó a Crowther qué opinaba.

—Miente. Tú también te has dado cuenta.

Clarke asintió.

—En lo de enviar a alguien para hablar con Stuart Bloom. Me pregunto quién fue su relaciones públicas por aquel entonces.

—¿Un abogado no sería la opción más lógica?

—Es posible.

—Estás pensando en aquellos dos policías, ¿verdad? Steele y Edwards.

—Jackie Ness ya nos ha dicho que lo acosaban. A Brand no le habría resultado difícil pedirles que incordiaran a Stuart Bloom.

—Bloom conocía la relación que mantenían con Brand. Fue él quien advirtió a Ness.

Clarke asintió lentamente.

—Quizá Fox encuentre algo en los archivos.

—¿Algo que pueda intercambiar por un trago?

Clarke se la quedó mirando.

—¿Qué insinúas?

—Solo por cómo hablas de él, es obvio que estuvisteis unidos en el pasado.

—No tanto. —Clarke hizo una pausa—. ¿Y cuándo he hablado yo de él? —Entonces lo recordó—. ¿Es por el resumen que le hice a Tess?

—¿Puedo decírselo, entonces?

—¿Decirle qué?

Crowther ondeó su teléfono de un lado a otro.

—Tess me ha mandado un mensaje desde Poretoun Woods. Está allí con Fox y tengo la sensación de que le gusta.

—Es libre de abalanzarse sobre él cuando quiera. —Clarke vio que Crowther había empezado a escribir un mensaje—. Mejor díselo de una manera más diplomática, ¿vale? —Quitó el freno de mano y vio cómo se empequeñecía la figura de Hazard en el retrovisor—. Lo de los pulgones, por cierto, ha tenido gracia. ¿Te gusta la jardinería?

—¿Estás cambiando de tema?

—En absoluto. Es mera curiosidad.

—El caso es que probablemente no reconocería un pulgón ni aunque lo tuviera delante de las narices, pero creo que he sembrado unas cuantas dudas en él.

—Dudas y puede que incluso preocupación —coincidió Clarke.

Las dos policías se estaban riendo cuando se abrieron las puertas automáticas de enfrente.

El inspector jefe Sutherland había convocado una reunión con su equipo. Fox estaba junto a la puerta, esperando a que le pidiera que se largase, pero Sutherland parecía conforme con su presencia.

—Necesitamos nuevas entrevistas con todos los que participaron en la investigación la vez anterior —anunció Sutherland—. Sabemos que no siempre cooperarán. Algunos amigos y socios de Stuart Bloom creen que no los trataron con el debido respeto, así que tal vez sea necesario pedir disculpas, entonar un poco de *mea culpa*, pero también dosis de insistencia benigna. —Miró los rostros de los allí presentes—. Debemos hablar con todos y cada uno de ellos. Han pasado doce años, de modo que la información de contacto probablemente haya cambiado. He solicitado más personal para que la carga sea menor, pero tenemos que empezar ahora mismo. ¿Me está escuchando, Siobhan?

—Sí, señor.

Fox vio que Clarke estaba pendiente de su ordenador. Había conectado los auriculares, pero solo llevaba uno puesto. Fox bordeó la sala y fue hacia ella. Lo que estaba reproduciendo en la pantalla parecía una película.

—Tess —continuó Sutherland—, ¿tenemos noticias acerca de la profesora?

—Todavía no sabe a ciencia cierta cuánto tiempo pasó el coche en el bosque, pero duda que estuviera siempre allí.

—Los de Patología dicen que Stuart Bloom probablemente muriera hace diez años o más. ¿Dónde nos sitúa eso?

—¿Seguro que era su coche? —preguntó George Gamble.

—El número de bastidor lo confirma. No es seguro que lo mataran *in situ*. Según la forense, no había suficiente sangre ni materia cerebral en el suelo del maletero. Resulta un milagro que estén tan seguras de ello después de todos estos años, pero es así. Las dos profesoras parecen coincidir debido a la posición del cuerpo en el maletero y porque la lesión craneal apuntaba hacia el suelo. Físicamente resulta casi imposible golpear a alguien cuando se encuentra tumbado en esa postura y causarle daños en esa zona en particular. Además, ¿para qué meterlo en un maletero y luego golpearlo? Es más probable que lo hicieran cuando estaba de pie. Le pegaron desde atrás con un objeto aún por determinar.

—¿Y las esposas? —preguntó Phil Yeats.

—En Escocia, la policía las utilizó hasta el nuevo milenio. Dos eslabones metálicos que unen una esposa a la otra. En 2006 fueron sustituidas por el modelo Hiatt, con un molde de plástico macizo en lugar de los eslabones. Las Hiatt llevaban número de serie, lo cual significa que existe un registro de sus propietarios, pero no ocurría lo mismo con las antiguas. Tengan en cuenta que podrían haber sido adquiridas de otras fuentes. Así pues, no estamos afirmando que pertenecieran a la policía.

—Rogues, ese lugar que frecuentaba Bloom.. —Callum Reid asintió mirando a Clarke, que había informado sobre los encuentros con Ness y Brand—. No tendría una mazmorra o algo parecido, ¿verdad?

—Lo dudo, pero vale la pena comprobarlo —dijo Sutherland—. De hecho, es un buen

argumento. ¿Había clubes sadomasoquistas en Edimburgo por aquel entonces? ¿O prostitutas especializadas en *bondage*? Es algo que debemos añadir a la lista. El comisario Mollison quiere celebrar una rueda de prensa más pronto que tarde. Estaría bien poder contar con algunos progresos sobre los que informar. —Vio que Gamble había levantado la mano—. ¿Sí, George?

—¿Todavía no haremos público lo de las esposas?

—¿Por qué lo pregunta?

—Cuando salga a la luz, y lo hará, la familia empezará a acusarnos de encubrimiento policial.

—En cuyo caso, será mejor que encontremos pruebas en un sentido u otro. —Sutherland observó a su equipo para cerciorarse de que sus palabras habían calado hondo—. Ahora, manos a la obra.

Clarke se dio cuenta de que tenía a Fox detrás de ella. Puso la película en pausa y se volvió hacia él.

—¿Es de Jackie Ness? —preguntó Fox.

—Al parecer, Bloom y su novio hicieron de figurantes.

Fox ladeó la cabeza hacia la pantalla.

—Me suena.

—Es Poretoun Woods y se rodó poco antes de la muerte de Stuart.

—Interesante. ¿Es buena?

—Tan acartonada como su entorno.

—¿Y la trama?

—Escoceses e ingleses se preparan para la batalla, pero entonces aparecen los zombis. Los enemigos deben aunar fuerzas o ser aniquilados.

—Me gusta bastante cómo suena.

—Probablemente estuviera bien sobre el papel —coincidió Clarke, que vio que Crowther y Leighton se mostraban interesadas por la conversación y las miró con cara de pocos amigos—. ¿Ha habido grandes revelaciones en el bosque? ¿Tú y Tess os lleváis bien?

Fox la miró confuso antes de responder.

—La profesora Hamilton cree que el coche y el cuerpo podrían haber estado en otro lugar durante los primeros años. Si podemos averiguar dónde y por qué...

—¿Te refieres a por qué lo cambiaron de sitio? —preguntó Clarke asintiendo—. Pero, entre tanto, debemos concentrarnos en repasar la investigación original.

—Es decir, en entrevistar a agentes y testigos.

—¿Interrogaremos a John?

—Tenemos que ser exhaustivos, Siobhan.

Clarke asintió de nuevo. En el umbral apareció una administrativa.

—¿Inspector Fox? —dijo.

—Yo mismo —respondió él al darse la vuelta.

—Tiene una visita abajo.

Fox le dio las gracias y fue a recepción, donde no vio a nadie. Entonces, el agente del mostrador señaló la puerta.

—Está ahí —dijo.

Fox salió y miró a izquierda y derecha. Las cámaras y reporteros de televisión habían desaparecido. En la esquina reconoció a un hombre fumando un cigarrillo y respiró hondo antes de dirigirse hacia él.

—Eh, Malc —le dijo el sargento Brian Steele—. ¿Qué tal va todo?

—No nos han presentado formalmente —respondió Fox.

—Puede, pero usted me ha visto en Gartcosh y yo le he visto a usted. En mi opinión, Delitos Graves gana y Anticorrupción sale perdiendo. Con la experiencia que tiene, podrían haberle sacado más partido.

Steele expulsó el humo por la nariz mirando la punta del cigarrillo.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Fox.

—Ah, andaba por el barrio. Me dijeron que lo habían incorporado al caso Bloom, así que pensé en pasar a saludar.

—¿Sin entrar en el edificio?

—Eso ocurrirá pronto, ¿eh? Recibiré una pequeña invitación para contar mi versión de los hechos. Grant, yo y todos los que trabajamos en el caso.

—Podemos empezar ahora mismo, si quiere. El equipo está arriba y puedo conseguir un aparato de grabación.

Steele exhaló más humo procurando que no alcanzara a Fox. Era alto y ancho, con una cara poco común y el pelo oscuro y corto peinado hacia arriba con gel.

—Ya habrá tiempo para eso, Malc. Yo quería verle a usted.

—¿Por qué?

—Porque estamos en el mismo bando. Usted trabajaba en Reclamaciones y yo lo hago en Anticorrupción. A ninguno de los dos nos gustan los polis corruptos. Sé que habrá oído ciertas historias sobre mí, que si he incumplido las normas y he tramado alguna artimaña, y estoy convencido de que decían cosas parecidas sobre usted cuando se hallaba en Reclamaciones. No le caemos bien a nadie, no confían en nosotros, así que necesitan mentiras y rumores.

—Sigo sin tener claro qué hace usted aquí.

Steele dio un paso al frente.

—Reabrir un viejo caso es una oportunidad para que haya más mentiras y difamaciones. Le agradecería que, de vez en cuando, me pusiera al día confidencialmente. A cambio, le deberé una. Puede preguntar por ahí. Soy un buen amigo. —Apuró el cigarrillo y lo lanzó al centro de la calzada—. Y si necesita chivos expiatorios, también puedo proporcionárselos. Skelton, Newsome, Rebus. Usted elige.

—Ninguno de ellos trabajaba para Adrian Brand en aquel momento, ¿no?

—Muchos policías estaban pluriempleados, Malc. Aún ocurre, y usted lo sabe. Pero cuando ejercía de agente daba el cien por cien, y sigo haciéndolo. Muchos no hacían ni la mitad.

—¿Rebus?

—Resultaba más fácil encontrarlo en un pub que en cualquier otro sitio. Medio borracho o resacoso. Le cubríamos las espaldas, y a Mary Skelton, también.

—¿Qué hizo?

—Su madre estaba enferma y se escapaba continuamente a visitarla. Pero todo el mundo sabía que a quien iba a ver era a un tipo. Sexo sin compromiso, ya sabe. Nunca he visto a una tía tan cachonda.

—¿Y Newsome?

—Doug Newsome era un inútil. La mitad de las entrevistas que aseguraba hacer no se habían producido nunca, y cuando se dignaba hacerlas, se inventaba cosas al transcribirlas.

Fox miró fijamente a Steele.

—Por aquel entonces, era usted un policía raso. Me parece raro que un agente uniformado sepa tantas cosas sobre el DIC.

—Fui meticuloso. E hice amigos. Así se progresa, Malc. He llegado hasta aquí, ¿no? —Steele esbozó una sonrisa—. ¿Qué me dice, pues? ¿Una pinta rápida y una charla tranquila de vez en

cuando? —Hizo una pausa—. Pero ¿qué estoy diciendo? Si todavía es un alcohólico en desintoxicación. A usted le sienta mejor el zumo de piña, ¿no? Cuando se muestra sociable, quiero decir. Suelen gustarle las noches tranquilas en su casa de Oxfords. Eso cuando no está vigilando a su hermana para que su adicción al juego no se descontrole.

Steele seguía sonriendo, pero sus ojos eran duros como canicas.

—Veo que ha investigado a fondo —observó Fox.

—Así funciona el mundo.

—Pues dígame una cosa: ¿qué pensó cuando se enteró de que habían encontrado a Stuart Bloom?

—El sitio me pareció un lugar interesante, sobre todo por si alguien pretendía que nos centrásemos en Jackie Ness o en Adrian Brand.

—¿Formó parte del equipo de búsqueda original?

—¿En el bosque? —Steele asintió—. Pero solo tardamos día y medio en peinarlo: el bosque, la casa y el terreno en torno. Pensamos que se habría topado con unos matones y se lo habrían cargado.

—¿Visitaron Rogues?

—No; en aquel momento, no.

—¿Y en otros?

—Fuimos una o dos veces por chivatazos. Drogas, menores de edad...

—¿Descubrieron algo?

—Eso no significa que no ocurriera nada.

—Entiendo que los chivatazos eran anónimos...

—No todos los ciudadanos comprometidos quieren dar la cara. —Steele empezaba a impacientarse—. Parece como si ya hubiera hecho mi entrevista, ¿no cree?

—Dudo que hayamos escarbado la superficie siquiera.

—Mis oídos no están captando el cálido sonido de una amistad en ciernes.

—Entonces no tiene problemas de audición.

Steele miró el tramo de acera que los separaba.

—Todo el mundo sabe que se junta con John Rebus, Malc. ¿Es amigo suyo? Porque probablemente tenga más que perder que la mayoría.

—¿A qué se refiere?

—El alcohol era lo de menos. Considérello cuando lo traiga aquí para interrogarlo. Los casos antiguos pueden suponer algo así como arrancar papel de la pared: no sabes qué problemas encontrarás debajo, escondidos bajo una capa muy fina. —Steele levantó el pulgar y el índice y los separó solo un milímetro—. Soy muy amigo de mis amigos, Malc, pero también puedo ser todo lo contrario. No lo olvide. —Iba a darse la vuelta, pero cambió de idea—. Ah, y no se le ocurra ir corriendo a hablar con su jefa de Delitos Graves. Jen Lyon ya tiene de qué preocuparse si las historias que he oído son ciertas.

—¿Qué historias?

—Se avecina una suspensión. Al paso que vamos, usted o yo mismo podríamos estar dirigiendo el cotarro en breve.

Steele cruzó la calle y, por primera vez, Fox vio el gran Audi negro. La ventana del lado del conductor bajó y pudo distinguir claramente a Grant Edwards, conocido por su sonrisa perpetua. Tenía cara de niño grande, casi angelical. A Fox le dio la sensación de que el tipo exhibiría el mismo semblante tanto si le tocara ayudar a una anciana con la compra como si necesitara darle una paliza a alguien en medio de una trifulca de bar. Pero le pareció interesante que se hubiera

quedado en el coche. Steele no quería intimidar a Fox, sino hacerse amigo suyo; ese era el plan. Además, Edwards no destacaba precisamente por su intelecto o sutileza. Que esperara en el coche debió de ser decisión de Steele. Fox se despidió de los ocupantes del Audi con la mano y entró en el edificio.

Clarke había encontrado dos escenas en las que aparecían Stuart Bloom y Derek Shankley como figurantes. Su trabajo consistía en mostrarse amenazadores mientras se preparaban para un ataque inminente de los ingleses, y luego en gritar y huir cuando aparecían los zombis. Por lo visto, las escenas se habían rodado al anochecer y no era fácil distinguirlos del resto de los actores, si bien ayudaba el hecho de que siempre estuvieran el uno al lado del otro. Cuando Clarke las vio por tercera vez, le pareció reconocer en sus ojos más diversión que miedo, como si hubieran estado contándose chistes entre toma y toma.

En el supuesto, claro, de que el director se hubiera molestado en hacer más de una toma.

Ni Bloom ni Shankley aparecían en los créditos finales. El director (y coguionista) era Alexander Dupree. Gracias a una búsqueda en Internet, Clarke supo que era un seudónimo utilizado por Jackie Ness para ocultar los escasos nombres que había detrás de las cámaras en sus producciones. Las películas, rodadas con un presupuesto bastante modesto, le habían aportado importantes sumas de dinero, al menos hasta hacía bien poco. Si un *thriller* cosechaba éxito en la taquilla internacional, en cuestión de semanas circulaba ya una apresurada imitación cortesía de Locke Ness Productions. En las entrevistas, Ness se mostraba especialmente orgulloso de aquellas estrategias suyas tan poco convencionales. «Estrénala rápido y asegúrate de que haya violencia y, al menos, algún desnudo parcial en los primeros diez minutos». «Lo que nos mueve es el miedo y el deseo», era una de sus presuntas citas. «Yo solo pongo un espejo delante para que podamos vernos».

Por lo que Clarke pudo deducir de los frikis de Internet, la película se había rodado apenas un mes antes de la desaparición de Bloom. Enseguida pensó que había que agradecerle a Ness que, en el momento de su estreno, no hubiera intentado sacar rédito del interés periodístico que generaba el detective. Cuando le preguntaban en alguna entrevista por la desaparición de Bloom, Ness ofrecía un conjunto de variaciones de la misma respuesta: «Habría sido un excelente estudio, fantástico para el cine y para Escocia, pero ese sueño murió». Clarke había pensado en aquellas palabras. Ness estaba vinculando la desaparición de Stuart Bloom a su enfrentamiento con Adrian Brand. Sin nombrarlo explícitamente, en la práctica estaba culpando a su rival.

Justo entonces, empezó a vibrar su teléfono. Era una llamada entrante. Leyó el nombre que aparecía en la pantalla, salió de la oficina y descolgó al cerrar la puerta.

—No tengo nada para ti, Laura.

—De acuerdo —dijo Laura Smith—. Pero a lo mejor yo sí tengo algo para ti.

—¿De qué se trata?

—Uno de mis compañeros se tropezó con Alex Shankley en el umbral de su casa esta mañana.

—Qué insensible por su parte.

—En realidad, buscaba a su hijo, pero fue el padre quien le abrió la puerta.

—Un momento. ¿A casa de quién fue?

—De Derek. A un piso que tiene en Partick.

—Vale.

—La cuestión es que el padre le soltó que no podía hacer declaraciones a la prensa hasta que hubiera hablado con vosotros.

—Muy inteligente.

—Siobhan, se refería a hoy. Por eso he vuelto a mi puesto.

Clarke entró de nuevo en la oficina del Equipo de Delitos Graves y, a través del cristal mugriento, observó Queen Charlotte Street.

—No consigo verte —susurró para evitar que la oyera Graham Sutherland.

—Estoy en la esquina. Probablemente eso explique por qué Malcolm Fox no me ha visto.

—Espera un segundo.

Clarke salió de la oficina y fue a la pequeña sala reservada para Fox y las cajas que contenían los archivos. Fox y Tess Leighton estaban enfrascados en una animada conversación y Clarke retrocedió por el pasillo.

—¿Cuándo ha sido eso?

—No hace ni cinco minutos. Se ha reunido con alguien.

—¿Con quién?

—Cuando estabas con la soga al cuello, no eras la única. Era el mismo tío que me interrogó a mí.

—¿Brian Steele?

—Con su sombra siguiéndolo de cerca.

—¿Steele y Edwards han estado aquí?

—Para entablar una charla amigable con Fox. ¿No te lo ha dicho?

—No nos hemos visto.

—¿Qué pinta Anticorrupción en todo esto, Siobhan?

—Sin comentarios.

—Están ocultando algo sobre la escena del crimen.

—¿En serio?

—Vamos, Siobhan. No estaría haciendo mi trabajo si no lo supiera.

—¿Y qué crees saber, Laura?

—Lo de las esposas, para empezar.

Clarke frunció los labios.

—Así que ahora ya sabes por qué están implicados los de Anticorrupción. Alguien está filtrando información. Si tuviera que plantear una hipótesis, yo diría que pertenece al laboratorio o al equipo forense.

—En realidad, podría ser cualquiera, ¿no?

—Si lo haces público, Anticorrupción volverá a pensar que he sido yo.

—Ya lo sé. Es uno de los motivos por los que estoy esperando.

—¿Y cuál es el otro?

—Obviamente, no quieres que se sepa. Eso me lleva a pensar que temes que alguien se asuste o que la gente saque conclusiones erróneas. —Clarke guardó silencio—. Steele y Edwards eran agentes rasos cuando ocurrió lo del caso Bloom. ¿Por casualidad trabajaban en él, Siobhan?

—No puedo hablar de eso. ¿Qué harás con lo de las esposas?

—Trascenderá tarde o temprano.

—¿Puedes darnos un día o dos?

—Tal vez.

—Tienes razón, Laura. Si eres tú quien da la exclusiva, Anticorrupción irá a por mí.

—Y ese es el motivo por el que probablemente se la pase a otro y deje que se lleve el mérito.

—¿Harías eso?

—Nos ahorra sufrimiento a las dos, ¿no te parece?

—Gracias, Laura.

—Me siento un poco responsable por ese último lío con Anticorrupción.

—Borrón y cuenta nueva.

Clarke colgó y vio a dos hombres subiendo las escaleras. Alguien les pidió que esperaran en la sala del EDG. El más longevo parecía seguro de sí mismo y el joven, dubitativo.

Eran Derek Shankley y su padre.

Sala de interrogatorios de la comisaría de Leith. Clarke y Sutherland estaban sentados a un lado de la mesa y padre e hijo, al otro. Encima había cuatro tazas de té, dos terrones de azúcar para Alex Shankley y otros tantos para Derek.

—Gracias por tomarse la molestia, señor —le dijo Sutherland al agente jubilado.

—Ha sido idea de Derek.

El leve cambio de expresión en el rostro del hijo desmintió sus palabras. Derek Shankley vestía una chaqueta de motorista de cuero negro y camiseta blanca. La moda, pensó Clarke, se impondría siempre a la comodidad. Parecía tener frío y llevaba la cremallera de la cazadora subida casi hasta el cuello. Con pendientes en ambas orejas y el pelo cortado al cero. Aunque fuera bien afeitado, se había dejado patillas. Su padre tenía unas facciones marcadas, pero los años le habían pasado factura e iba un poco encorvado.

—¿No van a grabar esto? —preguntó Alex Shankley.

—A menos que uno de los dos haya venido a confesar, no.

La sonrisa de Sutherland les indicó que estaba bromeando.

—Estamos aquí para ahorrarles la molestia de hacernos venir. La noticia de Stuart es terrible y queremos contarles lo que pensamos.

—Sí, debería haber dicho... —Sutherland se volvió hacia Derek—. Lamentamos mucho lo de Stuart.

Derek asintió solemnemente. No había envejecido mucho desde los días de *Zombies vs. Bravehearts* y Clarke se preguntó cuál sería su secreto.

—Derek, acabo de verle en la película en la que participó con Stuart —dijo con aire informal.

El joven casi suelta un resoplido.

—Éramos malísimos, ¿eh?

—Pero parecía que lo pasaban bien.

—Bueno, ya sabe cómo funciona un rodaje.

—Pues la verdad es que no.

—Nos gustaría saber cómo podemos ayudar en la investigación, inspector jefe Sutherland —terció el padre de Derek, que apoyó las palmas de la mano en la mesa—. Queremos que el asesino de Stuart sea llevado ante la justicia.

Sutherland asintió pensativo.

—¿Ha tenido mucha relación con la familia de Stuart, señor Shankley?

—No demasiada.

—Sí, eso dijeron. ¿Les han hecho llegar sus condolencias?

Shankley se aclaró la garganta ruidosamente.

—No tengo su dirección.

Clarke vio que Derek arqueaba una ceja. Su padre había vuelto a mentir.

—Derek no tuvo mucho contacto con la familia tras la desaparición de Stuart —comentó Sutherland.

—¿Qué les han dicho? —preguntó el padre con brusquedad.

—Que intentaron contactar con él pero que no fue muy comunicativo.

—Nunca les caí bien —reconoció Derek—. Creo que me culpaban a mí.

—¿En qué sentido?

—En su opinión, Stuart podría haber estado huyendo de mí.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—No lo hizo.

A Derek empezaron a humedecerse los ojos.

—¿No había tensión entre ustedes dos? ¿Discutían?

Derek miró a Clarke.

—Ya nos ha visto en esa película. ¿Usted, qué cree?

—Como le he dicho, parecían pasarlo muy bien.

—Siempre lo hacíamos —dijo, y al cruzarse de brazos como si pretendiera constatar su afirmación, el cuero de la chaqueta crujió.

—¿Y usted, señor Shankley? —Sutherland seguía mirando fijamente al mayor de los dos—. ¿Tenía algún problema con Stuart?

—En absoluto.

—¿Se sentía cómodo con la sexualidad de Derek?

—Es mi hijo, ¿no? Por supuesto que me siento cómodo.

Parecía una frase que hubiera pronunciado muchas veces. Derek se volvió hacia su padre. «Con esta, van tres», pensó Clarke. «Tres mentiras piadosas».

—¿Sigue en contacto con sus amigos de aquella época? —preguntó a Derek—. ¿Amigos a los que conociera Stuart?

—Con algunos, sí.

—Estamos elaborando una lista de personas con las que necesitamos hablar. Si pudiera facilitarnos direcciones o números de teléfono...

—Por supuesto. Hoy no tengo clase.

—¿Sigue enseñando Ciencias de la Comunicación? —Clarke vio que asentía—. ¿Y sus alumnos encuentran trabajo cuando finaliza el curso?

—No tanto como antes, y las ofertas que hay, a menudo, no son remuneradas. Se supone que deben trabajar por los contactos que harán, no por lo completo que sea su currículum, o porque el puesto de becario es tan bueno que por qué iban a querer pagarles.

Derek hizo una mueca de desdén y Clarke desvió su mirada hacia el padre.

—Tengo que comentarle una cosa, señor Shankley. Se trata de la discoteca Rogues.

—¿Qué le pasa?

—Fue objeto de varias visitas por parte de la policía. De visitas no programadas, aunque su hijo y Stuart nunca estuvieran allí.

—¿Qué intenta decir?

—Solo que usted era entonces policía, e imagino que tenía amigos en todas partes.

Alex Shankley se quedó mirando a Clarke y luego a Sutherland.

—No entiendo qué tiene que ver esto con el asesinato de Stuart.

Sutherland parecía coincidir con su apreciación y se volvió hacia Clarke.

—Quizá Derek podría salir un momento —dijo esta.

El hijo miró a su padre, que asintió. Clarke esperó a que Derek hubiera cerrado la puerta.

—Me gustaría comentar algo con usted, pero debe ser en confianza. Es algo que podría resultarle útil, porque le ayudará a prepararse.

—¿Y a cambio? —preguntó Alex Shankley.

—Contestará a una pregunta que le formularé.

Shankley sopesó su respuesta.

—Muy bien —dijo a la postre.

Clarke se humedeció los labios.

—Stuart llevaba los tobillos esposados. Probablemente fueran esposas de la policía. De momento, no queremos que salga a la luz, así que, por favor, no se lo diga a nadie, ni siquiera a Derek.

Shankley asintió.

—La ciudadanía creerá que el asesino fue un policía, y yo lo era por aquel entonces.

—Ahora estará preparado —afirmó Clarke.

Shankley asintió de nuevo.

—Adelante, hágame la pregunta.

—¿Alguien le informaba de cuándo iba a llevarse a cabo una redada en Rogues?

—¿Qué imagen habría dado el hijo de un miembro de la Brigada de Homicidios en la parte trasera de un furgón policial?

—¿Eso es un sí?

—Lo es.

—La persona que lo avisaba tenía que ser alguien de dentro, un tipo de la zona.

—Ya he respondido a su pregunta, inspectora Clarke. Me ha hecho sentir como un puto chivato, pero es todo lo que pienso contarles.

El hombre se recostó en la silla y cruzó los brazos. Por primera vez, Clarke vio al hijo reflejado en el padre.

—No mató a Stuart Bloom, ¿verdad, señor Shankley? —preguntó Sutherland.

—No, no lo hice.

—¿Y no ordenó o facilitó de algún modo su muerte?

—No.

—¿Guarda esposas viejas en casa? —Sutherland vio que Shankley asentía—. ¿Han desaparecido algunas en estos años?

—Rotundamente, no.

—¿Está seguro?

Shankley miró hacia la puerta.

—Esto a punto estuvo de destruir a Derek, ¿saben? Durante meses pareció que fuera a suicidarse. Incluso ahora... —Negó con la cabeza y suspiró—. Tardé en entender lo mucho que se querían.

—¿Y su mujer? —preguntó Clarke.

—Murió cuando Derek era pequeño.

—¿Lo crio usted solo?

—Me ayudó la familia.

—Por eso resulta interesante que nunca se haya sentido capaz de contactar con la familia de Stuart.

Shankley les lanzó una mirada fulminante a los dos agentes.

—¿Oyeron las cosas que dijeron de nosotros, de policías trabajadores como ustedes y como yo? Cuando Stuart desapareció, su madre me llamaba día y noche, al DIC y a casa. No descansaba jamás. Me decía que debería estar divulgando el asunto a los cuatro vientos, hablando con todos esos malditos periodistas.

—Y ahora su hijo está formando a la próxima generación —comentó Clarke.

El hombre resopló y Sutherland cambió de postura.

—Comprobaré el estado de esas esposas, ¿verdad? —le dijo él.

Shankley dio un manotazo en la mesa.

—Ya les he dicho que no tuve nada que ver.

—¿Y tampoco tiene ni idea de quién lo hizo?

—No.

—Entonces, probablemente hemos terminado —zanjó Sutherland, y se puso en pie.

—Pero es posible que tengamos que volver a hablar con usted, señor —le advirtió Clarke—. Y, ya que Derek está aquí, nos vendría bien que nos facilitara esos contactos.

—Si él quiere, perfecto, pero quizá no conozca a todo el mundo. Si no puede darles un número o no recuerda algún nombre, no lo malinterpreten. —Shankley hizo una pausa y agitó un dedo en el aire—. No lo olviden: sé cómo piensan y sé lo equivocadas que pueden llegar a ser esas ideas a veces. Siempre he dado la cara por el cuerpo de policía y siempre lo haré, pero lo sé.

—No nos juzgue por el pasado, señor Shankley —dijo Clarke—. Créame, hemos aprendido mucho de los fracasos y las conspiraciones de su generación.

Aquella noche, después de tomar solo una copa con Graham Sutherland, Clarke se encontraba delante de la casa de Rebus y llamó al interfono.

—¿Sí? —dijo Rebus.

—Te he buscado en el parque de Meadows.

—Ya hemos ido.

La puerta se abrió y Clarke subió los dos tramos de escaleras. Rebus estaba esperándola en el rellano con Brillo a su lado meneando la cola.

—He de decir, Siobhan, que una mujer de tu edad debería tener mejores cosas que hacer por las noches.

—¿No se suponía que debía mantenerte informado?

—Con una llamada bastaba.

Clarke lo siguió por el largo pasillo hasta la cocina.

—Has ordenado la casa —dijo.

—Tu crítica me llegó a lo más hondo. ¿Café o ginebra?

—Estoy bien, gracias.

Rebus cogió unas bolsitas de té.

—Cúrcuma. Adivina de quién es.

—¿De cierta patóloga?

—Cree que quiero vivir para siempre.

Rebus cogió una botella de IPA de la encimera y la abrió. Luego fueron al comedor, donde sonaba un cedé, y Rebus bajó un poco el volumen.

—¿Eso es música clásica?

—Arvo Pärt.

—¿Nuestra amiga patóloga otra vez?

—Música para calmar la fiebre. —Se sentó en la butaca—. En fin, ¿cómo va todo?

—Malcolm se ha instalado.

—Eso se le da bien.

—Hoy ha recibido un par de visitas. Los Chuggabugs.

—Bastante lógico. Querrían comprobar si tenían las espaldas cubiertas.

—¿Crees que Malcolm cederá ante ellos?

—No iré así, Shiv. Sin duda, tendrán algo que ofrecerle a cambio. A lo mejor, han descubierto trapos sucios que sacar. Nuestro Malcolm no es tan impecable como parece, no lo olvides. — Rebus dio un trago a su cerveza—. ¿Algo más?

—He visto una película de Ness, *Zombies vs. Bravehearts*. Stuart Bloom y Derek Shankley aparecen en ella como extras. Fue después de entrevistar a Ness y a Brand, respectivamente. No puedo decir que me enamorara de ninguno de los dos. Ness podría apuñalarte por la espalda, pero Brand es capaz de hacerlo mirándote a los ojos. Por otro lado, la antropóloga forense cree que el automóvil pudo no haber estado en todo momento en ese emplazamiento.

—Esa es una buena noticia para los que formábamos parte del equipo de búsqueda original.

Clarke asintió desde la esquina del sofá. Brillo se había aposentado a sus pies hecho una bola.

—Significa que tal vez no hubiera nada en esos bosques que se os pasara por alto —dijo Clarke.

En el silencio que sobrevino, Rebus no apartó la mirada de Clarke.

—Cuando estés lista —dijo.

—¿Lista?

—Para soltarme lo que hayas venido a decir.

Clarke irguió la espalda.

—Derek Shankley ha acudido a Leith junto con su padre. Desde luego, fue idea del padre, pero me ha dado que pensar.

—Eso es porque eres detective.

—Jackie Ness mencionó unas redadas policiales en una discoteca que frecuentaban Stuart Bloom y Derek Shankley.

—¿Rogues?

Clarke asintió.

—Stuart y Derek nunca se encontraban allí, lo cual podría ser una mera coincidencia, por supuesto.

—Pero ¿Ness no opinaba lo mismo?

—Si me preguntas a mí, puede que Bloom alardeara de ello, o que al menos se le escapara algo.

—¿Que los avisaban de antemano? —Clarke asintió de nuevo mirándolo a los ojos—. ¿Y crees que quizá fue el padre el que les daba el chivatazo?

—Lo ha reconocido él mismo.

—Pero él trabajaba en Glasgow.

—Pues en ese caso tuvo que haber alguien más justo aquí, en Edimburgo. —Clarke hizo una breve pausa—. ¿Conocías por casualidad a Alex Shankley en aquella época, John?

Rebus esbozó una tímida sonrisa.

—Ya sabes cómo va este trabajo, Siobhan. Bandas, drogas, actos violentos... Hay redes y conexiones. Las Brigadas de Homicidios siempre han compartido información.

—¿Alex Shankley era amigo tuyo?

—Nos hacíamos favores de vez en cuando. —Rebus se levantó y fue hacia la ventana—. Incluso antes de tener a Brillo, a menudo salía a pasear de noche por el parque de Meadows. Tarde, cuando ya habían cerrado los pubs. Me quedaba allí en medio escuchando los sonidos de la noche. Se oye la ciudad, ¿sabes? Si entrenas los oídos. Pero oírla no siempre es suficiente.

—¿Alex Shankley te pidió ayuda cuando desapareció Stuart Bloom?

—Sabes de sobra que sí. No quería que su nombre saliera a relucir. Hablé con unos cuantos periodistas veteranos, expuse mis argumentos...

—¿Les prometiste favores a cambio si aceptaban?

—*Quid pro quo*, Siobhan. Al igual que tú y Laura Smith. Entonces no había tantos guerrilleros con ordenadores portátiles. Resultaba más fácil controlar cómo se publicaban las noticias, las palabras que se utilizaban y lo que se callaba. Joder, ¿solo hace de eso doce años? Parece que fuese otra era.

—Las esposas, John.

Rebus negó con la cabeza.

—No fue Alex Shankley. Llevaba media vida trabajando en asesinatos y sabía que unas esposas delatarían una intervención policial.

—¿Los Chuggabugs también lo sabrían?

—Hasta cierto punto. —Volvió a la butaca y se sentó con la botella en la mano—. ¿No es más probable que esas esposas estuvieran ahí para despistarnos? Las esposas y el barranco.

—¿Por qué le esposaron los tobillos en lugar de las muñecas?

—Te remito a mi respuesta anterior. —Rebus sacó un paquete de chicles del bolsillo y lo sostuvo en alto—. Cada vez que me entran ganas de fumar, se supone que tengo que mascar una mierda de estas. Pero, por mi experiencia, le dan un sabor raro a la cerveza.

Dicho lo cual, vació la botella y se llevó una gragea a la boca.

—¿Cuántos chicles tomas a diario? —preguntó Clarke, observándolo masticar.

—Veinte. ¿No te parece la definición misma de la ironía?

—No estoy segura. —La sonrisa de Clarke fue efímera—. John, si trasciende que pusiste en peligro varias operaciones policiales...

—¿Por haber avisado a dos jóvenes de que no fueran a una discoteca?

—En aquellas redadas nunca encontraron nada. ¿No parece como si se hubiera corrido la voz?

—O acaso la discoteca estuviera limpia como los chorros del oro. Hubo una mala remesa, varios chavales sufrieron una sobredosis y uno de ellos murió. Para eso eran las redadas, no solo en Rogues, sino en toda la ciudad. Durante un tiempo, los traficantes procuraron no llamar la atención. —Rebus se puso pensativo y empezó a mascar más lentamente—. ¿Crees que Anticorrupción sabe lo mío con Alex Shankley?

—No tengo ni idea.

—¿Malcolm no te lo ha dicho?

—No sabe que estoy al corriente de la reunión.

—¿Y cómo *es* que lo estás?

—Fuentes.

—¿Estaríamos hablando de Laura una vez más? —Rebus esbozó una media sonrisa—. Steele y Edwards participaron en al menos un par de visitas a Rogues en los meses previos a la desaparición de Bloom. Luego trabajaron en el caso. Es posible que averiguaran que yo era amigo de Alex Shankley, ataran cabos y se lo reservaran para utilizarlo en el futuro.

Clarke retomó el tema.

—También saben que tú, Malcolm y yo somos amigos, así que le dirán que si les hace un favor, no utilizarán esa información.

—Rumores, no información —precisó Rebus.

—De todos modos...

—Sí. —Rebus levantó la botella vacía en dirección a Clarke—. Bueno, va por ti, Siobhan. Tu visita ha animado bastante a este anciano.

—Lo siento. —Rebus había cogido el teléfono y estaba tecleando con un dedo—. ¿A quién le mandas un mensaje?

—A Malcolm, evidentemente. Estoy diciéndole que si quieren ir a por mí, que vayan.

—Se preguntará cómo lo sabes.

—Una prueba más de mis poderes casi sobrenaturales.

Rebus pulsó en botón de enviar y lanzó a Clarke un guiño todopoderoso.

Estaba en Clerk Street cuando sonó su teléfono. Era la cabina otra vez, y Clarke pisó el acelerador a fondo. Canongate se encontraba a solo un par de minutos. Quizá, si no contestaba, el desconocido se quedaría allí y volvería a intentarlo. Puso el intermitente derecho, vio las dos cabinas justo delante y maldijo entre dientes: no había nadie. Clarke avanzó cuarenta metros observando a los transeúntes, pero no reconoció ninguna cara. La calle estaba tranquila, así que se las arregló para dar media vuelta en un giro de 180 grados y volvió en dirección a las cabinas. Había un montón de pequeñas rutas posibles que salían de Canongate y el desconocido anónimo podría haber huido por cualquiera de ellas. Clarke vio que su amigo, el fumador, estaba frente al McKenzie's, así que aparcó y se bajó del coche. El hombre la reconoció y la saludó levantando la barbilla.

—¿Todo bien?

Clarke intentó recordar su nombre y lo señaló.

—Robbie, ¿verdad?

Él también la señaló.

—Siobhan.

—He recibido otra llamada, Robbie. Hace menos de cinco minutos.

—Acabo de salir.

—Supongo que no te has cruzado con nadie, ¿verdad?

—No me he fijado.

—¿Eso significa que es posible que hubiera alguien?

Robbie se encogió de hombros y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo. Nos vemos dentro, si acaso.

Clarke abrió la puerta. El local estaba lleno y era muy ruidoso. Música atronadora y canales de Sky Sports en varios televisores con el volumen apagado. La mayoría de los clientes estaba formada por jóvenes, tal vez estudiantes, que elevaban la voz en una estridente competición con la línea de bajo. Junto a la barra había una hilera de parroquianos más longevos, acostumbrados a todo cuanto los rodeaba, y al lado de un taburete y un plato con agua, dormía un Collie. El bar estaba bastante bien iluminado, sin bien tenía mesas y alcobas oscuras, que Clarke exploró fingiendo buscar los lavabos. Estos se encontraban en el piso de abajo y se detuvo a mitad de la escalera preguntándose si saldría alguien. Nadie lo hizo, así que volvió arriba y observó de nuevo la barra y a los clientes. Estaba a punto de irse cuando asomó una cabeza detrás del mostrador. Obviamente, el camarero se encontraba en el sótano y apareció por una trampilla. Se hallaba pasando botellas de alcohol a un compañero. Clarke lo conocía de algo. ¿Había estado ella ahí alguna vez antes? No lo creía. ¿Acaso había trabajado aquel hombre en alguno de los muchos bares de la ciudad? Era posible.

Clarke estaba abriendo la puerta cuando Robbie, el fumador, entró de nuevo.

—¿No te quedas? —dijo.

—Quizá la próxima vez —respondió Clarke.

Luego se montó en el coche y se quedó allí meditando. Treinta y muchos o cuarenta y pocos, pelo negro y tupido y patillas puntiagudas. Brazos tatuados, párpados caídos y barba incipiente.

¿Gitano? Se lo imaginaba caminando por el bosque con una guitarra colgada a la espalda. Un momento... Sí, porque la última vez que lo vio llevaba un chaleco de cuero negro y camiseta blanca y pensó lo mismo. Pero ¿dónde? En los juzgados. No era el acusado. Tampoco estaba prestando declaración. Un brazo tatuado rodeando los hombros de una mujer.

Entonces cayó en la cuenta.

Era el tío de Ellis Meikle, un hermano de su padre, y estaba consolando a la madre de Ellis al final del juicio en el que su hijo fue condenado a cadena perpetua por asesinato.

—Ellis Meikle —dijo Clarke mirando de nuevo hacia el McKenzie's.

Después puso el coche en marcha y se fue a casa con el piloto automático activado durante todo el camino.

VIERNES

Morris Gerald Cafferty vivía en un ático dúplex en el complejo Quartermile, justo al otro lado del parque de Meadows. Rebus ató a Brillo en la entrada y pulsó el timbre, encima del cual había una cámara. Rebus se acercó, sabiendo que su rostro llenaría un pequeño monitor instalado en algún lugar.

—¿Sí? —dijo la voz de Cafferty.

—¿Tienes un minuto?

—Un poco justo.

Pero Cafferty abrió la puerta de todos modos y Rebus subió en ascensor. La última vez que estuvo allí, Darryl Christie, el rival de Cafferty, había subido unos minutos antes que él, armado y dispuesto a liquidarlo. Pero Cafferty se alzó vencedor y Christie estaba en la cárcel, lo cual significaba que Edimburgo ahora era propiedad de Cafferty y aquel era su nido de águilas, protegido por un circuito cerrado de televisión y varios conserjes.

Había dejado la puerta abierta, así que Rebus entró. El corto pasillo daba a un gran espacio diáfano. Cafferty estaba sirviendo café.

—No recuerdo cómo lo tomas.

—Como sea.

—¿Sin azúcar?

—Sin azúcar.

—A nuestra edad debemos cuidarnos. —Cafferty le tendió la sencilla taza blanca y se lo quedó mirando—. No tienes mal aspecto para sufrir una enfermedad debilitante.

—Tú también tienes buen aspecto, por desgracia.

Lo cierto era que el aspecto de Cafferty era más que bueno. Recuperar Edimburgo lo había rejuvenecido. Siempre había padecido algo de sobrepeso, pero se apreciaba una renovada elasticidad en sus pasos.

—Hay un gimnasio prácticamente enfrente —explicó dándose palmadas en el estómago—. Voy cuando puedo. ¿Aún tienes ese chuchó?

—Está fuera. Si te asomas a la terraza algunas noches, podrás vernos por Jawbone Walk. Deduzco que los negocios te van bien.

—La gente ya no bebe como antes. Los negocios con licencia siempre son una batalla.

—¿Y los radiotaxis, el lavado de coches y los alquileres de pisos?

—Veo que sigues bien informado.

—Me han dicho que el local que le arrebataste a Darryl Christie padece algunos problemas.

—¿El Devil's Dram? —Cafferty se encogió de hombros—. Hay rachas buenas y malas, John. Estoy pensando en aparcar un poco el whisky y darle mayor protagonismo a la ginebra.

—Imagino que no te desharías nunca de él después de lo que te costó conseguirlo.

—¿Has ido a ver a Darryl?

Rebus negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Lo intenté una vez, pero se negó.

—¿No te preocupaba entrar en la trena y que no te dejaran salir de ahí nunca más?

—Soy un empresario legal, John. Ese fue el dictamen del juez.

—Sí, y al igual que tú, pude oír las comillas.

—El tono de voz no es lo que queda reflejado por escrito.

Los dos se hallaban a unos pocos metros de distancia el uno del otro. En su día ya habían sopesado la posibilidad de un intercambio de golpes, pero ahora que ambos temían las repercusiones de una derrota, las palabras deberían bastar. Cafferty señaló una esquina de la habitación situada detrás de Rebus, donde el televisor retransmitía un canal de noticias matutinas. Había quitado el sonido, así que solo podían ver a Catherine Bloom.

—Está disfrutando demasiado —comentó Cafferty—. Cree que toda esa atención da sentido a su vida.

—Lleva años luchando.

—Años que podría haber invertido en sí misma. Esa mujer está vacía, John. No me digas que no lo ves. —Cafferty sacó una reluciente silla de acero de debajo de la mesa de cristal y se acomodó, esperando a que Rebus se sentara delante—. Supongo que has venido por ella.

—¿Por qué, si no?

Cafferty sonrió, satisfecho por haber acertado.

—Una investigación por asesinato conlleva revisar el caso, en el cual participaste. Pero, como te dije en su momento, yo no tuve nada que ver.

—Me gustaría saber qué fue de Conor Maloney.

Cafferty extendió la mano.

—Pásame el teléfono y te enseñaré a utilizar Google.

—Ya he buscado en Google. Parece que haya salido a dar un paseo por ahí.

—Efectivamente. Lo último que oí de él es que estaba yendo mucho de crucero. Como si se tratara de una especie de exilio tributario.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro o cinco años. Es probable que Conor se pasara de la raya.

—¿En qué sentido?

—Intentando hacer amigos en Sudamérica. Allí hay mucha droga y dinero, pero no se andan con tonterías. No les cayó bien.

—¿Así que está huido?

—Puede que el fisco ande tras él, pero yo no he oído nada respecto de los colombianos. Ni tampoco de la policía irlandesa. Simplemente está viviendo de forma discreta y disfrutando de una jubilación más que merecida.

—¿Cortó lazos con Adrian Brand?

—A Conor le agradaba la idea de construir un campo de golf, y tal vez incluso varios, pero era solo un proyecto pasajero.

—¿Le habría gustado saber que había un detective privado husmeando?

—Ya me lo preguntaste en su momento, John.

—Pero ahora ha aparecido el cuerpo de Bloom...

—No es cosa mía.

—Lo que sí recuerdo de la conversación que mantuvimos es que intentaste desviar la atención hacia una familia de delincuentes de Aberdeen, los Bartolli. Si hubiéramos ido a por ellos, te habría hecho un favor.

Cafferty sonrió al recordarlo.

—No me puedes reprochar que lo intentara. ¿Qué tal el café?

—Un poco flojo, como tus respuestas.

—Es descafeinado. Va bien para la tensión. Puedo añadirle un chorro de algo más fuerte si quieres.

—Sobreviviré.

—No me cabe la menor duda.

Cafferty se pasó una mano por la cabeza, que llevaba rapada y tenía forma de bolo de bolera, con pliegues de grasa a la altura de la nuca. Se apreciaban en ella cortes y cicatrices, vestigios de los golpes que había recibido en las bandas a las que perteneció desde la adolescencia, allá cuando se dedicaba a trepar, aprender, tentar la suerte y a curtirse por dentro. Probablemente hubo momentos en su vida en que hubiera podido girar a la izquierda o a la derecha, pero no lo hizo. Había vencido a sus rivales y había cumplido condena, y ahora estaba en su ático, solo y, probablemente, insatisfecho. Rebus no pudo evitar acordarse de su piso, de aquellos paseos nocturnos y de la soledad. Una parte de él siempre pensaba en Morris Gerald Cafferty, su *alter ego*.

—¿Crees que querrán hablar conmigo?

—Es posible —dijo Rebus.

—¿Quién está al mando? ¿Lo conozco?

—Un inspector jefe llamado Graham Sutherland.

—¿Oriundo de Inverness?

—No lo sé.

Cafferty asintió para sí.

—Estoy bastante seguro de que es él, aunque para mí solo sea un nombre. No hemos tenido roces dignos de mención.

—Siobhan Clarke también está en el equipo.

—Siempre es un placer hacer negocios con Siobhan. ¿Todavía sale con Malcolm Fox?

—Nunca han sido pareja.

—No es lo que yo tenía entendido.

—Pues si pagaste por esa información, a lo mejor deberían devolverte el dinero.

—¿Y Fox sigue en Gartcosh?

—¿Has probado a buscar en Google?

—*Touché*, John. —Cafferty sonrió de nuevo y se rascó la mandíbula—. Seguramente querrán hablar conmigo. Ya te lo dije entonces: invertí dinero en una película de Jackie Ness. —Cafferty vio que Rebus asentía—. En realidad, fue Billy Locke el que me lo pidió. Billy era el socio de Ness. Estaba buscando nuevos ángeles; así nos llamaba él. Te invitaba a una buena cena, te soltaba el rollo y tú sacabas la chequera o no.

—¿La chequera?

Rebus parecía escéptico.

—Tienes razón. Siempre era dinero en efectivo. Tampoco es que invirtiera mucho, y lo recuperé con intereses. Me preguntaron si quería que apareciera mi nombre en los créditos, pero les dije que no.

—¿Por qué?

—Cuando la estrenaron, Stuart Bloom había desaparecido.

—¿No querías que nadie te relacionara con él?

—No había relación alguna, pero tienes razón. Aunque tampoco habría impedido que la gente intentara establecerla.

—¿Qué película era?

—Una de zombis con faldas escocesas y espadas.

—Siobhan Clarke acaba de verla en DVD. ¿Sabes que Bloom aparece en ella? Él y su novio.

—No lo sabía. Probablemente guarde una copia en alguna parte.

Rebus miró hacia el televisor. No había reproductor de DVD.

—Pero no tienes con qué verla.

—¿Para qué? Era una mierda.

—¿Ness te pidió ayuda alguna vez, aparte de la económica?

—¿Frente a Adrian Brand? Como ya te dije en su momento, yo no tuve nada que ver en este asunto.

—Lo cual no responde a mi pregunta.

—A lo mejor, me la pidió y, a lo mejor, se la negué.

—¿Le tenías miedo a Conor Maloney?

Cafferty resopló.

—Me conoces bastante mejor, John.

—Si ese campo de golf hubiera salido adelante, con Maloney y su dinero de los paramilitares, ¿no se habría interpretado como el primer paso?

—¿Para traerlo de vuelta a Edimburgo?

Cafferty desechó la idea.

—¿Cómo trabaron amistad Maloney y Brand?

—Por un campo de golf en Irlanda. Ambos tenían acciones. Era una especie de club de campo. Eso es lo que quería traer Brand a Escocia.

—¿Cómo te sentó que acudiera a Maloney en lugar de a ti?

—Eso ya es historia antigua, John. Un archivo es el lugar que le corresponde.

—Pero, di, ¿cómo te hizo sentir? Si no amenazado, ¿tal vez un poco cabreado por el desaire y la falta de respeto que mostró hacia ti?

Cafferty se puso a bostezar exageradamente.

—Empiezo a pensar que es demasiado temprano para un descafeinado y muy tarde para esta pequeña charla. —Apartó la silla y se levantó poco a poco—. Además, tengo cosas que hacer, y tú, probablemente, un perro al que pasear.

En la televisión, Catherine Bloom ya no estaba dando un discurso. En su lugar, aparecieron unas imágenes aéreas de Poretoun Woods con una vieja fotografía de Stuart Bloom en la esquina superior derecha de la pantalla.

—Ness quería que comprara ese terreno —comentó Cafferty—. El problema radicaba en que yo tenía que seguir con las mejoras de la casa y el bosque. Ness lo tenía todo planeado y yo debía acatar hasta el último detalle.

—Entonces ¿has estado en Poretoun House?

—Desde que se vendió, no.

—¿Y en el bosque?

—Solo un día. Vi parte del rodaje. Las interpretaciones no eran gran cosa, pero hay que reconocerle a Jackie que siempre encontraba una cara bonita hacia donde apuntar su cámara.

—Lo sé. Interrogamos a muchos.

—Pero no con suficiente rigor para contentar a la señora Bloom. —Cafferty volvía a tener los ojos clavados en el televisor, que ahora retransmitía la actualidad política—. Hay una cosa que la nueva investigación no ha desvelado —dijo.

—¿De qué se trata?

—Bloom llevaba esposas.

—¿Y cómo es posible que lo sepas?

Cafferty miró fijamente a Rebus.

—Algunos seguimos en el juego, John. Eran de la policía, ¿verdad?

—Todavía están analizándolas. ¿A quién tienes infiltrado?

—Más bien, ¿cómo sabes tú lo de las esposas? ¿Te lo ha susurrado Siobhan al oído? Yo diría que eso cuenta como filtración, sobre todo cuando la persona a la que ella está filtrando formaba parte del caso original y aún podría ser sospechosa.

—Las esposas pudieron salir de cualquier sitio. Me atrevería a decir que tú mismo y tu colega Maloney sabrías dónde encontrar unas.

—Un puñado de libras al policía adecuado —coincidió Cafferty—. En 2006 había muchas en el mercado. Luego hay gente como tu antiguo jefe, Bill Rawlston. Antiguamente era un buen amigo de Adrian Brand. Compartían mesa en algunos actos benéficos. Y no olvidemos al padre del novio del difunto, un amigo tuyo, si mal no recuerdo.

—¿Deseas añadir a alguien más? —Cafferty fingió que pensaba y Rebus decidió no esperar una respuesta—. Brian Steele y Grant Edwards —dijo—. Trabajaron una temporada para Brand. Y para ti.

—¿Para mí?

Rebus asintió mirando a Cafferty a los ojos.

—No creas que no lo sé.

—¿Y qué es lo que crees saber?

—Una vez te reuniste con Conor Maloney, poco antes de la desaparición de Stuart Bloom, y llevaste contigo a Steele y Edwards como guardaespaldas.

—Solo a Steele, en realidad. —Cafferty se quedó pensativo unos instantes—. Es normal que tu colega del DIC de Glasgow tuviera a Maloney en su radar.

—Desde el instante en que su avión tomó tierra —reconoció Rebus—. En aquel momento, Steele iba de uniforme, lo cual significa que llevaba esposas, naturalmente.

—El día que estaba conmigo vestía un bonito traje. Recuerdo que me cabré un poco porque casi ridiculizaba el mío.

—¿Qué le contaste a Maloney sobre Stuart Bloom?

Cafferty negó con la cabeza.

—¿Realmente crees que esto va a funcionar? Siobhan no picará y los demás, tampoco. Se centrarán en ti y en los tuyos, y con razón. Estás vendiendo mercancía sospechosa, John. Francamente, me avergüenzo un poco de ti. Pero eso me hace pensar en lo desesperado que estás y en el dueño de las huellas que intentas borrar. Acepta un consejo: no gozas de buena salud. Ya es hora de que asumas la realidad e intentes relajarte y disfrutar un poco, en lugar de darte de bruceos con toda esta historia.

Rebus se puso de pie.

—Lo cierto es que yo ya estoy relajado y disfrutando. Tú, en cambio...

—¿Qué?

Rebus señaló la frente de Cafferty.

—Esa vena en la sien ha empezado a palpar hace cinco minutos, y eso significa que mi trabajo aquí ha concluido.

Cafferty se quedó sentado mientras Rebus se dirigía a la puerta. Cuando esta se hubo cerrado, se llevó un dedo a la sien. Rebus tenía razón. Percibía los latidos y no estaba seguro de que una buena sesión de entrenamiento en el gimnasio fuera a curarlo.

Rebus no había estado en Poretoun Woods desde el comienzo de la investigación por desaparición. Le pareció menos cuidado, como si la naturaleza salvaje estuviera tomando las riendas. El sendero que se adentraba en el bosque era fácilmente identificable gracias a las numerosas visitas de la policía y de otros profesionales. Unas rodadas profundas mostraban el lugar por el que un tractor había remolcado el Volkswagen hasta un camión. Un coche patrulla dejaba entrever que algún desgraciado seguía montando guardia. ¿Con qué fin? Rebus lo ignoraba. El crujido de ramitas y hojas bajo sus pies anunció su llegada, y le dio tiempo al agente para apartarse del árbol en el que estaba apoyado.

—Tranquilo —dijo Rebus—. Estoy echando un vistazo.

—No está permitida la entrada al público —respondió el policía.

—Colaboro con la investigación.

—Entonces ¿cómo es que no me han informado de que iba a venir?

—Ahora mismo, en Leith se traen demasiadas cosas entre manos —improvisó Rebus—. Siento tener que decírselo, pero no es usted una prioridad.

Su tono pareció convencer al agente. A Rebus le dio la sensación de que el muchacho debía de hallarse en la escuela primaria unos doce años atrás. El acné que lucía en ambas mejillas probablemente fuera una molestia desde apenas poco después.

—No tiene sentido que le pregunte si ha visto algo inusual, ¿verdad?

—Unos cuantos mirones del pueblo —respondió el agente—. Un par de periodistas. Solo querían una foto del lugar de los hechos, aunque no ocurriera aquí.

Rebus se lo quedó mirando.

—¿Se ha enterado?

El agente asintió.

—Es posible que trajeran el coche con el muerto dentro.

Rebus estaba observando el fondo del barranco por encima de la cinta perimetral.

—Hay una cuerda, por si quiere echar un vistazo más de cerca.

—Hijo, ¿tengo pinta de estar suficientemente en forma como para descender por ahí? —Rebus levantó un dedo—. Y, por cierto, no se sienta obligado a contestar.

—De todos modos, ahí abajo no hay nada —repuso el agente.

Rebus miró a su alrededor y solo vio árboles. No había manera de saber si él había pasado por allí durante la búsqueda. En cualquier caso, él estuvo en el DIC; como un simple excursionista mientras los policías rasos examinaban el terreno armados con palos y un par de ojos atentos. Recordaba una cantera anegada a varios kilómetros de allí, a la que habían acudido unos buzos con bombonas y potentes linternas. Luego estaban las minas abandonadas situadas al sur de Bonnyrigg. Se habían colgado fotos del desaparecido en los escaparates y farolas y también se habían repartido por los buzones, mientras en la oficina del DIC comprobaban los registros telefónicos de Bloom y buscaban pistas en sus correos electrónicos. Se llevaron a cabo docenas de entrevistas, ya que, cuanto más tiempo permanecía desaparecido, más obvio resultaba que no era un acto voluntario y que probablemente no se trataba de un accidente. Así que llamaron a Jackie Ness y Adrian Brand y después, al novio. Hubo horas de interrogatorios, todos ellos poco

concluyentes. Bill Rawlston era de la vieja escuela y dirigió su atención a lo que él denominaba «el estilo de vida» de Bloom, un eufemismo para referirse a su sexualidad. Según Derek Shankley, la suya era una relación monógama, «aparte de algún que otro besuqueo, obviamente». Besuqu coastas en fiestas privadas celebradas en casas de amigos; o en la pista de baile de Rogues. «Pero la pareja no siempre se entera» fue todo cuanto dijo Rawlston al respecto.

Brand y Ness habían llegado a sus reuniones con el DIC flanqueados por abogados. Derek Shankley llevó a su padre consigo. O, más bien, el padre había insistido en acompañarlo. Por supuesto, Rebus conocía a Alex Shankley, un experto en bandas y gánsteres de Glasgow. Rebus sabía más sobre sus homólogos de Edimburgo que cualquier otro en la ciudad y, juntos, habían intercambiado información durante años. Un chivatazo sobre una cumbre; una petición de vigilancia; datos captados en pinchazos telefónicos. Era cooperación a la antigua usanza, al final de la cual se enviaba una botella de whisky, que recibían con agradecimiento.

—Trabajé en el caso original —explicó Rebus al agente para justificar su largo silencio.

—Me han dicho que hubo problemas.

—Si por problemas se refiere a cagadas... —Rebus se encogió de hombros con las manos metidas en los bolsillos—. Seamos generosos y digamos que tomamos algunos caminos equivocados. ¿Cuánto tiempo estará por aquí?

—Se supone que hoy es el último día. Retirarán el cordón policial por la mañana.

Rebus sabía que transcurrirían los meses y la gente empezaría a olvidar, o pasearía por el bosque sin saber lo que había ocurrido. Él cuestionaba la eficacia de desempolvar los recuerdos de todos aquellos individuos que fueron interrogados la primera vez. Los detalles se habrían evaporado y los momentos estarían borrosos. La mente humana no era un testigo fiable ni en el mejor de los casos. Al echar una última ojeada, divisó una corona de flores verde apoyada en uno de los pronunciados laterales, cerca del fondo del barranco.

—Es de los padres —explicó el agente—. Vinieron ayer por la mañana, antes de que empezara mi turno.

Rebus asintió lentamente y emprendió el largo camino de vuelta al coche.

Al poco rato de iniciar el trayecto, se desvió por una pista asfaltada cubierta de barro. Tras realizar un par de giros a la izquierda, se encontró frente a la entrada de Poretoun House. Las puertas estaban cerradas y no había timbre, pero sí un candado, y cuando empujó, vio que cedía lo suficiente como para colarse por la abertura. Obviamente, la seguridad no les preocupaba demasiado.

—De esto te ha servido perder unos kilos, John —se dijo para sí.

Nueve kilos, concretamente. La primera vez que fue al Oxford Bar después de adelgazar, le preguntaron si le quedaba mucho tiempo de vida y se vio obligado a contarles que no era cáncer. No se trataba de eso, pero tampoco iba a consentir que la enfermedad obstructiva se lo llevara por delante sin presentar batalla. Uno de los pacientes de la clínica respiratoria había empleado una expresión, «gestionar el declive», que a Rebus se le quedó grabada. Le pareció que resumía su vida entera desde la jubilación, y puede que incluso antes.

—Hoy estoy animado de cojones —murmuró mientras andaba.

El camino de acceso había sido invadido por la vegetación y la superficie de gravilla estaba cubierta de maleza y musgo. Un poco después, vio la casa, que lucía desolada. Recordaba haberla visitado para interrogar a Jackie Ness en un enorme y recargado salón. Mary Skelton estaba con él; era uno de esos infrecuentes días en que ella parecía capaz de concentrarse en su trabajo en lugar de hacerlo en sus escauceos sexuales, aunque tampoco es que pasaran mucho tiempo en Poretoun House. Formaba parte de su trabajo de seguimiento y debían acusar recibo de las

comunicaciones impresas entre Ness y el desaparecido. A Rebus le vinieron a la mente los *souvenirs* cinematográficos, los carteles y varios elementos de atrezzo. El pasillo se había convertido en un almacén de equipos de iluminación, rieles llenos de disfraces y trípodes de cámara. ¿Alguien se había molestado en mencionar que Stuart Bloom aparecía en una película de Ness? ¿Acaso habían dicho algo este o Derek Shankley? De ser así, quienquiera que fuese la persona con la que ellos habían hablado no creyó que mereciera la pena dejar constancia de ello. A decir verdad, la familia se había ganado sus eventuales disculpas a regañadientes y tardías.

—Menudo caos —se dijo Rebus, que bordeó el exterior del edificio, donde había céspedes desatendidos, una ventana rota tapada con una tabla y abundante follaje asomando por las alcantarillas y los canalones.

No había rastro de vida y Rebus se agachó a mirar por el buzón de la puerta. El salón estaba vacío y polvoriento. No había correo en el suelo. La mayoría de las ventanas de ambos pisos estaban cerradas, pero vio que uno de los postigos no encajaba del todo y pegó la nariz al cristal. En el salón no había muebles y las primeras grietas habían aparecido en el techo de estuco. No le pareció que nadie se molestara en calentar aquel lugar. Al darse la vuelta, divisó una panorámica despejada del bosque. La última vez que alguien había visto a Stuart Bloom con vida se alejaba de allí subido a su Polo. «Iba a casa», declaró Jackie Ness ante los policías.

Sí, porque Derek Shankley estaba preparando la cena. Una bo tella de vino abierta, un poco de música, el final propio de otra larga semana para ambos. Por supuesto, lo único que confirmaba que Bloom había salido vivo de la reunión era la palabra de Ness. Los forenses habían examinado la casa pese a sus quejas y se habían registrado los edificios anexos y el bosque, aunque no hubiera motivos para sospechar del productor.

Simplemente, no tenían mucho más.

Rebus volvió al Saab, que petardeó al arrancar, recordándole que ya estaba viejo. Dio una afectuosa palmada al volante, dijo: «gestiona el declive» y condujo los ochocientos metros que lo separaban del municipio de Poretoun, que básicamente consistía, ahora y entonces, en un solo carril (fantasiosamente bautizado como Calle Principal). En su día, hubo dos pubs, pero solo sobrevivía uno. La ferretería, el banco y la oficina de correos también habían desaparecido. La cafetería que Rebus recordaba haber visitado para tomar un memorable bollo de pudín negro aún conservaba el cartel, aunque estaba cerrada y en alquiler. Había un colmado, del cual salió de pronto un solitario cliente con una bolsa de la compra. Rebus aparcó y abrió la puerta.

—Solo quiero chicle —le dijo a la asiática que había sentada detrás del mostrador.

Cuando encontró los Airwaves, cogió un paquete y luego otro por si acaso.

—Intenta dejar de fumar —dijo la mujer. Después, al ver en su mirada que estaba en lo cierto, añadió—: Le dijo la sartén al cazo. ¿Ha probado a vaporear?

—La tecnología pudo conmigo.

—Bueno, el chicle le pudrirá los dientes, pero no los pulmones.

La dependienta marcó los productos en la caja registradora. Encima del mostrador había un pequeño montón de ejemplares del *Evening News* y Rebus cogió uno y leyó los titulares de la portada. Vio una fotografía en color de Catherine Bloom y la promesa de una entrevista en exclusiva en el interior.

—Tengo que buscar «exclusiva» en el diccionario cuando llegue a casa —dijo—. Deben de quedar pocas personas con las que no haya hablado.

—¿Se la puede culpar por ello? El trato que dieron las autoridades a la familia es inexcusable.

—Somos seres humanos —dijo Rebus, que cogió el cambio y se fue.

Después cruzó la calle y entró en el pub. Era acogedor, con una estufa de leña y una gruesa

alfombra de tartán. Al ver la cafetera, pidió un americano y se sentó en un taburete. En una mesa esquinera había una pareja de mediana edad que conversaba tranquilamente. Otro habitual estaba enfrascado en un crucigrama. Rebus dejó el *Evening News* encima de la barra.

—Terrible, ¿eh? —dijo el camarero ladeando la cabeza hacia la foto de Catherine Bloom.

—Sí —respondió Rebus.

—¿Ha estado en el bosque, entonces? —Rebus miró fijamente al camarero—. No es usted de la zona y ha venido mucha gente por aquí antes o después de acercarse al bosque. Según tengo entendido, retirarán el cordón policial mañana.

—Imagino que eso hará bajar el turismo —observó Rebus con una expresión imperturbable.

—Una venta es una venta, aunque solo se trate de un café. Siempre creí que el tipo de la productora había tenido algo que ver.

—¡Ah!, ¿sí?

—Montaba orgías y las grababa. O, al menos, esos eran los rumores que circulaban.

—No tenía ni idea.

—El bosque siempre ha tenido esa atmósfera. ¿No lo ha notado? Cuando él era el propietario, había salpicaduras de sangre por todas partes. La gente decía que sacrificaba pollos o algo así.

—Debieron de sentirse decepcionados cuando se enteraron de que solo era colorante de comida de sus películas de terror.

El camarero se lo quedó mirando.

—Parece saber mucho del asunto.

—Trabajé en la investigación original. Incluso vine aquí algunas veces.

—Yo empecé más tarde. Antes trabajaba para la competencia.

—¿Por qué cerró?

—Las cosas cambian, supongo. El dueño se jubiló y no encontró quien se lo quedara. —Miró a su alrededor—. A este sitio le doy seis meses y seguirá el mismo camino. El negocio se muere, al igual que el pueblo.

—Por el amor de Dios, Tam —dijo el cliente, que apartó la mirada del periódico—. Eres como un disco rayado. —Luego, volviéndose hacia Rebus—: Pero a usted lo recuerdo. Tomaba pintas de cerveza fuerte.

—Menuda memoria tiene.

—Para serle sincero, había un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar. Por aquel entonces, aquí solo se servía fuerte o lager. Ahora hay vodka de sabores y cerveza en botellas carísimas para atraer a un público más joven que preferiría estar en cualquier otro sitio. En cuanto a toda esa mierda sobre Jackie Ness y Poretoun Woods... —El hombre negó con la cabeza—. Mi hijo actuó de figurante en algunas películas suyas. A él le habría pa recido bien una orgía, pero nunca hubo el menor indicio. Por el contrario, las jornadas eran largas y espantosas; con bocadillos de queso y el salario más ínfimo que Ness pudiera pagar. Las chicas cobraban un poco más si tenían que desnudarse, a diferencia de los chicos. —Se quedó mirando al camarero—. Tú viste una o dos películas, Tam. Un indicio de teta era lo más subido de tono que había en ellas.

Luego puso los ojos en blanco y volvió a concentrarse en el crucigrama.

—¿A qué se dedica ahora su hijo? —le preguntó Rebus.

—Se quedó con la granja de su tío. Le encantaba desde que era niño. Pero ahora quiere venderla antes de que llegue el Brexit. Todo esto es una puta broma a costa nuestra y algunos de por aquí incluso votaron a favor.

El camarero frunció los labios y se entretuvo con los pocos vasos vacíos que había mientras Rebus tomaba un sorbo de café. Estaba amargo y tibio, lo cual parecía encajar con los cambios

que experimentaba el pueblo por aquel entonces.

—¿Y alguien se quedará con la granja? —preguntó.

—No como algo permanente. Serán viviendas. Casas pijas para gente con buenos trabajos en Edimburgo o jubilados del sur de la frontera.

—No tendrá eso algo que ver con sir Adrian Brand, ¿verdad?

—Pues sí.

—Acabo de estar en Poretoun House.

—Lo que ha hecho con ese lugar es un crimen.

—Por otro lado —terció el camarero—, esas casas nuevas podrían ser buenas para el negocio.

—Solo si añade chapata a la carta del bar —dijo Rebus, que apartó su taza—. Y un café más decente que la acompañe.

Graham Sutherland y Callum Reid se encontraban en la sala de interrogatorios junto con Bill Rawlston. Cuando Clarke preguntó por qué, George Gamble le dijo que Rawlston había participado en la investigación original. Tal vez pudiera llevarlos en la dirección correcta, ofrecer atajos o comentar sus intuiciones en relación con los motivos y los sospechosos más probables.

Entre tanto, el presupuesto permitiría llevar a cabo el análisis del terreno y realizar las pruebas forenses que requirieran las esposas y el interior del coche. El proceso ya estaba en marcha.

Derek Shankley había pedido medio día libre en el trabajo y se encontraba sentado junto a Phil Yeats, repasando varios nombres y números de teléfono. Clarke le dedicó una pequeña sonrisa de ánimo y siguió adelante por el pasillo hacia la sala en la que se hallaban Fox y Leighton, rodeados por cajas de informes.

—¿Te importa si hablamos un momento, Malcolm? —dijo.

—Claro.

Fox se levantó y la siguió por el oscuro pasillo con sus paredes descascarilladas de color crema.

—¿Has hecho progresos? —preguntó, y Fox se encogió de hombros—. ¿Tu acuerdo con Steele y Edwards contempla que les informes primero a ellos? Sé que hablasteis ayer.

—Me preguntaba cómo lo sabía John. ¿Los viste por la ventana?

—Algo parecido.

—Mientes. Si hubieras estado vigilando, sabrías que solo hablé con Steele. Edwards se quedó en el coche. Y, para responder a tu pregunta, le conté exactamente nada.

—Mejor así.

—¿Crees que pueden estar hasta el cuello?

—Cualquiera que tuviese acceso a unas esposas es sospechoso.

—Suponiendo que ambas cosas se hallen conectadas.

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Estamos de acuerdo en que, como mínimo, resulta altamente probable?

—Yo solo intento mantener la mente abierta, Siobhan, cosa que al parecer no hizo la investigación original. Desde el principio, solo hubo dos opciones: sucedió porque era gay o debido a su trabajo. —Fox señaló con la cabeza la sala del Equipo de Delitos Graves—. Ahora mismo, tienes a uno de los principales sospechosos ahí dentro. O está ayudando o finge hacerlo.

—En realidad, tenemos a dos testigos en el edificio, Malcolm. ¿A cuál de los dos consideras sospechoso?

—Al novio, aunque no creo que lo hiciera él.

Clarke se cruzó de brazos.

—¿Para qué quería hablar Steele contigo?

Fox respiró hondo.

—Como bien decías, para mantenerse informado.

—Sabes que no puedes ayudarlos.

Fox asintió.

—Pero ha de parecer que lo hago. Piensan que, de lo contrario, podrán ponerle la soga a John.

—¿Crees que puedes convencerlos de que estás de su parte?

—Lo intentaré. Jugaron la carta de Reclamaciones y Anticorrupción librando una batalla hombro con hombro. —Hizo una pausa—. Sé que has tenido tus más y tus menos con ellos.

—Y sé lo cabrones que pueden llegar a ser. Ándate con cuidado, Malcolm.

—Tengo la sensación de que me ocultas algo.

Clarke sonrió tímidamente, le dio una palmada en la solapa de la americana y volvió a la sala del EDG. Derek Shankley se había tomado un descanso y estaba bebiendo una taza de té junto a la ventana. Clarke se le acercó.

—¿Cómo va?

Shankley esbozó una media sonrisa.

—Bien.

—Imagino que había conseguido rehacer su vida y ahora se le viene todo esto encima.

Shankley se había quitado la chaqueta de cuero, que colgaba de una silla junto a la mesa de Yeats. Esta vez vestía una camiseta negra ajustada. Exhibía un cuerpo tonificado y llevaba unos vaqueros de tiro bajo lavados a la piedra.

—Tiene razón —dijo pausadamente—. En lugar de dormir, no dejo de recordar el tiempo que pasamos juntos. Éramos tanto amigos como amantes. Nos gustaba lo mismo, la misma comida...

—Cuando los vi a los dos en aquella película de zombis, saltaba a la vista que lo pasaban bien juntos. Les costaba aguantarse la risa.

Shankley también sonrió al recordar.

—Puede que fuera el hachís —dijo, y la miró fijamente.

—No se preocupe —respondió Clarke para tranquilizarlo—. Lo que se cuenta al lado de la tetera se queda en la tetera.

—Aquel día estábamos a cero grados —añadió—. Se podía ver el vapor de la respiración en el aire. Un miembro del equipo preguntó si los zombis respiraban y cómo era posible si tenían los pulmones secos. Y allí estábamos nosotros, pintados de azul e intentando esquivarlos. —Hizo una pausa—. De hecho, acabo de mencionarle a... —Ladeó la cabeza hacia Phil Yeats, que estaba leyendo mensajes de texto en su móvil.

—El agente Yeats —le recordó Clarke.

—Le he contado que algunos clientes de Rogues trabajamos de extras, pero también había adolescentes del pueblo. Eso sí fue un choque cultural. Nos veían como una especie exótica. Incluso puede que un par de ellos prefiriera que nos extinguiéramos.

—¿Llegaron a las manos?

—Solo insultos, normalmente por la espalda. —Shankley hizo una pausa y se frotó el brazo con indecisión—. No mataron a Stuart por eso.

—¿Está seguro?

—Bastante.

—Bien. Pues hablando de Rogues... —Clarke bajó el tono de voz y se acercó unos centímetros a él—. Sabemos que su padre les avisaba cada vez que había una redada. ¿Sabe quién le informaba a él?

Shankley negó con la cabeza.

—¿Seguro? —El joven asintió—. Bueno, pues que quede entre nosotros, ¿de acuerdo? Definitivamente no tiene nada que ver con lo que le sucedió a Stuart. —Clarke esperó a que calaran sus palabras y aligeró el tono—. Las películas eran bastante malas, ¿no?

—Pero estaban hechas por buenas personas. El técnico de sonido, la maquilladora y toda esa gente eran encantadores. A veces, Stuart y yo íbamos a tomar algo con el director de fotografía.

Sabía mucho más de cine que Jackie Ness. Nos contaba historias de la gente con la que había trabajado; algunos de ellos, nombres importantes. Y multitud de cotilleos. Stuart aprendió mucho de él.

—¿En qué sentido?

—Cómo fotografiar ciertas situaciones. Por ejemplo, si la luz es mala o si uno se encuentra a una distancia determinada.

—Muy útil para el trabajo de Stuart.

—Y con el técnico de sonido, igual. Stuart hablaba con él sobre grabaciones.

—¿Se refiere a escuchas ilegales?

—Llamadas telefónicas y esas cosas, sí. Y reuniones en las que hubiera mucho ruido de fondo.

—¿Ha facilitado sus nombres al agente Yeats?

—No me los ha pedido.

—Entonces, podría dárme los a mí. ¿Sigue en contacto con ellos?

Shankley frunció el ceño.

—Desde que Stuart desapareció, no. Bueno, me llamaron para decirme lo mucho que lo sentían.

—Y sus nombres son...

—Colin y Joe. No recuerdo los apellidos.

Clarke lo llevó a su mesa, puso en marcha el DVD y avanzó hasta los créditos finales.

—Colin Speke y Joseph Madden —dijo leyendo la pantalla.

—Deben de ser ellos —respondió Shankley.

—Probablemente los interrogaran durante la investigación original, ¿no?

—Supongo. —Clarke se lo quedó mirando y él se encogió de hombros—. Nadie me preguntó concretamente por ellos.

—Yo estoy haciéndolo. ¿Es posible que Stuart aprovechara la experiencia de esas personas en el trabajo que realizaba para Jackie Ness?

Shankley frunció de nuevo el ceño como si estuviera intentando recordar.

—Los tres colaboraron varias veces —dijo—. ¿Cree que es un dato importante?

—Probablemente, no —repuso Clarke con una sonrisa tranquilizadora al darse cuenta de que estaba hablando con un civil, que además era un testigo, y no con un compañero—. Solo debemos asegurarnos de que hemos cubierto todo el espacio posible. ¿Conserva sus números de teléfono o algún modo de contactar con ellos?

—La verdad es que no.

—¿No son amigos en Facebook ni nada por el estilo?

Shankley negó con la cabeza, decaído por haberla decepcionado.

—No se preocupe —dijo. Yeats estaba observándolos desde su mesa—. Creo que se ha acabado el descanso, Derek. Pero recuerde lo que le he mencionado sobre esos chivatazos.

En la comisaría de Leith no había aparcamiento, así que Clarke se vio obligada a dejar el Astra al lado de Leith Links. Cuando estuvo sentada al volante, sacó el teléfono. Gayfield Square se encontraba como mucho a cinco minutos de allí y había estado meditándolo hasta el momento en que hizo la llamada. La agente Christine Esson lo cogió inmediatamente.

—Hola, hija pródiga —dijo Esson a modo de saludo.

—¿Estás en la oficina, Christine?

—Nos las arreglamos sin ti.

—Siento no haber dado señales de vida. He andado un poco ajetreada. ¿Todo bien?

—Ayer me pasé cuatro horas en los juzgados y al final pospusieron el juicio. Gracias a Dios que existe Candy Crush.

—¿Hoy estás ocupada?
—¿Qué necesitas?
—El caso Ellis Meikle.
—¿Qué pasa con él?
—¿Recuerdas el nombre del tío?
—¿El de los tatuajes?
—Sí.
—Darian, Damian o algo así, ¿no?
—Dallas —dijo Clarke—. Se llamaba Dallas.
—¿Por qué quieres saberlo?
—Tenía antecedentes, ¿verdad?
—Se había metido en unas cuantas peleas.
—¿Tenemos sus datos?
—¿Qué está pasando, Siobhan?
—Estoy segura de que no es nada. Solo quiero hablar con él.
—Debe estar todo archivado. ¿Quieres que lo busque?
—Solo si dispones de tiempo. —Un coche se había detenido junto al de Clarke—. Hablamos luego, Christine —dijo antes de colgar.
Clarke bajó la ventanilla y Rebus hizo lo propio.
—Me alegro de verte —dijo este desde su coche.
—¿Qué haces aquí, John?
—Iba a gorronear un té. ¿Y tú?
—Trabajo aquí, ¿recuerdas?
Pero Rebus señaló la comisaría con la cabeza.
—Bueno, en realidad trabajas allí, pero por alguna razón has tenido que esconderte en el coche para hacer o recibir una llamada. Todo muy misterioso.
—A lo mejor, iba a algún sitio.
Rebus le dedicó una mirada que indicaba a las claras que esa mentira era una decepción para él.
—Vale —reconoció Clarke—. Tiene que ver con las llamadas.
—¿Las de la cabina?
—Está delante de un bar de Canongate llamado McKenzie's. El tío de Ellis Meikle trabaja allí.
—¿Y quién es Ellis Meikle?
—Hace un par de meses fue hallado culpable por matar a su novia.
Rebus asintió.
—¿Adolescente? ¿En Restalrig?
—Una vida familiar caótica, etcétera, etcétera. Alcohol, drogas, hormonas y celos.
Rebus asintió de nuevo.
—¿Y ahora su familia está acosando a la investigadora principal? ¿Quieres que mantenga una conversación tranquila con ellos? ¿O incluso una no tan tranquila?
—Yo me ocuparé. Ahora en serio, ¿a qué has venido?
—¿Has visto a Malcolm?
—Hablé con él acerca de su charla con Brian Steele. Por si te interesa, me da la sensación de que solo quiere protegerte.
—¿Eso significa que los Chuggabugs tienen algo contra mí?
—John, todos los agentes que han trabajado contigo, en algún momento, tienen algo contra ti.

—Cierto. —Rebus intentó poner cara de contrición sin conseguirlo—. ¿Hay forma de contactar con ellos?

—Lo más inteligente sería que te mantuvieras al margen.

—Siempre he valorado tus consejos, Siobhan. —Hizo una pausa—. Pero ¿hay forma o no?

—No.

—Pero Malcolm sí podría, ¿verdad?

—Acepta un consejo por una vez, John. —Al ver que no respondía, suspiró frotándose las sienes—. Esto era lo último que necesitaba ahora mismo.

—¿Porque tienes cosas más importantes que hacer?

—Es posible que Stuart Bloom mantuviera una relación profesional con un cámara y un técnico de sonido que trabajaban para Ness.

—Y eso, ¿qué significa?

—Lo ayudaban cuando quería grabar conversaciones y reuniones.

—¿En serio?

—Eso dice Derek Shankley.

—¿Y dicha relación fue justo antes de la desaparición de Stuart?

—Aún no estoy segura. Parece que sea una sorpresa para ti.

—Lo es.

—Derek dice que a ningún miembro de la investigación original se le ocurrió preguntarlo.

—Podría haber ofrecido la información voluntariamente.

—Sí, podría, pero no lo hizo. Creo que se sentía herido. Figuraba entre los principales sospechosos. Además, intimidasteis a varios amigos suyos a los que interrogasteis.

—Se me parte el corazón.

—¿Recuerdas haber interrogado a Colin Speke y Joe Madden?

—Yo, personalmente, no. Si alguien lo hizo, constará en las notas del caso.

—A menos que Mary Skelton o Doug Newsome hicieran alguna chapuza.

—Cabe esa posibilidad —reconoció Rebus—. ¿Hablarás con Speke y Madden?

—Si doy con ellos, sí.

—Mientras tanto, a lo mejor puedo animarte.

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Cómo?

—Contándote algo que no sepas.

—Prueba.

—Big Ger Cafferty invirtió dinero en esa película de zombis.

—Vaya novedad.

—Pero un día también fue a ver el rodaje en Poretoun Woods. Es más, luego Ness intentó venderle el bosque.

—Has estado hablando con Cafferty.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Te manda recuerdos.

—Te encantaría relacionarlo con el caso, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pero no crees que vaya a ocurrir...

—Un hombre tiene derecho a soñar, ¿no? Al menos, podrías citarlo para hacerle unas preguntas, que pierda una hora o dos como mínimo. Se trata de información nueva, Siobhan.

—Lo añadiré a la lista.

—Pareces cansada. Deberías tomarte un respiro. Podrías dejarte caer por Gayfield Square y echar un vistazo al informe de Meikle. —Clarke vio que Rebus estaba esbozando una sonrisa burlona—. Soy bueno, ¿eh? Y, si te vas, puedo quedarme con ese aparcamiento.

Fox salió a recepción.

—¿Qué puedo hacer por ti, John? —le preguntó.

—Quizá podríamos subir y comentarlo.

Rebus desvió la mirada hacia el agente del mostrador, que aparentaba no estar interesado en la conversación.

—Será mejor que no. Habría conflicto de intereses.

Rebus fingió meditarlo.

—¿Andas ocupado, entonces? ¿No tienes tiempo para un viejo episodio de *Los autos locos*?

Fox se lo quedó mirando y suspiró con gran teatralidad.

—Venga, vamos —dijo, y se dirigió a las escaleras—. Los dos necesitáis andaros con mucho cuidado. La única manera que tenía Siobhan de enterarse de mi encuentro con Steele era que uno de los periodistas que merodean por ahí fuera decidiera contárselo. Intuyo que solo hay un candidato capaz de poner nombres a las caras.

—Laura Smith —dijo Rebus, y al ver que Fox asentía, añadió—: Solo necesito ponerme en contacto con Steele y Edwards.

—¿Para qué?

—No te preocupes, Malcolm. Ni se me ha pasado por la cabeza una conspiración. Hace tiempo que no hablo con ellos, eso es todo.

—Ya, claro.

Fox se detuvo frente a la oficina del equipo de Grandes Investigaciones y se dio la vuelta de brazos cruzados. Rebus hizo muestra de estar mirando la sala.

—Estoy sediento, por si se me ofrece algo.

—Hay una cafetería a la vuelta de la esquina.

Rebus se lo quedó mirando.

—Malcolm, ¿habéis encontrado en esos informes cualquier cosa de la que deba preocuparme?

—Precisamente ese es el motivo por el que no puedes estar aquí.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y apareció Bill Rawlston, seguido por Sutherland y Reid.

—¿Todo bien, Bill? —preguntó Rebus—. ¿Te han torturado para arrancarte una confesión?

Rawlston le estrechó la mano.

—Han sido de lo más corteses. ¿El siguiente eres tú, John?

—Siempre es un placer ayudar a la policía en sus pesquisas.

—Quizá cuando terminemos con el señor Rawlston —dijo Sutherland—. Vamos a hacer una pausa para tomar un té. No se encuentra muy bien.

—Lamento oír eso.

—Estoy un poco resfriado.

Por la mirada que le dedicó Rawlston, Rebus supo que no quería que mencionara el asunto del cáncer.

—Íbamos en la misma dirección —comentó Rebus, que abrió la puerta e indicó a Rawlston que entrara en la sala del EDG—. Pue de que no haya tazas suficientes, eso sí.

Sutherland dedicó a Fox una mirada inquisitiva para la cual este no tenía ninguna respuesta preparada. Rebus hizo de anfitrión. Metió una bolsita de té en una taza, puso en marcha la tetera y preguntó a Rawlston cómo lo tomaba. Derek Shankley observó la escena unos instantes, se levantó y fue hacia el grupo.

—Yo le conozco —le dijo a Rebus.

—Le interrogué. Creo que solo una vez —respondió—. Obviamente, dejé huella.

—Y no muy buena —comentó Shankley—. Pero, al menos, no me llamó maricón a la cara. Solo parecía que podría hacerlo.

—Ahora son otros tiempos, señor Shankley. Espero que se haya dado cuenta.

Shankley miró a su alrededor.

—Es posible —dijo finalmente, y centró su atención en Bill Rawlston—. Estaba usted al mando, ¿verdad? Le vi en televisión.

Rawlston asintió, y Shankley miró a Rebus y, de nuevo, a Rawlston.

—¿Así que dos policías de la investigación original están participando en la nueva?

—No es lo que parece —se vio obligado a decir Sutherland—. El señor Rawlston nos ha ayudado a recabar información de...

—¿Y él? —preguntó Shankley señalando a Rebus.

—Sí, bueno... —Sutherland se volvió hacia Fox—. ¿Qué hace aquí el señor Rebus?

—No le echen la culpa al inspector Fox —dijo Rebus—. En recepción me han dejado entrar. En realidad, yo quería hablar con la inspectora Clarke sobre algo que no guarda relación con esta investigación. El inspector Fox intentaba acompañarme a la salida cuando el señor Rawlston se ha parado a saludar.

—Y, sin embargo —dijo Sutherland con evidente irritación—, aquí está en el EDG, preparando tazas de té como si fuera el dueño del lugar.

—Culpable del delito que se me imputa. —Rebus miró a Bill Rawlston—. Creo que quieren que te prepares tú mismo la infusión.

—Malcolm —dijo Sutherland—, asegúrese de que el señor Rebus abandona el edificio tan rápido como se lo permitan sus piernas.

—Sí, señor —respondió Fox, que apoyó ligeramente la mano en el antebrazo de Rebus.

—Entonces ¿no van a interrogarme hoy? Bueno, ya saben dónde encontrarme si me necesitan.

Luego se dirigió lentamente hacia la puerta observando todo cuanto pudo a su paso. Respondió a la mirada desdeñosa de George Gamble guiñándole un ojo y oyó parte de la conversación telefónica que estaba manteniendo Phil Yeats con lo que parecía el laboratorio forense de Howdenhall.

—¿No ha habido avances con el asunto de las esposas? —susurró a Fox.

—Imagino que no perderías unas por aquel entonces, ¿verdad?

—Malcolm, sabes de sobra que muchos policías se quedan al menos un par.

—Lo cual esquivaba totalmente mi pregunta.

Ambos hombres se encontraban en lo alto de las escaleras y la puerta se cerró detrás de ellos. Rebus se detuvo y se volvió hacia Fox.

—Puedes darme las gracias más tarde —dijo.

—¿Por qué?

—Por mentir en lo de recepción.

—¿Sabes que Sutherland les echará un rapapolvo? Y cuando nieguen que te han permitido entrar, me pedirá explicaciones.

—Pero tienes un poco de margen. Aprovéchalo con inteligencia.

—¿Inventándome una historia?

—O diciéndole la verdad: que yo quería hablar contigo sobre Anticorrupción y sobre por qué esos dos estaban esperándote delante de esta misma comisaría. —Rebus hizo una pausa—. No creo que a tu jefe le haga mucha gracia, pero si quieres jugar así tus cartas...

Rebus empezó a bajar las escaleras y, tras una pausa momentánea, Fox lo siguió.

—¿Por qué no llamas a Gartcosh y pides que te pasen con la oficina de Anticorrupción? —preguntó.

—¿Mi llamada quedaría registrada?

—Probablemente.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—John, debes ser consciente de que si te reúnes con ellos o incluso hablas con ellos por teléfono, alguien se preguntará por qué.

—Y verán una conspiración donde no la hay.

Rebus abrió la puerta y salió a la acera con Fox siguiéndolo de cerca. Las gaviotas graznaban con estrépito en las chimeneas de enfrente.

—La investigación sobre la desaparición está plagada de lagunas —dijo Fox—. Solo llevo un par de días con ella y ya me he dado cuenta. Tess Leighton también lo sabe. Se modificaron notas, hay fechas y horas erróneas, y agentes que no hicieron seguimiento a lo que debían y luego se cubrieron las espaldas con más mentiras y medias verdades. Aparte, la investigación intimó demasiado con la prensa y fue poco comprensiva con la familia de Bloom y su círculo de amigos.

—Errores humanos, Malcolm.

Ambos se encontraban frente a frente, sus pies a solo medio metro de distancia.

—A todo lo cual, cabe añadir —apostilló Fox— que, conociendo su conexión con Adrian Brand, tus amigos Steele y Edwards no deberían haberse acercado nunca a menos de cien kilómetros de esa investigación.

—Ya, pero no lo sabíamos, al menos al principio.

Rebus cogió una grajea de chicle y se la metió en la boca.

—Eran ellos los que tenían que dar esa información.

—Y lo hicieron, ¿no?

—No lo bastante pronto. Joder, John, no hace falta ser ingeniero para entenderlo. —Fox negó con la cabeza cuando Rebus le ofreció un chicle—. Si yo soy capaz de verlo, los demás también. No todos se pondrán de tu parte.

—Haz lo que tengas que hacer, Malcolm. Ya somos todos mayorcitos. Podemos aceptar las consecuencias.

—Pero tú estás jubilado, John. No tienes tanto que perder como algunos.

Rebus asintió.

—Y ese es el motivo por el que los Chuggabugs están desesperados por saber cómo llevas la investigación. Se han pasado años trepando hasta la vertiginosa cumbre de Anticorrupción. —Rebus se hinchó las mejillas de aire y exhaló mentol—. Te ayudaría si pudiera, ya lo sabes. Si supiera algo de aquella época, cualquier cosa que pudiera demostrar...

—¿Es toda la verdad, John?

En el rostro de Rebus se dibujó una tenue sonrisa.

—Tú sigue indagando, Malcolm. A lo mejor, lo que necesitas está al fondo de una de esas cajas. —Hizo una pausa—. Por cierto, te he dicho que me debías un favor.

—¡Ah!, ¿sí?

—Por salvarte el culo con Sutherland. El número de Steele me valdrá. Tengo la sensación de

que Edwards todavía no es capaz de juntar dos frases. Imagínate hilvanar una idea.

Fox suspiró, sacó el teléfono y tocó la pantalla. El móvil de Rebus le anunció que había recibido la información.

—¿Te invito a esa taza de té? —le preguntó Rebus señalando la cafetería de la otra esquina.

—Será mejor que vuelva adentro. —Fox pareció dudar—. ¿Tiene algún sentido que te advierta que lleves cuidado?

—Siempre lo hago, Malcolm. Hay mucha mierda de perro suelta por estas aceras.

Rebus lo saludó con la mano mientras se encaminaba hacia su viejo Saab.

En todo momento, Cafferty tenía varios móviles activos. Cambiaba de número con frecuencia y añadía y eliminaba cuentas y proveedores. Lo mismo ocurría con su correo electrónico. La banda ancha de su dúplex era extrasegura y cada quince días se verificaban posibles intentos de acceso. Aun así, prefería las viejas costumbres, los encuentros cara a cara en lugares públicos con mucho ruido de fondo. Las nuevas tecnologías estaban bien; en muchos sentidos lo habían ayudado en sus varios negocios, pero era imposible conocer a la gente a través de ellas, no como cuando clavabas tus ojos en los suyos, cuando tus sentidos estaban atentos a sus gestos y tics. Un poco de sudor, una respiración acelerada, un resoplido nervioso o alguien cruzando y descruzando las piernas. Nunca había jugado al póquer, pero sabía que se le daría bien. Su principal temor consistía en que siempre habría alguien mejor. Acabaría molesto y necesitando algún tipo de revancha.

Cuando sonó uno de sus teléfonos, comprobó cuál era y supo quién llamaba. Solo había visto a Conor Maloney una vez en una especie de cumbre celebrada en un hotel cerca del aeropuerto de Glasgow. Maloney había reservado la sala de reuniones todo el día. La recepcionista había comprobado su lista para confirmar que Cafferty, alias Coleman, estaba allí a la hora correcta. Había otras citas anotadas, pero Cafferty no tenía forma de saber si se trataba de una mera cortina de humo. Solo sabía era que Maloney tenía reservado un vuelo de regreso a Dublín aquella misma tarde.

Cafferty descolgó.

—Es difícil hablar con usted —dijo a modo de saludo.

—Soy un hombre difícil en general. ¿Qué puedo hacer por usted, Morris?

Nadie, excepto su madre y algunos profesores del colegio, llamaba así a Cafferty. Sospechaba que Maloney lo sabía y estaba utilizándolo para suscitar una reacción.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—¿Y por qué querría saber eso? —El acento siempre conservaría su suave deje irlandés, pero también rezumaba aspereza—. Digamos que estoy en un sitio que requiere una cerveza fría y esa cerveza está calentándose mientras hablamos.

—Ha aparecido Stuart Bloom.

—Presentando batalla, imagino.

—Muerto en su coche y con unas esposas.

—¿Esposas? Conque al final se lo cargaron los muchachos de azul... —Cafferty guardó silencio—. Venga, Morris. ¿Aún estamos con eso? Le he dicho veinte docenas de veces que yo no tuve nada que ver.

—Yo también le dije que no había sido, lo cual no significa que uno de los dos no estuviera mintiendo.

—Es historia, Morris. Déjeselo a la poli.

—Han desempolvado la investigación.

—Pues toda la suerte del mundo para ellos.

—Nos mencionan a ambos.

—¿Y qué coño importa? —Maloney dejó el teléfono para hablar con alguien en lo que parecía francés y volvió al cabo de unos segundos—. Hicimos bien en mantenernos alejados de esa

refriega.

—¿Sabe algo de su viejo amigo sir Adrian?

—Hace mucho que no.

—La noticia ha aparecido en todos los medios. Ya sabe lo que significa eso.

—Significa que debemos actuar con discreción. Me será más fácil a mí que a usted. Me han dicho que ha abandonado su retiro.

—Supongo que sí.

—Debería meterse en el negocio hotelero y dejar los bares. Hay mucho dinero ahí.

—Gracias por el consejo.

—Morris, escúcheme bien: no hace falta que le dé vueltas a la cabeza. Todo el mundo tenía coartada aquella noche, ¿no?

—Antes era fácil inventarse una.

—En eso tiene razón. Ahora, con los putos teléfonos y las cámaras de vigilancia, nunca sabes cuándo te están vigilando. Por cierto, ¿aún utiliza el ordenador?

—De vez en cuando.

—¿Y el consejo que le di?

Cafferty miró el cuaderno que tenía abierto encima de la mesa.

—Tapé la cámara con cinta adhesiva, no se preocupe.

—Toda precaución es poca. Y recuerde: la única manera de asegurarse de que no le piratean el teléfono es prescindiendo de él en primer lugar. Hablando del tema, ya casi han tenido tiempo de rastrear esta llamada.

—¿Quiénes?

—Me llevaría un día entero explicárselo. Cuídese, Morris. Nos hacemos viejos.

La llamada finalizó. Era un número oculto, naturalmente. Cafferty había necesitado cinco llamadas para transmitir el mensaje de que quería hablar. Se preguntaba si Maloney seguía siendo el hombre bajo, fornido y con cuello de toro al que conoció. Era bastante alegre —el carácter del irlandés profesional—, pero los ojos se mantenían serios como en un derrame cerebral. A pesar de la búsqueda en Internet, Cafferty no había encontrado fotos del hombre de hacía menos de cinco años. Cuando se habían citado en el hotel, habían estado ellos solos, mientras los dos «socios» de Maloney esperaban en el exterior junto con el guardaespaldas de Cafferty. Por otro lado, el guardaespaldas era un policía fuera de servicio, lo cual igualaba un poco las cosas. Les sirvieron café, agua, galletas y pasteles, y mantuvieron una tranquila conversación sobre la contienda entre Brand y Ness y el hecho de que tomar partido pudiera generar «incomodidad». ¿No era mejor firmar una tregua y que Maloney y Cafferty buscaran negocios comunes en lugar de ser rivales?

—¿Algo en particular? —le había preguntado Maloney.

—Hay una organización en Aberdeen que ya está lista para que la saquen a pastar...

Y Maloney sonrió, indicando que sabía en todo momento que su conversación desembocaría allí.

No había servido de mucho; Aberdeen se había afianzado en exceso y a Maloney no le gustó que se vendieran drogas de mala calidad en territorio de Cafferty, lo cual significaba una mayor vigilancia policial. Cafferty aseguró que las drogas no pertenecían a ninguno de los suyos, pero fue difícil convencer al irlandés. O Cafferty era el responsable o tenía competencia en el que se suponía que era un negocio que controlaba.

Pero a lo largo de los años, hubo tratos e intercambios con Maloney, si bien ambos se mostraron siempre cautelosos y no confiaron el uno en el otro. La única certeza de Cafferty era que si Maloney hubiera visto al detective privado como una amenaza, no habría ni pestañeado. Y

Bloom empezaba a ser una amenaza, de eso no cabía duda. Su interpretación en aquel momento fue que Bloom había sido encerrado bajo llave, quizás en un piso franco en Irlanda, donde quedaban muchos de la época del conflicto. Lo soltarían en cuanto Jackie Ness captara la indirecta.

Pero no lo habían liberado.

Y sin otro cara a cara con Maloney, no había forma de saberlo.

—He logrado condensarlo en treinta folios A4 —dijo la agente Christine Esson cuando Clarke entró en la oficina del DIC en Gay field Square—. Si quieres más, tendré que sacarlo todo del almacén. ¿Te importaría contarme por qué te interesa de repente?

La oficina era pequeña y solo había cuatro mesas, una de ellas desocupada permanentemente. Al otro lado de la puerta, se encontraba el santuario, aún más pequeño, del inspector jefe James Page. Clarke miró hacia el despacho y luego a Esson.

—Está en una reunión en la Casa Grande.

—¿Cuál?

—Fettes.

—Creía que ya no la llamábamos así. —Clarke cogió el voluminoso sobre de papel marrón y sacó las hojas impresas—. ¿Dónde anda Ronnie?

—Ha llamado para avisar de que estaba enfermo.

—¿Estás sola?

—Y aun así, sobrevivo.

Clarke se sentó a su mesa sin prestar atención a los numerosos mensajes que la esperaban. El montón de informes se elevaba a media altura de su pantalla de ordenador.

—¿Esto es de los tres últimos días? —protestó.

—Es lo que pasa cuando no estás aquí para tirar de la cadena.

—Una imagen preciosa. Gracias, Christine.

—¿Ha habido más ataques de Anticorrupción?

—No exactamente.

—Y eso, ¿qué significa?

Clarke miró a su compañera.

—Si te parece, voy a leer todo esto. ¿Hablamos luego?

Esson hizo una mueca y volvió al trabajo.

Ellis Meikle, de diecisiete años, había sido hallado culpable del asesinato de su novia, Kristen Halliday. Eran pareja desde el instituto. Ellis había dejado los estudios a los dieciséis años y no tenía trabajo ni porvenir. Kristen había continuado y sus círculos sociales empezaron a distanciarse. Hubo fuertes discusiones regadas con alcohol barato y las drogas que tuvieran a mano.

Kristen había desaparecido un miércoles por la tarde. Aquella noche, sus padres fueron a la casa en la que Ellis vivía con su madre y su tío. Kristen no cogía el teléfono. Ellis, aparentemente irritado porque hubieran interrumpido su partida de videojuegos, dijo que no la había visto. Su madre y su tío habían estado bebiendo. Su tío quería organizar un grupo de búsqueda y el padre de Kristen dijo que eso no era decisión suya. Estalló una discusión. La madre de Kristen quería llamar a la policía, pero la chica solo llevaba unas horas desaparecida y nadie pensaba que fueran a hacerles caso. Empezaron a llamar a sus amigos. Uno dijo que Kristen fue al campo de golf a reunirse con Ellis, a quien preguntaron de nuevo si la había visto. La madre de Kristen se abalanzó sobre él, pero la contuvo la madre de Ellis, quien a su vez fue agarrada por el padre de Kristen, lo que trajo al tío de vuelta a la melé. Luego empezaron a llegar los vecinos alertados por el ruido.

Las cosas se calmaron y abrieron otra botella de vodka. Hubo llamadas telefónicas y visitas a casa de los amigos de Kristen. Al anochecer, un hombre que había salido a pasear el perro encontró el cuerpo en el campo de golf. Kristen estaba en un búnker, donde la habían tapado indolentemente con un poco de arena. La causa de la muerte era una puñalada en el cuello. El equipo de búsqueda de la policía encontró el arma dieciséis horas después entre el búnker y la carretera principal. Se trataba de un cuchillo de cocina corriente con una hoja de diez centímetros y no especialmente afilado. La herida era profunda. Debió de requerir fuerza y cierta rabia.

Las huellas de la empuñadura pertenecían a Ellis Meikle. El último mensaje de texto que había recibido Kristen en el móvil era suyo, y en él le decía que quería citarse con ella en el campo de golf.

Los interrogatorios iniciales fueron llevados a cabo con sensibilidad. Clarke lo sabía porque estuvo presente en los tres. El caso era suyo. Suyo, de Esson y de Ronnie Ogilvie. Las pruebas forenses eran irrefutables: sangre de Kristen y huellas de Meikle en el cuchillo. Lo que no pudieron demostrar era de dónde había salido el arma. El tío Dallas insistió en que no habían echado en falta ningún cuchillo en la cocina de Restalrig. ¿Y cómo podía estar tan seguro? Porque vivía en la casa, la casa de la cual se había ido su hermano Charles, la casa que compartían Ellis y Seona, su madre. Mientras tanto, Charles Meikle había conseguido un piso en Causewayside y su hija Billie se instalaría con él. ¿La ruptura había sido amigable? En su mayor parte, sí. Nadie habló de divorcio. Preguntaron a los niños quién quería quedarse con quién y fueron ellos quienes tomaron la decisión. El tío Dallas había empezado a hacerles visitas y, al final, se quedaba a dormir, al parecer en el sofá, ya que Billie era reacia a que ocupara su dormitorio pese a estar vacío.

¿No había nada raro entre Seona y su cuñado? La única vez que el agente Ronnie Ogilvie planteó esa idea, el tío Dallas estuvo a punto de perder los estribos. Dallas Meikle era un exmilitar al que habían diagnosticado trastorno de estrés postraumático tras una temporada en Afganistán. La electricidad crepitaba bajo la superficie.

—¿Intentó organizar una búsqueda? —le había preguntado Clarke.

—La chavala de Ellis había desaparecido. Por supuesto que lo hice.

—¿No le pareció raro que Ellis estuviera tan tranquilo?

—Cada uno gestiona el estrés a su manera. Lo aprendí después de estar en el ejército.

El tío Dallas se pasó una mano por los tatuajes del cuello, pero Clarke no supo si cabía considerarlo una advertencia.

La oficina del fiscal no vio complejidad alguna en el caso. El origen del cuchillo no era relevante y la ausencia de sangre en la ropa y los zapatos de Ellis Meikle solo significaba que se había deshecho de lo que llevara puesto.

—Hizo mejor trabajo que con el cuchillo —comentó Clarke en una reunión, en la cual sus palabras fueron recibidas con un silencio por toda respuesta.

Juicio y veredicto de culpabilidad. Se consideró asesinato en lugar de homicidio negligente, aunque la defensa insistió en esto último alegando que el amor era una especie de locura, un acto impulsivo cometido en un momento de tensión.

A Ellis Meikle no lo mandaron a un centro de menores, sino a la cárcel de Edimburgo, es decir, a Saughton, cerca del campo de los Hearts, donde su padre lo llevaba cada quince días a ver partidos de fútbol, una tradición que mantuvo tras la separación.

Seona Meikle se echó a llorar cuando concluyó el juicio. Dallas, que llevaba un chaleco de cuero negro, la rodeó con un brazo protector mientras su marido consolaba a su sobrecogida hija. Aquella noche, Clarke había invitado al equipo a tomar unas copas. El inspector jefe Page había

aportado cincuenta libras al bote con la intención de que comieran algo, pero al final se las arreglaron con unos nachos y unas rondas más.

¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Sentarse en silencio y pensar en la familia Halliday y los Meikle? A la mañana siguiente, les esperaba un montón de trabajo. Ellis Meikle y los otros actores del drama podían ser archivados y olvidados.

Ahora, sentada a su mesa de Gayfield Square, estaba pensando en ello. No podías permitir que los casos te afectaran. Sí, debías tratar a todo el mundo como un ser humano, pero había que trazar una línea y no regodearte en el sufrimiento y las repercusiones. De lo contrario, no podrías hacer tu trabajo. En ocasiones, había visto a compañeros llorando —por supuesto que los había visto— y frustrados porque no se materializara un resultado. Pero había que seguir adelante. No quedaba más remedio.

Aunque las familias no siempre lo hacían.

Entre las páginas, había encartadas copias de fotos y Clarke las estudió. Ellis y Kristen juntos, fotografiados con un teléfono en una fiesta; Kristen en una cena de Navidad con su familia. Clarke recordaba a los padres, pero no sus nombres. Estaban silenciosamente consternados y evitaron a Dallas Meikle cuando se les acercó delante del juzgado. Más fotos: el búnker; el cadáver *in situ*; el cuchillo abandonado; la habitación abarrotada de Ellis, con sus paredes cubiertas por carteles publicitarios de videojuegos; y varias prendas de ropa dispersas.

No había sangre.

Ellis había guardado silencio en la mayoría de los interrogatorios, respondiendo con un escueto «sí» cuando le preguntaban si lo había hecho. No dijo por qué y no contestó al resto de las preguntas. Christine Esson consiguió que hablara de fútbol escocés, pero chocó contra un muro cuando trató de cambiar de tema.

Cuando Clarke apartó la vista del informe, Esson estaba allí, con los brazos cruzados y una mirada desafiante.

—Cuéntame —dijo.

—El tío de Ellis ha estado molestándome.

—Molestándote, ¿cómo?

—Para empezar, con llamadas.

—¿Qué te dice?

—Nada. Cuelga cada vez que contesto.

—¿Estás segura de que es él?

—No podría estarlo más. Trabaja de camarero en el McKenzie's. Justo enfrente de las cabinas desde las que llaman. —Clarke se encogió de hombros—. También había un coche delante de mi casa y pintarrajearon la puerta principal.

—¿Marca del coche? ¿Matrícula?

—Soy una pésima detective.

—¿Y no has hablado con él?

—Lo haré. Primero quería refrescar la memoria.

Clarke cogió la documentación y la dejó caer de nuevo encima de la mesa.

—Las familias nunca se alegran de que encierren a sus seres queridos. Si no recuerdo mal, el sobrino y el tío estaban bastante unidos.

—Pero el juicio terminó hace dos meses. ¿Por qué ha tardado tanto?

—¿Se ha ido enconando? —aventuró Esson—. ¿Por qué le diste tu número?

—Estoy bastante segura de que no lo hice.

—Entonces ¿se lo diste a Seona?

Clarke negó con la cabeza.

—Creo que no. Lo más probable es que les diera una tarjeta a los padres de Kristen, pero dudo que se la pasaran al tío de Ellis.

—Probablemente, no —coincidió Esson—. ¿Quieres que te acompañe?

—¿A ver a Dallas Meikle? —Clarke negó de nuevo con la cabeza—. Creo que me las arreglaré.

—¿No tiene problemas de autocontrol?

—Me las arreglaré —repitió Clarke con más firmeza—. Pero gracias por esto —añadió, poniendo una mano sobre los informes.

—Al menos, puedes ya descansar del asunto del cuerpo que encontraron en el bosque, ¿no?

—Desde luego —respondió Clarke intentando mostrar más seguridad de la que sentía.

—Ya sabes que no tienes por qué ir a verlo. Podrías denunciarlo.

—Podría.

—Pero ¿prefieres hacerlo todo tú sola? Has cogido una mala costumbre, Siobhan. Parece que sigas pegada a tu antiguo mentor.

—John lleva mucho tiempo jubilado, Christine.

—¿Y cómo es que sigo notando su presencia? —Esson estaba mirando a Clarke a los ojos—. ¿Cuándo lo viste por última vez?

Clarke se quedó pensativa unos instantes y consultó su reloj de pulsera.

—Me lo imaginaba —añadió Esson, que volvió a su mesa negando con la cabeza.

La gasolinera de Harthill, situada junto a la M8 y casi equidistante de Edimburgo y Glasgow. La única vez que Rebus la utilizaba era cuando visitaba la cercana prisión de Shotts. Siguió por la vía de acceso, ignorando los surtidores y el aparcamiento, y se detuvo detrás del Audi negro. Cuando se bajó del coche, oyó el tráfico de la autopista. Había un vehículo articulado con un remolque cerca de allí y el conductor estaba revisando los neumáticos. Rebus se quedó junto al Audi. Steele estaba sentado al volante y Edwards en la parte trasera. Obviamente, querían que Rebus se sentara delante, pero decidió ubicarse junto a Edwards. De ese modo podría vigilar a los dos agentes de Anticorrupción.

—Relájate, John —le dijo Steele—. Esto no es *Uno de los nuestros*.

Steele había bajado la ventanilla unos centímetros para poder tirar la ceniza del cigarrillo.

—Cuanto tiempo, Brian.

—Decidimos dejarte en paz ahora que te has jubilado. —Steele miró a Rebus por el espejo retrovisor—. O, al menos, yo creí que te habías jubilado, pero por lo visto persistes como un mal olor.

—A propósito de malos olores, ¿podrías bajar esa ventanilla un poco más?

—¿Has dejado el tabaco, John? Me lo comentó Grant, pero me costaba creerlo.

Con el rabillo del ojo, Rebus vio que Edwards estaba sonriendo, aunque eso no significara nada. Mientras tanto, Steele subió la ventanilla de mala fe y siguió fumando.

—Tengo que haceros una pregunta —dijo Rebus—. Cuando se cargaron la CCU y la rebautizaron, ¿cómo lograsteis sobrevivir?

—Sí, fue una mala época —respondió Steele—. Todas las quejas contra la CCU se hacían anónimamente. Anónimamente, John. Esos putos cobardes ni siquiera daban la cara. Un poli delatando a otro poli es una cosa muy fea. Se supone que somos una familia.

—¿Y vosotros no participasteis para salvar el pellejo?

Steele soltó un resoplido casi imperceptible.

—Piensa lo que quieras, John. Lo único que importa es que aquí seguimos.*

—¿Ahora me citas a Elton John?

—Lo he encontrado oportuno. Me han dicho que Deborah Quant le llama a tu polla «la bailarina diminuta».

Edwards soltó una carcajada y Rebus se volvió hacia él.

—Aquí la única bailarina diminuta es tu neurona danzando sin pareja de baile.

En el silencio que sobrevino, Rebus se llevó un chicle a la boca y empezó a mascar bajo la atenta mirada de Edwards.

—Fue una sorpresa que Stuart Bloom apareciera de repente —dijo finalmente Steele.

—Me pregunto por qué ocurrió —respondió Rebus—. ¿Por qué ahora? Los de la Científica no creen que estuviera en el barranco todos esos años, lo cual significa que en algún momento lo trasladaron allí.

—Sí, a nosotros también nos dio que pensar.

—Seguro que el amigo Grant puso todo su intelecto en ello.

Rebus miró de nuevo a Edwards.

—¿Y qué les has contado tú a los de Investigaciones Especiales, John? —preguntó Steele, que tiró la ceniza en un paquete de tabaco vacío—. Supongo que querías reunirte con nosotros por eso.

—No les he dicho absolutamente nada que no sepan ya. Por ejemplo, no he mencionado la temporada que fuiste guardaespaldas de Big Ger Cafferty.

—No estaba seguro de que lo supieras. Lo hacía en mi tiempo libre, por si eso importa.

—Pero probablemente estuviera remunerado. Y me atrevería a decir que te quería por tu talento único y no para sacarte cotilleos sobre Adrian Brand.

—El nombre del señor Brand no se sacó nunca a colación.

—Pero ¿no os conoció precisamente a través de Brand?

—Esto no tiene nada que ver con el caso Bloom. Yo también podría preguntarte por Cafferty; intimasteis bastante una temporada. De hecho, tengo entendido que sigues viéndote con él a pesar de que nunca anduviera lejos del radar de Delitos Graves. —Steele se volvió hacia Rebus—. Tú no le prestarías unas esposas, ¿verdad?

—En aquel momento trabajaba en el DIC, Brian. Las esposas las utilizaban mayoritariamente los agentes uniformados, que es lo que erais vosotros dos.

Rebus vio que Steele metía la mano en la guantera y sacaba unas esposas antiguas.

—Siguen siendo útiles —dijo Steele, que intentó pasárselas a Rebus. Este mantuvo las manos en los costados y Steele se echó a reír—. ¿Tienes miedo de que quiera estampar tus huellas en ellas? Hemos pasado de una peli de mafiosos a un *thriller* de conspiraciones. De hecho, puede que lleves algo de razón. ¿No te parece un poco raro? No solo las esposas, sino que se las pusieran en los tobillos. Es como si todos debiéramos tomar la ruta uno hasta llegar a la portería: lo hizo la policía y es la policía la que se convertirá en chivo expiatorio. Grant y yo y tú y tu jefe, Bill Rawlston. Por no hablar de Skelton, Newsome y el resto.

»Pero esta es la cuestión, John. —Steele apagó el cigarrillo y se retorció en el asiento para mirar lo más directamente posible a Rebus sin provocarse una lesión—. Grant y yo siempre hemos tenido esa reputación, ¿verdad? Siempre bordeando los límites. Skelton y Newsome eran unos ineptos, si bien inofensivos. Rawlston era un vago; él solo quería un resultado que sabía que no iba a conseguir. A medida que pasaban las semanas, volvían a cubrir el mismo territorio. Pero tú, John, también tenías cierta fama. Habías trabajado en casos turbios tanto en Edimburgo como en Glasgow. Así te hiciste amigo del inspector Alex Shankley, el padre que no aceptaba la sexualidad de su hijo y al que no le gustaba que su pareja fuera detective privado. Había toda clase de tensiones ahí que no se exploraron porque tú no dejabas de levantar barricadas en torno a tu amigo de Glasgow. —Steele hizo una pausa—. El mismo amigo que probablemente te mantuvo informado cuando Cafferty se reunió con Conor Maloney. ¿Crees que esta vez tampoco saldrá a relucir? ¿Crees que esos chivatazos sobre las redadas en Rogues no cabrearán a tus antiguos compañeros cuando se enteren de que los dabas tú? Grant y yo participamos en un par de redadas, ¿lo sabías? Nos dejaste a todos con el culo al aire.

—¿Estoy hablando con dos miembros de Anticorrupción o con dos polis corruptos?

—Yo solo digo que no tenemos nada que ganar si esto salía a la luz. Estoy seguro de que Grant y yo acabaremos en el EDG dando nuestra versión de la historia. Si vemos que todo se complica, podríamos contar ciertas cosas. Puede que salgan unos cuantos nombres a relucir y que algunos pierdan su pensión, y puede que incluso haya una causa criminal. Todos esos informes que redactaba Newsome sobre la base de interrogatorios que no se habían producido... Es posible que averigüemos incluso a quién se tiraba Mary Skelton. Murió, por cierto; hace tres años. Estabais bastante unidos, ¿no?

—No lo suficiente como para tener una aventura.

—Quizás un rollo de una noche, ¿eh? —Steele volvió a su postura original y miró por el retrovisor—. Luego está Rawlston, nuestro antiguo jefe. Me han dicho que no se encuentra bien. Lo último que necesita es que todo esto se remueva de nuevo.

—Ya ha sido interrogado.

—Eso no significa que no vayan a hablar otra vez con él teniendo en cuenta todas esas pifias acaecidas mientras él estaba al mando, con todos esos policías sin hacer su trabajo. —Steele hizo otra pausa—. Siempre he sido observador. Grant también. La gente lo subestima porque habla poco, pero ve y oye mucho.

Rebus vio que Edwards asentía.

—Hemos ascendido a base de trabajo duro, John —continuó Steele—. Tardamos mucho en llegar a Anticorrupción. En pocos años, recibiremos la pensión y podremos irnos a otra parte. Es algo que protegeremos cueste lo que cueste. Me parece que todos los que estuvieron en el caso quieren mantener a salvo u oculta para sí alguna cuestión. Así que dime una cosa, John, y te prometo que no saldrá de este coche.

—¿El qué?

—¿Ayudaste a Alex Shankley a matar al novio de su hijo o fue cosa suya?

—Tendréis que esforzaros más, Steele. —Rebus abrió la puerta y, una vez fuera, se apoyó en el coche—. Los candidatos más probables no han cambiado un ápice. Lo sospechaba entonces y sigo haciéndolo ahora. De hecho, los tengo justo delante.

Luego cerró la puerta con brusquedad y volvió al Saab. Ya casi había llegado cuando oyó pasos detrás de sí. Edwards le dio media vuelta, lo empujó contra la carrocería del coche y lo agarró de las solapas mientras Steele se tomaba su tiempo para alcanzarlos. Rebus intentó zafarse, pero el oso sonriente estaba dispuesto a no perder aquel combate. Cuando intentó propinarle un rodillazo en la entrepierna, Edwards se encontraba preparado y se retorció, de modo que el golpe lo alcanzó en la parte superior del muslo. Después ejerció más presión sobre Rebus, hasta el extremo de que le costaba respirar. El conductor del camión articulado se asomó a la ventana y les gritó, pero Steele le enseñó la placa para apaciguarlo. En la otra mano sostenía algo y Rebus se dio cuenta de que eran las esposas, una de las cuales le rodeó la muñeca izquierda.

—No... —dijo, pero ya era tarde.

La otra estaba prendida ya de la manija de la puerta.

—Es fácil conservar unas esposas antiguas —dijo Steele—. El problema es que la dichosa llave es tan jodidamente pequeña que acabas perdiéndola. —Tenía la boca cerca de la oreja izquierda de Rebus—. Tú y los tuyos no nos hacíais ni caso cuando íbamos de uniforme. Oía las cosas que decíais y veía los gestos que hacíais cuando pensabais que no os veíamos. No lo he olvidado. Jamás...

Las gotas de saliva salpicaron a Rebus en el oído. Después oyó los tacones de Steele cuando se dio la vuelta y volvió hacia el Audi seguido por Edwards, que lucía una sonrisa de suficiencia en la cara. Rebus intentó asestarle una patada en la pierna, pero erró el blanco y vio cómo el coche se alejaba lentamente. Rebus esperó unos minutos por si volvían. Buscó en el suelo, pero Steele no había dejado la llave. El camionero también se fue sin tan siquiera mirarlo. El metal se le clavaba en la muñeca. Intentó quitarse las esposas, pero era imposible, así que sacó el teléfono del bolsillo y acabó encontrando el número que necesitaba. Luego se acercó el aparato a la oreja y esperó a que lo cogieran.

—Alex —dijo—, necesito que me hagas un pequeño favor...

Cuando Alex Shankley lo hubo liberado, fueron a la cafetería, pidieron una tetera y un par de obleas con caramelo y ocuparon una mesa junto a la ventana.

—Suerte que la llave encajaba —dijo Shankley.

—¿No te acuerdas? Valía la misma para casi todos los modelos.

Rebus se frotó la muñeca enrojecida y se guardó las esposas en el bolsillo.

—¿Por qué lo han hecho?

—¿Steele y Edwards? —Rebus negó con la cabeza—. No quieras saberlo.

—A lo mejor, sí quiero. ¿Tiene relación con Stuart Bloom?

—Más o menos. ¿Has oído decir algo acerca del cuerpo?

—¿Por ejemplo?

—¿Los tobillos?

Rebus vio que Shankley asentía.

—Lo mencionaron en la entrevista. Veo que no es de dominio público.

—A pesar de lo cual, parece que lo sepa hasta el último mono. —Rebus hizo una pausa—. Steele cree que lo hicimos tú y yo.

—¿Tú y yo?

—Se le ha metido en la cabeza que pudimos matar a Bloom.

—¿Steele es el hombre del que te advertí? ¿El que estaba en la reunión de Cafferty y Maloney?

—El mismo.

—Parece un gilipollas.

—No te lo voy a discutir. —Rebus tomó un sorbo de té—. No lo hiciste, ¿verdad?

—El chaval no me caía bien, John, pero la cosa no iba más allá. Ya sufrí bastante cuando Derek salió del armario. Con la perspectiva del tiempo, entiendo el valor que hacía falta, pero tú bien sabes que por aquella época la policía no era tan blandengue como ahora. Sabía que me criticarían, y ese fue el problema. Estaba pensando en mí y no en Derek. Aun así, una cosa es que tu hijo te diga que es homosexual y otra verlos cogidos de la mano o dándose un besito en la mejilla. —Shankley respiró hondo y espiró—. No me sentía cómodo, John. No me sentía cómodo en absoluto. Luego, cuando resultó que Stuart era detective privado...

—Te llevaste más críticas.

—El jefe me lanzó alguna advertencia. Si alguna vez se enteraba de que le había filtrado algo a Stuart...

Shankley se pasó un dedo por la garganta.

—Pero nunca lo hiciste —dijo Rebus.

—Nunca lo hice —confirmó Shankley.

—Aparte de algún que otro aviso aislado sobre Rogues, obviamente.

—Pero esos avisos eran para Derek, no para Stuart.

Rebus ladeó la cabeza para indicar que lo entendía.

—Volverán a examinar a Derek con lupa, tanto los nuestros como los medios de comunicación.

¿Crees que lo llevará bien?

Shankley asintió con firmeza.

—Ahora es más fuerte y quiere que atrapen al autor. Por eso sé que no tiene nada que esconder. Durante años le ha dado vueltas a lo que pudo haber ocurrido.

—¿Estás seguro de que no lo sabe?

—No deja de mencionar ciertos nombres.

—¿Brand y Ness?

—Casi me harté de oírlos. —Shankley miró a Rebus—. Tampoco tenía nada positivo que decir

acerca de la investigación.

—Nuestra atención al paciente podría haber sido mejor —comentó Rebus—. Dicho lo cual, sabes perfectamente que debíamos tratarlo como sospechoso y como testigo.

—¿Y ahora?

—No veo que nadie esté señalándolo.

—¿Te meterás en líos, John?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me avisabas de las redadas, invitabas a copas a periodistas para que dejaran en paz a Derek...

—Formaba parte del servicio, Alex.

—Pero ¿saldrá a la luz?

—Dudo que la Policía de Escocia quiera darle relevancia. Tienen muchos fuegos que apagar.

—Ahora parece como si pudieran acusarte de intimidación por una palabra de más o una mirada equivocada. En nuestros tiempos, no habría pasado, John.

—A lo mejor, las cosas podrían haber ido mejor si hubiera sido así —dijo Rebus con pesar antes de terminarse el té.

La reunión del equipo tuvo lugar en la sala de Investigaciones Especiales. Bill Rawlston y Derek Shankley iban camino de su casa. Reid, Gamble, Leighton, Yeats y Crowther estaban sentados. Clarke, que acababa de presentar su informe, se encontraba delante de la mesa de Graham Sutherland. Fox entró y se situó frente a la puerta.

Sutherland se hallaba asimilando lo que acababa de decirles Clarke.

—¿Conocemos el paradero de Madden y Speke? —preguntó.

—Si siguen en activo, no debería resultar difícil —dijo Clarke—. Un punto de partida podría ser Jackie Ness.

—Pero entonces estaríamos poniéndolo sobre aviso —advirtió Callum Reid.

Clarke se percató de que este había estado ocupado con la pared y la pizarra: junto al mapa, había más fotografías de la escena del crimen, más detalles de los actores del drama e incluso una pequeña copia del cartel promocional de *Zombies vs. Bravehearts*. Ahora que los civiles se habían ido, las fotografías de las esposas estaban a la vista de todos. Phil Yeats repartió la lista de nombres que había recopilado con la ayuda de Derek Shankley. Era extensa e incompleta y tendría ocupado a Yeats, y puede que también a Gamble, un día o dos. Por su parte, Fox y Leighton habían hecho progresos con los informes del caso, pero no tenían demasiada información o conjeturas nuevas que añadir. En cambio, Madden y Speke sí eran información nueva y Clarke percibió que su jefe estaba entusiasmado. La larga jornada laboral estaba tocando a su fin, aunque no lo pareciera.

—Quiero que haga un seguimiento, Siobhan —anunció—. Emily puede ayudarla. Búsquelos y hable con ellos. —Se volvió hacia Tess Leighton—. ¿No aparecen en ningún momento en la investigación original?

Leighton consultó a Fox y negó con la cabeza.

—Una cagada más que incorporar a la creciente lista —sentenció Sutherland frotándose los ojos.

—¿Hay más noticias a propósito del coche o las esposas? —preguntó Fox desde el fondo de la sala.

—Mañana, espero. —Sutherland consultó la hora en el teléfono móvil—. Media hora más y lo dejamos por hoy. Si alguien quiere quedarse hasta más tarde, me parece bien, pero una mente cansada no me sirve de mucho, así que tómense todos los descansos que sean necesarios. Yo iré al mismo pub de antes. Habrá una copa detrás de la barra para cada uno de ustedes. —Cogió el teléfono para atender una llamada—. Pero, antes de eso, será mejor que ponga al día al comisario Mollison. Ha organizado una rueda de prensa por la mañana y un informe de actualización con las novedades que haya por e-mail que llegará a los medios esta noche.

Después se acercó el teléfono a la oreja y se dio la vuelta en señal de que se pusieran manos a la obra. Tess Leighton abrió la puerta y Fox salió detrás de ella.

—Está tomándose en serio lo del papel de niñera —susurró Crowther a Clarke.

—¿Crees que hay algo más?

—Yo diría que es el tipo de Tess.

—¿Y cuál es su tipo normalmente?

—Sensible —respondió Crowther con una sonrisa.

Clarke solo tomó una copa con el equipo. Siempre que un grupo de policías se reunía, acababan compartiendo historias y anécdotas sobre delincuentes ineptos, fiscales ineficaces y casos perdidos y ganados. Después, estaban sus compañeros, los hábiles, los espabilados y los que no podían entrar en el coche o salir de una celda porque habían perdido la llave. Clarke mantuvo una sonrisa permanente. En realidad, no le molestaba. Aquellas historias revelaban un pasado común y cimentaban su estatus actual como grupo, como banda. Fox contó bastantes historias y aceptaron que se había ganado su puesto. Clarke no sabía si Leighton había dejado caer a los demás que era buen tipo y podían confiar en él. Desde luego, se la veía relajada junto con Fox, y de vez en cuando se le acercaba para decirle algo al oído. Todos protestaron cuando Clarke anunció que tenía que irse. George Gamble estaba preparándose para otra ronda.

—Presenciarás un hecho histórico, Siobhan —bromeó Emily Crowther—. La cartera de George probablemente necesite lubricante. Casi nunca la abre.

—Solamente por eso, a ti te pediré solo media pinta —repuso Gamble.

Pero Clarke ya estaba poniéndose el abrigo.

—Por favor —dijo—, que nadie pase una prueba de alcoholemia. Si necesitáis un chófer, Malcolm es vuestro hombre...

Fox se disponía a contestar cuando Clarke salió del pub. Luego se montó en el coche, enfiló Leith Walk, hizo un alto y entró en un restaurante italiano situado cerca de Gayfield Square. Más tarde, representaban un musical en el Playhouse que había enfrente, y el lugar estaba abarrotado, pero el personal la conocía y le buscó la mesa más tranquila que encontró. Mientras comía, consultó su teléfono: mensajes, correos electrónicos, redes sociales y noticias. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que leyó un libro; en su día, siempre llevaba uno encima. Ahora, era más probable que los leyera en una pantalla.

Clarke pagó, volvió al coche y enfiló la cuesta. El desvío se mantendría mientras continuaran las obras de derrocamiento de St. James Centre y las oficinas que lo rodeaban. Recordaba cuando era una zona comercial con ropa, regalos y cedés. Pero no logró acordarse de ninguna librería. Mientras cruzaba North Bridge, miró a la derecha y contempló las vistas de Castle Rock recortado contra el cielo nocturno. Una vez en el semáforo, giró a la izquierda y, al entrar en Canongate, barajó sus opciones. No hacía demasiado frío y había pocos coches en la calle, lo cual significaba que llamaría la atención si se quedaba dentro, así que se metió en un callejón y buscó aparcamiento.

Llevaba el teléfono en la mano cuando pasó por delante de las dos cabinas vacías. Al cabo de veinte pasos, se detuvo frente a un escaparate. Luego cruzó la calle, dejó atrás el McKenzie's y llegó a la intersección, donde cruzó de nuevo y se dirigió a las cabinas. De repente, cayó en la cuenta: puede que ni siquiera trabajara esa noche. Podía entrar a echar un vistazo, pero a lo mejor la reconocía y se asustaba, así que fue hacia el mismo escaparate, cruzó la calle y pasó de nuevo por delante del pub. ¿Que no hacía frío? ¿De verdad lo pensaba? El aire estaba encontrando oquedades en su indumentaria a la altura del cuello, las muñecas y los tobillos. El aliento se condensaba delante de ella al caminar. En unos minutos, recurriría al plan B: el coche.

Estaba cruzando de nuevo el semáforo cuando vio a una figura saliendo del McKenzie's en dirección a las cabinas. Clarke llevaba el móvil en la mano y apretó el paso. Cuando estaba a punto de pasar por delante de la silueta que ocupaba la primera cabina, su teléfono empezó a vibrar, lo puso contra el cristal y el hombre volvió la cabeza. Era Dallas Meikle, con sus tatuajes

y toda la pesca. Por un momento, se quedó estupefacto, pero se recompuso, colgó el teléfono y abrió la puerta.

—¿Quería hablar conmigo de algo, señor Meikle?

—¿A qué se refiere?

—El acoso es un delito, por si no lo sabía, y acosar a una agente de policía puede costarle aún más disgustos.

—Estaba llamando a un colega.

Meikle miraba a todas partes menos a ella.

—Acabo de grabarle haciendo esa llamada —dijo Clarke—. Ha ido directa a mi teléfono y tengo registradas las anteriores. Hay más de una docena, todas ellas durante su turno. Luego están sus visitas a mi piso, la pintada en la puerta... Su coche fue captado por las cámaras de vigilancia.

—Vio que Meikle aceptaba la mentira—. No podrá evitar los juzgados —remachó.

De repente, Meikle la miró con fuego en los ojos.

—¿Y cómo es que no me detiene?

—A lo mejor, porque sé quién es, lo cual significa que creo que está dolido.

—¿Dolido? No tiene ni idea.

—Esto es por Ellis, ¿verdad?

—¡Es porque mandó a un niño a Saughton! ¡Sabe Dios cómo sobrevivirá!

—No era la única agente que trabajaba en el caso.

—Pero es a la que recuerdo. Siempre aparecía su nombre en los periódicos.

—Eso no explica cómo consiguió mi número.

Dallas Meikle esbozó una sonrisa forzada.

—A lo mejor, no cae tan bien como cree, ni siquiera a los suyos.

De repente, Clarke lo supo.

—¿A un par de agentes de Anticorrupción llamados Steele y Edwards?

No habían obtenido los resultados deseados y anhelaban la sensación de haber conseguido algo, por insignificante que fuera.

—Su número de teléfono y dirección. Vi que había limpiado la puerta. —La sonrisa seguía allí—. Puede que tenga que hacerle otra visita.

—Inténtelo. —La sonrisa fue disipándose lentamente—. ¿Qué esperaba conseguir?

Meikle se quedó pensativo unos momentos antes de contestar.

—La observé mucho en el juicio. Vi lo que pasa entre bastidores, esas breves conversaciones con los abogados, porque para usted es solo un trabajo. Hace algo por inercia, se lleva un buen sueldo a fin de mes y a la mierda las consecuencias. Ellis es un buen muchacho y lo trataron como un trapo.

—No estoy de acuerdo. Además, confesó.

Meikle negó con la cabeza.

—Les dijo que había sido él, que no es lo mismo. A mí no podía mentirme cuando le pregunté, así que no dijo nada.

—Presentaron pruebas ante el jurado...

—Que les den por culo a ellos también. Déjeme que le explique lo que vieron; ellos vieron a un niño de un hogar roto, sin trabajo y sin carrera universitaria. Vieron la imagen que su fiscal les pintó. No vieron a Ellis. —Parecía estar estudiándola, como si la viera por primera vez—. No digo que no hicieran ustedes su trabajo. Solo digo que fue lo único que hicieron.

Hubo un silencio momentáneo.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Clarke—. ¿Tengo que cambiar de número y mudarme a otro sitio?

—Dígame una cosa: ¿alguna vez dedica un minuto a pensar en Ellis y todos los que ha encerrado?

—No se trata de... —Clarke dejó la frase a medias—. Tal vez no tanto como debiera —reconoció.

Meikle meditó sus palabras y asintió, mirándola de arriba abajo con una expresión cada vez menos severa.

—Creo que no tiene opción ahí dentro y estoy seguro de que él no lo hizo.

Clarke había oído muchas veces eso mismo de otros seres queridos, amigos y compañeros, y asintió lentamente mientras se formaba una idea en su cabeza.

—Pongamos que consigo que alguien eche otro vistazo para convencerlo de que jugamos limpio.

—Pero yo no creo que jugaran limpio, inspectora.

Clarke levantó un dedo.

—Pero si alguien echara un vistazo...

—¿Qué?

—¿Declararía que esas personas le facilitaron mi número?

—Supongo que sí.

—Eso no me basta.

Meikle la miró fijamente.

—Tendré que pensarlo.

—Hágalo. Mientras tanto, yo iré pensando si ordeno que lo detengan.

Meikle hizo una mueca.

—De acuerdo. Siempre que me convenza de que ha sido exhaustiva.

—Y entre tanto, usted cesará las llamadas y visitas, y yo no presentaré cargos.

Clarke estaba esperando a que el hombre asintiera, como así hizo, y cuando él bajó la cabeza, vio que ella le había tendido la mano. Meikle la aceptó y se la estrechó, tomándose su tiempo antes de soltarla.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—No lo sabe —respondió ella apartando la mano.

Rebus estaba en la cocina cuando llamó Bill Rawlston.

—Hola, Bill —dijo—. ¿Cómo fue el resto de la entrevista?

—Nada que no esperase.

—¿Crees que has acabado?

—A menos que hayas oído lo contrario...

—A lo mejor, si le pides a tu médico que hable con ellos, no te molestan más.

—No quiero la compasión de nadie, John. Sutherland lo expresó a la perfección: un resultado después de todos estos años, sabría aún más dulce.

—Es buen orador.

—Entonces ¿no tienes nada nuevo que contarme?

Rebus había dejado las esposas en la encimera y las movió con un dedo mientras hablaba.

—La verdad es que no, Bill. Ha sido uno de esos días en los que no ocurre gran cosa.

Aparte de Cafferty, Poretoun Woods, la casa y el pueblo, Steele y Edwards, Alex Shankley...

—Bueno, mantenme informado, ¿vale?

—Lo haré, Bill. Y cuídate.

Al colgar, Rebus tenía otra llamada.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Clarke.

—Solo la cena.

—*Cordon bleu*, imagino.

—¿Un estofado de microondas cuenta?

—Probablemente, no.

—¿Tampoco si le añado salsa inglesa?

—Escucha, John. Tú tienes experiencia en casos sin resolver...

—He trabajado en unos cuantos.

—Si te pidiera que investigaras uno que sigue bastante fresco, tal vez eso nos otorgara cierta ventaja sobre Steele y Edwards.

—¿En qué sentido?

—Son los que le dieron mi número al tío de Ellis Meikle. El número y la dirección de mi casa.

—El rencor de esos cabrones es un pozo sin fondo, ¿eh?

—Puede que se queden sin trabajo si esto sale bien.

—Y lo único que tengo que hacer es repasar el caso Meikle.

—Sería aún mejor que demostraras que metimos a un joven inocente en la cárcel.

—No me da la sensación de que eso te beneficie. Lo curioso es lo que se me pasó por la cabeza cuando leí que el tío había intentado formar un grupo de búsqueda.

—¿El qué?

—Que fue el tío quien lo hizo.

—Si eso es cierto, es un poco raro que quiera que revisen el caso.

—Supongo. Pero ¿no es de mecha corta? A lo mejor, no está en sus cabales.

—Atribuye la mecha corta al estrés postraumático.

—¿Y Steele y Edwards le dieron tu dirección a don Estrés?

—Sí.

—¿Fue a verte?

—Buscó mi casa e hizo una pintada para que los vecinos supieran que había un animal de granja en el barrio.

—Ese capullo se merece una paliza.

—Puede que en tu época fuera así.

—No pierdas el tiempo, Siobhan. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Siempre van a peor. ¿Por qué no quieres denunciarlo?

—¿Cómo crees que han sobrevivido en Anticorrupción, John? Oyen todos los rumores, los trapos sucios...

Rebus levantó las esposas con la mano que tenía libre.

—¿Eso significa que Steele probablemente tendría algo contra la persona a la que informaras, quienquiera que fuera?

—Tiene que ser algo más que mi palabra contra la suya. Necesito que Dallas Meikle cuente su historia.

—¿Y para que eso ocurra yo tengo que revisar el caso de su sobrino? —Rebus se quedó pensativo unos momentos—. ¿De verdad cree que el chaval es inocente?

—Eso parece.

—¿Lo cree o lo sabe? ¿Te está ocultando algo?

—No lo sé. —Rebus esperó mientras Clarke reflexionaba sobre ello—. Es posible —dijo a la postre.

—Deberíamos sacarlo fuera de escena, Shiv. Parece peligroso.

—Sabré manejarlo.

—¿Escondes por casualidad una *taser* debajo de la almohada?

—Espray de pimienta —dijo Clarke.

—Eso podría explicar tu vida amorosa.

—¿Lo harás, John?

—Pues claro que lo haré. Pero ¿y si no llego a ninguna parte?

—Entonces no tendremos muchas opciones, ¿no?

—¿Te refieres a quitar de en medio al tío Dallas?

—Exacto.

—Empezaré por la mañana, entonces.

—¿Tendrás que alterar tu agenda?

—No te preocupes por eso. Tú céntrate en averiguar quién mató a Stuart Bloom.

—Disfruta del estofado, John. Espero que queden sobras para Brillo.

—Buenas noches, Siobhan. Y ten a mano ese espray de pimienta.

SÁBADO Y DOMINGO

Clarke y Crowther decidieron trabajar todo el fin de semana con la promesa de obtener al menos un día de descanso durante la semana siguiente. Tampoco es que consiguieran gran cosa, ya que Joseph Madden y Colin Speke se encontraban fuera del país. Madden estaba en Italia ultimando un documental para la televisión y Speke, de vacaciones en Corfú. Pensaban regresar el martes y ambos vivían en Glasgow.

—Esa será nuestra noche de martes, entonces —dijo Clarke a su compañera.

—Ah, qué glamur.

Aprovechando que la oficina estaba tranquila —Callum Reid era el único masoquista que también trabajaba—, bebieron mucho café y comieron demasiados bocadillos de pan de *baguette* y galletas digestivas de chocolate. Sutherland debía asistir a la boda de un sobrino suyo en Dingwall, pero llamó los dos días y envió una docena de mensajes pidiendo que lo pusieran al corriente. Clarke también estaba interesada en recibir sus propias actualizaciones respecto de cualquier novedad que se produjera. Christine Esson y Ronnie Ogilvie, que ya tenía el alta médica, habían dejado los informes del caso Meikle en el piso de Rebus. Clarke se lo había contado todo, o casi todo, y estuvieron encantados de poder ayudar.

—Debo advertiros que podéis meteros en un lío —les había dicho.

Pero ellos insistieron.

—Si alguien pregunta —bromeó Esson—, te echaremos la culpa a ti.

—Más os vale —respondió Clarke con total seriedad.

Rebus había llamado para decirle que había empezado a investigar.

—Aunque la mitad del material esté en dispositivos USB. ¿Qué ha sido del papel, la tinta y la cinta de casete?

—Danos tiempo y todo estará almacenado en la nube, sea lo que sea eso. Buena suerte, John.

—Debería darte las gracias. Cuando llegas a mi edad, hay que ejercitar el cerebro.

Habían sido necesarios cuatro mensajes de Clarke para que Rebus le pidiera que dejara de importunarlo.

«Cuando lo sepa, tú también lo sabrás».

Así que esperó. Ni la pedóloga ni el laboratorio forense trabajaban el fin de semana. Crowther no dejaba de hablar de lo que haría en su lunes libre. La colada, ir de compras y quizá ver una película o tomar unas copas con unos amigos.

—¿Y tú?

—Más o menos lo mismo.

Clarke intentó recordar la última vez que había ido al cine. ¿El año anterior, con motivo de la última entrega de *La guerra de las galaxias*? En aquel momento, le llegó un mensaje. Era Fox, que preguntaba cómo iba todo.

«¿Personal o profesionalmente?», respondió ella, aunque ya conocía la respuesta.

«Sigo esperando a que tu jefe me diga que he terminado y que puedo volver a Gartcosh».

Clarke se puso a teclear: «No es decisión suya. Es cosa de tu jefa, ¿no? Si quieres estar con nosotros, dile que quedan cosas por investigar. Probablemente las haya. No sé si quiero descubrirlo. Es fin de semana, Malcolm. Intenta relajarte».

«Pero ¿cenarás?».

«Este fin de semana, no. Gracias por pensar en ello. ¿Por qué no se lo pides a Tess?».

«Puede que lo haga. ¿Libras el lunes?».

«Me tumbaré a la bartola».

Lo cual era falso. Sabía exactamente qué haría en su día libre.

Trabajar.

Domingo a última hora de la tarde en Restalrig. Rebus no conocía bien aquella parte de la ciudad, pero no le costó encontrar la casa de Meikle y el impopular parque en donde pasaban el rato los adolescentes cuando no estaban intentando conseguir tabaco y alcohol en el colmado cercano. Charles Meikle, el padre de Ellis, había despertado el interés de Rebus. Nadie había pensado mucho en él. Se había separado de su mujer después de una serie de discusiones cada vez más intensas, unas peleas que se volvieron físicas y en las que Seona, al parecer, atacaba con todo lo que tenía a mano. No intervino la policía y ni siquiera se planteó presentar una demanda. Charles había encontrado un piso en Causewayside y su hija Billie decidió irse a vivir con él. Por su parte, Dallas, el hermano de Charles, que a menudo tenía que preservar la paz cuando la situación en el matrimonio —y entre padre e hijo— se enconaba, se había mudado a la casa familiar.

Por lo que se apreciaba en las fotos, Charles había heredado el aspecto y Dallas, los músculos. Exmilitar y con trastorno de estrés postraumático. Rebus entendía un poco de ambas cosas, aunque él había sido destinado a Irlanda del Norte antes de que el estrés postraumático fuera reconocido por el ejército. Así las cosas, había pasado muchas noches despierto en los barracones escuchando las pesadillas que sufrían los otros reclutas, sabedor de que a él podrían aguardarle los mismos sueños si se relajaba. Eran todos un volcán en erupción, mecanismos tensos siempre a punto de estallar. De modo que sí, creía conocer de lo que era capaz Dallas Meikle. Pero ¿y su hermano? Según su mujer, Charles había levantado la mano a su hijo unas cuantas veces, pero no a su hija. En una ciudad de gente con mal genio, Restalrig parecía un buen terreno de pruebas.

Rebus pasó por delante de un grupo de niños con bicicletas y entró en el colmado, donde compró más chicle e intentó hacer preguntas que no resultaran demasiado obvias. Los niños que había fuera estaban a punto de entrar en la adolescencia. Uno o dos probablemente ya habrían conducido un coche robado o una moto todoterreno a gran velocidad. Se había convertido en un deporte y un rito de iniciación en los enclaves más pobres de Edimburgo. Robaban las llaves de una casa e iban a dar una vuelta con la adrenalina a tope. Cuando se aburrían o se quedaban sin gasolina, abandonaban el coche o la moto. Misión cumplida hasta que el tedio volviera a imponerse.

Antaño, Cafferty y sus hombres habían visitado la zona para reclutar gente. Elegían a los mejores, los más avispados, los más ágiles. Esos soldados rasos transportaban drogas y se curtían en el negocio, hasta que podían permitirse comprar los coches y las motos que antes robaban. Por lo que sabía Rebus, seguía funcionando igual. Con Darryl Christie en la cárcel y su red desaparecida, no había forma de saber hasta dónde alcanzaban los dominios de Cafferty. Los compañeros de Fox en Delitos Graves lo ignoraban, pero ellos estaban en la otra punta del país. El proceso de centralización de la Policía de Escocia significaba que mucha información local o no se recababa o era ignorada.

En el parque había más bicicletas y dos niños pateando una botella de cristal que acabaría hecha añicos. La casa de Seona Meikle formaba parte de una hilera de viviendas reformadas: paredes recién enyesadas, y puerta y ventanas nuevas. No se intuían demasiados aficionados a la

jardinería por allí, y había un coche abandonado con las cuatro ruedas pinchadas y un aviso de retirada. Rebus sonrió al verlo. En sus tiempos, un policía de barrio conocía todas las caras y era capaz de ponerles nombre. Ahora no, al menos fuera de la tira cómica de Oor Wullie en el ejemplar del *Sunday Post* que Rebus acababa de comprar en la tienda. El coche que estaban limpiando delante de la casa de Seona Meikle parecía casi nuevo. Rebus reconoció al hombre, se acercó y lo saludó.

—¿Todo bien? —respondió Dallas Meikle.

—Bonito coche.

—Mi hermano es mecánico. Si no lo tratara bien, me pondría a caldo.

—¿Se refiere a su hermano Charles, el que vivía aquí? —Rebus esperó una reacción y vio que se le tensaban levemente los antebrazos, pero nada más—. Me llamo John Rebus —añadió—. Antes trabajaba en el DIC. Estoy echándole una mano a la inspectora Clarke.

—¡Ah!, ¿sí?

Meikle llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros manchados de aceite.

—Parece que le gustan los tatuajes —comentó Rebus—. ¿Empezó cuando era soldado? Yo también estuve en el ejército, pero nunca he soportado las agujas.

—¿Estamos trabando amistad? —preguntó Meikle, que abandonó momentáneamente su tarea—. ¿Un reencuentro entre viejos soldados? En el ejército conocí a más gilipollas que amigos.

—No tengo el menor interés en que seamos amigos —le espetó Rebus—. Intentó asustar a una buena amiga mía. Si de mí dependiera, se llevaría una tunda seguida por una larga temporada en la cárcel. Lo único que enjabonaría allí sería el culo peludo de su compañero de celda.

—¿De verdad?

—Los cabrones que le dieron a usted su número de teléfono y dirección son precisamente eso: unos cabrones. Pero son listos. Intentaron quitarla de en medio, y al ver que no lo conseguían, recurrieron a usted. A ellos les daba igual que la asustara o le diera una paliza. Sabían de sobra que haría algo.

—¿Está diciéndome que deje de molestar? Ya es un poco tarde para eso.

—Estoy diciéndole que soy quien investigará el juicio de Ellis. Si quiere ir a por alguien, ese soy yo.

Meikle estaba escurriendo el agua jabonosa de la esponja gris.

—Seguro que en sus tiempos se creía alguien, ¿eh, veterano? Ahora lo tendría en la lona antes de que pudiera pestañear.

—Inténtelo. —Rebus echó los hombros hacia atrás—. Le arrancaré la cabeza y la usaré para limpiar esa pintada que hizo.

Meikle decidió ignorar a Rebus y tiró la esponja en el cubo.

—Ellis era el que hacía esto, ¿sabe? Limpiaba el coche, quiero decir. Le daba un par de libras y se las guardaba para comprarse cosas para el ordenador. Pasaba tanto tiempo con los juegos de guerra que me preocupaba que fuera a alistarse. —Se volvió hacia Rebus—. ¿Clarke le contó lo que pienso?

—Usted no cree que lo hiciera él pese a esos videojuegos violentos.

Meikle resopló.

—La abogada defensora utilizó eso en su alegato: un joven que se vuelve momentáneamente violento en un mundo de violencia. Nos mencionó a mí y a mi estrés postraumático, al padre de Ellis y sus arrebatos, e incluso a Seona por defenderse. Buscaba un veredicto de homicidio negligente, pero el juez tenía otras ideas.

—Vamos a suponer que Ellis no lo hiciera. ¿De quién sospecharía?

Meikle se lo quedó mirando.

—De mí, obviamente. Por lo visto, todo el mundo cree que por eso quería dirigir el grupo de búsqueda, para poder despistarlos.

—¿Y por qué quería hacerlo?

—Sé organizar, poner cosas en marcha. La familia de Kristen estaba dispuesta a esperar a que ustedes hicieran algo. A la mierda.

—¿Cómo llegaron las huellas de Ellis al cuchillo?

—Puede que el cuchillo fuera suyo, o que lo encontrara y lo tirara.

—O que él estuviera allí —añadió Rebus— y, al menos, desempeñara un papel.

Dallas se hallaba negando con la cabeza cuando se abrió la puerta y salió Seona Meikle.

—¿Quién es ese? —dijo con voz ronca y un cigarrillo entre los dedos. Llevaba el pelo teñido de rubio, demasiado maquillaje en los ojos y un vestido que le llegaba hasta las rodillas y le quedaba un poco ajustado a la altura del estómago.

—Nadie —respondió Dallas—. Es solo un cliente del McKenzie's.

—¿Quieres un café u otra cosa?

—Ya casi he terminado y este capullo iba a marcharse enseguida. —Cogió el cubo y vertió el contenido en la capota del coche—. No se me da tan bien como a Ellis —le dijo a Rebus—. Siento haberle salpicado los zapatos.

Rebus se los miró y levantó de nuevo la cabeza.

—¿Cree que hay algo que debería saber?

Meikle se encogió de hombros.

—Algo ocurrió en ese búnker. Puede que Ellis estuviera allí y puede que no. Investiguen un poco más a Kristen y su familia. —Dio un paso hacia Rebus con el cubo colgando de una mano—. Cuando vinieron a casa... ¿Qué clase de padre no querría un grupo de búsqueda? Si tu hijo desaparece, remueves cielo y tierra, ¿no? —Rebus asintió—. Algo huele mal. Lo noté durante todo el juicio.

—Ahora mismo estoy leyendo las transcripciones —dijo Rebus.

—No, no es verdad. Está perdiendo el tiempo en Restalrig y tocándome las narices.

Dallas echó a andar hacia la casa. Al ver que se marchaba, Rebus levantó el pie y restregó tierra de la suela en la llanta cromada y reluciente que tenía más cerca. Luego decidió continuar su recorrido.

Comprobó que nadie se hubiera acercado al Saab, aunque no lo consideraba un blanco obvio; era demasiado viejo y poco glamuroso. Cuando se dirigió al parque iba mascando otro chicle. Se había cruzado con varias personas que se disponían a pasear al perro o a comprar leche y el periódico y lo saludaron. No era una mala zona, concluyó; simplemente contenía ciertos elementos. Así lo expresaban ahora en la Policía de Escocia.

«Elementos»: una combinación de crianza ineficaz, falta de oportunidades, aburrimiento y marginación. Rebus conocía todas las expresiones en boga y no necesariamente discrepaba. Pero el conocimiento era una cosa y las palabras de los políticos se le antojaban vacías.

—¡Pedófilo!

El insulto le llegó desde el otro extremo del parque. Había encontrado un banco y se sentó con el *Sunday Post*. Varias latas vacías y cartones de comida para llevar se hallaban esparcidos alrededor de una papelería repleta hasta los bordes. Una gaviota se dedicaba a hacer un agujero en uno de los cartones para rescatar lo que fuera que hubiera dentro.

Estaban observándolo tres niños y no había manera de saber cuál le había gritado. Rebus los señaló y solo uno de ellos aceptó el desafío y se acercó empujando su bicicleta.

—¿Qué coño andas buscando? —preguntó el niño.
—A Ellis Meikle.
—Lo metieron en la cárcel.
—¿Lo conocías?
—Sabía quién era.
El niño se sorbió la nariz. Llevaba el pelo rapado y tenía los dientes torcidos.
—No me importaría hablar con un par de colegas suyos. ¿Crees que podrías localizarlos?
—¿Cuánto me llevo?
—Cinco libras mínimo.
El niño frunció el ceño.
—¿Qué cojones se supone que voy a comprar con eso?
—Pues pon tú el precio.
—Una botella de vodka. Pago por adelantado.
Ahora fue Rebus quien frunció el ceño.
—Esto es economía precaria, hijo. Te pagan por resultados. Y bien, ¿qué me dices?

Aparecieron tres, todos mayores que el chico de los recados de Rebus. Uno se quedó el tiempo justo para mandarlo a la mierda, pero los otros dos estaban dispuestos a hablar. Después, Rebus pagó a su recadero y a ambos charlatanes y se encaminó al campo de golf, maldiciéndose por no haber pensado en llevarse a Brillo con él. Más tarde, a lo mejor le daba un largo paseo hasta la zona del hospital Astley Ainslie. El búnker se encontraba en el séptimo hoyo, justo detrás del *green*. Había dos búnkeres contiguos, pero el crimen se había cometido en el más empinado.

La gente seguía jugando bajo la tenue luz, pero Rebus sabía que no lo estaba invadiendo. Según acababan de informarle, el campo de golf era un imán para los jóvenes de Restalrig. Había arboledas donde podían disfrutar de las drogas y el sexo. De noche, cuando no había nadie, podían montar en bicicleta o en moto por el césped. Ellis y Kristen frecuentaban el lugar, ya fuera con amigos o solos. Ellis no era el chico solitario que reflejaban los informes del caso. Iba a fiestas, bebía y fumaba porros. En el pasado, había tenido muchas novias, pero Kristen había sido una sorpresa. Era gritona y enérgica y lideraba un grupo de chicas en su escuela. Daba la sensación de que podría haberle ido mejor que a Ellis, aunque ella también se metiera en algún lío que otro: peleas en el patio del colegio, detenciones y discusiones con sus padres. Pero para que Ellis hiciera lo que hizo... Los chicos le contaron la misma historia: debió de empujarlo ella. ¿Estaba viéndose con alguien a sus espaldas? No lo sabían. ¿Llevaba Ellis un cuchillo? Si era así, nunca se lo había enseñado a nadie.

«Debió de empujarlo ella...».

Ellis le había enviado un mensaje para que se citara con él en el campo de golf. Ella había ido. Y algo había ocurrido; en eso, Dallas Meikle tenía razón. ¿Una discusión o una emboscada? Rebus preguntó a los muchachos por los padres de Kristen. Según dijeron, eran callados, raros y protectores. Raros porque iban a la iglesia, aunque Kristen no fuera practicante. Protectores porque, a menudo, aparecían con el coche en medio de fiestas y reuniones para llevarse a su hija a casa aunque esta no se lo hubiera pedido.

—Pasaba mucha vergüenza —le dijo uno de los chicos a Rebus—. Podía estar en un rincón oscuro con Ellis y, un minuto después, tenía allí a su madre gritándoles y berreando.

Rebus se preguntaba qué opinaría una pareja temerosa de Dios de la familia Meikle. Padres separados, con el tío instalándose en casa, alcohol a raudales y Ellis enganchado a sus

videojuegos. ¿Debía hablar con ellos? ¿Le dirían algo? ¿Cuál sería su excusa para contactar? Iba meditando todo esto mientras caminaba.

Alrededor del búnker había ramos de flores. Los que estaban marchitos habían sido apartados y sustituidos por otros nuevos. También mensajes y fotos, protegidos de la inclemencia con plástico y polietileno. Velas, una botella vacía de un refresco con alcohol y un par de ositos de peluche. Rebus estudió una fotografía de Kristen tomada en el parque, en la que aparecía con una mueca y enseñando el dedo corazón a la cámara. «Vamos, mundo», parecía estar diciendo. «Veamos qué puedes ofrecer».

Varias personas habían dejado copias de otra imagen tomada por el fotógrafo oficial de la escuela. En ella, Kristen llevaba su melena rubia hacia un lado y le caía por encima del hombro. Estaba haciendo un mohín y le brillaban los labios. Llevaba el primer botón de la blusa desabrochado y la corbata suelta. Parecía una foto reciente, y Rebus intuyó que habría otra copia en el salón de la casa de sus padres, aunque probablemente no aprobaran la actitud en la que ella había elegido posar.

El informe hablaba de las actividades de Kristen en las redes sociales: Facebook, Snapchat y el resto. Rebus había examinado el resumen de mensajes de texto y llamadas. Kristen había enviado un último mensaje a una amiga: «Nos vemos luego. E me necesita», acompañado de un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua. E de Ellis, que estaba esperándola en el campo de golf.

Algunos amigos habían prestado declaración en el juicio. Ella había acudido voluntariamente, dijeron. Era imposible que supiera lo que iba a ocurrir. No, no había discutido con Ellis. No, no estaba viéndose con nadie más. No, últimamente no había sucedido nada en el colegio, nada fuera de lo común.

La jornada de Ellis también había transcurrido como otro día cualquiera, según su madre: se levantó tarde y fue al supermercado a hacerle unos recados. Se encontró con unos amigos y tardó en volver. Entre tanto, Billie había ido a visitarlos; se sentó con su madre en la cocina y Ellis se encerró en su habitación con dos de los amigos que había visto en la calle. Cuando se fueron, él siguió jugando en el ordenador con los auriculares puestos y salió poco después de las cinco. Dijo que había quedado con otro amigo que tenía una consola nueva, pero era mentira. Ya había enviado un mensaje a Kristen.

—¿Por qué mintió? —le preguntaron a su madre.

No tenía respuesta.

—¿Solía ocultarle secretos?

—Creo que no.

Rebus pensó en Ellis Meikle, cuya versión de los hechos estaba por contar, sentado en una celda compartida en Saughton, asimilando olores y sonidos, cauteloso y alerta. Pero al contemplar el búnker, logró no sentir lástima por él.

Tess Leighton se había maquillado, lo cual acabó destacando lo pálido que era su tono natural de piel. Fox se sintió aliviado al ver que pedía unos entrantes y un plato, que acompañó con una copa grande de merlot. No era anoréxica, por tanto, tan solo esbelta y tal vez un poco anémica. El restaurante era más bien un pub. Los lugares más elegantes en los que había intentado reservar cerraban los domingos por la noche. Pero la comida estaba buena, tal como pronosticaban las reseñas que había leído en TripAdvisor. En vez de traje, Fox había optado por una americana sin corbata, el primer botón de la camisa desabrochado y unos pantalones de pinzas. Hablaron de sus respectivos barrios —Oxgangs en el caso de él, Livingston en el de ella— y de su infancia. Ambos habían estado casados en una ocasión y ninguno tenía hijos. Leighton tenía dos hermanos y Fox, una hermana. Él no mencionó los diversos problemas de Jude, pero Leighton acabó reconociendo que uno de sus hermanos había padecido una crisis nerviosa. A los dos les gustaba leer, pasear por el campo y ser policías. Leighton lo escuchó atentamente mientras hablaba de su época en Reclamaciones y confesó que ella nunca se había metido en líos.

—Ni expedientes, ni faltas ni reprimendas.

—Eso probablemente te hace única, Tess.

Ella se encogió de hombros con ambigüedad.

—Incluso Graham ha tenido roces, ¿lo sabías? —dijo.

—¿Con Asuntos Internos?

—Creo que llegó hasta Anticorrupción, aunque por aquella época aún fuera la CCU.

—¿Qué hizo?

Fox, incapaz de terminarse las patatas y las zanahorias, dejó el cuchillo y el tenedor encima del plato.

—Creo que fue en la fiesta de despedida de su jefe, cuando estaba en Inverness. Su superior lo acusó de emborracharlo, puede que incluso de echarle algo en la bebida, y hacer que lo pararan los de Tráfico. Acabaron retirándole el carné y culpaba a Graham de ello.

—¿Se tomaron en serio la denuncia?

—Lo único que sé es que recibió una reprimenda. Creo que no ha tenido problemas desde entonces. —Leighton hizo una pausa—. Poca cosa si lo comparamos con lo que pasó en el caso de Stuart Bloom. —Fox asintió mirándola fijamente—. Si realmente quisieras, podrías mancillar muchas reputaciones.

—Pero ya no trabajo en Asuntos Internos y dudo que Anticorrupción quiera eso cuando dos de los suyos se hallan en el centro de todas las miradas.

—Supongo que no, aunque no parece que Steele y Edwards hayan hecho nada malo. Rebus, Skelton y Newsome, en cambio...

Fox asintió de nuevo.

—Míranos —dijo él con una sonrisa un tanto forzada—. No dejamos de hablar de trabajo ni siquiera en fin de semana.

Ambos guardaron silencio mientras les retiraban los platos. A ninguno de los dos le quedaba espacio para el postre, pero pidieron café. Leighton observó al camarero mientras se dirigía a la barra con su pedido y centró de nuevo su atención en Fox.

—¿Era tu manera de pedirme que cambie de tema, Malcolm?

—Simplemente no quiero que los errores del pasado interfieran en la investigación actual.

—¿Eso es todo? ¿No intentas proteger a un amigo?

Fox sopesó su respuesta.

—Hace años que conozco a John. En su momento, quise que lo echaran del cuerpo.

—Pero ¿algo te hizo cambiar de opinión?

Fox se encogió de hombros.

—Se convirtió en algo sin mayor trascendencia cuando se jubiló.

—Para haberse jubilado, parece que pasa mucho tiempo en las comisarías.

—Solo cuando tiene la oportunidad de sembrar el máximo caos posible.

Leighton esbozó una sonrisa.

—Te cae bien, ¿verdad?

Fox se encogió de hombros una vez más.

—Es la clase de policía que yo nunca podría ser. Disfruta corriendo riesgos.

—Pero tú también arriesgas. —Apoyó los codos mientras se inclinaba sobre la mesa—. Al fin y al cabo, me has invitado a cenar.

—Aquí el único riesgo era que dijeras que no.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Leighton se recostó en la silla, cogió la servilleta del regazo y anunció que iba al «lavabo de niñas». Él hizo amago de levantarse de la silla cuando ella se fue, antes de volver a sentarse. El camarero revoloteaba en torno a la mesa, pues había olvidado preguntarles si les apetecía un digestivo y cómo estaba yendo la velada.

—Bien, gracias —dijo Fox, que sacó el teléfono con intención de mandarle un mensaje a Siobhan Clarke, pero luego se lo pensó mejor. En lugar de eso, buscó «Livingston» en Google. Cuando volvió Leighton, giró la pantalla hacia ella—. Me has dicho que casi no hay nada allí —protestó—. ¿Cómo has podido olvidar que tenéis uno de los centros comerciales más grandes de Escocia?

Leighton se llevó un dedo a los labios.

—No quiero que lo sepa todo el mundo —susurró—. Ya es bastante complicado encontrar aparcamiento...

Ambos estaban riéndose cuando llegaron los cafés. El elegante Audi negro bloqueaba el camino que pasaba junto a la casa de Fox, que aparcó en la calle de atrás. Al bajarse del coche, vio a Grant Edwards saliendo por la puerta del conductor. Lo primero que pensó fue: «Menos mal que no he invitado a Tess a venir a casa», y lo segundo: «¿Habría aceptado?».

—¿Debería estar aquí por su cuenta? —le preguntó a Edwards mirando el coche vacío.

Edwards llevaba un abrigo de tres cuartos de lana negra y metió las manos en los bolsillos. A Fox le recordó a la gente que asistía a los funerales mostrando una falsa solemnidad.

—Brian está ocupado.

—¡Pero si habla y todo!

Edwards hizo una mueca con la boca.

—Solo cuando no hay terceras partes delante.

—¿Cuánto rato lleva esperando?

—El suficiente para estar de mal humor. Nos habían dicho que al ser un alcohólico en vías de recuperación y todo eso no salía demasiado.

—Siento decepcionarlo.

Fox metió las manos en los bolsillos. No poseía la corpulencia de Edwards, pero tampoco era

frágil. Sacó un poco de pecho y se recostó sobre sus talones.

—Brian cree que le debe un informe.

—Brian se equivoca. Recibirá un informe cuando haya algo que merezca la pena contarle.

—¿Cómo se lleva con el equipo de Sutherland?

—Estupendamente.

—¿Seguro? Saben que trabajaba usted en Reclamaciones. Yo creo que están afilando los cuchillos. No notará nada hasta que le claven el primero.

La sonrisa de Edwards se amplió un poco.

—No me avergüenzo de haber estado en Reclamaciones.

—Pero siempre resulta difícil volver al DIC. Ya sabe que Anticorrupción es una opción cuando esto termine. Si termina limpiamente, quiero decir.

—¿Sin que aparezcan sus nombres en esta historia? —Fox asintió lentamente—. Steele procuró dejármelo bien claro.

Edwards se acercó un poco a él y bajó la voz.

—Me parece que a Brian no le gusta que usted y Siobhan Clarke sean tan amigos. Sería inteligente que no se pusiera de su parte.

—¿Hace falta que me ponga de parte de alguien?

—Usted podría considerar que sí. Sé que ya no son pareja.

—Nunca lo fuimos.

Edwards se encogió de hombros.

—¿Qué tal está?

—¿La inspectora Clarke?

—¿Se ha adaptado al EDG? ¿Está rindiendo al cien por cien?

—Y a usted, ¿qué le importa?

—Sutherland necesita un equipo concentrado, sin distracciones.

—Es buena policía, Edwards.

—Puede que sí y puede que no. Pero es un poco bocazas. —Edwards entornó los ojos hasta que ambos se convirtieron en simples rendijas—. Haga lo correcto, inspector Fox. Ténganos contentos. —Iba a montarse de nuevo en el coche, pero cambió de parecer—. Algo me dice que no nos haría falta indagar mucho para destapar sus trapos sucios.

Fox permaneció inmóvil hasta que las luces traseras del Audi desaparecieron. Luego se sentó en el coche y se quedó allí un par de minutos sujeto al volante. Respiró hondo varias veces, puso en marcha el motor y entró en el camino. Cuando llegó al umbral, vio que tenía un mensaje de texto. Era Tess Leighton agradeciéndole la agradable velada. Había añadido un beso al final. La sonrisa de Fox fue efímera. ¿Qué carajo había querido decir Edwards cuando le preguntó si Siobhan estaba rindiendo al cien por cien?

LUNES

El lunes por la mañana, Clarke estaba en la puerta de la casa de Rebus a las ocho en punto.

—Traigo café y cruasanes —anunció por el interfono.

—Es la única razón por la que te permito entrar.

Clarke subió los dos pisos. Rebus le había dejado la puerta entreabierta y ella fue directa al salón. Los archivos del caso habían sido destripados. Las hojas se ordenaban ahora en doce montones; los apuntes de Rebus se apilaban junto a su ordenador.

—Has estado ocupado —dijo Clarke.

—No toques nada.

—¿Me estás diciendo que sigues algún criterio? —preguntó ofreciéndole un cruasán y un vaso de poliestireno.

—Un criterio que para mí tiene todo el sentido del mundo. —Rebus mojó el cruasán y sorbió el café que había impregnado—. ¿Por qué no estás trabajando?

—Día libre.

—Entonces deberías estar en la cama.

—En cambio, parece que tú llevas horas levantado.

Clarke arrancó un trozo de cruasán y se lo dio a Brillo.

—Creo que Dallas y Seona son pareja —dijo Rebus.

—Según ellos, no.

—Pero, si lo son, Ellis tiene que haberlo sabido. ¿Los tres viviendo bajo el mismo techo? ¿Y Dallas subiéndole de puntillas por las crujientes escaleras de noche?

—¿Has estado en su casa?

Rebus negó con la cabeza.

—Pero he visitado muchas como esa.

—¿Y qué si duermen juntos?

—Puede que a Ellis no le gustara demasiado. A lo mejor, vio que su madre engañaba a su padre y se le metió en la cabeza que su novia no era trigo limpio. —Rebus se sentó en la butaca con el café y el cruasán en la mano—. Aquel día estuvo con sus amigos; puede que alguno dijera algo. Mintió a su madre sobre dónde iba. A mí me parece que no es la única mentira que ha salido de esa casa. Y luego, está Kristen. Sus amigos dicen que no mencionó haber roto con Ellis, pero a lo mejor ya lo tenía decidido. Sus padres le insistían muy a menudo en que ella podía encontrar algo mejor. Me pregunto si no se juntó con Ellis precisamente para cabrear a esos padres temerosos de Dios que tenía, lo cual no es una buena base, que digamos, para un romance sólido y estable.

Clarke estaba concentrada y frunció el ceño.

—¿Aparece algo de eso en los informes?

—Algunas cosas me las contaron.

—¿Quién?

—Dos chavales que conocen a Ellis.

—Entonces sí has estado en Restalrig.

—En ningún momento he dicho que no haya estado. Me encontré al tío. Hay otra cosa sobre Kristen: según dicen en la calle, le gustaba coquetear. Y cuando iba a casa de Ellis...

—¿Kristen y Dallas?
—Él le dijo que tenía una copa esperándola en la barra del McKenzie's.
—¿Lo dijo delante de Ellis?
—Según los dos chavales.
—Solo tenía diecisiete años. No se la habrían servido.
—Claro.
Rebus dio un bocado al cruasán y Clarke cogió una silla y se sentó. Después tomó un sorbo de café y miró los montones de papeles.
—¿Así que ahora tenemos a Ellis celoso de su tío?
—Puede.
—No sé si esto es lo que quiere oír Dallas.
—Si venía buscando cuentos de hadas y finales felices, está en el sitio equivocado.
Clarke asintió.
—¿Eso es lo que debo decirle?
—No le gustará.
—Lo cual significa que no delatará a Steele y Edwards. —Se quedó mirando a Rebus—. Apenas has tenido tiempo, John. ¿Necesitas unos días más?
Rebus se encogió de hombros.
—No sé cuánto queda por escarbar, Shiv. A menos que...
Clarke dejó la taza en el suelo.
—¿Qué?
—Una visita al prisionero.
—No querrá hablar contigo.
—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.
—¿Y si te llevas a Dallas?
Pero Rebus negó con la cabeza.
—No me contaría la verdad.
—Vale la pena intentarlo —dijo finalmente Clarke, cuyo teléfono empezó a vibrar—. Tengo que cogerlo —añadió al sacarlo del bolsillo—. ¿Sí, Graham? —Escuchó unos momentos—. No, no pasa nada. Desde luego. Sí, por supuesto que iré. Puedo estar ahí en veinte minutos.
Cuando colgó, se quedó mirando la pantalla.
—Me encanta cierta dosis de suspense —dijo Rebus.
—Puede que hayan descubierto algo. Parece que mi día libre se ha ido al traste.
—Escúpelo, entonces.
—Una huella en las esposas. Bueno, parte de una huella. Es endeble, pero ahí está.
—¿Y sabemos a quién pertenece? —Clarke se lo quedó mirando sin contestar—. Por el amor de Dios, Siobhan, puedes confiar en mí. ¡No me iré de la lengua!
—Ya lo sé. Se trata de Jackie Ness. Parece encajar con la de Jackie Ness.
—Bueno, bueno —murmuró Rebus mirando a la ventana—. No quiero entretenerme más si tienes que impartir justicia.

En la oficina del Equipo de Delitos Graves, Graham Sutherland estaba hablando con una ayudante del fiscal. Clarke la reconoció. Se llamaba Gillian Ramsay y había trabajado con ella en varios casos. Estaba interrogando a Sutherland sobre las pruebas practicadas a las esposas. La huella parcial había sido identificada porque a Ness le habían tomado una muestra durante la

investigación original. ¿Por qué? Porque el productor había estado en el piso de Bloom y una vez incluso este lo había llevado en su coche. Cuando registraran el piso, y si encontraban el coche... Las huellas serían útiles. Pero ¿no se suponía que debían suprimirse de los archivos al cabo de cierto tiempo? Al parecer, con estas no había ocurrido así.

—Al abogado defensor no le gustará —dijo Ramsay tomando nota mentalmente.

—Veamos si hay algo más en el coche, un cabello tal vez.

—Pero inspector jefe Sutherland, ya sabemos que Bloom llevó a casa al señor Ness una noche. Que haya un pelo no demuestra nada. Imaginemos que las esposas eran de la víctima y que estaban en el asiento del acompañante y el señor Ness simplemente las movió.

—¿Por qué iba a tener Bloom unas esposas en el coche?

—¿Su pareja no era el hijo de un agente de policía en activo? A lo mejor, se las cogió para utilizarlas en algún juego de cama.

—Lo dudo, pero podemos preguntar.

—Lo preguntarán, por supuesto. Entre tanto, me advierten que tenemos muy pocos elementos aquí para formular una acusación penal seria.

—Aun así, ¿podemos interrogarlo?

—Claro. Tendrá que venir con su abogado y le haremos preguntas bajo la advertencia de que quedarán grabadas para la posteridad.

—Pero ¿sin cargos?

El jefe de Clarke parecía haber perdido fuelle. Por teléfono, se lo veía exultante. Ahora, el globo había vuelto a tierra firme. Ramsay estaba recogiendo sus cosas.

—Todavía, no —respondió al levantarse.

Cuando se fue, hubo un silencio en la sala hasta que Sutherland se recompuso y se aclaró la garganta.

—El laboratorio forense tenía la huella el viernes a última hora y no informó de ello en todo el puñetero fin de semana. En lugar de eso, se fueron a ver el fútbol o el rugby, y a dar un paseo por la tarde. No crean que no se lo diré al comisario Mollison. Pero, al menos, tenemos una identificación positiva. Es algo. Antes del juicio, la fiscalía necesita que todas las pruebas sean fehacientes. Eso significa que siempre se mostrarán escépticos, pero esto es algo y tenemos que encargarnos de ello. —Miró a Clarke—. ¿A qué hora cree que llega Ness a la oficina?

—Probablemente, no antes de las diez.

—Entonces, ¿estará en casa hasta las nueve y media o diez menos veinte? Son justo pasadas las nueve. —Sutherland buscó a Callum Reid—. Lévese a George con usted y espérenlo en su oficina. —De nuevo, a Clarke—: ¿Hay recepcionista? —Clarke asintió—. Si ella llega primero, no dejen que lo avise. Es más, quédense en el coche hasta que lo vean.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Gamble.

—Como en esa foto de ahí.

Sutherland señaló hacia donde se encontraba Reid, junto al mapa y las fotografías. Reid dio unos golpecitos con el dedo a la de Ness.

—En realidad, ha cambiado bastante desde entonces —precisó Clarke.

—De acuerdo —dijo Sutherland—. George, usted se queda. Siobhan, vaya con Callum. —Vio la decepción en el rostro de Gamble—. No se ponga triste. Si se porta bien, a lo mejor le dejo estar presente en la entrevista. —Luego, desviando su atención a Reid y Clarke—: ¿Por qué narices siguen ustedes dos ahí?

—Ya nos vamos —dijo Reid, que cogió su abrigo camino de la puerta.

La agente Christine Esson salió de la comisaría de Gayfield Square y miró a ambos lados antes de cruzar la calle y montarse en el Saab de Rebus.

—Veo que aún sobrevive esta antigualla —dijo al cerrar la puerta tras de sí.

—¿Te refieres a mí o al coche?

Esson llegó a la conclusión de que el comentario merecía una sonrisa. Llevaba el pelo corto y oscuro. Rebus siempre le había encontrado parecido con Audrey Hepburn, aunque Siobhan Clarke discrepaba.

—¿No querías entrar? —preguntó.

—Es mejor que la gente no empiece a atar cabos —dijo Rebus.

—¿Estás haciendo progresos con lo de Ellis Meikle?

—Me falta un poco de experiencia, Christine. He mirado en las redes sociales, pero solo encuentro los perfiles de Ellis y Kristen. No me importaría saber lo que decían sus amigos antes y después del asesinato.

—¿Solo amigos o familiares también?

—Cuanto más, mejor.

Esson hinchó las mejillas y expulsó aire.

—Eso es mucho pedir.

—¿Es complicado?

—Lleva mucho tiempo —dijo ella—. En un mundo perfecto, crearía cuentas falsas, pediría amistad a todos, esperaría a que aceptaran la solicitud, hablaría con ellos... —Se lo quedó mirando—. Es raro, pero en Internet la gente habla con desconocidos de cosas que no les dirían a sus allegados.

—Parece que tardarías bastante.

—Desde luego. Semanas, o puede que mucho más.

—Entonces, si es no es viable...

—Yo rastrearía donde pudiera, me metería en algunas conversaciones y aportaría algún comentario. Puede que acaben bloqueándome en algunas páginas, eso sí. Además, muchos chavales usan Snapchat, y esos mensajes son eliminados. Y ten en cuenta que hablarán en privado si es una cuestión delicada. —Hizo una pausa y lo miró fijamente—. ¿Dónde te has perdido más o menos?

—Hace un par de frases.

Esson sonrió de nuevo.

—La buena noticia es que se trata de algo que puedo hacer en mi tiempo libre. Pero estaría bien que me facilitaras todo lo que tengas: cuentas y nombres de usuario de asesino y víctima; nombres de sus amigos y familiares...

—Puedo enviártelo todo por e-mail.

—Pero no a mi cuenta oficial. —Sacó el teléfono—. Te envío mi dirección de correo. —Esperaron a que el teléfono de Rebus vibrara—. Listo.

—Gracias, Christine. Te invito a unas copas cuando esto haya acabado.

Esson asintió y se puso un poco seria.

—Todos nos dejamos la piel en ese caso, John. Obtuvimos el resultado correcto.

—No lo dudo.

—Pero aquí estás, buscando lagunas que la familia pueda utilizar para apelar. Si encuentras alguna, quedaremos en ridículo. —Hizo una pausa—. Por otro lado, vi lo feas que se pusieron las cosas entre Siobhan y Anticorrupción. Es curioso que para atacarlos a ellos también acabemos nosotros enfangados.

—Ya te ayudaré a limpiar después.
—¿Ah, sí? ¿Es una especialidad tuya?
—Tengo la sensación de que alguien ha estado hablando.
—Digamos mejor que a ese alguien se le relajó la lengua —comentó Esson mientras abría la puerta del Saab y se bajaba.

Durante todo el trayecto hasta la comisaría, Ness estuvo preguntando qué ocurría. Lo habían esperado frente a la entrada principal de Locke Ness Productions. Una vez en el coche, le dejaron que llamara por teléfono a su asistente personal, a quien simplemente dijo que estaba ocupado y que era muy probable que no acudiera hasta la tarde. Luego preguntó de nuevo a los dos agentes qué pasaba.

—¿Tiene abogado? —le dijo Reid—. Si no lo tiene, se le asignará uno de oficio.

Después lo dejaron en la sala de interrogatorios para que se pusiera nervioso mientras contactaban con su abogado. Emily Crowther le había llevado una taza de té agitado.

—Sigue diciéndome que podría ser actriz —adujo.

Mientras tanto, Sutherland cumplió su palabra. Pese a las miradas de súplica de Clarke y Callum Reid, fue George Gamble quien lo acompañó a la sala de interrogatorios cuando apareció el abogado. Phil Yeats había cogido el material de grabación.

—Esto no será nuevo para usted, señor Ness —le comentó.

—Soy más feliz al otro lado de la cámara, hijo.

El ambiente en la sala era sofocante, pues habían puesto la calefacción al máximo. Ness tenía la americana colgada en el respaldo de la silla y se había desabrochado otro botón de la camisa. Sin embargo, el abogado, Kelvin Brodie, conocía esas estrategias y pidió que bajaran la calefacción o dejaran la puerta abierta.

—No queremos vernos obligados a abandonar el interrogatorio por motivos de salud y seguridad, ¿verdad?

Clarke conocía a Brodie de algunas apariciones en los tribunales. Creía que el representante de Ness estaría especializado en derecho mercantil, pero Brodie era un abogado penal de pies a cabeza. Estaba a punto de alertar a Sutherland de esto último cuando la puerta se cerró desde dentro y la dejó en el pasillo con el resto del equipo.

No había mucho que hacer salvo esperar.

Crowther había indagado un poco más sobre el director de fotografía y el técnico de sonido, así que decidieron prepararse juntas para la siguiente jornada. Fox y Leighton se encontraban en su pequeño imperio y solo aparecían en la sala del EDG a por más café y té.

—¿Has tenido noticias de los Chuggabugs? —preguntó Clarke a Fox cuando este se acercó a la mesa.

—No.

—¿Les dirás lo de la huella?

—Dudo que sea necesario. Por lo visto, no andan escasos de fuentes.

—Y precisamente por eso debes decírselo tú primero. De esa manera, parece que le pongas ganas. Como bien dices, acabarán descubriéndolo tarde o temprano.

Fox asintió y salió a hacer la llamada mientras Clarke consultaba su teléfono. Rebus le había enviado un mensaje preguntando por las últimas novedades, pero ella lo ignoró, al igual que hizo con Laura Smith, quien, en sus propias palabras, estaba «oyendo tambores de la jungla». Eso significaba que alguien en el laboratorio forense, o tal vez en la oficina del fiscal, se había ido de la lengua. También era posible que el comisario Mollison hubiera empezado a difundir la noticia

en Fettes o en St. Leonard's. No tenía sentido especular, pero en estos tiempos, cuando un susurro llegaba a Internet ya se había convertido en un aullido malintencionado o a medio formar, un aullido capaz de propagarse como el virus de la gripe más virulento.

Clarke pensó en el montón de papeles que tenía Rebus encima de la mesa del comedor, especialmente el que incluía los mensajes de las varias cuentas de Ellis Meikle en las redes sociales, todos ellos rebosantes de bravatas juveniles. Sabía que había vídeos y GIF porno y comentarios denigrantes sobre algunas chicas de la zona y sus madres. Uno de sus amigos le había dicho que Seona, su madre, era una «auténtica MQMF», lo cual empujó a otros a manifestar su aprobación o desaprobación. ¿A qué extremos de toxicidad llegaría esa cultura? Clarke esperaba no averiguarlo nunca, pero, como agente de policía, temía que ocurriera justo lo contrario.

Las llamadas y pintadas anónimas de Dallas Meikle eran inocentes en comparación con algunos insultos que había visto en Internet. Eso la extrañaba. Dallas podría haberle enviado cualquier cosa a su móvil: imágenes, mensajes o lo que fuera. Sin embargo, por esa vía habría requerido un ordenador o un teléfono móvil, los cuales podrían haber dejado un rastro que condujera hasta él. A lo mejor, Steele y Edwards le habían transmitido su sabiduría.

—Yo no lo descartaría —murmuró Clarke para sus adentros.

Al cabo de una hora y media, Sutherland y Gamble salieron de la sala de interrogatorios y fueron a la tetera seguidos por el Equipo de Delitos Graves. Sutherland pidió a Yeats que montara guardia frente a la puerta de la sala. No era necesario, pero pondría nervioso a Ness.

—Está confabulado con su abogado —explicó Sutherland—. Y no ha reconocido nada. Dice que no tiene ni idea de cómo pudo llegar la huella a las esposas, que no las había visto en su vida.

—Brodie, por su parte —apostilló Gamble mientras servía unas cucharadas de café instantáneo en una taza—, quiere saber hasta qué punto es fiable la huella después de tanto tiempo. Mencionó directamente el coche y el hecho de que Ness nunca haya ocultado que viajó en él, así que era lógico que encontráramos sus huellas. Su argumento es que Ness pudo haber metido la mano debajo del asiento y tocar las esposas sin darse cuenta.

—También quiere saber por qué hemos guardado las huellas de un inocente en la base de datos todo este tiempo —dijo Sutherland.

—Más o menos lo que predijo la fiscalía —comentó Clarke—. Pero es interesante que Ness haya acudido a un abogado penal. No todo el mundo conoce a uno.

—No todo el mundo ha estado en guerra con sir Adrian Brand —dijo Sutherland enderezando la espalda—. En fin. No hemos terminado con él, ni mucho menos.

—A los jurados les encanta disponer de pruebas forenses —afirmó Emily Crowther—. No lo olvidemos.

—Pero nos vendría bien conseguir algo más que una huella parcial. Imagino que el laboratorio no ha dicho nada en mi ausencia, ¿verdad?

Todos negaron con la cabeza.

—Espero que la pedóloga esté ganándose el sueldo —dijo Sutherland con un suspiro.

En ese momento llamaron a la puerta y, al darse la vuelta, vieron a Brodie.

—¿Les importa que mi cliente pida un bocadillo o algo así? No ha desayunado.

—En la cafetería hacen unos bocadillos de beicon con lechuga y tomate bastante decentes —dijo Clarke.

—Mi cliente es vegetariano.

—Pues de tomate y lechuga. Suponiendo que se rebajen a prepararle algo así, claro.

Finalmente, Jackie Ness fue puesto en libertad a las 14:45. Desde mediodía, Brodie se había quejado de que estaban dándole vueltas a lo mismo. Una copia de la grabación les fue entregada y los miembros del EDG que quisieron pudieron ver la entrevista gracias a la copia que se habían quedado. Clarke estudió el lenguaje corporal de Ness, aunque ya no se le diera demasiada importancia a esas cosas. Mucha gente conocía los trucos y pensó que alguien que había trabajado toda su vida con actores se los sabría mejor que la mayoría. Una vez que se hubo enfriado la sala, Ness se abotonó la camisa y volvió a ponerse la americana, y luego se sentó sin moverse, con las manos en el regazo y el rostro impasible, ofreciendo respuestas lo más sucintas posible y dejando que su abogado hablara casi todo el tiempo.

Sutherland estaba al teléfono poniendo al corriente a la oficina del fiscal mientras George Gamble miraba al vacío. Clarke tuvo la sensación de que Gamble renegaba de los métodos policiales modernos y de que nada le habría gustado más que arrancarle una confesión a golpes al productor.

—Deberíamos repasar los interrogatorios originales a Ness —dijo Callum Reid a Emily Crowther—. Solo tenemos su palabra para corroborar que Stuart Bloom salió con vida de Poretoun House. Sé que registraron el lugar, pero ¿lo hicieron exhaustivamente? Además, la tecnología forense ha avanzado. Estoy convencido de que sir Adrian estaría encantado de que vaciáramos la casa. La historia empieza a encajar. —Se puso a contar con los dedos—: Huellas en las esposas, Bloom visto con vida por última vez cuando se dirigía a una reunión con Ness...

—Eso son dos dedos en total, Callum —interrumpió Clarke.

—El coche encontrado en un bosque que en aquel momento era propiedad de Ness —añadió Crowther.

Clarke vio que Reid levantaba un tercer dedo.

—Vale —reconoció—, pero respóndeme a esto: ¿cuál era el móvil de Ness?

—A lo mejor, discutieron por los honorarios de Bloom o algo así. Insisto, solo sabemos por Ness que no había diferencias entre ellos. Podría creer que Bloom no estaba haciendo progresos suficientes o que lo había estafado. Venga, todos lo hemos visto. Quien acaba de matar a alguien no actúa precisamente de manera racional.

—Lo cual podría explicar también la cuestión de las esposas en los tobillos —añadió Crowther, que se ganó una sonrisa de Reid, como si aquello fuera una discusión que él pudiera ganar por votación a mano alzada.

—No digo que no ocurriera así —dijo Clarke—, pero demostrarlo es otra cosa.

—Si no tenemos en cuenta Poretoun House como la probable escena del crimen, estaremos pasando algo por alto.

—Es posible.

Reid miró a su jefe, que seguía hablando por teléfono.

—Voy a plantearlo. Si en el bote hay dinero para que alguien con bata blanca ponga un poco de barro debajo del microscopio, también podemos mandar a la policía forense y sus artillugos a Poretoun House.

—Adelante —dijo Clarke.

La portada del *Evening News* resaltaba la visita de Jackie Ness a la comisaría de Leith. En ella había una gran imagen del productor dirigiéndose a un taxi, con Kelvin Brodie sosteniendo en alto un maletín para dificultar la labor del fotógrafo. Rebus leyó dos veces la noticia sentado a una mesa del McKenzie's. Si los medios sabían lo de las esposas, no lo decían. El artículo era poco

consistente, pero aun así pondría nervioso a Ness. Rebus imaginó que aquella noche habría periodistas delante de su casa y que por la mañana acudirían a su oficina. Si era culpable, empezarían a asomar grietas, siempre y cuando la prensa no se cansara de acechar a su presa.

Rebus dedujo que la comisaría de Fettes había avisado a los medios, o quizás hubiera sido un miembro del Equipo de Delitos Graves. Siempre había existido ese juego entre la policía y la prensa. Sí, los periodistas podían ser un incordio, pero también eran conductos inmensamente útiles. Le entristecía que en estos tiempos ocurrieran tantas cosas en Internet y que, de repente, cualquier guerrero del teclado se convirtiera en «comentarista», «especialista» o «recopilador de noticias». Faltaba control de calidad. Todo el mundo creía tener algo que decir y no pensaba callarse. La ciudadanía probablemente se considerase mejor informada que nunca. Y lo estaba, pero no siempre con la verdad.

Aun así, ¿tan distintas eran las cosas en los buenos tiempos de Rebus? Había dado chivatazos a periodistas y les había contado mentiras y medias verdades para intentar agitar un nido de avispas o poner nervioso a un sospechoso o testigo. Se habían difundido ciertas historias y se habían eliminado otras. Con la colaboración de solo media docena de periodistas, podías controlar la noticia o, al menos, tratar de condicionarla. Cuando les mentían, los medios podían enfurruñarse, pero siempre volvían a por más. Ahora, los comentaristas te engañaban en la cara y te servían bulos con cuchara como si fueras un bebé. Las noticias veinticuatro horas significaban que todo el mundo quería tener la exclusiva, aunque al final esta resultara vacua. En ocasiones, se había anunciado en Internet que algunos héroes musicales de Rebus habían muerto para, más tarde, publicar una nota de disculpa. Rebus no se tomaba nada de la red al pie de la letra y esperaba siempre una corroboración. Dos fuentes, o tal vez tres, antes de creerse nada que procediera del mundo virtual.

—¿Qué quiere?

Rebus apartó la vista del periódico y vio a Dallas Meikle, que acababa de llegar para comenzar su turno.

—Un minuto de su tiempo.

Rebus señaló una silla vacía, pero Meikle siguió de pie.

—Diga lo que tenga que decir.

—Necesito hablar con Ellis.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No le diré nada.

—Pero me recibirá si usted se lo pide.

—Imagino que sí.

—¿Lo hará?

—No le gusta la policía.

—En Saughton dudo que eso lo convierta en minoría. Además, yo solo soy un viejo pensionista.

—No puedo prometerle nada.

—Pero ¿lo intentará al menos?

Dallas Meikle asintió mirándolo fijamente.

—Tiene dudas, ¿verdad? Ya no está tan seguro de que lo hiciera él.

—Probablemente lo hizo. Puede que tenga usted que aceptarlo. Cuando lo vea, tendré una idea más aproximada.

—¿Aunque no hable?

—Lo que uno calla también puede ser importante. Dígame: ¿alguna vez le explicó cómo se

sentía cuando se instaló usted con él y su madre?

—Hablamos mucho de ello.

—¿Se mudó para asegurarse de que su hermano se comportaba? ¿Alguna vez le dijo a Ellis que debería haberse encargado él mismo?

—A mí no me importa demasiado si me peleo con Charles.

—¿Mejor eso que una pelea con su hijo?

Rebus asintió para indicar que lo entendía.

—¿Hemos terminado, entonces?

Rebus cerró el periódico.

—¿Conocía bien a Kristen? —En los ojos de Meikle empezó a arder una pequeña llama y frunció los labios—. Por lo que he oído, le gustaba coquetear. Tal vez fuera su naturaleza o, a lo mejor, quería que Ellis se mantuviera alerta.

—Conmigo no lo hizo nunca.

—Pero ¿oyó los rumores?

—Ahora los chavales no son como los de mi generación o la suya.

—En ciertos sentidos, es cierto; en otros, no tanto. —Rebus se puso en pie, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo del abrigo. Luego ofreció a Meikle un trozo de papel con su teléfono anotado—. Iré a Saughton mañana. Me vendría bien que avisara a Ellis. Contacte conmigo cuando lo haya hecho. Y utilice su móvil y no una cabina, ¿eh?

Rebus salió del bar sin mirar atrás.

Brian Steele entró en el Devil's Dram con su novia Rebecca del brazo. Yendo a aquella parte de la ciudad, es probable que la chica se hubiera excedido con el atuendo: vestido largo y ajustado de color verde esmeralda, con una abertura lateral que le llegaba casi hasta el ombligo y un escote pronunciado para rematar. Su melena rubia formaba frondosos bucles sobre los hombros y llevaba unos tacones de aguja de ocho centímetros. No se había maquillado demasiado —no lo necesitaba— y había elegido la cantidad adecuada de joyas caras. Cuando se bajaron del taxi, muchos los miraron boquiabiertos. Los porteros conocían a Steele y le abrieron la puerta a Rebecca.

—¿Todo bien, Shug? —preguntó a uno de ellos antes de ponerle un billete de veinte libras en la palma de la mano.

—Bastante tranquilo, Brian.

Y entonces entraron. Habían estado allí un par de veces, una de ellas cuando Darryl Christie era el propietario del local. A Steele le gustaba la estética escogida: demonios y diablillos escalando las paredes y observándolo todo desde el techo rojo oscuro. Normalmente había un buen DJ si querías bailar y mesas tranquilas si preferías sentarte a comer y beber. Steele había reservado en el piso de arriba, con vistas a la pista. Rebecca se contoneó al ritmo de la música mientras subía la escalera de cristal.

Una vez sentados, Steele consultó la carta de whiskies. Eran ocho páginas, pero vio bastantes variedades tachadas con rotulador negro. Al mirar a su alrededor, el lugar no le pareció tan sofisticado como en su día: una esquina de la alfombra deshilachada aquí y una bombilla rota allá. Había huellas en la mesa brillante y las cartas de comida estaban pegajosas.

Tras una larga espera, apareció un camarero con uniforme rojo y sombrero de botones.

—Lamento comunicarles que esta noche no hay vieiras —anunció—. Y langosta y lubina, tampoco.

Detrás de él apareció otro camarero haciendo equilibrios con una bandeja.

—Un detalle del propietario —dijo, y les sirvió dos copas de champán.

Rebecca arrulló de contento, los ojos brillantes.

—¿Por casualidad ha venido el dueño esta noche? —preguntó Steele, que obtuvo un gesto afirmativo por respuesta.

Después se arrellanó en la silla y consultó la carta. Cuando hubieron pedido, Rebecca sacó el teléfono e hizo un mohín para hacerse un selfi que compartiría con su círculo de amistades. Luego empezó a enviar mensajes con una destreza que siempre asombraba a Steele teniendo en cuenta la longitud de sus elaboradas uñas.

Rebecca era propietaria de dos salones de belleza en la ciudad. Steele la había ayudado con la inversión inicial, pero el negocio iba bien. Ella se quejaba de que a veces tenía que pagar salarios más altos que sus competidores, la mayoría de los cuales contrataban mano de obra vietnamita o filipina, pero planeaba abrir una tercera sucursal y rediseñar su buque insignia. Cerebro y belleza. Lo único que a Steele no le gustaba de ella era su incesante necesidad de utilizar el maldito teléfono.

Después de los entrantes, apareció otro camarero en lo alto de las escaleras y señaló a Steele, que se limpió la boca con la servilleta y le dijo a Rebecca que no tardaría mucho.

Cafferty estaba esperándolo en una zona acordonada de la barra del sótano, donde no sonaba nada más que un piano interpretando música *lounge*.

—Siéntese, Brian—dijo.

—Rebecca está esperándome arriba—informó Steele al tomar asiento.

—Ya la vi. Dios sabe qué ha visto ella en usted, hijo.

Cafferty agitó la cabeza con pesadumbre.

—A alguien que le hace pasar un buen rato, tal vez.

—Muchos podríamos hacerlo.

Cafferty tenía delante un whisky y había otro esperando a Steele, que levantó el vaso y lo olió.

—Highland Park 18—anunció Cafferty, que alzó su vaso para brindar.

Steele tomó un sorbo y lo saboreó. Luego asintió en un gesto de aprobación.

—Sabe usted imitar a un buen aficionado al whisky—dijo Cafferty—, pero todos sabemos que prefiere la cerveza barata, ¿no es así?

—Me crie con cerveza barata—confirmó Steele.

—Al igual que todos, hijo, y mírenos ahora.—Cafferty sonrió, apuró el contenido del vaso y exhaló ruidosamente cuando lo dejó encima de la mesa—. Pero no hagamos esperar a la encantadora Rebeca, ¿eh?

Steele comprobó que la sala siguiera vacía. Aun así, se inclinó hacia delante y bajó un poco el tono de voz.

—¿Recuerda esas esposas de las que le hablé? Por lo visto, encontraron huellas de Jackie Ness en ellas.

—No fue muy inteligente por su parte. ¿Quién se lo ha dicho?

—Malcolm Fox.

—Conozco a Fox. ¿Qué pinta en todo esto?

—Gartcosh lo ha mandado a buscar cagadas en la investigación original.

—Entonces ¿está en Leith y le pasa a usted información jugosa?—Cafferty digirió lo que acababa de oír—. ¿Sabemos por qué Sutherland dejó marchar a Ness?

—El fiscal aún no está convencido de que haya suficiente para un juicio.

—Pues yo diría que una huella no es mal comienzo.

—Coincido.

—Una condena rápida sería buena para todos los implicados.

—Un juicio es un juicio. Saldrán muchas cosas a la superficie.

—¡No me diga que está nervioso!

Los ojos de Cafferty eran casi invisibles bajo la tenue luz. Parecía estar hecho mayoritariamente de sombras.

—No hay nada en el caso Bloom que me ponga nervioso—respondió Steele, que se levantó—. Será mejor que vuelva arriba.

La mano derecha de Cafferty descendió como una guillotina y lo agarró de la muñeca.

—Se irá cuando yo lo diga, Brian. No sea engreído. Una novia sofisticada y esa ropa cara no esconden el hecho de que sea usted un simple eslabón de la cadena, ¿entendido? Recuerde quién ha sido su mano amiga durante todos estos años, quién le ayudó a quitarse el uniforme para llegar a la Unidad Anticorrupción.

Cafferty enunció sus últimas palabras lentamente y mostrando los dientes.

—Le estoy agradecido. Sabe usted que sí. ¿Cuándo le he decepcionado?

—Es mejor que no lo haga, créame.—Cafferty lo soltó poco a poco—. ¿Todavía no le han interrogado?

—No.

—Pues pasará. Apréndase bien la historia. Y Edwards, también.

—No hay ninguna historia que contar.

—¿Rebus sabe que me acompañó a ese encuentro con Maloney?

—¿Y qué?

—¿Qué más cree que puede guardar Rebus en ese cráneo tan grueso que tiene?

—La noche que desapareció Bloom, yo estaba en el Police Club con mi mujer.

—Refrésqueme la memoria: ¿su segunda mujer o la tercera?

—La segunda. Pasamos allí toda la noche, rodeados de docenas de testigos.

—Y Edwards estaba allí con usted. —Cafferty parecía aburrido; ya había oído la historia varias veces—. El fin de semana, Adrian Brand había ido a Gleneagles a jugar al golf y yo me encontraba holgazaneando en casa con un par de colegas. En otras palabras, hay coartadas a montones.

—Pero Ness no la tiene. No vio a un alma desde que Bloom se fue. Hizo unas cuantas llamadas relacionadas con su último proyecto, pero eso es todo. El novio de Bloom, al parecer, estaba solo en el piso preparando la cena, y el padre, el de la Brigada de Homicidios, había asistido a un combate de boxeo *amateur* en Glasgow.

—No todo el mundo tiene las espaldas cubiertas —coincidió Cafferty—. Solo la mayoría de nosotros, así que no hay nada de qué preocuparse ni tampoco esqueletos echando miradas furtivas desde los armarios. —Hizo una pausa—. Y eso significa que podemos relajarnos todos y disfrutar. Ahora váyase, antes de que alguien con un traje y un reloj más decentes se abalance sobre la señorita Salón de Belleza. ¿Qué han pedido, por cierto?

—Solomillo de cerdo.

—Buena elección. Viene de una granja porcina que tengo en Fife. A lo mejor, hacemos una pequeña visita algún día.

Sacudiendo la mano, Cafferty se despidió de Brian Steele, quien al volver hacia la luz y el ruido pudo respirar de nuevo. Rebecca tenía el teléfono pegado a la cara.

—Adivina cuántos hombres han intentado invitarme a una copa en los últimos cinco minutos —dijo sin levantar la vista.

—Muchos —respondió Steele. Cuando volvió a colocarse la servilleta en el regazo llegaron los primeros platos, pero negó con la cabeza—. He cambiado de opinión —dijo—. Tráigame otra cosa.

El camarero parecía sorprendido.

—¿Algo en particular, señor?

Steele cogió la copa de champán y se la bebió de un trago.

—Cualquier cosa que no proceda de uno de los cerdos de Big Ger Cafferty —dijo.

El despacho de Cafferty en el Devil's Dram se hallaba detrás de una puerta de acero de cinco centímetros de grosor con tres cerrojos y alarma. Solo el propio Cafferty podía abrir la caja fuerte donde guardaba las ganancias. Las noches que no estaba, el gerente iba a Quartermile acompañado por, al menos, un portero. Una vez allí, entregaba el dinero y la documentación relevante a Cafferty en la puerta de su casa. Por supuesto, la mayoría de la gente pagaba con tarjetas de crédito y débito *contactless*. Los clientes utilizaban incluso relojes inteligentes para pagar. Cafferty prefería el dinero en metálico; dejaba menos rastros que luego pudiera seguir Hacienda.

Casi todas las noches aparecía en el club justo antes del cierre lanzando una mirada a los

empleados para indicarles que desistieran de los trucos habituales. Ni una sola botella de alcohol ni un billete de diez libras afanados abandonarían el local si Cafferty podía evitarlo. Tampoco le gustaba que se invitara a los clientes; cuando querías darte cuenta, se ofrecían copas gratis a gente intrascendente. Solo los que podían serle útiles merecían un detalle ocasional; por ejemplo, Brian Steele. Cafferty sabía que este lo despreciaba, y el sentimiento era mutuo. Lo que odiaba el hombre de la Unidad Anticorrupción era ser propiedad de Cafferty. Como siempre, todo había empezado a raíz de pequeños pasos titubeantes, pero esos pasos habían alejado a Steele de un camino que nunca volvería a encontrar.

Sentado a su mesa, Cafferty estaba viendo de nuevo las imágenes captadas aquella noche por las cámaras de seguridad. Rebecca era un monumento. Cafferty la conocía, por supuesto, e incluso tenía su número de teléfono. Pulsó el botón de pausa e hizo zum sobre la mesa. Steele había cambiado el solomillo por un bisté y Rebecca había elegido filete de salmón. Debía cuidar su peso y proyectar siempre la mejor imagen. Cafferty se planteó enviarle un mensaje a la chica para preguntarle si le había gustado, pero probablemente estuviera en la cama con Steele, así que paró la grabación y tecleó el nombre de Conor Maloney en Internet.

Maloney seguía siendo un *hobby* suyo. A Cafferty le irritaba el hecho de que ambos hubieran podido ser socios si no fuera por la desaparición del detective y la sobredosis de aquel chaval en una calle de Edimburgo. Con Maloney a bordo, Cafferty probablemente habría podido quedarse con Aberdeen y Glasgow. Dios santo, quizás incluso con Newcastle. Y, a partir de ahí, ¿quién sabía? Maloney seguramente no había sido paramilitar y no habría mostrado reparos a la hora de tratar con ambos bandos. Pero todos los que lo rodeaban provenían de allí; eran espabilados y mortíferos. Sí, a Cafferty le habría ido muy bien; había perdido toda una trayectoria. En lugar de eso, percibía exiguas ganancias de don nadie como Darryl Christie. No era suficiente, ni mucho menos. Los acontecimientos le habían arrebatado el premio gordo.

Siguió buscando en la red. Se sabía de memoria los alias de Maloney y probó las mismas palabras clave. Durante años había gastado una pequeña fortuna intentando seguirle la pista a ese cabrón. Necesitaba obtener información sobre Maloney. ¿Cuánto se había enriquecido? ¿En qué círculos se movía? ¿Con quién se codeaba? ¿Dónde vivía?

Después de media hora prácticamente infructuosa, volvió a las imágenes de seguridad y vio a Rebecca poniéndose en pie y recolocándose el ajustado vestido. Steele fue el primero en salir. No la esperó ni la cogió del brazo o de la mano como habría hecho Cafferty. Se detuvo a hablar un momento con los porteros y dejó que ella parara un taxi.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta y Cafferty apagó la pantalla.

—¿Qué? —gruñó.

Por la puerta asomó la cabeza del gerente.

—Estamos a punto de cerrar —dijo—. ¿Quiere que vayamos a por su coche?

—Es muy probable que vaya andando.

Cafferty comprobó por última vez que la caja fuerte estuviera cerrada y recordó momentáneamente otra cuyo contenido había examinado mucho tiempo atrás.

—¿Quiere que le diga a Shug que se quede?

—¡No soy ningún inválido! ¡No necesito un puto cuidador!

La cabeza del gerente desapareció de nuevo y la puerta se cerró. Cafferty lo había asustado. Cafferty siempre podía asustarlo. Y eso le gustaba.

A Rebus le escocían los ojos y recordó cuando, en su época de fumador, el humo de una calada lo

cogía desprevenido. Pero hoy no había fumado; simplemente había pasado demasiado tiempo enterrado entre los informes del caso Meikle. Una lámpara de escritorio le habría venido bien, pero no tenía. Estaba sonando en bucle el mismo cedé, *Moondance*, de Van Morrison, a bajo volumen. Cuando se levantó a apagar el equipo de música, notó que le crujían las vértebras y ejerció presión con los puños a ambos lados de la columna. Más crujidos.

—Como un disco rayado, John —se dijo.

Se había permitido dos cervezas y, entre ambas, medio paquete de chicles. Pensó en llamar a Deborah Quant para hablar un rato, pero era ya pasada la medianoche y estaría durmiendo. Al mirar por la ventana, vio que un par de pisos aún tenía las luces encendidas; probablemente fueran estudiantes. Marchmont siempre había sido una zona de estudiantes, incluso en los albores de los tiempos, cuando su mujer, Rhona, lo convenció para comprar un piso allí. Era profesora y creía que estar rodeada de tantos estudiantes los mantendría jóvenes.

«Ya, claro».

No es que él hubiera dicho eso entonces. O tal vez, sí, quién sabe; era difícil recordar a la persona que había sido, nuevo en la ciudad y nuevo en el trabajo.

Rebus se dio la vuelta y miró los documentos apilados encima de la mesa del comedor. Había llenado varias páginas de anotaciones, todas ellas en mayúsculas para poder leerlas. Últimamente, su caligrafía era un desastre. Pero ahora conocía el caso Meikle, probablemente tanto como cualquier miembro del equipo original de Siobhan Clarke. Un rato antes, había recibido un mensaje de Dallas Meikle, tras haber informado a Ellis de que recibiría una visita. Ahora precisaba unas buenas horas de sueño, pero no podría dormir. Tenía la mente revolucionada de tanto leer y necesitaría algo más que escuchar de nuevo *Moondance* para apagar el motor, lo cual significaba que también podía sentarse otra vez a la mesa y echar una última ojeada. Eso, o despertar a Brillo para dar un paseo innecesario.

Después de sustituir *Moondance* por *Solid Air*, Rebus se puso a trabajar de nuevo.

MARTES

El martes a las once en punto, Emily Crowther llamó a Clarke desde Poretoun House. Estaba allí observando al equipo forense desarrollar su labor.

—No te lo vas a creer —le dijo a Clarke—. Ahora te mando un par de fotos. Espera...

La llamada finalizó. Clarke se hallaba en la sala del Equipo de Delitos Graves, donde sobre la mesa tenía un *putter*, un hierro nueve, dos *tees* y dos pelotas de golf. Se lo encontró allí al llegar por la mañana; era un regalo de Graham Sutherland. Al otro lado de la sala, estaban repasando, nombre por nombre, la lista que había ayudado a confeccionar Derek Shankley, haciendo llamadas y organizando entrevistas. Al cabo de unos segundos, sonó su teléfono para avisarla de que había recibido las fotos. En las tres, aparecía el equipo forense con sus monos blancos desguazando la casa y arrancando tablones del suelo y yeso de las paredes para analizarlos. Brand insistió en estar presente. En una imagen, aparecía con su cámara en la mano, agachado mientras Haj Atwal examinaba una sección del suelo. Clarke llamó a Crowther.

—Parece que esté disfrutando —comentó—. Pero ¿han encontrado algo?

—Que yo sepa, no. Con un civil en la sala, Haj no abre boca. ¿A qué hora nos vamos a Glasgow?

—Mejor después de la hora punta. A las seis y media estaría bien.

—Puede que aún no hayamos acabado aquí. Hay como veinte habitaciones repartidas en tres plantas. La casa está hecha polvo, pero es preciosa. ¿Por qué crees que nos ha permitido destrozarla?

—Porque, en realidad, no es una casa. Sino un corte de mangas a Jackie Ness.

—¿De ahí las fotos?

—Sin duda alguna, estarán a punto de llegarle a Ness.

—Hablando del tema, ¿algún progreso?

—Están registrando otra vez el coche por si se nos pasó algo por alto. —Clarke vio que Graham Sutherland se levantaba a recoger el mando del televisor—. Emily, voy a tener que dejarte —añadió antes de colgar.

Sutherland le impedía ver la pantalla. Cuando llegó junto a él, se oía el audio. El periodista se encontraba a la entrada de Poretoun Woods.

—Y después de interrogar al productor cinematográfico Jackie Ness y del nuevo registro efectuado esta mañana en su antigua casa, situada justo al otro lado del bosque que ven detrás, ha trascendido que la víctima, el detective privado Stuart Bloom, fue hallado esposado por los tobillos en su Volkswagen Polo. La noticia la ha publicado hace unos momentos una agencia de Internet y todavía está por verificar, aunque la policía no lo desmiente.

Sutherland miró a Clarke a los ojos.

—Porque no nos han preguntado —protestó.

—La oficina de prensa debería habernos avisado —dijo Clarke—. Tenían que saberlo por fuerza.

Sutherland extendió un brazo.

—Páseme ese hierro nueve, hágame el favor. Voy a cargarme esa puñetera pantalla.

En aquel momento sonaron los teléfonos de Clarke y Sutherland, además de las líneas fijas que

no estaban utilizando Reid y Gamble. Tess Leighton apareció en el umbral con el teléfono pegado a la oreja. Clarke asintió y luego señaló el televisor. Sutherland quitó de nuevo el volumen y, junto con Leighton, apareció Fox, que arqueó una ceja mirando a Clarke. Parecía estar diciéndole que había conseguido un día más.

—De acuerdo, gente —dijo Sutherland—. Sabíamos que llegaría este momento. En todo caso, esta tarde hay una rueda de prensa, así que podremos responder a todas las preguntas entonces o dejar que lo haga el comisario Mollison.

Como si lo hubieran invocado las palabras de Sutherland, se oyó el taconeo de unos zapatos de piel y apareció en lo alto de las escaleras la cabeza de Mollison, que entró en la sala con gesto enfurecido.

—Acabamos de enterarnos ahora mismo, señor —dijo Sutherland levantando una mano a modo de disculpa.

—La familia estará que trina —le espetó Mollison—. Como si no tuviera ya munición suficiente contra nosotros.

Y, por supuesto, la retransmisión se había trasladado de Poretoun Woods a la comisaría de Fettes, donde Catherine se encontraba delante de la puerta, tras la cual había un agente uniformado con semblante serio, como si temiera una invasión. Cuando la cámara se desplazó, Dougal Kelly surgía tras el hombro de Catherine. Sutherland volvió a activar el volumen.

—Siempre hemos sabido —estaba diciendo la madre de Stuart Bloom con voz temblorosa a causa de la emoción— que la policía actuó con irresponsabilidad, indolencia y, casi con total seguridad, corrupción, protegiendo a los pudientes frente a los que no tienen nada, y mirando por encima del hombro a la familia y el círculo de amigos de Stuart. —Hizo una pausa para coger aliento. Si Clarke no la conociera bien, habría jurado que esa mujer había recibido entrenamiento para bregar con los medios de comunicación. Aunque a decir verdad, con Dougal Kelly de su parte, tal vez fuera así—. Pero ahora —prosiguió Catherine Bloom—, tenemos pruebas de la posible implicación de la policía en el crimen mismo y no solo en la cortina de humo levantada. La gestión de este caso necesita revisarse por un contingente policial que proceda de fuera de Escocia mientras los más altos estamentos gubernamentales se formulan preguntas sobre qué se sabe, qué fue barrido bajo la alfombra y quién sabía qué. —Bloom miró a cámara para hablar directamente a los espectadores—. El cruel asesinato de mi hijo no puede haber sido en vano. Quiero justicia. Quiero un cambio. Quiero que los culpables sean identificados, reprendidos y metidos entre rejas, ¡todos y cada uno de ellos!

Cuando finalizó la entrevista, retomaron la conexión con el estudio y apareció un presentador visiblemente nervioso. Sutherland quitó de nuevo el volumen sin atreverse a mirar a Mollison a los ojos.

—Tenemos que hablar en privado —dijo este solemne.

Sutherland asintió y buscó a Tess Leighton.

—Nuestra sala está a su disposición —dijo ella al momento.

Sutherland salió el primero y Mollison lo siguió. La oficina quedó en silencio unos instantes hasta que George Gamble se puso a silbar tímidamente.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Phil Yeats.

—En público, poca cosa —dedujo Clarke—. Me atrevería a decir que se avecinan muchas regañinas en privado, y puede que más personal y recursos para nosotros. Pero seguimos teniendo un asesinato que resolver y ponernos la soga al cuello no ayudará a conseguirlo.

—Pero todo el mundo esperará que nos centremos en los que investigaron en su momento.

—Ya estamos haciéndolo, ¿no?

—¿Y si informamos a la prensa sobre la huella? ¿Eso no desviaría las miradas hacia otro lado?

—Las esposas siguen estando ahí. Tenemos que averiguar cómo llegaron al coche y de quién eran —dijo Clarke pasándose una mano por el pelo.

—Esto cada vez se complica más, ¿no? —preguntó Callum Reid, enderezándose la corbata como si estuviera preparado para que enviaran a Sutherland al vestuario y lo ascendieran a capitán. Clarke le lanzó una mirada fulminante.

—He sobrevivido a cosas peores —le dijo—. Todavía queda mucho camino por recorrer.

Le habían llegado más mensajes de texto en el móvil, entre ellos, uno de Laura Smith, así que lo abrió.

«¿Te invito a comer algo? ¿Donde siempre a las 12:30?».

Clarke respondió con una sola palabra: «Vale».

La cafetería se encontraba en Leith Walk, casi equidistante de las comisarías de Leith y Gayfield Square. La regentaba una familia italiana especialista en preparar unos bocadillos de pan tostado tan recargados que nadie era capaz de terminárselos. Las mesas estaban a rebosar y sonaba música hortera. Clarke se sentó delante de Laura Smith y miró fijamente al tercer miembro del grupo.

—Conozco a Dougal desde hace tiempo —dijo Smith—. Hace años trabajábamos en el turno de noche.

Clarke dedicó a Dougal Kelly una sonrisa forzada.

—¿Podría dejarnos a solas un minuto? ¿Ir a por una jarra de agua, quizás?

Kelly esperó a que Smith asintiera y fue al mostrador.

—¿Las esposas? —preguntó Clarke en voz baja.

—Te dije que os daría un par de días. Estuve allí, Siobhan. A vuestro lado de la valla había demasiada gente yéndose de la lengua.

—¿Hasta qué punto conoces a ese tipo? —añadió Clarke mirando la espalda de Kelly.

—El libro que está escribiendo no se publicará hasta el año que viene y te aseguro que protege a sus fuentes.

—¿Sabe que tuvimos problemas con Anticorrupción? —Smith asintió—. ¿Y por qué lo has traído hoy?

—Tú escucha lo que tiene que decir, ¿de acuerdo?

Kelly regresó con la jarra y tres vasos.

—¿Os parece bien que me siente? —preguntó.

Clarke asintió sin lograr transmitir cordialidad. El propietario trajo consigo su libreta y, en cuanto pidieron, se fue gritando instrucciones a la cocina.

—¿Usted no debería estar pegado como una lapa a la madre desolada? —preguntó Clarke a Kelly.

—Se encuentra en la habitación de su hotel digiriendo la noticia.

—Aún no sabemos de dónde salieron las esposas —recalcó Clarke, y Kelly se encogió de hombros.

—Una pieza más del puzle —comentó—. Tiene que reconocer que empieza a formarse una imagen nítida.

—A diferencia de algunos, yo no saco conclusiones precipitadas.

Clarke tomó un sorbo de agua mientras Kelly suspiraba, agarrando el borde de la mesa con ambas manos.

—Yo solo diré lo que tenga que decir, ¿de acuerdo? Todos los que participaron en la investigación original, gente como John Rebus, Mary Skelton o Douglas Newsome, fueron negligentes. Es más, en algunos casos incumplieron las leyes que habían jurado defender. Tengo información sobre todos y cada uno de ellos.

—¿Incluyendo a un par de agentes llamados Steele y Edwards?

Kelly no fue capaz de mirarla a los ojos.

—No mucha, no.

Clarke soltó un resoplido.

—Eso es porque ellos son su fuente en todo esto, ¿verdad? Están encantados de poner a todo el mundo en apuros siempre y cuando gocen de protección.

—Yo no he dicho que estén impolutos.

—Créame, sería difícil vender esa idea en esta mesa.

—Pero Rawlston mantenía su indolente suposición de que la homosexualidad tenía algo que ver. Skelton estuvo desaparecida la mitad del tiempo. Newsome alteró declaraciones. Rebus hizo favores a Derek Shankley... —Kelly guardó silencio unos momentos—. Ni siquiera han empezado a entrevistarlos, ¿verdad?

—En el caso de Mary Skelton, sería necesario un espiritista —respondió Clarke con frialdad—. En realidad, ya he hablado con Rawlston y Rebus, y estoy segura de que Laura le ha comentado que Derek Shankley y su padre nos hicieron una visita. Así que, si está buscando pruebas sobre una labor descuidada o una cortina de humo, tendrá que esforzarse más. Y mientras usted se dedica a eso, nosotros haremos nuestro trabajo a pesar de los obstáculos.

—¿No entiende a la familia después de cómo la han tratado?

—Lo único que sé es que todo el equipo de Leith está trabajando a destajo y la atención de la prensa se interpone en su camino.

—Catherine y Martin están sufriendo. —Kelly hizo una pausa y suspiró—. En todo el tiempo que Stuart estuvo desaparecido, ni se les pasó por la cabeza darlo por muerto. Siempre hubo un rayo de esperanza. Martin empezó a beber durante una temporada. Consiguió dejarlo, pero estuvo a punto de acabar con su matrimonio.

—Todo esto aparecerá en su libro, ¿verdad?

—La familia decidirá el contenido.

—Entonces, puede que no cuente la historia completa. —Clarke asintió para sí misma—. Tan solo otra versión. —Se levantó de la mesa y dejó un billete de diez libras encima—. Debería bastar para lo mío. Me parece que no tengo apetito.

—Los Bloom podrían serles útiles, ¿sabe? —dijo Kelly—. Los medios están pendientes de ellos. Alguien sabe quién mató a Stuart y por qué. Cuanto más salga todo esto en televisión, más podría inquietarse.

Clarke lo ignoró, hizo un gesto de disculpa al propietario, que estaba frunciendo el ceño, y abrió la puerta. Había llegado a la mitad de la acera cuando salió Laura Smith repiqueteando con sus tacones de cuña.

—Siobhan...

Clarke se detuvo y esperó, y Smith miró hacia la ventana. Kelly estaba observándolas.

—Lo siento —dijo—. Creía que estaba ayudando.

—¿A mí o a él?

La periodista probó con una mirada de arrepentimiento.

—Deja que te compense.

—Te escucho.

—Información sobre una noticia que publicaremos mañana por la mañana. Es sobre sir Adrian Brand.

—Dime.

—Según he oído, estáis poniendo Poretoun House patas arriba, ¿verdad?

—¿Cuál es la noticia, Laura?

—Solo que sir Adrian es amigo del comisario Mollison. Tenemos fotos suyas donde aparecen en galas benéficas y en el campo de golf.

—¿Y? —Clarke logró disimular que se le había caído un poco el alma a los pies—. ¿Habéis pedido al comisario Mollison alguna declaración al respecto?

—Es difícil contactar con él.

—¿Desde que salió a la luz la noticia de las esposas? Me pregunto por qué será, Laura.

Smith frunció el ceño ante el sarcasmo de Clarke.

—Soy periodista, Siobhan. Es mi trabajo.

—¿Y lo has descubierto tú sola o recibiste un poco de ayuda? —Clarke miró por la ventana y vio que Kelly seguía toqueteando su móvil con los pulgares—. ¿Quiere una amiga en el EDG y, a cambio, puede darte algo si nos presentas?

—Una noticia es una noticia.

—Si es sesgada, no. ¿Una partida de golf? ¿Una velada benéfica? Qué pasada, Laura. Sabes tan bien como yo que lo dice todo y nada, pero eso no impedirá que los teóricos de la conspiración se lo traguen, sobre todo cuando pongas el colofón de que no se ha podido contactar con el comisario Mollison para que haga comentarios.

—Yo no he podido hablar con él, pero tú sí puedes.

Clarke arqueó ambas cejas.

—¿Así que quieres que haga yo el trabajo por ti, que consiga que hable contigo? Sigue soñando, hermana.

Clarke se dio la vuelta y abrió el coche. Ya lo había puesto en marcha cuando Smith golpeó la ventanilla con las uñas. Clarke la bajó y Smith se situó cara a cara con ella.

—¿Sabes los pocos que quedamos ahí fuera, Siobhan? Los periodistas como yo somos una especie en peligro de extinción. Ahora todo son blogueros, combatientes en favor de la justicia social y cotillas. ¿A cuántos sabrías ponerles nombre? A lo mejor, deberías ir empezando, porque pronto solo quedarán ellos.

Clarke la observó mientras entraba de nuevo en la cafetería, donde la esperaba su bocadillo recargado. Al coger el suyo, Kelly no sabía ni por dónde empezar. Smith se sentó delante de él. Kelly habló y ella escuchó y luego se volvieron hacia Clarke, que clavó la mirada en el parabrisas y puso el intermitente para incorporarse al tráfico, ignorando la ruidosa bocina del taxi que circulaba detrás.

Rebus no había estado en Saughton desde hacía años. Le confiscaron el teléfono y tuvo que pasar por un escáner, como si fuera un aeropuerto. Incluso lo sometieron a la prueba de estupefacientes. Explicó que utilizaba un inhalador y consultaron antes de permitirle quedárselo. Y luego entró. La sala de visitas era espaciosa y estaba mal climatizada y las mesas se encontraban llenas de familiares. Rebus fue conducido hasta Ellis Meikle. El joven se mostró rígido como una estatua y con la mandíbula apretada, y cuando Rebus se sentó en la silla de plástico rojo, mantuvo los ojos clavados en la pared encalada.

—Gracias por recibirme.

—Déselas al tío Dallas —farfulló Meikle.

—¿Sabes por qué he venido?

—No.

—Tu tío prácticamente me pidió que echara un vistazo al caso. Dice que no deberías estar aquí. Meikle lo miró a los ojos.

—Me han encerrado con los casos de violencia sexual —respondió—. Dicen que es por mi propia seguridad.

—Puede que tengan razón. No se te habrá pasado por alto que este sitio es una jungla. La supervivencia de los más fuertes y todo eso. Los agresores sexuales suelen ser más tranquilos y educados.

—Sé cuidar de mí mismo.

—Ser un asesino también ayuda —dijo Rebus—. A los asesinos siempre los respetan un poco más.

—Pero yo no soy un agresor sexual. No debería estar aquí con ellos. Es vergonzoso.

—Puedo intentar hablar con alguien.

Rebus había estado estudiando al joven. Todavía no se había transformado en un adulto y su rostro era una combinación del niño que había sido y del hombre en el que estaba convirtiéndose. Probablemente solo necesitara afeitarse un par de veces por semana. Tenía los pómulos marcados y los hombros estrechos y llevaba una sudadera de la prisión una talla o dos más grande. Juntó las manos y las apoyó encima de la cabeza con los codos hacia delante.

—Dígale al tío Dallas que fui yo. Él ya lo sabe.

—Si esa es tu historia, yo no puedo hacer gran cosa —dijo Rebus, que se encogió de hombros para indicar que a él le daba igual—. Pero sabes perfectamente que aún quedan preguntas en el aire y algunos cabos sueltos. Lo que me desorienta es por qué lo hiciste. ¿Kristen no era el amor de tu vida?

—Usted, ¿qué opina?

—He visto las actas del juicio. La pintan como si fuera la princesa Diana. —Rebus hizo una pausa—. Perdona, tú ni habías nacido.

—Sé de quién habla, pero Kristen no era ni de lejos una princesa.

—¿No? —Meikle negó lentamente con la cabeza. Rebus esperó, pero el chico no añadió nada más—. ¿Te has adaptado bien? —preguntó.

—Hago talleres y cosas de esas. Nos mantienen todo lo ocupados que pueden.

—Pero no hay suficientes guardias. ¿Pasas las horas en la celda? —Meikle asintió de nuevo, bajó poco a poco los brazos y los cruzó—. ¿Ves a tu madre y a tu hermana?

—Una vez a la semana.

—¿Están bien?

—¿Qué cree usted?

Rebus también se cruzó de brazos. Era un viejo truco: si copias las acciones de la persona que tienes delante, puede que empiece a ver más similitudes que diferencias.

—¿Tiene hijos? —preguntó Meikle rompiendo así el silencio.

—Una hija adulta. Ya soy abuelo. ¿Ves a tu padre alguna vez?

—No tengo mucho que decirle.

—He oído que manteníais algunas peleas.

—De vez en cuando —reconoció el joven.

—Yo creía que llevarte a ver a los Hearts era castigo suficiente.

El comentario le arrancó una tímida sonrisa.

—¿Es de los Hibs?

—Soy agnóstico.

—¿Eso qué significa?

—Que intento no tomar partido.

—Entonces ¿es policía o qué?

—Antes lo era. Estoy jubilado.

—¿De qué conoce al tío Dallas?

—No estoy seguro de conocerlo. Ambos somos exmilitares; es lo único que tenemos en común. Todavía no he conocido a tu padre ni a tu hermana.

—¿Ellos son los culpables de toda esta mierda!

Meikle alzó un poco el tono de voz y se le puso la garganta rígida.

—Tranquilo, hijo —le advirtió Rebus.

Uno de los guardias se dirigió hacia ellos, pero Rebus le indicó que podía marcharse. Ellis Meikle se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa y Rebus hizo lo mismo.

—Lo hecho hecho está —dijo Meikle con aspereza.

—¿Por eso te pareció bien que viniera?

—Nadie puede cambiar lo que pasó. Yo estoy aquí y no hay más. Será mejor que vaya a decírselo a Dallas.

—¿Y no preferirías estar fuera? A lo mejor, hay algo que puede ayudarte, algo que no le hayas contado a nadie. Los llamamos factores atenuantes.

—La abogada dijo lo mismo y no sirvió de nada.

—Ellis, mantener la boca cerrada no ayudó a tu defensa, precisamente. ¿Aquel día ocurrió algo en casa, algo que te hizo montar en cólera hasta que llegaste al campo de golf? ¿Te dijo algo Kristen? ¿O tu madre o el tío Dallas? Tuvo que ser a la cara; revisaron tu teléfono y no había nada. Pero esta cosa de Jekyll y Hyde a veces pasa; una persona está bien y luego deja de estarlo. Algo los hace cambiar y después vuelven a la normalidad.

—¿A la normalidad? No nos conoce en absoluto, ¿verdad?

—¿Te refieres a tu familia? —Rebus negó con la cabeza—. Pero he hablado con algunos amigos tuyos y todos me han dado más o menos la misma respuesta.

—¿Cuál?

—Que ella te empujó a hacerlo.

—¿Kristen?

Rebus asintió sosteniéndole la mirada.

—La no tan princesa de la cual no oímos hablar en el juicio.

—Me dijeron que le habían hecho un santuario. ¿Lo ha visto?

—¿En el búnker?

Rebus asintió de nuevo.

—Sigue allí después de todos estos meses... —El joven también asintió—. Pues entonces, ella era así. Si circula por todo Internet, debe de ser verdad.

—En Internet hay muchas chorradas, Ellis. Lo sé pese a que no lo utilizo casi nunca. —Rebus guardó silencio un momento—. Hazme un favor: mírame a los ojos y dime que lo hiciste tú.

Meikle se lo quedó mirando sin pestañear.

—Lo hice yo —dijo.

Rebus asintió una vez más frunciendo los labios.

—Yo creo que mientes —comentó.

—La apuñalé en el cuello. Se desangró en la arena y murió.

—Entonces, cuéntame por qué lo hiciste.

Meikle parpadeó dos veces.

—¿Y qué otra cosa iba a hacer? —preguntó, y se puso de pie justo cuando apareció el guardia detrás de él.

—Se acabó el tiempo —dijo este.

Rebus se levantó de la mesa y vio cómo se llevaban a Meikle. «¿Qué otra cosa iba a hacer?». ¿Qué demonios significaba eso? El resto de los visitantes estaba despidiéndose de sus seres queridos. Mientras los prisioneros enfilaban hacia una dirección, los visitantes eran conducidos por el pasillo, donde había un guardia apoyado en una puerta que hizo un gesto a Rebus para que se detuviera.

—¿Tiene un minuto? —preguntó.

Rebus observó cómo se vaciaba el pasillo.

—¿Qué pasa?

—Una persona quiere hablar con usted.

El guardia abrió la puerta y Rebus entró en la biblioteca de la cárcel, una pequeña sala con las estanterías medio llenas de libros raídos. Cuando se cerró la puerta, el guardia permaneció fuera. Al principio, Rebus no vio a nadie, ni siquiera en el mostrador, pero entonces oyó un ruido y, al volverse, apareció un rostro conocido detrás de una pila de volúmenes. Darryl Christie había cambiado desde el juicio. Tenía la cara hinchada y la piel cetrina y mostraba un aspecto insalubre. Tanto los guardias como los prisioneros acababan adquiriendo la misma complexión. «El bronceado de la cárcel», lo llamaban.

—Señor Rebus —dijo Christie tendiéndole la mano.

—Pensaba que estabas en Barlinnie, Darryl.

—Me trasladaron. Aquí estoy más cerca de mi familia y todavía puedo mover algún hilo cuando quiero.

—¿Así es como supiste que estaba aquí?

Christie se limitó a sonreír.

—¿Alejado de posibles embrollos?

—Casi.

—He estado leyendo sobre el caso Bloom. Van a repartir unos cuantos azotes, ¿eh?

—Veo que estás bien informado.

Christie extendió los brazos.

—La universidad de la vida.

Rebus miró en dirección a la puerta, que seguía cerrada.

—Parece que has hecho amigos.

—Con un billete aquí y otro allá, la gente es amable. Y bien, ¿qué te trae por estos lares?

—He venido a visitar a una persona.

—A Ellis Meikle.

—Así es.

—¿Y por qué?

—Soy amigo de la familia.

—No, no lo eres.

—Su tío Dallas y yo estuvimos juntos en el ejército.

—¿Dallas Meikle? Podrías ser su padre. ¿Quieres probar con otra cosa?

Rebus se quedó pensativo unos momentos.

—Lo tienen con los agresores sexuales. ¿Podrías mover un par de hilos?

—Podría.

—¿O, al menos, vigilar al chaval para que no se meta en líos?

Christie se tomó su tiempo para responder. Cogió un libro de la estantería, estudió la cubierta y volvió a dejarlo.

—Respóndeme primero a una cosa: ¿Cafferty es amigo o enemigo tuyo?

De repente, la escena se reprodujo en la memoria de Rebus: el piso de Cafferty, Christie apuntándolo con una pistola en la cara y Cafferty dejándolo inconsciente de un martillazo.

—Intentó hacerte una visita —respondió Rebus.

—Para restregármelo por la cara. Va a mi discoteca cada noche, se sienta en mi sitio y da órdenes a mi gente.

La ira de Christie iba en aumento y todo su cuerpo se tensó. Rebus retrocedió unos pasos hacia la puerta y Christie se percató de ello.

—¿No voy a hacerte nada a ti! Es a él a quien quiero. —Señaló un ordenador situado detrás del mostrador—. Me dejan utilizarlo para investigar. Exceptuándote a ti, sé más que nadie sobre Morris Gerald Cafferty, así que dime lo que necesito saber: ¿sois uña y carne o qué?

—Lo metería aquí si pudiera.

Christie señaló a Rebus y lo miró con intensidad.

—¿Me lo prometes? ¿Por la vida de tu hija?

—¿Estás consumiendo algo, Darryl?

Christie resopló.

—Aquí todo el mundo consume algo. Está casi tan extendido como en Barlinnie. Lo único que abunda más que las drogas es gente dándole a la lengua. Aquí no hay mucho que hacer aparte de cotillear. Muchos veteranos han mantenido tratos con Cafferty a lo largo de los años. Puede que yo sepa cosas que tú no sabes. —Hizo una pausa para humedecerse los labios—. Los tuyos han dejado de hostigarlo, ¿verdad? Ni investigaciones, ni vigilancia ni pinchazos telefónicos. Nadie hace ni caso porque la Policía de Escocia se ha convertido en un puto caso psiquiátrico.

—El inspector Fox trabaja en Gartcosh. Puedo preguntarle si están investigando a Cafferty.

—Repito, Cafferty se ha ido de rositas. Maneja las drogas, los burdeles, el mercado negro y los inmigrantes ilegales. Se lleva un porcentaje de todo en todas partes y nadie hace nada para impedirselo.

Rebus lo vio en los ojos hundidos de Christie: Cafferty se había convertido en una obsesión rayana en la locura.

—Yo estoy fuera de circulación —le dijo—. Si quieres que la Policía de Escocia vaya tras él, cuéntales lo que sabes.

Christie negó con la cabeza. Tenía una gota de sudor en la frente y se la enjugó.

—No hay suficiente, al menos ahora mismo y aquí. Pero tengo a Stuart Bloom...

Rebus se lo quedó mirando.

—¿Puedes relacionar a Cafferty con Bloom?

—Había un tipo aquí, un ladrón de cajas fuertes. Ahora ya no se dedica a eso, por supuesto. Ha salido en libertad. Desde los años ochenta trabajó para Cafferty y seguía con él en 2006. Sabe mucho sobre las actividades de Cafferty de aquella época. —Christie asintió sin apartar la mirada de Rebus en ningún momento—. Tú también conocías a Cafferty, John. Larry te mencionó un par de veces. Larry Huston. ¿Te suena de algo?

—Creo recordarlo.

—Pídele a Larry que te cuente lo que sabe.

—¿Y por qué no me lo cuentas tú directamente?

Christie pareció reconocer que era una petición razonable.

—Huston estaba aquí antes de que yo llegara, así que es información de segunda y tercera mano. Por eso es mejor que te lo explique él.

Christie dio un paso al frente y luego otro, y se inclinó para hablarle al oído a Rebus, a quien le alcanzó una ráfaga de halitosis.

—Están intentando endilgaros lo de Bloom a ti y a los tuyos. ¿No sería mejor que el chivo expiatorio fuera Cafferty?

El puño de Christie pasó junto a la cabeza de Rebus y golpeó la puerta, que se abrió inmediatamente. Al otro lado se encontraba el mismo guardia.

—Gracias, Bobbie —dijo Christie.

—Ningún problema, Darryl. —Y, después, a Rebus—: Vamos a recoger su teléfono.

El equipo vio la rueda de prensa en el televisor de la oficina del EDG. Mollison interpretó su papel, esquivando preguntas con aplomo profesional, y Graham Sutherland estaba sentado a su lado, retorciéndose las manos y gesticulando como si no lograra sentirse cómodo. Cuando las cámaras enfocaron a la prensa, Clarke vio que habían permitido entrar a Dougal Kelly, que apareció junto a Laura Smith. Ambos estaban grabando el audio con sus teléfonos. Más de un periodista quería saber si las esposas pertenecían a la policía y si había identificadores en ellos. Otros pregunta ron por el interrogatorio a Jackie Ness y por el equipo forense enviado a Poretoun House. Mollison consiguió no revelar demasiado a la vez que parecía franco y sincero.

—Es hábil, desde luego —comentó George Gamble.

—Por eso se lleva un buen sueldo —añadió Callum Reid.

Este último estaba observando como un estudiante ávido en medio de un auditorio y Mollison era el profesor que quería ser algún día. Clarke se acercó a Malcolm Fox, que se encontraba en su lugar predilecto, junto a la puerta.

—Según he oído, seguiste mi consejo —dijo en voz baja.

—¿Lo dices por lo de la cena con Tess? —Vio que Clarke asentía—. ¿Cómo te has enterado?

—Se ha corrido la voz. ¿Y cómo fue?

—Bien.

—¿Le mencionaste que estaba en el banquillo hasta que yo te rechacé? —Clarke vio su mirada y negó con la cabeza—. Tu secreto está a salvo conmigo. Pero dime: ¿fue solo una cena o hubo más cosas...?

—Solo una cena —dijo Fox mirándola.

—La echarás de menos cuando te manden de vuelta a Gartcosh. ¿Alguna noticia sobre el tema que nos ocupa?

—No.

La rueda de prensa estaba tocando a su fin y la oficina de relaciones con los medios empezó a repartir notas informativas, pero hubo un movimiento repentino. Dougal Kelly abordó a Sutherland y Mollison con el teléfono alzado como si fuera un micrófono.

—No responderán a mi pregunta, pero la formularé de todos modos —gritó Kelly—. ¿Es verdad que se ha identificado una huella de Jackie Ness en las esposas? ¿Por qué no se ha facilitado esa información a la familia?

—No tenemos libertad para comentar...

Las palabras de Mollison quedaron ahogadas por una avalancha de preguntas de los periodistas. ¿Por eso habían interrogado a Ness y un equipo forense había registrado su antigua casa? La tez de Mollison había adquirido un tono carmesí, una mezcla de ira y bochorno, y gesticuló con la mano para evitar las preguntas al tiempo que guiaba con la otra a Sutherland hacia la salida. Los periodistas estaban pidiendo más detalles a Kelly apuntándolo con sus dispositivos de grabación. ¿Estaba seguro? ¿Cómo lo sabía? Tess Leighton se dio la vuelta y fue hacia Fox y Clarke.

—Con lo bien que iba todo... —comentó.

—Mollison estará contento —añadió Fox.

—Y lo pagará con Graham.

—Me atrevería a decir que repartirá responsabilidades en cuanto vuelva.

—O antes —dijo Callum Reid al coger el teléfono—. Sí, lo hemos visto —le dijo a Sutherland—. Todos, sí. —Escuchó unos instantes—. Nosotros tampoco lo sabemos. ¿Deberíamos hacerle unas preguntas a Kelly? —Escuchó de nuevo y negó con la cabeza para informar a sus compañeros—. Tiene razón; probablemente no saldría bien. Pero ¿significa eso que no deberíamos hacerlo? —Negó otra vez con la cabeza—. Y cuando empiecen a sonar los teléfonos, ¿qué les decimos? «Nada en absoluto» —dijo, repitiendo las palabras de Sutherland con los ojos clavados en Clarke—. Entendido.

En aquel momento vibró el teléfono de Clarke. Era un mensaje de Laura Smith: «No tenía ni idea». Por supuesto. Kelly no había recibido la información de Laura. Tenían que ser Steele y Edwards otra vez. Pero ¿podría decirlo sin que pareciera que solo quería cargarles el muerto?

La conversación de Reid y Sutherland había terminado.

—Estará aquí dentro de diez minutos —anunció.

—¿Qué debemos hacer con Ness? —preguntó Fox.

—¿A qué te refieres?

—La prensa se le echará encima una vez más.

—Y no olvidemos a la familia Bloom —apostilló Leighton—. A Ness le espera mucho sufrimiento.

—A lo mejor, acabaría antes si confesara de una vez —dijo George Gamble, sentado a su mesa y crujéndose los nudillos.

—¿Es viable ponerlo bajo custodia protectora? —preguntó Leighton.

Callum Reid se encogió de hombros.

—Eso es decisión del jefe, no nuestra, pero yo diría que tiene otras prioridades en mente.

—Quién filtró la información —dijo Fox asintiendo lentamente.

—Exacto —repuso Callum Reid.

Graham Sutherland aún tenía las mejillas un poco coloradas cuando entró en la oficina, y su equipo esperó en silencio a que hablara. Se sentó en la esquina de su mesa y cruzó los brazos.

—Mollison está furioso, y con razón. Lo de hoy ha sido un robo, simple y llanamente. Pero, como los mejores trucos, ha obtenido resultados. Eso no significa que nada haya cambiado. Aún tenemos por delante mucho trabajo que hacer y en eso debemos centrar nuestros esfuerzos. Siobhan, esta noche va a Glasgow, ¿verdad? —Clarke asintió—. ¿Y se llevará consigo a Emily?

—Sí, cuando termine en Poretoun House.

—Me atrevería a decir que tendrá que esquivar a unos cuantos equipos de televisión. Entre tanto, diremos que la investigación sigue su curso. No hace falta explicar a los medios que el fiscal no cree que la prueba de la huella vaya a ser aceptable en un tribunal. La señora Bloom quiere reunirse con el jefe de policía, pero hablará con Mollison y él le contará lo menos posible. Los periodistas estarán ansiosos, pero, insisto, eso no debe inquietarnos excesivamente. —Hizo una pausa efectista—. Lo que sí me preocupa es que se produjera la filtración. Sé que puede venir de cualquier sitio y que mucha gente se vende barata. Solo espero que nadie nos señale a nosotros. —Miró a cada uno de los miembros de su equipo, Fox incluido—. Y, si lo hacen, espero poder decir con la mano en el corazón que confío plenamente en mis agentes.

De repente, una vez terminado su discurso, parecía agotado. Después se levantó, bordeó la mesa y se sentó.

—Mollison informará directamente al jefe. Dudo mucho que seamos sustituidos. La investigación está demasiado avanzada, pero ha planteado esa posibilidad, así que yo se la comunico a ustedes. ¿Alguna pregunta?

Fox se aclaró la garganta.

—¿Qué hacemos con Jackie Ness?

Sutherland se lo quedó mirando.

—¿Con Jackie Ness? —dijo—. Sinceramente, Malcolm, y se lo digo con toda la sinceridad del mundo: que le den por culo a Ness.

La reunión se organizó en una vinoteca llamada Savannah, situada cerca de Sauchiehall Street. Clarke y Crowther llegaron pronto, ya que en la M8 había menos tráfico del que temían y el navegador había sido tan eficaz como el sistema de sentido único de Glasgow. Decidieron pedir comida.

—¿Qué es lo más rápido? —preguntó Clarke al camarero.

La respuesta fue «tapas de Glasgow». La gran fuente de madera ocupaba la mitad de la mesa: morcilla escocesa, cuñas de patata con salsa de tomate, trozos de pan crujiente y minisalchichas glaseadas. No hablaron mucho mientras comían. Camino del oeste, Crowther le había detallado el registro de Poretoun House. Había llegado a Leith justo antes de las cinco, ya que la policía científica había terminado su jornada a las cuatro. Aún quedaban por examinar la buhardilla y el sótano.

—Casi parecía contento —dijo, y mostró a Clarke más fotos del registro y de sir Adrian Brand.

—¿Glenn Hazard estaba con él?

—Media hora, más o menos. Estuvo haciendo llamadas y leyendo mensajes casi todo el tiempo. Supongo que tiene un umbral de aburrimiento bajo. No dejó de incordiarne con preguntas sobre Jackie Ness.

—¿Volverás mañana?

—¿Crees que debería?

—Eso es decisión de Graham. Podrías cambiarte por Phil.

Clarke la puso al día sobre la rueda de prensa. Los medios de comunicación estaban acampados frente a la casa y la oficina de Ness, pero él, inteligentemente, se había esfumado.

—¿Y la familia?

—La señora Bloom ha aparecido en todos los noticiarios. Las redes sociales se están dando un atracón.

—Deberíamos presentar cargos contra Ness, ¿no crees?

Clarke se encogió de hombros.

—Graham hablará otra vez con el fiscal mientras el laboratorio intenta aislar más huellas parciales en las esposas.

—Y, entre tanto, nosotros nos hacemos la misma pregunta: ¿quién se fue de la lengua con Dougal Kelly?

Clarke asintió sin mediar palabra. Ya les habían retirado los platos cuando llegaron los dos hombres, que miraron a su alrededor, las vieron y se dirigieron hacia ellas.

—Soy Joe Madden —dijo el más alto.

—Colin Speke —añadió su compañero.

Clarke y Crowther se presentaron. Era mitad de semana y el bar estaba tranquilo. Clarke mostró la placa cuando pidió que bajaran el volumen de la música. Madden y Speke se quitaron sus chaquetas acolchadas idénticas.

—¿Se conocen bien? —preguntó Clarke.

—Sí, hemos trabajado juntos varias veces —dijo Madden con un acento local.

—Y no vivimos muy lejos —apostilló Speke—, así que me ofrecí a traer a Joe hasta aquí.

—Eso explica por qué han entrado juntos —dijo Clarke asintiendo.

Speke pidió un *espresso* y Madden una copa de vino tinto. Clarke y Crowther siguieron tomando agua del grifo.

—¿Qué tal las vacaciones? —preguntó Clarke a Speke.

—Bien. A mi compañero le gusta el calor. Yo me tuesto al cabo de una hora.

Speke se remangó el jersey y mostró el brazo, enrojecido y salpicado de pecas.

—¿E Italia? —preguntó Clarke a Madden.

—El sol puede ser una maldición para un rodaje —dijo—. Conseguir la luz adecuada es una pesadilla, por no hablar de cuando el presentador empieza a entornar los ojos.

—Bueno, les agradecemos que nos dediquen su tiempo.

—Solo han tardado doce años —dijo Speke con una sonrisa.

—¿Hay algún motivo por el que no se personaran ante la policía por voluntad propia?

—¿Para decirles qué, exactamente? —interrumpió Madden—. ¿Que Stuart Bloom era un extra en una película de zombis?

Clarke se recostó con la boca cerrada y pasándose la lengua por los dientes y Speke miró a su amigo.

—La inspectora sabe cosas, Joe.

Madden estaba mirando a Clarke.

—Bueno, a lo mejor si nos cuenta lo que sabe...

Se impuso el silencio cuando llegaron las bebidas y Madden no le quitó el ojo de encima en ningún momento.

—Creo que tendríamos que hacer esto como es debido —dijo Emily Crowther, y Clarke manifestó su acuerdo asintiendo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Speke con un leve temblor en la voz. Se disponía a levantar la taza de café, pero volvió a dejarla en el platillo.

—A la sala de interrogatorios de la comisaría de Leith, en Edimburgo —respondió Clarke—. Deberíamos hablar con ustedes por separado para cerciorarnos de que las versiones coinciden. Han tenido bastante tiempo para pensar en todo esto. Ayer por la noche probablemente estuvieran dándole vueltas una hora al asunto para decidir qué nos contaban y qué no. Como han podido comprobar, no ha sido muy inteligente. Así pues, ¿empezamos desde el principio o pedimos un coche patrulla para que los lleve a Edimburgo? Habrá muchas cámaras esperándolo allí, señor Madden, y será usted el que entorne los ojos cuando pase por delante de ellas camino de la comisaría.

Clarke se recostó en la silla y esperó. Finalmente, Madden sonrió.

—Es normal que lo hayamos intentado, ¿no? Nadie quiere que lo relacionen con un asesinato.

—Pero no se trataba de eso. En 2006, Stuart Bloom era una persona desaparecida. Ustedes lo conocían, pero no hablaron.

—Estábamos esperando a que sonara el teléfono —terció Speke—. Tiene razón, conocíamos a Stuart. Creíamos que vendrían a hablar con nosotros.

—Pero no lo hicieron —añadió Madden—. Y, cuanto más esperábamos, menos entendíamos por qué. Si alguien nos hubiera mencionado, ustedes habrían cogido el teléfono o llamado a nuestra puerta. El motivo por el que no ocurrió es que Stuart no nos tenía registrados en ningún sitio. ¿Por qué? Porque en ese aspecto era meticuloso. —Madden se dio unos golpecitos en la frente con el dedo—. Lo almacenaba casi todo aquí. De ese modo, si alguien husmeaba, no encontraría nada. No me refiero a la policía, sino a gente a la que estaba investigando. Si sabían lo que se traía entre manos y enviaban a un investigador a fisgonear, o intentaban pincharle el

teléfono o acceder a su ordenador...

Madden volvió a darse unos golpecitos en la frente, luego se llevó la copa a los labios y dio un sorbo.

—Estábamos asustados —dijo Speke.

—Asustados no, Colin —corrigió su compañero—. Simplemente fuimos cautelosos.

—¿Y qué pensaron cuando desapareció? —preguntó Clarke.

—Que quizás alguien le había metido el miedo en el cuerpo —especuló Madden.

—Había docenas de posibilidades —añadió Speke—. Oímos los mismos rumores que los demás.

—Alguna vez dudamos del novio —dijo Madden—. Pensábamos que tal vez lo había matado en un ataque de celos. Siendo hijo de un policía, su padre debía de saber cómo deshacerse de las pruebas.

—Y esta noche anuncian que Stuart iba esposado —intervino Speke.

—Pero la única huella verificable pertenece a Jackie Ness —puntualizó Clarke.

—Me atrevería a decir que la poli sabe cómo hacer que esto ocurra, ¿no?

Madden vació la copa, frunció los labios y con un gesto indicó a la barra que se la rellenaran.

—Tienen ustedes una visión bastante prejuiciosa de nosotros —afirmó Crowther.

Madden miró a Speke.

—Díselo.

Speke negó con la cabeza furiosamente y Madden se volvió hacia las dos agentes.

—Antes, Colin frecuentaba Rogues y vio exactamente lo prejuiciosos que son los suyos.

Clarke estaba observando a Speke.

—¿Es usted gay, señor Speke?

—Yo siempre le digo que las cosas han cambiado —prosiguió Madden—, pero él sigue con un pie en el armario. —Speke había levantado la taza del *espresso* e intentaba ocultarse detrás de ella—. Yo les echo la culpa a sus padres.

—¿De qué? —preguntó Clarke.

—De morir antes de que Colin reuniera valor suficiente para contárselo. —Vio la mirada de Crowther—. No podría ser más hetero —le dijo dándose una palmada en el pecho.

—¿Estaba usted en Rogues durante alguna de esas redadas? —le preguntó Clarke a Speke, que negó con la cabeza y respiró hondo.

—Stuart siempre parecía saberlo con antelación y me avisaba.

—¿Cómo cree que lo sabía?

—Imagino que se lo decía Derek.

—¿Y cómo lo sabía Derek?

—Bueno... —Speke se encogió de hombros—. Por su padre, ¿no?

—Yo no estaba tan seguro de eso —terció Madden—. El propietario de Rogues... —añadió mirando a su amigo.

—Ralph Hanratty —dijo Speke.

—Yo creía que tenía a un policía o dos en nómina que le daban el chivatazo.

Crowther y Clarke se miraron. Estaban intentando recordar si el nombre de Hanratty aparecía en la lista que había ayudado a recopilar Alex Shankley. Cuando Crowther sacó el teléfono del bolsillo, Clarke supo que estaba enviando un mensaje a Phil Yeats.

—¿Podemos hacerles unas preguntas sobre su participación en el negocio de Stuart Bloom? —dijo Clarke.

La nueva copa de Madden había llegado y dio un sorbo.

—¿Esto es porque no les gusta que preguntemos por policías comprados y huellas falsificadas?
—Es la razón por la que estamos manteniendo este encuentro, señor Madden —corrigió Clarke—. Nos han dicho que lo asesoraban en técnicas de vigilancia.
—Eso es un poco exagerado —interrumpió Colin Speke—. Stuart solo quería saber qué equipo utilizábamos en determinadas situaciones.
—De hecho, sabía casi tanto como nosotros —añadió Joseph Madden.
—Entonces ¿nunca trabajaron con él?
—Puede que una o dos veces.
Clarke miró a Madden.
—Continúe —dijo.
—¿Nos meteremos en un lío?
—¿Han infringido la ley?
—No lo sé.
—Hasta que oiga lo que tengan que decir, yo tampoco.
Madden miró a su amigo, que no puso objeciones. Después tomó otro trago de vino y casi se acabó la copa. Clarke empezaba a preguntarse si tenía un problema con el alcohol.
—Salimos con él unas cuantas veces para que pudiera probar el material: una mira de visión nocturna, lentes de cámara especiales y unos cuantos micrófonos de largo alcance.
—¿En algún sitio en particular?
—Había una casa en Murrayfield...
—¿Propiedad de sir Adrian Brand? —aventuró Clarke—. Rodeada por un muro alto.
Madden asintió.
—Esa era. Stuart estaba convencido de que había sensores de movimiento que iluminarían el lugar con focos, así que no podíamos ir más allá del muro. Aun así, solo había unos diez metros hasta la parte trasera de la casa.
—¿Con una vista despejada del invernadero?
—¿Conoce la casa? —preguntó Madden, y Clarke asintió.
Speke se aclaró la garganta.
—Stuart también quería saber más sobre escuchas telefónicas, pero en eso no podía ayudarlo. Creo que decidió investigar en Internet.
—¿Instaló micrófonos en casa de Brand?
—El plan era hacerlo en la casa y en la oficina.
—¿Nunca lo llevó a cabo?
Speke se quedó mirando a Madden, que se encogió de hombros.
—¿Y la piratería informática? —preguntó Clarke.
—Como le decía, Stuart sabía mucho más que nosotros.
—Pero ¿sabían ustedes quién estaba pirateando el ordenador de Brand?
—Creo que no lo consiguió. Aún no existía la tecnología. Necesitaba un programa informático, pero no tenía acceso a él.
—¿Hubo otras excursiones aparte de Murrayfield?
—Solo a Poretoun House.
Clarke miró fijamente a Speke.
—¿Por qué allí?
Speke se encogió de hombros y se volvió hacia Madden.
—No sé si Stuart confiaba en Jackie Ness —respondió este—. Y es comprensible. Había intentado ratearnos un dinero que nos debía. Se lo hacía a todo el mundo si creía tener la mínima

posibilidad de salirse con la suya.

—¿El proceso fue el mismo que en Murrayfield?

—Visión nocturna y micrófono de largo alcance —corroboró Madden.

—¿Y las escuchas telefónicas y la piratería informática?

—¿A Jackie Ness? —Madden pensó en ello—. Stuart nunca lo mencionó.

—¿Es posible que Stuart y su jefe tuvieran diferencias por cuestiones monetarias? —preguntó Clarke, y ambos se encogieron de hombros.

—¿Esas pequeñas operaciones de vigilancia arrojaron algo de luz? —interrumpió Crowther, que ya había enviado el mensaje.

Esta vez, los dos asintieron simultáneamente.

—Ya nos han exprimido hasta la última gota —dijo Madden, que se terminó el vino y agitó la copa mirando hacia la barra.

Clarke entregó una tarjeta de visita a cada uno.

—Puede que tengamos que hacerles algunas preguntas de seguimiento. ¿Tienen planeado realizar próximamente algún viaje al extranjero?

Ambos negaron de nuevo con la cabeza y Clarke y Crowther se levantaron.

—Permítanme...

Clarke estaba buscando dinero en el bolso, pero Madden rechazó su oferta.

—Solo han bebido agua del grifo. Invitamos nosotros.

Clarke le dio las gracias y fue hacia la puerta.

—Pagan ellos —le dijo a la camarera, que ya se dirigía a la mesa con el vino de Madden.

—Ahora me arrepiento de no haber pedido el bisté —comentó Crowther al salir.

—Qué bonito —dijo Rebus, y hablaba en serio.

Su piso normalmente estaba descuidado y patas arriba. El de Deborah Quant, en cambio, era el paradigma del orden; todos los objetos cuidadosamente elegidos y colocados y solo unos pocos libros y ornamentos. En cada una de las espaciosas paredes había un solo cuadro, lo cual atraía la mirada hacia el arte. La música provenía de un equipo Sonos prácticamente invisible e incluso las elecciones de Quant eran de buen gusto. En la cocina había muchos enseres, pero había hecho sitio para todos ellos en el armario y la encimera estaba casi vacía. El piso se encontraba en un moderno edificio de Grange, a corta distancia de la casa de Rebus. La única queja era que Quant no quería a Brillo allí. Cuando este vio que Rebus se enfundaba el abrigo bueno, empezó a menear la cola y puso su mirada más cautivadora.

—A la cesta —le ordenó Rebus intentando no sentirse culpable.

Quant lo había invitado a cenar pasta y pescado, regados con pinot gris. Después de un breve interrogatorio sobre su estado de salud, se sentaron en el prístino sofá blanco a tomar un café descafeinado y un poco más de vino y a escuchar música. El televisor montado en la pared permaneció apagado mientras hablaban.

—¿Hay noticias del caso Bloom? —preguntó Rebus.

Quant consultó el reloj con gran afectación.

—Solo has tardado setenta y cinco minutos, John. No está mal.

—¿Las hay o no?

—Las ruedas de la antropología forense giran lentamente y, por lo visto, no puedo meterles prisa con el análisis del terreno. El laboratorio de Aberdeen tiene muchos asuntos entre manos, digámoslo así, y un asesinato no resuelto no es su máxima prioridad. —Levantó un dedo—. Y, si alguien pregunta, yo no te he dicho nada.

—¿Quién va a preguntar?

—¿Todavía no te han interrogado?

—Oficialmente, no.

—Pero lo harán.

—Si me encuentran. ¿Sabes que han identificado una huella en las esposas?

Quant asintió.

—Del productor de cine.

—Lo interrogaron bajo advertencia.

—Y después lo pusieron en libertad. Veo las noticias, John.

Rebus se quedó pensativo unos instantes. Quant recogió las piernas bajo su cuerpo. Tenía la copa de vino en una mano y la cabeza apoyada en la otra, y había apuntalado el codo en el brazo del sofá. Llevaba la larga melena roja recogida con una cinta elástica. No se había maquillado, consciente de que no era necesario. Parecía diez años más joven y nunca se la veía especialmente fatigada pese al volumen de trabajo.

—Lo olvidaba —dijo Rebus con aparente desinterés—. ¿Practicaste tú la autopsia a Kristen Halliday?

—¿Qué tiene que ver Kristen aquí?

—Me han pedido que reactive el caso.

—¿Has leído los informes? —Rebus asintió—. Por tanto, sabes de sobra que hice yo la autopsia. ¿De qué va todo esto, John?

—El tío de Ellis tiene dudas y convenció a Siobhan de que merecía la pena una segunda opinión.

—Todas las familias de los asesinos dudan de que lo hayan hecho.

—Pero cuando la examinaste...

—Fue apuñalada en el cuello. Se desangró. La causa de la muerte fue lo único que me pidieron.

—¿No descubriste nada más en el cuerpo?

—No había habido coito reciente. En su organismo se apreciaban restos de cannabis y vodka, pero no suficientes para incapacitarla. No había otras marcas; moratones, por ejemplo. Tenía manchas de sangre en la ropa, pero por lo demás estaba limpia.

—¿No presentaba heridas defensivas en las manos?

—Conocía a su atacante, John. La apuñaló frontalmente un diestro. No se le acercaron por detrás ni nada parecido.

—¿Solo había una incisión?

—Sí, de un cuchillo que coincidía con el que encontraron cerca de allí y que tenía las huellas de Ellis Meikle. —Quant levantó la cabeza y se acercó a Rebus—. Lo cual podría explicar por qué fue hallado culpable.

—También hay huellas en las esposas que llevaba Stuart Bloom en los tobillos, pero Jackie Ness sigue en libertad.

—Ness no ha reconocido nada. Meikle, sí.

Rebus asintió distraídamente.

—He ido a verlo esta misma tarde. Se encuentra en Saughton.

—¿Cómo le va?

—Estaba un poco más hablador que en el juicio.

—Lo recuerdo de cuando presenté las pruebas. Llevaba la cabeza gacha. Creo que no había asimilado nada. Sabemos que consumía drogas, bebía demasiado, no tenía trabajo, familia desestructurada...

—Una estadística más, ¿eh?

—Empiezas a tener dudas —afirmó Quant.

—Estoy buscando el motivo, Deb, y no veo ninguno.

—Sabes tan bien como yo que no siempre podemos ser tan concluyentes. Muchos asesinos desconocen por qué lo hicieron o no lo dicen. —Extendió una mano y se la puso a Rebus en la rodilla—. Los casos rara vez son cien por cien irrefutables. Al jurado suele bastarle un noventa por ciento. ¿Crees que Jackie Ness saldrá airoso?

Rebus se encogió de hombros.

—Si tus amigos forenses espabilan, a lo mejor encuentro la respuesta.

—¿Por qué te ha encargado Siobhan el caso Meikle?

—Va muy agobiada.

—A lo mejor, lo ha hecho para mantenerte activo.

—O para quitárseme de encima.

—Pero debe de trabajar en docenas de casos como el de Meikle. ¿Clarke tiene relación con el tío?

—Más o menos.

—Entonces ¿no es solo altruismo?

—Casi nunca lo es.

Quant se quitó la cinta del pelo, que le cayó sobre los hombros y la frente.

—¿Te quedas? —preguntó.

—Me gustaría, pero tengo que pensar en Brillo.

—Podrías sacarlo a pasear y volver.

—Podría. —Rebus observó el comedor—. Me gusta esto.

—¿La decoración, los muebles...?

—Creo que es el hecho de que tengas ascensor —bromeó, y Quant le lanzó un cojín a la cara.

Sir Adrian Brand y su mujer, Cordelia, habían salido aquella noche a ver *La Traviata*, interpretada por la Ópera de Escocia en el Festival Theatre. Aparcar era siempre problemático, así que habían cogido un taxi. Después cenaron en Ondine y se fueron a casa, situada en Murrayfield. El taxi los dejó a la entrada.

—Iremos caminando —indicó Brand al conductor, y luego le entregó un billete de veinte y le dijo que se quedara con el cambio.

Cuando el taxi arrancó, su mujer le lanzó una mirada fulminante.

—Son solo cincuenta metros —dijo Brand, que introdujo el código en el panel instalado en el poste.

—Pero con tacones —protestó ella levantando una pierna para que los viera.

—Pues te llevo en brazos —dijo con una sonrisa cuando las puertas empezaron a abrirse.

Ninguno de los dos se había percatado del coche que había justo enfrente ni del hombre que se bajó de él. Cordelia Brand vio una figura con el rabillo del ojo y agarró con fuerza el bolso contra el pecho.

—Adrian... —dijo.

Brand se dio la vuelta justo cuando el puño iba hacia él. Impactó de lleno en la nariz y la sangre le salpicó la camisa. Un rodillazo en la entepierna lo hizo doblegarse y una patada en el estómago lo dejó a gatas. Su mujer estaba pidiendo ayuda y atacando al agresor con el bolso, pero no parecía notar los golpes. Después, el hombre se agachó, agarró a Brand del pelo y tiró de él hasta que levantó la cara, con los ojos bañados en lágrimas.

—La paciencia de un hombre tiene un límite —dijo Jackie Ness enseñando toda la dentadura—. Ya deberías haber aprendido esa lección.

Entonces golpeó el rostro de Brand contra el asfalto, se levantó y echó a andar hacia su coche. Cordelia Brand no sabía si intentar detenerlo o ayudar a su marido. Cuando se hubo decidido, buscó el teléfono móvil en el bolso.

Eran las dos de la madrugada cuando Clarke recibió la llamada. Se vistió y cogió las llaves del coche. A Jackie Ness lo detuvieron en Melville Drive y lo trasladaron a la comisaría de St. Leonard's. Sir Adrian Brand se encontraba en la Enfermería Real a la espera de que le practicasen un escáner. Parecía estar bien, pero los médicos de Urgencias querían asegurarse. Su mujer había prestado declaración y había enseñado una foto tomada con el teléfono móvil en la que aparecía el coche de Ness abandonando el lugar de los hechos y una matrícula claramente visible. También le habían tomado declaración a Brand. Graham Sutherland estaba leyéndola cuando Clarke entró en la sala del Equipo de Delitos Graves en Leith. Callum Reid se hallaba junto a la cafetera y, al darse la vuelta, le ofreció a Clarke una taza de café instantáneo.

—No hay leche, lo siento —dijo.

Iba despeinado y tenía los ojos hinchados, y llevaba camisa y americana sin corbata. Sutherland, en cambio, iba inmaculado, y Clarke se preguntó si dormía de pie con la ropa puesta.

—No me he molestado en interrumpir el sueño reparador de nadie más —apostilló Sutherland—, pero pensé que mis dos inspectores debían estar informados.

—¿Esto es por el registro en Poretoun House? —dijo Clarke.

Era una pregunta absurda, pero seguía medio dormida.

—El señor Ness ha sido interrogado en St. Leonard's, y eso es lo que ha explicado. Incluso les enseñó su teléfono. Sir Adrian Brand le había enviado unas veinticinco fotos en cuatro horas. Una de ellas es un *selfie* en el que aparece sonriente con la policía trabajando de fondo.

—Probablemente, yo también me habría cabreado —comentó Reid—. Por no hablar de las huellas en las esposas y la atención de los medios.

—Me atrevería a decir que Asuntos Internos querrá hablar con nosotros.

—No es culpa nuestra que haya estallado —creyó necesario puntualizar Clarke—. ¿Ness ha presentado denuncia?

—Si su abogado se lo aconseja, puede que lo haga. Hay circunstancias atenuantes.

—El abogado dirá que deberíamos haber sabido que la razón por la cual Brand estaba allí para hacer esas fotos, era atormentar a su antiguo adversario.

Callum asintió, dio un sorbo al café e hizo una mueca al saborear su amargo contenido.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Clarke.

—La señora Brand está en el hospital con su marido. Me gustaría que hablara con ella para ver qué se dijeron el uno al otro.

—¿Y luego hablo con Ness?

Sutherland se la quedó mirando.

—Quizá mañana. Pasará la noche en el calabozo. Lo más probable es que tenga que personarse en el juzgado a primera hora, que le impongan una multa y que vuelvan a pasearlo por delante de las cámaras y los micrófonos.

—¿Y luego lo pondremos bajo custodia?

—Puede. Mientras tanto, vayan a ver qué averiguan en Ur gencias.

El parabrisas de Clarke había empezado a cubrirse de escarcha una vez más, así que esperaron a que la calefacción hiciera su trabajo. Reid bostezó y se puso a leer las noticias en su teléfono. El de Clarke anunció que había recibido un mensaje de Laura Smith.

«¿Lo de Ness y Brand es cierto?».

«No pienso hablar contigo», contestó Clarke. La respuesta llegó inmediatamente.

«¡Dougal no supo lo de la huella por mí! ¡Mi director está cabreado conmigo porque no lo descubrí! ¿Puedo llamarte?».

En lugar de responder, Clarke quitó el freno de mano y ambos inspectores enfilaron hacia el hospital. A excepción de algunos taxis, no había tráfico. Clarke llegó a la conclusión de que no pasaba nada por saltarse algún que otro semáforo, aunque Reid chasqueaba la lengua ruidosamente cada vez que lo hacía. Se había llevado la taza con él y Clarke desearía haber hecho lo mismo.

—Asuntos Internos sería la guinda del pastel —comentó Reid.

—Ese es el problema de este pastel, Callum: todo es guinda y no hay relleno.

Llegaron rápido y aparcaron cerca de la entrada, cerciorándose de que los vehículos de emergencia pudieran pasar. Debajo de la marquesina, había dos ambulancias con las puertas abiertas. Era una noche ajetreada. En recepción había ocho o nueve pacientes y otros dos tumbados en camillas. Varios sanitarios con monos verdes charlaban junto al mostrador. Clarke y Reid mostraron la placa al recepcionista y este les facilitó un número de planta. Cuando llegaron, Cordelia Brand estaba sentada en una hilera de sillas con el bolso en el regazo y la tez pálida.

Clarke y Reid se presentaron.

—Lo ingresarán cuando hayan terminado de examinarlo —dijo la señora Brand—. Creo que hay una cama esperando, pero ahora mismo están haciéndole una prueba cerebral. Seguro que se encuentra bien. Habla y todo, pero parece muy nervioso.

—¿Reconoció al agresor? —preguntó Reid.

—Por supuesto. Era Jackie Ness. Adrian había estado riéndose de él un rato antes. Le envié unas fotos y yo le dije que era un comportamiento infantil. Pero ¿cómo íbamos a saber que iría tan lejos?

—¿Ness había contactado con su marido? Después de que empezaran a llegarle las fotos, quiero decir.

—No, que yo sepa. Envié solo un par, ¿verdad?

—Un par de docenas más bien —corrigió Clarke, y la mujer torció el gesto.

—Infantil, como le decía. Pero eso no excusa lo ocurrido.

—En absoluto —dijo Reid.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Clarke—. ¿Puede contárnoslo todo?

—Si Adrian hubiera dejado que el taxista nos llevara hasta la puerta, habríamos entrado antes de que ese hombre nos diera alcance. Pero, no, teníamos que caminar. —Les enseñó los zapatos—. Con esto, ya me dirán. Pero Adrian así lo decidió y no hay más. Estaba abriendo la valla cuando llegó Ness. Obviamente, había estado esperando en el coche. No sé cuánto tiempo, pero debía de estar nervioso. Yo pensé que era un atracador e intenté avisar a Adrian cuando le dio el puñetazo. Le sangraba la nariz y luego recibió un rodillazo en la entrepierna. Creo que le dio otro puñetazo en el estómago. No, una patada, una patada más bien. En aquel momento estaba en el suelo, pero Ness le tiró del pelo y lo obligó a mirarlo. Fue entonces cuando lo dijo.

—Dijo ¿qué?

—Que su paciencia tenía un límite y que ya debería saberlo.

—¿Son sus palabras exactas?

—«Debería saberlo» o «debería haberlo aprendido». Algo así.

Clarke lo anotó en su cuaderno.

—¿A qué cree que se refería? —preguntó Reid, y Cordelia Brand se encogió de hombros.

—El hombre perdió los estribos, ¿no les parece?

En aquel momento, una enfermera franqueó las puertas batientes.

—Me temo que tardará una hora más —dijo.

—¿Podemos hablar con él? —preguntó Clarke mostrándole su placa.

—Creo que hasta mañana temprano, no. Tendrían que preguntarle al médico.

—Por favor, no lo molesten —rogó la señora Brand a los agentes—. Esto le habrá magullado tanto el ego como la cara. Tiene un entrenador personal de boxeo.

—A todos puede caerles un puñetazo inesperado —dijo Reid para tranquilizarla.

Cuando se fue la enfermera, la señora Brand sacó el teléfono del bolso y les enseñó la foto del coche de Ness.

—Debería ir a la cárcel, pero no ocurrirá —dijo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ya están abarrotadas. Lo máximo que merece una agresión en los tiempos que corren es un manotazo en la muñeca. Soy visitante de prisiones.

—¿La cárcel de Saughton? —preguntó Clarke intentando no mostrar demasiado interés.

Reid le lanzó una mirada inquisitiva, pero ella lo ignoró.

—Sí.

—¿Ha visto alguna vez a un adolescente llamado Ellis Meikle?

—Debería estar en otro sitio, en una cárcel para presos más jóvenes. Pero bueno, es un asesino.

—Entonces ¿lo conoce personalmente?

La mujer negó con la cabeza.

—Solo conozco su fama de no abrir la boca, salvo para preguntar cuándo podrá tener una consola. Creo que la vida humana no le importa tanto como ese otro mundo que habita. Y ahora, si me disculpan, tengo que ir a buscar un espejo para cepillarme el pelo y lavarme la cara. Necesito estar guapa para cuando vea a Adrian.

Los dos agentes la observaron mientras se alejaba. Tenía una buena postura y la espalda recta. Clarke se la imaginó de niña, balanceando unos libros sobre la cabeza para adquirir la desenvoltura y el refinamiento necesarios.

—¿De qué iba eso? —preguntó Reid mientras comprobaba si le había llegado algún mensaje.

—Un caso en el que trabajé.

—¿Los tienes controlados a todos?

Clarke no se molestó en contestar y leyó lo que había anotado en su cuaderno.

—¿Qué opinas del arrebato de Ness?

—No estoy seguro. —Reid guardó el móvil y contuvo un bostezo—. Entonces ¿nos quedamos aquí por si podemos hablar con el paciente?

—Según las ganas que tengas.

—No me vendría mal echar una cabezada.

—No te lo voy a discutir. Pero ¿nos vemos a primera hora en Leith?

—El último en llegar invita a un refrigerio.

—Hecho.

Malcolm Fox estaba en la cocina con una taza de chocolate instantáneo en las manos. Había dormido intermitentemente, un par de horas seguidas como mucho. Antes de acostarse, miró por entre las cortinas esperando ver el Audi negro aparcado en el camino de su casa. Eso o el Saab de Rebus. Cuanto más ahondaba en el caso Bloom, más cosas descubría. No hechos consumados como tales, sino pistas, rastros y vínculos. Pruebas de indicios, en cierto modo. Normalmente las buscabas en la escena del crimen, pero no suponía el único lugar donde pudieras encontrarlas. Rebus era bueno, por supuesto; uno de los mejores. Esa era la razón por la que Reclamaciones no había podido expulsarlo nunca del cuerpo de policía. Pero al encubrir los errores y las fechorías de otros, también había dejado un leve rastro.

Para Fox, la pregunta candente consistía en qué hacer con lo que había averiguado. Si presentaba el caso, proyectaría la mejor imagen de sí mismo. Jennifer Lyon tomaría nota de ello y otros jefes de mayor jerarquía, también. Se habría situado en la vía rápida para un ascenso seguro. Eso era lo que quería, ¿no? Por otro lado, también podía dar esa información a Steele y Edwards. Ellos se encargarían entonces de que acabara fichando por Anticorrupción. Allí volvería a hacer uso de sus habilidades. Y, con el tiempo, quizá recabara pruebas suficientes para enviar a Steele y Edwards al juzgado.

¿Qué futuro le aguardaba? Contempló la película que estaba formándose en la superficie de su bebida y no supo responder.

MIÉRCOLES

Por la mañana, Sutherland envió a Gamble y Crowther a interrogar a sir Adrian Brand. Le habían dado el alta y se hallaba en casa, con los ojos hinchados y amoratados por el puñetazo recibido. El cerebro había resultado ileso y no tenía la nariz rota. Toda la sala del Equipo de Delitos Graves se encontraba mirando la pantalla de televisión cuando la furgoneta de seguridad que trasladaba a Jackie Ness llegó a los juzgados. Clarke distinguió a Laura Smith entre los curiosos y se llevó a un aparte a Sutherland.

—El comisario Mollison acaba de librarse de una buena —dijo Clarke—. El *Scotsman* iba a publicar un artículo sobre lo unidos que estaban él y sir Adrian. Después de la noticia de la huella y la agresión de Ness a Brand lo han descartado, pero acabarán encontrándole provecho seguro.

—¿Cómo de unidos?

—Galas benéficas y partidos de golf. Lo mismo que la mayoría de sus predecesores.

—Recuerdo que Bill Rawlston era uno de ellos. —Sutherland se frotó la barbilla—. ¿Lo sabe Mollison?

—Creo que ayer andaba bastante atareado.

Sutherland asintió lentamente.

—Le avisaré. ¿Puedo saber cómo lo ha averiguado usted?

—Indagaciones a la antigua usanza —respondió Clarke sin mostrar ninguna emoción.

—Yo creía que su tropiezo con Anticorrupción le había enseñado a ser más cautelosa en su trato con nuestros amigos de la prensa.

—Aprendo despacio.

Sutherland sonrió tímidamente.

—No puedo decir que lo haya notado.

En la mesa de Phil Yeats, Clarke repasó la lista de amigos y socios de Stuart Bloom que había ayudado a confeccionar Derek Shankley. No había rastro de Madden y Speke, por supuesto, si bien aparecía el nombre de Ralph Hanratty y un número de teléfono con una nota: «¿¿2006/7??». Según intuyó Clarke, eso significaba que Shankley no había estado en contacto con Hanratty desde entonces. Marcó el número de todos modos y un mensaje pregrabado le indicó que ya no estaba activo, así que se dirigió a su mesa y sonrió al realizar una búsqueda en Google: «Indagaciones a la antigua usanza». Tal como averiguó en cinco minutos, Hanratty se había metido en el negocio del porno, al parecer solo por Internet. Se trataba de un canal por suscripción que satisfacía todos los gustos. Algunos contenidos resultaron demasiado fuertes y él había acabado en los tribunales. Clarke se preguntó si Jackie Ness lo conocía, pero dudó que fuera ese el momento propicio para mencionárselo.

Antes bien, no era en absoluto el mejor momento. Sin embargo, la dirección de Hanratty figuraba en la base de datos, así que la copió en su teléfono y utilizó el código postal para activar un mapa. Eskbank, cerca del campo de golf de Newbattle. Entonces se dio cuenta de que tenía a Callum Reid justo al lado.

—¿Quién es? —preguntó este.

—En su día, era el propietario de Rogues. Ahora, vende porno.

—¿Hemos hablado ya con él?

—Creo que no.

—¿Hay alguna razón por la que ahora resulte de interés?

—He oído rumores de que podría tener a un policía o dos en nómina.

—Creo que todos sabemos que era tu amigo Rebus quien daba los chivatazos al novio de Bloom.

—Aun así...

Reid cogió la lista.

—Bueno, al final habrá que interrogarlos a todos. El orden no importa. Me han dicho que esta mañana vendrá Doug Newsome y, por la tarde, los gilipollas de Anticorrupción. Podríamos hacerle un hueco a ese tal Hanratty, si quieres.

—Fantástico —dijo Clarke—. Gracias.

Reid consultó su reloj.

—Pero, por supuesto, también hay tiempo para un tentempié. Yo elijo un donut de mermelada.

—Te me has adelantado por treinta segundos —protestó Clarke.

—El primero en cruzar la línea de meta, Siobhan. Eso es lo que cuenta.

—¿Vive aquí Larry Huston?

La mujer miró a Rebus a través de unas gafas sucias. Rondaba los cuarenta años y no había hecho ejercicio en una temporada. Su cabello necesitaba un poco de jabón o lo llevaba mojado pero, como afuera no llovía, Rebus sospechó lo primero.

La vivienda se hallaba en una zona de casas adosadas idénticas que recordaba a Restalrig, pero aquello era Murrayburn, en el extremo opuesto de la ciudad. Otra zona de Edimburgo que los turistas no verían jamás.

—Me llamo John Rebus —dijo.

—Demasiado viejo para ser poli. ¿Qué es usted?

—Muy avispada —respondió Rebus—. Antes era policía. Si Larry está en casa, puede decirle que vengo en representación de Darryl Christie.

Conocía ese nombre, pero intentó que no se notara. Luego pidió a Rebus que esperara allí, entró y volvió medio minuto después.

—Entre. Soy su hija Brie, como el queso. Sabe Dios por qué. Él y mi madre no pisaron Francia en su vida y el único queso que entraba en casa era el cheddar de la cooperativa. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —dijo Rebus.

El comedor estaba abarrotado. Había cosas por todas partes: tazas y platos sucios y un tendedero lleno de ropa. Brie levantó un gato negro adormilado que había agarrándolo del pellejo y le ofreció el sillón a Rebus. Larry Huston estaba sentado en la butaca de enfrente, que parecía tan raída como su ocupante. Las gafas debían de proceder de una oferta dos por uno: las de Huston eran iguales que las de su hija, incluyendo las manchas de suciedad.

—Yo tomaré un té, Brie —dijo.

—Qué sorpresa —repuso ella, pero se dio la vuelta y se fue de todos modos.

El papel marrón empezaba a separarse de las paredes y habría que desempolvar el mueble, que llegaba del suelo al techo, antes de que lo aceptara un contendedor con un poco de respeto por sí mismo.

—Sé lo que está pensando —dijo Huston entre carraspeos—. Los frutos del mundo del crimen.

Debía de tener poco más de setenta años. De cabello ralo, llevaba una rebeca abotonada y dada

de sí, y unas pantuflas con la suela despegada. La estancia olía ligeramente a orines. Rebus esperaba que fueran del gato. Huston tenía la cara hinchada y los dientes manchados de nicotina. Se encendió un cigarrillo bajo la atenta mirada de Rebus, que se sorprendió al no sentir la menor tentación, aunque tampoco le hubiera ofrecido ninguno. Rebus se metió una mano en el bolsillo, pero finalmente contuvo el impulso de sacar un pañuelo para taparse la cara con él. No había manera de saber qué clase de gérmenes flotaban en el ambiente; quizá con suerte el humo los matara.

—¿Christie sigue en el trullo? —preguntó Huston.

—Lo han trasladado a Saughton.

—No llegué a conocerlo, pero sé quién es.

—Y qué es, me atrevería a decir —respondió Rebus—. Es la clase de persona para la cual usted podría haber trabajado en sus tiempos.

—Era otra época, cuando abrir cajas fuertes se consideraba una profesión noble. Nunca hubo violencia, al menos por mi parte. Era entrar en una oficina o joyería, y podía conseguirle cualquier cosa que a usted se le antojara.

—¿Cuántas veces lo pillaron?

—Demasiadas, aunque no siempre fuese culpa mía. Los chivatos influyeron. Había acuerdos cuando se recuperaba material. De repente, todo el mundo quería hablar y siempre mencionaban mi nombre, porque yo nunca fui de los que amenazaban con tomar represalias. —Hizo una pausa, perdido en sus recuerdos—. ¿Ha oído hablar usted de Johnny Ramensky?

—No.

—Búsquelo en los libros de historia. Era el ladrón de cajas fuertes más famoso que hayamos producido nunca. Johnny el Bondadoso, lo llamaban, porque tampoco empleaba la violencia. Se convirtió en héroe de guerra y fue inmortalizado en el Comando Memorial. Como le digo, una profesión noble.

—¿Ya está divagando otra vez?

Brie había entrado en el comedor con una taza de té de aspecto turbio, que dejó en el reposabrazos del sillón de su padre. Parecía tener la intención de quedarse allí, así que Rebus le preguntó si podía quedarse cinco minutos a solas con Larry. Sorbiéndose la nariz, volvió a salir y cerró la puerta bruscamente.

—Es buena chica —dijo Huston—. Me acogió cuando no tenía adonde ir. Los chicos de Saughton siempre se mofaban de mí. Decían que tenía un botín guardado que acabaría conmigo. Que sigan soñando. Mi mujer lo encontró todo mientras estuve encerrado y se lo esnifó antes de que pudiera retorcerle el cuello.

Huston apoyó el pitillo encendido en el borde de un cenicero y sopló el té antes de tomar un sorbo.

—Quería preguntarle por Morris Gerald Cafferty —dijo Rebus.

—¿Big Ger?

—Hizo algunos trabajos para él.

—¡Ah!, ¿sí?

—Eso dice Darryl Christie.

Huston digirió la información y sopesó las opciones.

—Bueno, ¿y qué si lo hice? —preguntó finalmente.

—¿Conocía a Cafferty hacia 2006?

—Mi memoria ya no es lo que era.

—A Darryl le decepcionará oír eso.

—Ni la mitad de lo que lo estaría Big Ger si empezara a cantar. Y la última vez que eché un vistazo, Darryl estaba entre rejas y Cafferty en libertad, lo cual significa que podría llamar a mi puerta en cualquier momento.

Huston se había puesto tan nervioso que se derramó té en la pernera del pantalón. Rebus se puso de pie y se situó junto a él.

—¿De qué tiene miedo, Larry?

Y fue entonces cuando lo vio en el suelo al lado del sillón: un montón de periódicos recientes, todos ellos abiertos por las últimas novedades del caso Stuart Bloom. Rebus se agachó y sostuvo uno delante de la cara de Huston.

—¿A qué viene tanto interés, Larry? ¿Qué es lo que sabe?

Rebus dejó caer el periódico en el regazo de Huston y apoyó los puños en los reposabrazos del sillón, de modo que su cuerpo le impidiera ver el resto del comedor. Ahora, el mundo de Huston se reducía a John Rebus.

—Ya no soy policía —dijo este—. Soy un civil viejo y venido a menos, pero conozco a muchos que siguen en el cuerpo y, si digo una palabra, irán a por usted. De modo que o me lo cuenta a mí, o se lo cuenta a ellos. No saldrá de aquí, le doy mi palabra. Pero si tengo que traer al DIC, puede que sus huesos acaben otra vez entre rejas. Si limpia las gafas y se mira al espejo, verá que eso equivale a una muerte casi segura para usted. Así que, solo por satisfacción personal, ¿qué sabe acerca de Stuart Bloom?

Cuando por fin habló, la voz de Huston era temblorosa.

—¿Esto quedará entre nosotros?

—Desde luego.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Le he dado mi palabra.

Huston soltó un largo suspiro y se aclaró la garganta.

—El tipo de las películas había acudido a Big Ger para pedirle un favor.

—¿Quién es el tipo de las películas?

—Jackie Ness. Quería saber si Big Ger conocía a alguien que pudiera abrir una caja fuerte. Salió a relucir mi nombre, así que me reuní con el chaval.

—¿El chaval es Stuart Bloom?

Huston asintió.

—Quería que robáramos en una oficina de Adrian Brand.

—¿Y lo hicieron? —Rebus recogió la taza de la mano temblorosa de Huston y la dejó encima de la alfombra, junto a los periódicos—. Para que me quede claro —dijo sosegadamente—, ¿entró y vació la caja fuerte con la ayuda de Stuart Bloom?

—Sí.

—¿Dónde fue eso exactamente?

—En el West End, cerca de Palmerston Place. Las oficinas de la empresa de Brand estaban allí en aquella época.

—¿No había alarma?

—El chaval se encargó de ella y conseguí entrar. Fue coser y cantar.

—¿Y cámaras?

—Sí, pero llevábamos pasamontañas y mantuvimos la boca cerrada.

—¿Y qué se llevaron?

Huston negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Puede hacerlo mejor, Larry.

—De verdad que no puedo. Una vez que la caja estuvo abierta, el chaval entró y lo metió todo en una bolsa que llevaba.

—¿Qué clase de bolsa?

—De supermercado. Plástico blanco.

—Pero pudo usted echar un vistazo, aunque fueran solo unos segundos.

—Carpetas. Creo que no había nada más que carpetas. Nada de drogas, joyas o dinero. Lo único que vi fueron carpetas de cartón.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Me pagaron —respondió Huston encogiéndose de hombros.

—¿No volvió a ver más a Stuart Bloom?

—No.

—¿Qué dijo Cafferty?

—No llegué a verlo nunca. Una semana después, me detuvieron por un robo que había cometido en una fábrica meses antes. Me cayeron tres años y nueve meses. Big Ger envió el dinero a mi casa, pero nunca fue a verme.

—¿Y cuando salió?

—Creo que había llegado a la conclusión de que yo era un lastre. En todo caso, el mundo estaba cambiando. Había alarmas más sofisticadas y demasiados circuitos cerrados de televisión. Las joyerías eran como Fort Knox. —Huston se agachó para recoger la taza—. ¿Ya tiene lo que buscaba?

—Para serle sincero, no sé muy bien qué andaba buscando.

Rebus se había acercado a la ventana y estaba mirando las casas de enfrente.

—Ya se pusieron las cosas bastante feas cuando desapareció el muchacho —comentó Huston, que cambió la taza de té por un cigarrillo—, pero cuando lo encontraron en el coche...

—¿Piensa que lo mataron por el robo en la oficina?

—Ocurrió dos noches antes de su desaparición. ¿Usted qué cree? —Inhaló, exhaló y volvió a toser con los ojos llenos de lágrimas—. Y le diré algo más: me pareció todo demasiado fácil. La caja fuerte era común y corriente, tanto que me lo tomé casi como un insulto. Se trataba de una vieja Sargent and Greenleaf de cerradura con combinación. Y desactivar la alarma fue pan comido.

—¿A qué se refiere con eso?

Huston se encogió de hombros de nuevo.

—Al principio, pensé que debía ser una trampa. El muchacho no era precisamente un experto. Dijo que todo lo que sabía sobre desactivación de alarmas lo había aprendido en Internet. Pero entramos como si hubieran dejado la oficina abierta y lista para el saqueo.

Rebus se quedó pensativo un momento.

—No hubo denuncia, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—¿Y eso fue solo dos noches antes de que desapareciera Stuart Bloom?

Huston asintió lentamente.

—Tuvo que ser Brand quien se lo cargó. En ese momento pensé que, si el chaval hablaba, yo también me vería envuelto en una faena. Aquella celda casi fue un alivio para mí.

Rebus llamó a Siobhan Clarke desde el Saab que tenía aparcado junto al bordillo.

—Ahora no, John —fueron sus primeras palabras.

—¿Qué ha pasado?

—Ness le tendió una emboscada a Brand ayer por la noche y estuvo a punto de romperle la nariz.

—¿Una emboscada? ¿Por qué?

—Brand había estado enviándole fotos de nuestros agentes de la científica mientras ponían patas arriba Poretoun House.

—Entonces, ha jugado limpio.

—No sé si el juez coincidirá con esa apreciación. Ahora mismo, se encuentra en los juzgados.

—¿Y Brand?

—Recuperándose en casa.

—A lo mejor, deberías interrogarlos a ambos. Acabo de hablar con un garfio que hizo un trabajo para Stuart Bloom.

—¿Un qué?

—Un ladrón de cajas fuertes. Tiempo atrás, los llamábamos «garfios».

—¿En la época de Dickens, quieres decir?

—Si esa es tu actitud...

Rebus la oyó suspirar.

—Lo siento —dijo Clarke—. Estoy teniendo un día muy largo. ¿Y qué pasa con ese ladrón?

—Ness preguntó a Cafferty si conocía a alguien, y este lo puso en contacto con Larry Huston, el garfio. Quedó con Stuart Bloom y lo ayudó a abrir la caja fuerte del despacho de Brand. Según Huston, metieron el contenido en una bolsa de la compra y esa fue la última vez que lo vio. No había ninguna en el coche, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces podemos sumarla al portátil y el móvil desaparecidos. Y Siobhan, todo esto sucedió dos noches antes de la desaparición de Bloom.

—Brand no denunció el robo —afirmó Clarke—. Si no, aparecería en el informe, ¿verdad?

—Yo no lo recuerdo, desde luego.

—Así que la noche en que Bloom se reunió con Jackie Ness, debieron de hablar del robo y tal vez miraron qué había en la caja fuerte.

—Imagino que sí.

—Es comprensible que Ness no pudiera contárnoslo. —Clarke guardó silencio unos instantes—. John, ¿puedo preguntarte cómo diste con ese tal Huston?

—Tengo mis fuentes.

—Vas a por Cafferty, ¿verdad? ¿Intentas relacionarlo con Bloom?

Rebus agarró el volante con la mano que tenía libre.

—¡Ya está relacionado con Bloom! Por un lado, conocía a Jackie Ness y, por otro, sabía que abrirían la caja fuerte. ¿No crees que sentiría curiosidad por su contenido? ¿Tal vez por algún material que vinculara a Brand con el gánster irlandés?

—¿Conor Maloney?

—La información es poder, Siobhan. Cafferty no se abrió camino solo a golpes.

Rebus estaba observando la casa de la que acababa de salir. Brie Huston había apartado la cortina del salón y estaba vigilándolo.

—Entonces ¿tenemos que interrogar a Huston y a todos los demás? —preguntó Clarke sin demasiado entusiasmo.

—Se te acumula el trabajo, ¿eh?

—Puede que no baste con una sala de interrogatorios, pero pásame la dirección de Huston.

Rebus se la dio. Sí, había prometido dejar al margen al ladrón, pero había sido otra pequeña mentira inocente.

—¿A quién más tenemos hoy en la línea de fuego? —preguntó Rebus mientras Clarke ponía en marcha el motor.

—Esta mañana, a tu viejo colega Doug Newsome; por la tar de, a Steele y Edwards. Además, hay que preguntarle a Ness por el ataque cometido a Brand. Y, ahora que lo pienso, a Brand también. Su mujer nos contó que Ness le había dicho algo así como: «La paciencia de un hombre tiene un límite. Ya deberías saberlo».

—Interesante manera de expresarlo.

—Luego le toca el turno a Ralph Hanratty, el antiguo propietario de Rogues. Y eso, solo para empezar.

—Parece una tormenta perfecta, pero no olvides que cada tormenta tiene un centro inmóvil. Encuentra el camino hasta él y resolverás el caso.

—Ahora me das partes meteorológicos.

Rebus percibió la sonrisa cansada de Clarke.

—¿Mandaréis llamar a Cafferty cuando hayas hablado con Huston?

—Es posible.

—¿Hay alguna posibilidad de que yo esté presente?

—No.

—Todavía tengo que ser interrogado. Formalmente, quiero decir. Solo hablé con vosotros al principio, cuando ni siquiera sabíais quién era Stuart Bloom.

—Entonces ¿estás invitado a prestar declaración y casualmente coincide con la presencia de Cafferty en el edificio?

—Bingo.

—No puedo prometerte nada, John.

—Estaré aquí cuando me necesites, Shiv. Y, créeme, encontrarás ese centro.

Rebus colgó y barajó sus opciones. Cuando llegara a Restalrig sería casi la hora del almuerzo y el instituto de la zona soltaría a los niños, incluidos algunos amigos de Ellis y Kristen. Alrededor del local de *fish and chips*, la panadería y el colmado; allí se congregarian, y quizá también en el parque. Rebus se incorporó al tráfico pensando en Darryl Christie. Que interrogaran a Cafferty no era mucho, pero sí un comienzo. ¿Respetaría Christie su parte del trato y se aseguraría de que Ellis Meikle estuviera a salvo?

¿Y por qué estaba Rebus tan ansioso por que lo hiciera?

Gamble y Yeats se encargaron del interrogatorio a Doug New some, provistos de la información recabada por Fox en los archivos del caso original. Fox no parecía especialmente contento, pese a que le habían prometido que podría escuchar la grabación. Tess Leighton le ofreció medio Twix,

pero él lo rechazó. Por su parte, Jackie Ness fue multado con doscientas cincuenta libras y le advirtieron que no se acercara a menos de cien metros de Brand, su familia, su casa o su lugar de trabajo. Abandonó los juzgados en medio de una vorágine de medios de comunicación, y fue recogido por Sutherland y Reid y, a continuación, trasladado a St. Leonard's, junto con su abogado, para someterse a un interrogatorio sobre las palabras que la señora Brand le había oído pronunciar.

Después, en la sala del EDG, Reid los puso a todos al día. Básicamente, Ness no recordaba lo que había dicho. Lo presionaron, pero se limitó a encogerse de hombros. Había sido un momento de locura, perdió los estribos, y el juez lo tuvo en cuenta cuando dictó sentencia.

—Puede que tengamos que interrogarlo otra vez —interrumpió Clarke, que explicó lo de Larry Huston—. Y, ya puestos, a sir Adrian.

—Entonces ¿Bloom entregó el contenido de la caja fuerte a Jackie Ness? —preguntó Crowther.

—O se lo quedó —aventuró Tess Leighton.

—A menos que se lo arrebatara Cafferty, claro —apostilló Clarke.

—Es un motivo espléndido para cometer un asesinato —coincidió Callum Reid, que se sacudió un poco de azúcar del donut de una pernera.

Todos se dieron la vuelta cuando Gamble y Yeats entraron en la sala. El primero le entregó a Fox una copia de la entrevista con Newsome y le dijo: «Disfruta».

—Os sorprenderá oír —anunció Yeats a todos los presentes— que el señor Newsome cree que lo hizo todo de acuerdo con las indicaciones del manual. Sin falsificar informes, ni omitir entrevistas con sospechosos ni dormir en horas de trabajo. No obstante, ha criticado a Mary Skelton y John Rebus.

—¿Le preguntaste por Steele y Edwards?

—Dice que apenas los conoce. Eran agentes uniformados «muy por debajo de su nivel salarial», y cito textualmente. Por si sirve de algo, en aquel momento pensaba igual que su jefe: un triángulo de amor gay acaba en tragedia. Participó en una de las redadas en Rogues y no le gustó lo que vio. Nuestro amigo New some es todo un homófobo.

El teléfono de Clarke empezó a vibrar en su bolsillo. Después de mirar la pantalla, enfiló hacia la paz y tranquilidad del pasillo.

—Señor Speke —dijo—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Probablemente no sea nada, inspectora, pero me he pasado la noche dándole vueltas y he recordado una cosa. Rodamos un *thriller* para Jackie Ness unas semanas antes de *Zombies vs. Bravehearts*. Se supone que era una película erótica. Puede que lo fuera para el espectador, pero no para quienes la hicimos. Iba de una agente de policía que se acostaba con sospechosos y testigos. Así conseguía hacerlos hablar. Pero uno de ellos era un demonio o un disparate por el estilo, de modo que acababa convertida en medio demonio y medio ángel.

—Suena fascinante. ¿Qué quiere decirme con todo esto?

—Para una escena, Jackie necesitaba unas esposas y preguntó si alguien podía conseguir las. Ralph Hanratty había propuesto colgar grilletes en una pared de Rogues. Solo por diversión. Grilletes, cadenas y lo que fuera. La escena no era mía, pero Ralph quería probarlo.

—¿Hanratty le prestó a usted unas esposas?

—Estoy convencido de que no pueden ser las que llevaba puestas Stuart. Cuando se las enseñé a Jackie, le parecieron baratas, y lo eran. Ni siquiera estoy seguro de que fueran de metal.

—¿Y usted se las devolvió a Hanratty?

—Juraría que sí. Por eso no creo que sean las que encontraron en el coche.

—¿Cómo se llamaba la película?

—*Cops vs. Demons*, me parece.

—Debí haberlo imaginado. ¿Tiene una copia por casualidad, señor Speke?

—Puede que tenga el DVD en algún sitio.

—¿Podría mandar a alguien a recogerlo?

—Si lo encuentro...

—Quizá sería útil que dispusiéramos también de sus huellas para el proceso de descarte.

—¿A qué se refiere?

—Disponemos de huellas parciales no identificadas en las esposas utilizadas para inmovilizar a Stuart Bloom. Si resulta que son las que le facilitó Hanratty...

—No tengo nada que ocultar, inspectora.

—Y por eso precisamente le agradezco su cooperación. ¿El señor Madden fue el cámara en aquel rodaje?

—Sí.

—¿Algún extra destacado entre el reparto? ¿Stuart, quizás, o su amigo Derek?

—No lo recuerdo.

—Bueno, gracias por ponerse en contacto conmigo —le dijo Clarke antes de colgar.

Se encontraba en el umbral de la sala ocupada por Leighton y Fox, quien estaba delante del ordenador escuchando con los auriculares el interrogatorio de Newsome.

—Debe de ser agradable que te lo sirvan todo en bandeja —dijo Clarke, sabiendo que Fox no podía oírla.

Malcolm Fox estaba tomando notas en su cuaderno con una mirada de concentración absoluta. Justo en aquel momento, un hombre elegante de unos sesenta años subía las escaleras acompañado por un agente y supuso que era Ralph Hanratty.

—Su puntualidad es impecable —le dijo Clarke tendiéndole la mano.

Hanratty estaba sentado frente a Tess Leighton en la sala de interrogatorios cuando Clarke volvió con la taza de café solo y sin azúcar que había pedido.

«Elegancia descuidada» fue su resumen de cuanto lo rodeaba. En comparación, Hanratty era un pavo real. Llevaba un traje a medida con forro carmesí, camisa blanca, corbata verde esmeralda y unos relucientes zapatos de cuero calado, y se había teñido las canas. Puede que su rostro se hubiera sometido incluso a algún arreglo cosmético. La piel parecía tersa y los ojos un poco más estrechos de lo que resultaría natural. Había pasado un gran pañuelo doblado por el asiento y estaba frotando el borde de la taza antes de tocarla con los labios.

—Antes era usted propietario de Rogues, señor Hanratty —dijo Clarke.

Leighton había abierto un nuevo cuaderno, según vio Clarke idéntico al de Fox, y tenía preparado un bolígrafo.

—Así es.

—¿Conocía a Stuart Bloom y Derek Shankley?

—¿Socialmente? La verdad es que no.

—Pero ¿frecuentaban su discoteca?

—Junto a montones de gente guapa.

—¿Qué pensó cuando desapareció Stuart?

Hanratty se sacudió una mota de polvo de la pernera del pantalón.

—Creo que no pensé nada en particular.

—He visto fotos de Rogues en su época dorada. Era espectacular.

Hanratty sonrió.

—Desde luego.

—Debía de ser molesto que las autoridades mostraran tanto interés.

—Gajes del oficio, querida. El ayuntamiento siempre intentaba cazarnos superando los límites de ruido. En cuanto a los agentes de la ley... —Puso los ojos en blanco con gran teatralidad—. Aun así, algunos de sus agentes se encontraban entre mis mejores clientes.

—¿Le importaría darnos algún nombre, señor?

—No soy de esos, cariño.

—Pero usted siempre recibía avisos antes de esas redadas, ¿no?

—*Omertà* —dijo, y cerró una cremallera invisible en su boca.

—Eso no es aceptable en una investigación por asesinato, señor Hanratty.

—Bueno, pues digamos que se me han borrado los nombres de la memoria. Conocí a cientos y cientos de personas. No pueden esperar que las recuerde a todas.

—Pero ¿es posible que algunos de los agentes que practicaban redadas en su discoteca fueran parte de su clientela?

—Es posible.

—Sabemos que alguien le avisaba con antelación, señor.

—¿Y pueden demostrarlo? —preguntó Hanratty con suficiencia—. Por supuesto que no. Y nada de eso guarda relación con la muerte del pobre Stuart.

—Entonces ¿por qué cree que murió?

—No tengo la menor idea —miró a Leighton—. Procure plasmar esas palabras al pie de la letra.

—Actualmente se dedica al negocio del porno, ¿verdad? —preguntó Clarke.

Hanratty volvió a hacer un gesto de desdén.

—Erotismo *online* —precisó.

—La sargento Leighton ha hecho unas comprobaciones rápidas sobre Companies House. Al parecer, el otro accionista principal es William Locke. ¿Estaríamos hablando del mismo Billy Locke que era copropietario de Locke Ness Productions?

—En efecto.

—Entonces, presuntamente conoce usted a Jackie Ness.

—Sé que necesitaba gente atractiva para sus películas y, a veces, la encontraba en Rogues.

—¿El señor Ness era cliente suyo?

—No, por Dios. Pero se corrió la voz de que hacían falta extras para ciertas escenas. Cuando le dices a la gente que saldrá en una película, esta acepta gustosamente a pesar de que no sea un trabajo remunerado ni se abonen dietas o ni siquiera les den un plato caliente. —Hizo una pausa—. Aunque, por supuesto, hubiera beneficios.

—¿Qué clase de beneficios?

—Digamos que la gente acababa con la mirada un poco perdida.

—¿Se refiere a las drogas?

—No es nada raro en el sector del cine.

—Eso podría explicar por qué Stuart y Derek parecían tan risueños en el fragmento que vi. En aquel momento, el traficante más importante de la ciudad era un hombre llamado Cafferty, ¿verdad?

—Dígame usted.

—Sabemos que Cafferty era amigo de Jackie Ness. ¿Abastecía también a su discoteca, señor Hanratty?

—En Rogues no había sustancias ilícitas, inspectora —dijo levantando ambas manos en señal de inocencia.

—Pues creo que murió un joven por sobredosis...

Hanratty meneó un dedo.

—Cuidado con las injurias. Nunca se hallaron pruebas de que esas drogas hubieran salido de mi discoteca o alrededores.

—Pero la víctima había estado en su local, al igual que las demás personas que cayeron enfermas. —Clarke hizo una pausa cargada de intención—. Qué coincidencia, ¿no le parece?

—El mundo está lleno de coincidencias —repuso Hanratty despreocupadamente.

—De coincidencias y conexiones —afirmó Clarke—. Dígame: ¿apareció usted en alguna película de Ness?

—Jamás.

—Pero sí ayudaba de vez en cuando. Por ejemplo, Colin Speke le preguntó si podía prestarle unas esposas.

Hanratty le lanzó una mirada fulminante.

—¿Adónde quiere llegar con todo esto?

—¿Sabe que Stuart Bloom fue encontrado con unas esposas en los tobillos? ¿No le parece un poco... perverso?

—Mi discoteca era popular entre la comunidad gay y lesbiana. ¡No regentaba una puta mazmorra!

—Pero sí se planteó la idea, ¿no? ¿Un poco de *bondage* para todos los públicos? Por eso pudo prestarle a Speke unas esposas para la película en la que estaba participando.

—¡Y me las devolvió!

—¡Ah!, ¿sí? —Clarke asintió—. El señor Speke no lo recordaba con claridad. ¿Qué fue de ellas?

—No tengo ni idea, sinceramente.

—¿Las guardó, las tiró, se las prestó a alguien?

Hanratty soltó una carcajada.

—Esto es la hostia —dijo—. Harán lo que sea para desviar la atención de la gente, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere, señor?

—Unas esposas señalan a la policía. Cualquiera que esté fuera de estas cuatro paredes lo sabe. Se enteran de la existencia de unas putas esposas de juguete que podían hallarse a un kilómetro de Jackie Ness y su equipo y, de repente, creen que podrían conseguir que la ingenua ciudadanía se trague esa mentira. ¿A quién se lo filtrará, inspectora? Tal vez usted lo haya averiguado todo sobre mí en Internet, pero esto funciona en los dos sentidos. Cuando encontraron el cuerpo del pobre Stuart, empecé a devorar las noticias. Y entonces mencionaron su nombre y que, recientemente, había tenido problemas por facilitar información confidencial a una periodista del *Scotsman*. Ha sido una chica traviesa, inspectora Clarke. Así que lleve usted su historia a los periódicos y yo llevaré la mía, y ya veremos cuál de las dos resulta más creíble. Nadie la cree ya; nadie confía en usted.

Hanratty se recostó en la silla, cerró la boca y dejó que calaran sus palabras. Tras unos momentos de silencio, se volvió de nuevo hacia Leighton.

—¿Necesita que se lo repita, cariño?

—Creo que lo tengo todo —dijo Leighton, que arrancó la hoja de su cuaderno y la rompió lenta y metódicamente en pedazos delante de él.

Sir Adrian Brand había sido interrogado en su casa, en el mismo invernadero en el que se reunió con Clarke y Crowther. Sutherland había llevado a Crowther y contaba con información sobre el robo. En esta ocasión, Brand tenía a su mujer al lado. Ambos estaban cogidos de la mano y Glenn Hazard se encontraba a cierta distancia, de brazos cruzados y listo para intervenir siempre y cuando no le gustara la línea del interrogatorio.

—Lo ha negado de plano —dijo Sutherland a Clarke cuando la llamó inmediatamente después.

—Miente.

—¿Está segura de que ese tal Huston es de fiar?

—Gamble y Yeats se encuentran con él ahora mismo. A ver qué dicen. A propósito, ¿le preguntó usted a Brand acerca de lo que se supone que Ness le dijo?

—Fue un poco impreciso. Dice que no hay razón para dudar de la versión de su mujer.

—¿Por qué cree que Ness utilizó esas palabras?

—No tiene ni idea.

—¿Miente de nuevo?

—No hace ni doce horas sufrió un golpe en la cabeza. Su mujer pedirá una segunda opinión, esta vez privada. Le preocupa que el escáner haya pasado algo por alto.

—Si la palma, al menos podremos encerrar a Ness por algo.

—Por Dios, Siobhan, no diga eso.

—Lo siento, señor —respondió, y luego lo puso al día sobre la entrevista con Hanratty.

—Lo de las esposas es interesante —concluyó Sutherland.

—Veré el DVD más tarde. A este paso voy a convertirme en una experta en películas horribles.

—Todos necesitamos un descanso, de una forma u otra, ya sea en el caso o del caso —Sutherland exhaló ruidosamente por la nariz—. Un segundo, tengo otra llamada. Es el laboratorio, será mejor que lo coja. Hablamos dentro de diez minutos.

Clarke volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Tess Leighton subía de vuelta las escaleras después de meter a Hanratty en un taxi.

—Menudo personaje —comentó.

—Pero con el detalle del cuaderno has estado bien.

—Era una hoja de garabatos de un rato antes.

—Bueno, será mejor que te deje volver con Malcolm. Te echará de menos.

Leighton se la quedó mirando.

—Fue solo una cena, Siobhan.

Clarke levantó una mano.

—Era una simple broma, Tess. Olvida que lo he dicho, ¿vale?

Leighton asintió y miró por encima del hombro de Clarke.

—Hablando del rey de Roma... —dijo.

Ambas vieron acercarse a Malcolm Fox, que llevaba en la mano sus auriculares y la memoria USB con el audio de New some.

—Singularmente poco revelador —confesó—. Gracias a Dios que hemos dejado atrás a dinosaurios como ese.

—¿Y como John Rebus? —preguntó Clarke.

—Newsome, el viejo compinche de John, intenta joderlo vivo. No oculta su amistad con Alex Shankley, lo del alcohol ni la historia con Cafferty.

—Bueno, al menos tienes algo que contar a la Casa Grande.

Fox la miró fijamente.

—No te preocupes. Mi informe se centrará en los hechos, no en ficciones.

—Aquí nos acusaban de hacer justo lo contrario —terció Leighton.

—¡Ah!, ¿sí?

Los interrumpieron más pasos que llegaban desde la escalera. Era demasiado pronto para que se tratara de Sutherland y Crowther, lo cual solo podía significar una cosa.

—Me alegro de encontrarme con un comité de bienvenida —dijo Brian Steele.

Grant Edwards iba solo unos pasos por detrás. Los Chuggabugs habían llegado para su interrogatorio.

Rebus había llevado a Brillo a Restalrig porque creía que así resultaba menos sospechoso. De vez en cuando, unos colegiales se paraban a dispensar atenciones al perro, unas atenciones que este recibía de buen grado. Sin embargo, y al margen de Brillo, recabó muy poca información que añadir a los datos que ya poseía de Ellis y Kristen. Darryl Christie deslizó que Cafferty había vuelto al negocio de la droga, suponiendo, claro, que alguna vez lo hubiera abandonado. Rebus había telefoneado a Fox para preguntarle por un nombre de la Unidad de Crimen Organizado. Luego llamó a Gartcosh y habló con el contacto de Fox. Tenían a Cafferty en el radar, por supuesto, pero no contaban con pruebas ni había operaciones de vigilancia en marcha. Por tanto, no había más opción que llamarlo directamente. Cafferty cogió el teléfono al quinto o sexto tono.

—¿Qué coño quiere? —preguntó.

—Parece que le falta el aliento.

—Estoy en el gimnasio. Debería probarlo. A lo mejor, le ayuda a conquistar esas escaleras tuyas.

—Ahora mismo estoy disfrutando del deporte paseando por las calles doradas de Restalrig.

—¿Qué cojones hay en Restalrig?

—Era el barrio de Ellis Meikle.

—¿El chaval que mató a su novia? Sigo sin entenderlo.

—Revisar viejos casos se ha convertido en una especie de afición.

—Pero es un caso resuelto. ¿Qué tiene de divertido?

—Quedaron algunos cabos sueltos y, a lo mejor, yo pueda atarlos.

—¿Y en qué se supone que puedo ayudar yo?

—Ellis y Kristen consumían drogas recreativas.

—Eso no los coloca precisamente en una minoría en esa parte de la ciudad.

—Es posible, pero me gustaría saber quién se las vendía. Al fin y al cabo, ¿quién te conoce mejor que tu propio camello?

—Me parece que más que cabos está atando hilachas.

—Tengo algo que ofrecerle.

—¡Ah!, ¿sí?

—Si cree que puede conseguirme una reunión...

—Será mejor que me diga primero qué tiene.

—Sé lo de Larry Huston.

—Ese tipo sí es un nombre del pasado.

—Jackie Ness le preguntó si conocía a alguien que supiera abrir una caja fuerte. Usted le dio el nombre de Larry Huston y él entró en la oficina de Adrian Brand. Stuart Bloom se llevó todo lo que encontraron.

—¿Y qué?

—Que, a lo mejor, quería usted saber qué había dentro de esa caja fuerte. En cualquier caso, el Equipo de Delitos Graves querrá hablar con usted. Si se enteran de que acabo de avisarlo, me comprarán un billete a Siberia.

—Pueden preguntarme todo lo que quieran. No recuerdo que nadie denunciara un robo en su momento.

—Lo cual lo hace aún más curioso, ¿no? ¿Qué era lo que Brand no quería que supieran que le habían robado?

—A lo mejor, debería preguntárselo a él directamente cuando se haya recuperado de la paliza que le dio Ness.

—Pero, mientras tanto...

—¿Está en el coche?

—Con mi fiel chucho de acompañante.

—Esté atento a mi mensaje, entonces. Puede que tarde un rato.

Pero llegó en menos de diez minutos. «El callejón detrás de Singhs».

Rebus volvió con Brillo al colmado en el que había comprado el *Sunday Post* en su visita anterior. No era un callejón sin salida; una valla alta lo separaba de un descampado que se hallaba en la parte trasera de un almacén abandonado y el propio callejón era un vertedero para televisores y colchones, uno de los cuales había sido incendiado en algún momento del pasado reciente. Había dos grandes contenedores que por supuesto pertenecían a la tienda, aunque uno de ellos, al que le faltaba la tapa, se hubiera convertido en el hogar de un carro de supermercado lejano. Junto a él, un joven fumaba un cigarrillo y utilizaba el contenedor como cenicero. Llevaba el teléfono en la mano que tenía libre mientras tecleaba con una destreza ante la cual Rebus solo pudo maravillarse. Una capucha negra le cubría la cabeza y la cara. Vestía unos vaqueros desgastados y unas modernas zapatillas deportivas que probablemente fueran la envidia de quien conociera la marca y el precio.

—Ni nombres ni hostias.

La voz quedó medio amortiguada por la capucha. Rebus se dio cuenta de que el chico también llevaba una bufanda subida hasta la nariz. En la pared trasera de la tienda, junto a la puerta de entrada de mercancías, hecha de metal macizo, se apoyaba una bicicleta BMX. Una cámara de seguridad instalada encima había sido cubierta con una bolsa de plástico para inutilizarla.

—Tú no me interesas para nada —contestó Rebus, que se llevó un trozo de chicle a la boca. Luego sacó del bolsillo unas galletas para perro y las tiró al suelo para tener a Brillo entretenido —. Solo quiero información sobre Ellis y Kristen.

—¿Qué quiere saber?

—Te compraban a ti.

—No mucho. Y no con frecuencia.

El joven seguía tecleando. A Rebus le dieron ganas de arrebatarse el teléfono y pisotearlo, pero intuyó que eso concluiría la reunión de forma prematura.

—¿Qué pensabas de ellos?

—Intento no pensar.

—A lo mejor, algo que le vendiste lo llevó al extremo.

El joven miró a Rebus a los ojos momentáneamente.

—Lo dudo mucho.

—Según tengo entendido, la hierba ahora es más fuerte que antes.

El traficante negó con la cabeza lenta pero decididamente.

—¿Cómo eran? Tienes más o menos su edad. ¿Ibais al mismo colegio?

—Ellis era buen tío. No hablaba mucho. Kristen, en cambio, no callaba. Probablemente hablara con el espejo si no había nadie por allí.

—¿Se veía con alguien más aparte de con Ellis?

—Le dije que debería verse conmigo. No hablaba en serio, aunque no le habría dicho que no a un polvo rápido.

—He oído que en el colegio era una abeja reina.

—Ha oído bien.

—¿En el sentido de ser alguien popular?

—Bueno, tenía un grupito a su alrededor.

—¿No era universalmente popular, entonces?

—Tenía la lengua afilada como una cuchilla. Tampoco rehuía una pelea.

—Puños y lengua. ¿Alguna vez utilizó algo más?

—¿Una cuchilla de verdad, quiere decir?

El joven negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y Ellis?

—Por lo visto, descargaba toda su agresividad a través de los videojuegos. A lo mejor, es lo que tendrían que investigar: el efecto de los juegos violentos en el cerebro masculino adolescente. Yo vendo el antídoto.

—¿Tú crees?

—Una fumada provoca lo opuesto a la ira. Relajado y tocando el cielo con los dedos.

—A lo mejor tendría que comprar.

—A lo mejor. —A Rebus le pareció detectar una sonrisa debajo de la bufanda negra de nailon—. Una cosa que le dirá todo el mundo es que Kristen devolvía los golpes.

—Sí, eso he oído. Las chicas de su grupo la admiraban.

—Abeja reina, usted mismo lo ha dicho. Podría haberse ido con cualquiera y, por alguna razón, eligió a Ellis. Yo diría que era solo un obstáculo que debía superar para conseguir lo que realmente quería.

—¿A Dallas, el tío de Ellis?

Se oyó un resoplido debajo de la capucha.

—¿Esa puta nenaza tatuada? No, me refiero al que tenía delante en la cola de guapos.

—¿El padre de Ellis?

—Se había separado hacía poco, con lo cual era juego limpio para una bella señorita a la que le gustaba jugar sucio. Una lástima que ya no esté para hacerlo conmigo.

Había terminado con el pitillo y el móvil, así que levantó la cabeza y estudió a Rebus. Tenía los ojos pequeños, brillantes y marrones y la frente salpicada de acné. Probablemente llevara la cabeza afeitada. Rebus había conocido a muchos como él a lo largo de los años.

—Tengo que irme —dijo el joven, que extendió un brazo en dirección a la bicicleta.

—Un consejo, hijo: déjalo mientras puedas. Las cosas no siem pre serán tan bonitas como ahora. Acabarás cumpliendo condena; quizá no la suficiente para compensar las vidas que has arruinado, pero sí bastante larga de todos modos. Ahora mismo, no le debes nada a Cafferty. Además, te entregará a nosotros en bandeja de plata si alguna vez necesita algo para negociar.

—Me dijo que no era policía.

—Siempre se me olvida que no lo soy —contestó Rebus, que tiró de la correa de Brillo y se fue.

Steele fue el primero en someterse al interrogatorio y Edwards esperó sentado en el pasillo. Cuando intercambiaron posiciones, Steele guiñó un ojo a su colega. Edwards ofreció unas respuestas casi idénticas.

—Parece que lo hayan ensayado —comentó Clarke.

La sonrisa permanente de Edwards resultaba irritante.

—Fue hace mucho tiempo, inspectora Clarke. Debe entender que tenemos lagunas.

—Justo lo que ha dicho su amigo.

—Y no crea que no sabemos que, en lo que a usted respecta, hay un elemento de venganza por el mero hecho de que hicimos nuestro trabajo como agentes de Anticorrupción.

Clarke se volvió hacia Crowther y ahuecó una mano junto a la oreja.

—Es como si aquí hubiera eco o algo así. —Después, a Edwards—: ¿Cuánto tardó Steele en enseñarle a repetir esas frases como un loro? Lleva demasiado tiempo siendo su esclavo, Edwards. Al final caerá su amigo y, créame, será todo un espectáculo. Por supuesto, lo arrastrará con él. De hecho, si conozco bien a Steele, se asegurará de que sea usted quien caiga primero y lo empujará por la espalda en caso necesario. —Clarke hizo una pausa con la esperanza de que sus palabras empezaran a hacer mella—. Pero, mientras tanto, permítame que se lo pregunte otra vez: ¿Adrian Brand le pidió que hablara con Stuart Bloom en algún momento, ya fuera para advertirlo, ya para pedirle que devolviera el contenido de su caja fuerte?

—No.

—¿Y a Brian Steele no le encargaron ese trabajo sin contar con usted?

—No.

—¿Tiene alguna teoría sobre las esposas?

—No.

Clarke emitió un sonido de exasperación y se volvió de nuevo hacia Crowther.

—¿Quiere añadir algo, agente Crowther?

—Estaba preguntándome si el agente Edwards se cayó de cabeza alguna vez siendo un bebé.

Edwards atravesó a Crowther con la mirada, pero la sonrisa no desapareció.

—Debería cuidar sus modales —advirtió, y luego señaló con su dedo rollizo a Clarke—: Y no debería juntarse con ella. Tiene la mano tan metida en el bolsillo de cierta periodista que seguramente podría magrearle el culo.

—Dígale a Steele que, la próxima vez, se busque a un guionista más decente —dijo Clarke—. Al menos, uno que sepa hacer bromas.

Cuando terminaron, Steele rodeó a Edwards con el brazo mientras bajaban las escaleras y hablaron en voz baja. Clarke y Crowther se quedaron arriba observándolos, pero ninguno de los dos miró atrás.

—La frase no ha estado mal —reconoció Clarke—. Ojalá hubiera más prendas con bolsillos...

En la sala del EDG, Graham Sutherland estaba finalizando una llamada telefónica.

—Los resultados del análisis del terreno no estarán listos hasta mañana —dijo sin lograr disimular su frustración—. El laboratorio ha examinado palmo a palmo el Volkswagen y no ha descubierto nada nuevo. Parte de la vegetación que ha crecido a través del chasis no coincide con

la de la hondonada, pero se trata de enredaderas que encontrarías más o menos en cualquier lugar de las Tierras Bajas de Escocia. Eso significa que el coche permaneció en un mismo sitio bastante tiempo, el suficiente para que la vida vegetal penetrara en él desde el suelo. —Se había acercado a la pizarra y estaba observando las fotos del interior del maletero—. Moho, esporas, musgo y un montón de insectos muertos. —Luego se volvió hacia Clarke—. Un episodio de *CSI* ya habría cerrado el caso a estas alturas.

—Yo diría que su presupuesto es ligeramente más elevado que el nuestro.

Sutherland esbozó una tenue sonrisa.

—¿Algo que destacar de las entrevistas con los de Anticorrupción?

—Solo que no les gustó mucho que fuera yo quien hacía las preguntas. Se lo agradezco, Graham.

—¿Ha llegado ya ese DVD desde Glasgow?

—Viene de camino en un coche.

—Si presenta un juego similar de esposas...

Clarke asintió.

—Más preguntas para Jackie Ness. En cualquier caso, tenemos que hablar con él del robo.

—¿El robo que sir Adrian dice que no se produjo?

—Huston sigue aferrándose a su versión.

—El abogado de Ness no se pondrá nada contento si volvemos a interrogar a su hombre.

—Le durará apenas dos minutos —dijo Clarke—. Luego reservará unas bonitas vacaciones en la nieve pagadas con sus honorarios. En todo caso, primero tengo que ver la película. —Sutherland asintió—. También nos faltarían algunas entrevistas. Pienso ahora en Cafferty y en John Rebus.

—¿Qué cree que nos dirá Cafferty exactamente?

—Parece que tenía más relación con Jackie Ness de lo que pensábamos. Lo único que sabíamos al principio era que había invertido en el negocio de Ness. Luego, se descubrió que había asistido a una jornada de rodaje. Ahora, que pone en contacto a Larry Huston con Ness.

—Perfecto —concluyó Sutherland después de meditarlo un poco—. Tráigalo.

—¿Y a Rebus?

—¿Qué hemos averiguado interrogando a Steele, Edwards, Rawlston y Newsome? —A Clarke no se le ocurría ninguna respuesta—. Exacto —añadió Sutherland—. Dudo que con John Rebus sea diferente.

—Cuánto tiempo, Siobhan —dijo Cafferty al sentarse en la sala de interrogatorios. Luego, volviéndose hacia Emily Crowther—: La inspectora Clarke era una de las mejores clientas de mi discoteca. —Buscó unas tarjetas en el bolsillo y se las ofreció—. Unas consumiciones para usted. El Devil's Dram; está en Cowgate. Traiga a sus amigos. Es lo que hacía Siobhan.

—Antes de que usted fuera el propietario —le espetó Clarke.

—Sí, era usted más feliz cuando estaba al mando Darryl Christie.

Cafferty se cruzó de brazos. Llevaba un reluciente traje azul y una camisa de color limón con el primer botón desabrochado que mostraba una profusión de vello gris en el pecho.

—Tenemos que hacerle unas preguntas sobre Larry Huston —prosiguió Clarke.

—¿Se supone que lo conozco?

—En su día, abrió unas cuantas cajas fuertes para usted.

—¡Ah!, ¿sí?

—Incluida la de Adrian Brand.

—¿De verdad?

—Tenemos una declaración suya. —Clarke fingió estudiarla un momento—. Jackie Ness le había pedido que le buscara a alguien y usted lo puso en contacto con Huston.

—Y todo esto es de dominio público, ¿no? ¿Qué dice Jackie Ness? O, bien mirado, ¿qué dice sir Adrian?

Poco a poco, Cafferty esbozó una sonrisa.

—Imagino que no podrá ponernos en contacto con Conor Maloney.

—El nombre parece irlandés.

Clarke suspiró exageradamente.

—Puede andarse con tantos juegucitos como guste, pero sabe que no dejaremos de escarbar.

—Lo último que supe era que en Gartcosh habían tirado la toalla, hartos de que la pala chocara con roca maciza.

—Al margen de lo que hubiera en la caja fuerte, debía de interesarle a Conor Maloney. Un par de días después, Stuart Bloom desapareció de la faz de la tierra. ¿Está diciendo que no hay conexión?

Cafferty se volvió de nuevo hacia Crowther.

—Siobhan aprendió este numerito de John Rebus, pero nunca estará a su altura. Eso sí, cuando Rebus estaba en activo, los interrogatorios podían acabar mucho peor. Había que limpiar la sangre del suelo y las paredes. Los sospechosos solían tropezar solos y volverse torpes de forma repentina cuando bajaban unas escaleras. Ahora a todos os da miedo que os denuncien. —Volvió a mirar a Clarke—. O que os investigue Anticorrupción.

—Que no encontró nada —se vio obligada a responder.

—Nada que pudieran demostrar fehacientemente —dijo Cafferty—. Al igual que esa historia de Larry Huston; no llegará a ningún sitio con ella. ¿Qué van a hacer? ¿Acusarme de cómplice de un delito que nunca se cometió? ¿Brand lo denunció acaso a la policía? ¿Reclamó tal vez a la compañía de seguros?

—Lo cual es interesante, ¿no le parece? A lo mejor, tenía miedo de que Maloney se enterara del robo. Pero usted sí lo sabía, y quizá divulgó la noticia.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Para hacerse amigo de alguien que creía que podría resultarle útil.

Cafferty negó con la cabeza.

—Es comprensible que lo intente, Siobhan, de verdad, pero traerme aquí no la llevará a ninguna parte. Es más, creo que lo ha sabido en todo momento. Entonces ¿qué hago yo aquí? ¿Rebus ha estado susurrándole al oído?

—¿Y al suyo? A mí me parece que sabía cuándo iríamos a buscarlo y por qué.

—Lo conozco desde antes que usted, Siobhan, y sé que nada le gusta más que jugar a dos bandas. Es cierto ahora y lo era entonces.

—¿Qué significa eso?

Cafferty volvió a negar con la cabeza y empezó a abrocharse la americana.

—¿Hemos terminado? Ha desperdiciado una parte considerable de mi tiempo para irritarme, de modo que ya puede informar a Rebus de que, al menos, ha conseguido eso.

—¿Cree que Conor Maloney tuvo algo que ver con la muerte de Stuart Bloom?

Clarke se levantó de la silla al mismo tiempo que él y lo miró fijamente a los ojos.

—A lo mejor, antes sí lo creía —reconoció Cafferty al cabo de un momento.

—¿Y ahora?

—Lo hubiera publicitado más para que todo el mundo captara el mensaje. Habría sido una bomba en los bajos del coche o cualquier cosa por el estilo. Si algo no ha sido nunca Maloney, es sutil.

—Entonces ¿quién fue? ¿Ness?

—Dígamelo usted. Se supone que es la detective.

Cafferty hizo girar el pomo de la puerta y se fue.

Crowther se levantó poco a poco.

—Bastante bien —comentó.

Clarke se la quedó mirando.

—¿En qué sentido?

—Ha empezado asegurando que no conocía a nadie llamado Maloney y, al final, le has sonsacado que no cree que Maloney esté implicado. Y todo sin derramar una sola gota de sangre.

—A menos que salga corriendo y lo empuje escaleras abajo.

Ambas abandonaron la habitación mal ventilada sonriendo, aunque tímidamente.

—¿Has visto la vigilia que han montado? —preguntó Malcolm Fox, que estaba junto a la ventana de la oficina del Equipo de Delitos Graves sosteniendo una taza con ambas manos.

Clarke y Crowther se acercaron a él. En la acera de enfrente se encontraban Catherine Bloom y Dougal Kelly, que sostenían carteles de JUSTICIA PARA STUART BLOOM a la altura del pecho. No había periodistas, aunque un par de viandantes se hubiera detenido para sacarse fotos y una furgoneta blanca hizo sonar la bocina a su paso en un gesto de apoyo.

—¿Cuánto llevan ahí?

—Ni idea.

Vieron a Cafferty cruzar la calle y entablar conversación con ellos. Mientras hablaban, él asentía, y luego señaló la sala del EDG. Los tres levantaron la cabeza y Cafferty saludó con la mano enguantada. Después, sacó dinero de la cartera e intentó ponérselo en la mano a Catherine Bloom, que lo rechazó. Sin embargo, ella aceptó un abrazo y Kelly un apretón de manos, y luego Cafferty se alejó en dirección a Constitution Street.

—Ahora sí lo he visto todo ya —murmuró Fox, que se volvió hacia Clarke, pero esta se dirigía hacia la puerta.

Bajó las escaleras de dos en dos, abrió la puerta principal y cruzó la calle de doble sentido sin mirar. Bloom y Kelly se quedaron petrificados cuando se situó delante de ellos.

—¿Saben quién era ese? —dijo Clarke.

—Una persona bienintencionada —respondió Bloom.

—Ni por asomo. Se llama Cafferty. Morris Gerald Cafferty. Es un gánster y asesino. Drogas, trata de personas, extorsión... Le quedan pocas cosas por probar. Era amigo de Jackie Ness. —Miró fijamente a Dougal Kelly—. ¿Le suena de algo el nombre de Larry Huston? —Esperó hasta que Kelly negó con la cabeza—. Entró en la oficina de Adrian Brand acompañado de Stuart y robaron el contenido de la caja fuerte. Ocurrió solo dos días antes de la desaparición de Stuart gracias a que Cafferty facilitó el nombre de Huston a Jackie Ness. —Hizo una breve pausa—. Ahora pueden contárselo a la prensa. No tengo manera de impedirselo. Solo quería que supieran que estamos haciendo todo lo posible mientras ustedes charlan con la peor chusma. Pero son libres de vigilarnos al mismo tiempo que se les congelan los pies. Eso no nos distraerá ni entorpecerá lo más mínimo.

—¿Por qué no han acusado a Ness del asesinato de mi hijo? —le espetó Catherine Bloom—.

¿Por qué se muestran tan empeñados en protegerlo?

—Estamos recabando pruebas.

—¡La prueba es él! ¡Encontraron su huella en las esposas!

—Por supuesto, el fiscal no cree que sea suficiente para llevarlo a juicio —dijo Kelly en un tono conciliador, mirando a Bloom con la cabeza ligeramente ladeada.

—Fue Steele, ¿verdad? —le preguntó Clarke a Kelly—. Él le dijo que la huella pertenecía a Jackie Ness.

Kelly se volvió hacia ella.

—¿De verdad cree que voy a responder?

—Por eso lo pregunto. —Clarke señaló la comisaría—. Siempre podemos hablar ahí dentro si lo prefiere.

—Eso ha sonado a amenaza —dijo Catherine Bloom entornando los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas—. Y todo porque Dougal hizo saltar por los aires su bonita conspiración de silencio.

—El arrebato del señor Kelly ayudó a sacar de sus casillas a Jackie Ness.

—Sí, y después de atacar a un hombre, se va con una multa. ¿Qué es eso sino una prueba de que los suyos han sido indulgentes con él?

Clarke negó con la cabeza.

—Piense lo que quiera, señora Bloom.

—Lo haré, no se preocupe.

Clarke seguía negando con la cabeza cuando se dio la vuelta y cruzó de nuevo la calle. Al llegar a la otra acera oyó una bocina. No supo si era una queja dirigida a ella o un gesto de ánimo para la protesta silenciosa que les habían montado.

Diez minutos después, Clarke miró por la ventana y comprobó que Bloom y Kelly ya no estaban. Entonces sonó su teléfono. No reconoció el número, pero contestó de todos modos.

—Soy yo —dijo Dougal Kelly—. Acabo de meter a Catherine en un taxi y la he mandado al hotel. Le he dicho que me apetecía caminar.

Clarke cerró los ojos un momento. Estaba agotada.

—Nada de lo que hace ayuda. Si su libro es lo único que le importa, perfecto. Pero si le preocupa la familia, consiga que Catherine entre en razón. Necesita recuperar su vida.

—Stuart no recuperará la suya.

—¿Ella quiere justicia o venganza?

—Creo que quiere pasar página. Como ya sabrá, ni siquiera pueden fijar una fecha para el entierro hasta que el fiscal libere el cuerpo, y eso podría no suceder hasta después del juicio. Llevan doce años esperando.

—¿Cambiarán mucho las cosas unas semanas o meses más?

—Cada día les pasa factura —dijo Kelly con un suspiro—. Martin ha empezado a beber otra vez y Catherine no le habla.

—Lamento oír eso. ¿Ayudaría en algo si le dijera que pienso que estamos muy cerca?

—No sé si Catherine se lo creería.

—Yo tampoco sé si me lo creo, pero insisto en ello para no tirar la toalla.

—Esa historia que nos ha contado sobre la caja fuerte en el despacho de Brand... ¿Sería mejor que no saliera a la luz?

—Ahora mismo, probablemente sí.

—Pero usted lo ha mencionado.

—En un arrebato de locura.

Se impuso el silencio unos instantes y Clarke oyó a otros transeúntes y el motor de los autobuses.

—Siento haberle estropeado la comida con Laura —dijo él finalmente.

—Hizo mucho más que eso, Dougal.

—Si hubiera estado en mi pellejo, usted también habría preguntado por las huellas.

—¡Ah!, ¿sí?

—Por la reacción de Ness, ¿no diría que es culpable?

—Culpable de que lo hicieran ir demasiado lejos, quizás.

—¿En serio cree que es inocente?

—Intento ser abierta de mente. Fue Steele, ¿verdad? Ha estado pasándole información sobre la investigación original y ahora le ha servido a Jackie Ness de postre.

—Lo negaré en público.

—Por supuesto que lo hará, pero esto queda entre nosotros. —Clarke escuchó su silencio—. Por satisfacción propia.

—Déjeme invitarla a comer.

—No es buena idea.

Clarke vio en el umbral a un agente de recepción con lo que parecía una funda de DVD brillante en la mano.

—Para pedirle disculpas —dijo Kelly.

—Me lo pensaré —respondió Clarke antes de colgar.

Rebus la reconoció y se bajó del coche. Billie Meikle llevaba una llave en la mano y se disponía a abrir la puerta principal del edificio, pero se paró a observar a un grupo de estudiantes que probablemente volvieran a casa de la universidad. Vestía el uniforme del colegio, además de cargar una pesada mochila.

—Billie —dijo Rebus—, ¿está tu padre en casa? ¿Puedo subir a hablar con él un momento? — Ella lo miró extrañado—. Trabajo para la policía, no hay nada que temer. Seré breve.

Sin mediar palabra, la chica abrió la puerta y Rebus entró detrás de ella.

—Has cambiado de colegio, ¿eh? —preguntó Rebus mientras subían las escaleras de piedra. Iba rezando para que el piso estuviera en la primera o la segunda planta—. ¿Qué tal te va?

—Genial.

Billie se detuvo en el primer descansillo y abrió una puerta roja sin placa identificativa.

—¿Te gusta vivir con tu padre? —preguntó Rebus intentando disimular que le faltaba el aliento.

—Sí.

Tenía catorce años y una mata de rizos castaños que le caía sobre la frente y le tapaba la mitad de los ojos. La gordura infantil y aquel cuerpo desgarrado no tardarían en abandonarla. Ya estaba pensando en la universidad y en unirse a esos estudiantes que se había detenido a observar.

Había muy pocos muebles en el piso y los libros no llenaban la solitaria estantería del salón. Las butacas estaban ladeadas de modo que el gran televisor de pantalla plana fuera el centro de atención.

—No tardará en llegar —dijo la chica.

—Puedo esperar, tranquila. ¿Ves mucho a tu hermano?

Billie se ruborizó.

—Solo la visita semanal.

Estaba quitándose el abrigo y la rebeca y la mochila cayó al suelo emitiendo un ruido sordo.

—Lo vi ayer —le dijo Rebus—. Estoy intentando que la cárcel no le resulte tan dura.

Billie no pareció entender a qué se refería, pero le dio las gracias de todos modos.

—¿Quiere un café?

—No, gracias —dijo Rebus, que se acomodó en una butaca—. ¿Tienes deberes?

—Siempre —dejó la mochila en la pequeña mesa redonda y empezó a vaciarla—. Matemáticas, biología, geografía, literatura inglesa...

—En eso no puedo ayudarte.

Billie fingió interesarse por un libro de texto mientras formulaba la siguiente pregunta.

—¿Cómo estaba?

—Tu hermano está bien.

—No le gusta encontrarse allí dentro con... con gente que...

—Esa es una de las cosas que estoy intentando cambiar.

—¿Por qué?

Billie se lo quedó mirando, ansiosa por saber más.

—Porque no me parece bien, supongo. —La chica sopesó la respuesta y asintió lentamente—. Visitaste a tu madre aquel día, ¿verdad? ¿Ellis estaba como siempre?

—Se pasó casi todo el rato delante del ordenador. Había un par de amigos suyos.
—Pero ¿entraste en su habitación a decir hola?
—Ni siquiera se quitó los auriculares. Soltó un gruñido y me saludó con la mano.
—¿Y no habías oído nada sobre él y Kristen, si habían roto o discutido? —Rebus vio que negaba con la cabeza—. Kristen iba a tu colegio, ¿verdad? A tu antiguo colegio, quiero decir.
—Sí.
—¿La conocías? ¿Teníais relación?
—Me llevaba tres años.
—Supongo que, a tu edad, es bastante diferencia.
—Ella tenía sus amigas.
—¿Estuvo aquí alguna vez? —Billie negó con la cabeza—. ¿Ni siquiera cuando Ellis venía de visita? —Billie volvió a hacer un gesto negativo—. Entonces ¿tu padre no la conocía?
La chica se volvió hacia él.
—¿Qué le han contado?
—¿Quiénes?
—¡Todos!
—No era mi intención molestarte. —Billie volvió la cara de nuevo y se puso a hojear sus libros—. Pero tienes razón. Me han dicho que Kristen podía sentirse atraída por tu padre.
—Él no le hacía ni caso.
—Entonces son solo rumores.
—Lo que dicen por ahí es repugnante, ¿sabe? Lo tengo aquí —dijo sosteniendo en alto el teléfono móvil.
—El mundo siempre ha estado plagado de idiotas, Billie. Matones, racistas y gente por el estilo. Debes recordar que un teléfono no puede hacerte daño.
—Sí puede —respondió en voz baja.
—¿Recibías mensajes sobre Kristen? ¿Sobre ella y tu padre?
En aquel momento oyeron un cerrojo y se abrió la puerta.
—¿Estás en casa, princesa? —dijo Charles Meikle.
—¡Aquí!
La sonrisa de Meikle desapareció al ver que tenían visita.
—Es policía —le dijo Billie.
—¡Ah!, ¿sí? —Meikle se quitó la parka azul, bajo la cual llevaba un mono de trabajo—. ¿Puedo ver su identificación?
—En realidad, no lo soy —explicó Rebus—. Le he dicho a Billie que trabajo para la policía.
—¿En qué?
—En el caso de su hijo.
—Está en la cárcel, por si no se había dado cuenta. Intentan cargarle otro muerto, ¿no? Para mejorar su ratio de casos resueltos.
El físico de Meikle era casi hollywoodiense: rostro cincelado, mirada taciturna, el pelo con la raya al lado y la cantidad justa de barba incipiente. En el pasado había tenido algunos altercados con la policía, pero ninguno desde que rompió con su mujer. Según los informes, había sido mecánico la mitad de su vida y, por lo que vio Rebus en el piso, le iba mejor como padre soltero.
—Hay algunas molestias de las que nos gustaría ocuparnos.
—¿No cree que ya han hecho suficiente daño?
—Visitó a Ellis —terció Billie—. Está ayudándolo.
—Princesa, debes recordar que la policía te miente a la cara y luego más.

—Pero Billie tiene razón —dijo Rebus prudentemente.

Meikle negó con la cabeza, enfiló el pasillo y entró en la cocina. Rebus salió detrás de él y lo vio llenando la tetera con agua del grifo. La estancia estaba immaculada, el escurridor y el fregadero vacíos y las superficies limpias. ¿Era obra de Billie o de su padre?

—¿Sigue aquí? —preguntó Meikle.

—Sé que usted y Ellis han tenido sus diferencias en estos años —dijo Rebus—, pero ¿se llevaba bien con Kristen?

—¿A qué se refiere?

—Quería saber hasta qué punto la conocía usted.

Meikle lo señaló con un dedo.

—No debería hacer caso de los rumores.

—Billie dice que nunca venía por aquí.

—Cierto.

—Pero ¿la vio alguna vez?

—Sí, cuando estaba con Ellis. En casa de su madre.

—¿Las cosas iban bien entre su mujer y usted?

—Sí.

—¿Su hermano no creaba problemas?

—No hay nada entre ellos.

—¿Y entre Dallas y Kristen, tampoco?

—Más mentiras —farfulló Meikle, que negó con la cabeza mientras metía una bolsita de té en una taza—. ¿A veces no le da la sensación de que ahí fuera hay más mierda que otra cosa?

—Billie ha comentado algo parecido.

—Le dije que se deshiciera de ese móvil, pero es incapaz. En estos tiempos que corren han de tener uno. —Meikle apoyó los nudillos en la encimera mientras esperaba a que hirviese la tetera—. Lo mejor que he hecho en mi vida fue pedirle que viniera a vivir conmigo. Su antigua escuela era una porquería y sus notas, cada vez peores. —Hizo una pausa—. Hago todo lo que puedo, de verdad.

—No he visto nada que indique lo contrario.

—No siempre he sido un buen padre. Tiene razón; Ellis y yo reñíamos bastante, pero no es mal chico.

—Entonces ¿qué le empujó a hacerlo, Charles?

—¿Ha intentado preguntarle a él? —Meikle vio que Rebus asentía lentamente—. Sí, yo también, pero no creo que lo sepa ni él mismo. En el juicio, su abogada trató de culparnos a Seona y a mí. Mala educación, malos padres...

—Hizo su trabajo e intentó conseguirle una rebaja de condena.

—Ya lo sé, pero aun así, fue doloroso. —Se quedó mirando a Rebus—. ¿Eso es todo lo que tienen, entonces? ¿Que me ponía cachondo la novia de mi hijo y él decidió cargársela? —Negó con la cabeza una vez más—. Dios mío...

—No va usted a visitar a Ellis, señor Meikle. ¿A qué se debe?

—No me deja, pero no crea que no lo he intentado. Prácticamente hice que Billie le suplicara. —Se pellizcó el tabique nasal y cerró los ojos un momento—. Después de la ruptura, se puso de parte de su madre. Pensaba que todo había sido culpa mía. A lo mejor, era su venganza por todas las peleas que mantuve con él, pero sigue siendo mi hijo y lo quiero. Si me dejara, haría cualquier cosa por él.

Billie había estado escuchando desde el salón y entró y abrazó a su padre, que mantuvo los ojos

cerrados mientras le acariciaba el pelo. Ambos parecían estar al borde de las lágrimas y Rebus sospechó que era algo habitual. Luego se retiró lo más silenciosamente que pudo y se fue. En el descansillo estuvo reflexionando un par de minutos sobre lo que había visto y oído.

Y, lo más importante de todo: sobre lo que no había visto.

Graham Sutherland entró en la sala del Equipo de Delitos Graves con cara de malas pulgas, se acercó a la ventana y se quedó allí con las manos en los bolsillos y sin mediar palabra. Clarke miró a Callum Reid, que se encogió de hombros. Entonces entró Tess Leighton y cerró la puerta; al parecer, la habían citado allí. Finalmente, Sutherland se dio la vuelta. Cuando miró fijamente a Siobhan Clarke, ella supo lo que se avecinaba.

—Ayer la vieron —le dijo esforzándose por no apretar la mandíbula—, justo antes de la rueda de prensa, en una cafetería a mitad de camino de Leith Walk. Estaba usted con Dougal Kelly. ¿Es eso cierto?

—Con él y con Laura Smith, sí. Me invitó Laura y no tenía ni idea de que Kelly fuera a estar presente.

—Aun así...

—Pregúntele a ella —prosiguió Clarke—. Estuve allí dos minutos, discutí con Kelly y me fui.

—¿Dos minutos en los que habló de la huella de Jackie Ness?

—En absoluto. Si lo hubiera hecho, Laura también lo sabría. Se sorprendió, al igual que todos, de que Kelly lo mencionara en la rueda de prensa. ¡No se lo habría contado a él, sino a ella! Y, en todo caso, ¿quién me vio? ¿Alguien que tuviera un interés personal en todo esto?

—Un empleado de administración.

Sutherland estaba a punto de añadir algo, pero Clarke ya se disponía a salir. Abrió la puerta, entró en la oficina contigua y observó los rostros, parcialmente ocultos tras las pantallas de ordenador. En su mayoría, eran mujeres civiles.

—¡A nadie le gustan los chivatos! —gritó Clarke antes de volver al EDG.

Sutherland se encontraba en el centro de la sala y todos miraban a Clarke.

—Hasta hace poco —dijo con un leve temblor en la voz—, la gente decía que estaba a sueldo de Laura. Entonces ¿por qué iba a informar a Dougal Kelly sobre la huella de Ness? ¿No lo veis? Ha sido Steele. Tiene que ser él.

—Explíquese —dijo Sutherland cruzándose de brazos.

—Ya sé lo que parece. —Clarke levantó las manos en señal de rendición—, pero Steele y Edwards han estado hablando con Kelly. Le han pasado información sobre la investigación original y han sacado trapos sucios de prácticamente todos los implicados, excepto de ellos mismos.

—Tiene usted un largo historial con ellos —dijo Sutherland.

—Ya sé que parece que ande buscando venganza.

—Vayamos al grano. ¿Puede demostrarlo?

—Sin Dougal Kelly, no.

Sutherland se quedó pensativo unos instantes.

—¿De qué hablaron en esa reunión, por cierto?

—Laura es amiga mía. Pensaba que era un encuentro informal.

—¿Qué quería Kelly?

—Diría que un contacto aquí dentro. No llegamos tan lejos.

—¿Por qué no?

—Porque quería hablar del equipo que participó en la primera investigación y de su supuesta negligencia.

—¿No quería oírlo?

—No, especialmente.

—¿Porque eso podía significar oír algo poco halagador sobre John Rebus?

—Porque a mí me interesa el caso actual, no lo que ocurrió entonces —repuso Clarke.

Sutherland frunció los labios y miró al suelo. Luego levantó la cabeza y escrutó los rostros de los allí presentes.

—¿Alguna idea?

Algunos se encogieron de hombros, otros hicieron una mueca y George Gamble se aclaró la garganta.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Clarke con se quedad.

—¿Su amiga periodista corroborará esa historia? —preguntó Sutherland.

—Espero que sí, porque es la verdad.

—Pero es amiga suya, usted misma lo ha dicho, así que querrá cubrirle las espaldas.

—¿Esto es una reprimenda? ¿Me van a echar?

—Las medidas aún están por decidir.

—Muchas gracias, joder.

Clarke dio media vuelta con intención de irse.

—¿Adónde va?

—A tomar el aire. ¿Quiere que me siga alguien para asegurarse de que no hago travesuras?

Clarke esperó una respuesta, pero al ver que no llegaba, se dirigió a las escaleras.

Rebus estaba cruzando la ciudad en coche cuando lo llamó Christine Esson.

—¿Te pilló en mal momento? —preguntó.

—Dichosas obras —protestó Rebus—. ¿Qué puedo hacer por ti, Christine?

—He investigado todo lo que he podido. Acabé utilizando unos cuantos alias para seguir controlando el *chat*. Esto es un informe provisional.

—Adelante.

—Kristen no era muy popular entre los amigos de Ellis. Les gustaba a todos, pero no le caía bien a ninguno. Era demasiado estirada y bocazas. Nada indica que no estuviera enamorada de Ellis o que estuviera viéndose con otro. Sus padres son un poco...

—¿Religiosos?

—Yo iba a decir «fríos». Después de su muerte, guardaron silencio y su presencia en las redes sociales era prácticamente inexistente. La madre de Ellis, en cambio, iba a toda máquina. Si alguien hablaba mal de su hijo, contraatacaba. En su caso era, sobre todo, vía Facebook y Twitter, y en el de los demás, una mezcla de Snapchat, Tumblr, Instagram, Flickr, Reddit y WhatsApp.

—¿A quién te refieres con «los demás»?

—Al círculo de Kristen y Ellis.

—¿Y la hermana de Ellis?

—Pasa bastante tiempo en Internet. Intenté saludar a unos cuantos amigos suyos, pero creo que se dieron cuenta. No sé si mi «voz» fue la adecuada.

—¿Insinúas que no estás en la onda de los chavales?

—Tranquilo, abuelo.

—¿Sigues en contacto con compañeros de su antigua escuela?

—Eso parece.

—Pero ¿no ha tenido problemas para integrarse en la nueva?

—No.

—Su padre dice que estaba desilusionada con su anterior colegio.

—Eso no lo sé, pero su padre...

—¿Qué?

—Creo que encontré un rastro suyo en una página de citas. Por lo visto, solo tiene una dirección de correo electrónico y utilizaba su nombre real. Según parece, después de dejar a su mujer andaba buscando un perfil más joven en el mercado.

Rebus frunció el ceño.

—¿Cómo de joven?

—Nada ilegal, al menos que yo sepa. Entre veinte y treinta años, más o menos.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Por un tuit que envió a un compañero de trabajo en el que le daba las gracias por el consejo. Leí sus publicaciones antiguas.

—¿Alguna vez tuvo trato con Kristen?

—Cualquier cosa que se dijera pudo haberse borrado.

—¿Y Kristen y Dallas?

—Lo mismo. Siento no poder ser más útil.

—Todo es útil, Christine.

—Una cosa más: siempre hay bastantes provocaciones y burlas en la red, incluso entre amigos. Al parecer, uno atacaba a Billie en mayor grado que los demás. Responde al nombre de Chizzy. No sé si Billie lo conoce fuera de Internet.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Comentaba sus fotos, diciendo que Billie estaba gorda o tenía granos, ese tipo de cosas. Es todo bastante inofensivo, y siempre va acompañado de emoticonos guiñando un ojo o riéndose, pero es algo que una chica como Billie podría tomarse a pecho.

—¿Tienes idea de quién podría ser Chizzy?

—Esa es la cuestión. —Esson hizo una pausa—. Yo creo que es la madre de Billie.

—¿Qué?

—A lo mejor estoy totalmente equivocada, pero es por un par de cosas que dice Chizzy. Escribe «sobre todo» junto, por ejemplo. Seona Meikle hace lo mismo en sus publicaciones en Facebook. Puede que esté dándole demasiada importancia, por supuesto.

—¿Podemos averiguar la verdadera identidad de Chizzy?

—Necesitaríamos a alguien con más conocimientos técnicos. Yo soy una simple aficionada.

—Entonces ¿qué soy yo? —dijo Rebus.

—La cuestión es por qué se mofaría Seona de su propia hija.

—Tendré que pensar en ello.

—¿Quieres que siga?

—Si no es molestia...

—Me lo estoy pasando bastante bien, la verdad.

—Mientras no cruces la línea y se convierta en acoso...

Rebus la oyó chasquear la lengua.

—Lo cierto es que incluso decidí comprobar tu presencia en las redes sociales —dijo Esson.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y?

—No hay nada.

—¿Te sorprendió?

—En absoluto. Pero sabiendo lo frugal que eres...

—Cuéntame.

—Puedes utilizar FaceTime gratis.

—Todavía intento pillarles el truco a los teléfonos inalámbricos, Christine. No me lées.

—Bueno —dijo Clarke—. *Zombies vs. Bravehearts* me pareció mala, pero a su lado era *El Padrino*.

Los créditos finales habían terminado y en la pantalla de su televisor apareció el menú principal del DVD. Estaba sentada en el sofá junto a Rebus, que se quedó dormido un par de minutos a media película y no se perdió absolutamente nada. Clarke pasó por encima de Brillo, que estaba descansando, se acercó a la ventana del salón y cerró las cortinas, que impedían ver la noche de Edimburgo.

—Parece que grabaron algunas escenas en Craigmillar —dijo Rebus, que abrió la caja vacía del DVD—. Al no necesitar maquillaje para los demonios, debieron de ahorrarse una fortuna.

—Los dos protagonistas masculinos eran los mismos que en *Bravehearts*.

—Ninguno parece haberse convertido en una estrella de la taquilla.

—Los he buscado en Google. Ya no son actores.

—¿Es que lo fueron alguna vez?

Rebus se sirvió los restos de una solitaria botella de IPA. Clarke había tomado dos gin-tonics y acabó pasándose a la tónica sola. La velada había sido idea de ella, el centro inmóvil que Rebus le había dicho que buscara. Cenaron comida precalentada y, después de ver la película, Clarke repasó sus copiosas notas.

—Por lo que respecta a la agente de policía... el procedimiento no era exactamente su punto fuerte.

—Yo diría que a la cámara le interesaban los dos puntos fuertes que tiene en las tetas.

Clarke torció el gesto fingiendo disgusto.

—Quince minutos diez segundos y veintiséis minutos cuarenta —dijo—. Las dos escenas en las que vemos las esposas. La segunda es la mejor. —Utilizó el mando a distancia para avanzar la película—. Allá vamos. —Al cabo de unos segundos, pulsó el botón de pausa—. Bonito primer plano.

Tras una persecución, la heroína había apresado a un matón y lo tenía reducido en el suelo. Luego cogía unas esposas que llevaba prendidas al cinturón y se las ponía en las muñecas.

—Parecen bastante reales, ¿no? —dijo Rebus—. ¿Podrían ser el mismo tipo que las que se usaban en la época?

—No son de una tienda de artículos de broma, si te refieres a eso.

—Entonces ¿de dónde procedían?

—Eso es algo que debemos averiguar. No podemos demostrar que fueran las mismas que llevaba Bloom, aunque juraría que son el mismo modelo. Además, supongamos que eran esas en concreto. El hecho de que aparecieran en la película explicaría cómo llegaron las huellas de Ness hasta ellas. —Clarke estaba agachada a solo medio metro de la pantalla y la señaló—. Nos vendría bien saber qué fue de estas esposas después del rodaje.

—Ness es la opción más lógica para un interrogatorio.

—Mañana lo haré. Siento que no estuvieras allí cuando entrevistamos a Cafferty.

Clarke volvió al sofá y cogió el vaso.

—Estás perdonada. Imagino que solo rebuznó.

—Admitió que conocía a Conor Maloney, por si sirve de algo.

—Podrías haberme llamado por FaceTime para que pudiera escuchar.

Clarke sonrió.

—¿De repente eres un experto en FaceTime?

—Desde hace unas horas, sí. Christine ha estado dándome clases.

—¿En serio?

—Ribbit, Pratchat y todo eso no tienen secretos para mí.

—Nunca dejarás de sorprenderme —dijo Clarke con una sonrisa—. Entonces ¿le has pedido que revise el historial de Ellis en Internet?

—Está siendo un poco más exhaustiva.

—Pues será mejor que le dé las gracias la próxima vez que la vea. —Hizo una pausa—. ¿Y qué más novedades hay sobre Ellis Meikle?

—He estado trabajando en ello todo el día.

—¿No lo has dejado en manos de Christine?

—Dios me libre.

—¿Alguna conclusión?

—Solo que puedes decirle a Dallas Meikle que te has ganado su cooperación.

—Hoy también han interrogado a Steele y Edwards.

—¿Han estado elocuentes y encantadores, como de costumbre?

—¿No sería maravilloso que Ness hubiera conseguido las esposas a través de uno de los dos?

—Pero no conocían a Ness.

—A Adrian Brand, sí.

—Entonces ¿por qué iban a mover un dedo por el enemigo acérrimo de Brand?

Clarke no conocía la respuesta.

—Quiero que les hagan daño —dijo.

—¿En serio? Nunca lo habría adivinado. ¿Y ahora puedo tomar esa segunda cerveza que te he hecho prometer que no me darías por más que suplicara?

—Por encima de mi cadáver —dijo Clarke poniéndose en pie—. Prepararé té para los dos.

Cuando se fue, Rebus se agachó para acariciar a Brillo.

—Pronto nos iremos a casa —dijo cuando el perro levantó la cabeza—. Y me parece que Siobhan tendrá que aspirar esa alfombra.

Rebus pasó los dedos por el suelo y recogió todo el pelo que pudo mientras pensaba en el piso de Charles Meikle, con su cocina limpia y ordenada. Los restos de aceite en los nudillos del mecánico debieron de dejar marcas en la encimera. Todo el mundo deja rastros. Las esposas seguían en la pantalla del televisor. Eran aptas para uso policial. Un miembro del DIC o un policía raso sabrían dónde encontrarlas. A lo mejor, al igual que Rebus, guardaban unas en casa de recuerdo. Noches atrás lo comprobó y seguían en el cajón, un modelo antiguo con eslabones, junto a la rudimentaria llave que las acompañaba. En el cajón había otras cosas: una porra de acero retráctil y su vieja placa. No dudaba que gente como Alex Shankley, Doug Newsome e incluso Bill Rawlston tuvieran un cajón casi idéntico. Y si en uno de esos cajones faltaba algo, ¿qué demostraría?

—¿Te gusta el rooibos? —preguntó Clarke desde el umbral.

—Ni siquiera el té es normal ya —protestó Rebus fingidamente, y luego la siguió hasta la cocina.

—Gracias por venir, John —dijo Clarke sin darse la vuelta.

—Después del día que has tenido, era lo menos que podía hacer.

Clarke volvió la cabeza y esbozó una tímida sonrisa.

—¿Crees que Graham me echará del equipo?

—La pregunta es por qué no lo ha hecho ya.

—¿Y la respuesta es...?

Clarke le ofreció el té.

—A lo mejor te cree. Puede que incluso le gustes. —Rebus se encogió de hombros—. Pero si se entera Mollison, la historia podría cambiar. ¿Cómo lo lleva el resto del EDG?

—Aún no estoy segura —respondió apoyándose en la encimera.

—Steele no reconoce nada —comentó Rebus.

—Lo sé.

—Pero Dougal Kelly no tiene nada que perder si le dice al EDG que no fuiste tú.

—¿Crees que debería pedírselo?

—Es decisión tuya.

—Eso significaría que le debo un favor.

—A la mierda. Si luego quiere algo a cambio, lo mandas a paseo.

—A lo mejor, no dice eso cuando hable con él.

—No se lo comentas si no es estrictamente necesario —dijo Rebus, que tomó un sorbo de té.

—¿Qué tal está el rooibos?

—Casi sabe a té.

Rebus estaba mirando la botella de IPA, situada sobre la encimera, justo detrás de Clarke.

—Tranquilo, chico.

Rebus volvió la cabeza hacia la entrada, donde estaba mirándolos Brillo.

—No hablaba con el perro —dijo Clarke.

Cuando Rebus y Brillo se fueron, Clarke se quedó en el comedor para recogerlo todo, pero en lugar de eso respiró hondo y llamó a Dougal Kelly.

—Hola —dijo él.

—Mi jefe cree que pude ser yo quien filtró la información —anunció Clarke sin más preámbulos—. Mis compañeros me miran mal, y todo por su culpa.

—¿Saben que comimos juntos?

—Lo cierto es que no comimos juntos, pero me vieron en la cafetería con usted, lo cual viene a ser lo mismo. Necesito que le diga al inspector jefe Sutherland que se lo contó otra persona.

—¿De verdad está en apuros?

—¿Hablará con él?

—Seguramente pueda hacerlo. —Hizo una pausa—. He estado pensando en lo que dijo sobre la caja fuerte de Brand y el robo que cometieron Stuart y ese tal Huston. He convencido a Catherine de que no lo hagamos público aún, pero plantea una posibilidad, ¿no? Stuart va a ver a Jackie Ness después. A lo mejor, se quedó con el contenido de la caja porque creía que lo que había encontrado valía mucho más de lo que le pagaba Ness. Discuten y Ness acaba cargándose.

—En Poretoun House, no hemos encontrado nada que indique eso.

—Pudo ocurrir fuera. Cuando Stuart volvía a su coche, por ejemplo.

—Supongo —dijo Clarke frotándose los ojos.

Tenía la sensación de que podría dormir veinticuatro horas seguidas.

—Está agotada —dijo Kelly al ver que no hablaba—. Váyase a dormir. Hablaré con su jefe a primera hora.

—¿Le dirá que obtuvo la información de Steele y Edwards?

—Probablemente, no.

Kelly hizo otra pausa, como si estuviera a punto de decir algo, y los mecanismos mentales de Clarke se pusieron en marcha.

—Steele quería que nos viéramos, ¿verdad? Le metió la idea en la cabeza. ¿Le dijo que era la principal candidata si necesitaba a alguien que participara en la investigación?

—¿Y qué, si lo hizo?

—Significa que va a por mí —dijo Clarke pellizcándose el tabique nasal—. Y gracias a usted, tiene posibilidades.

JUEVES

—Esto empieza a parecer acoso —dijo Kelvin Brodie al sentarse con su cliente en la sala de interrogatorios.

Sutherland se situó enfrente y, junto a él, Clarke empezó a manipular el equipo de grabación. Creía que su presencia allí era un mensaje del inspector jefe al equipo. Según Sutherland, Kelly había cumplido su palabra.

—Entonces ¿me cree? —preguntó Clarke, pero lo único que obtuvo por respuesta fue una sonrisa impenetrable.

Jackie Ness estaba pálido y demacrado y tenía los ojos inyectados en sangre. Su abogado, en cambio, llevaba un traje aún más caro que el anterior y desprendía una energía nerviosa, como un parásito que ha logrado introducirse en su huésped. Ness se había convertido en noticia, lo cual mejoraba el caché de Brodie. El desenlace probablemente no importara. Dicen que la mala publicidad no existe.

Sin embargo, el interés de la prensa no parecía estar teniendo ese efecto en Ness.

Los cuatro se identificaron para que quedara constancia y Clarke asintió para indicar a su jefe que el dispositivo funcionaba correctamente. Después deslizó varias fotografías del DVD al otro lado de la mesa. Las había tomado con su teléfono móvil y las había impreso en papel tamaño A4. Tenían más grano del que le hubiera gustado, pero cumplían su cometido.

—¿Reconoce esto, señor Ness?

El productor tardó un momento en despertar.

—Son unas esposas —dijo finalmente.

—Utilizadas en su película *Cops vs. Demons*. Vi una copia ayer por la noche.

—Si usted lo dice.

—El técnico de sonido en esa película era Colin Speke, ¿verdad?

—Si usted lo dice —repitió Ness.

—Bueno, su nombre aparece en los créditos finales. Preguntó usted al señor Speke si conocía a alguien que pudiera prestarle unas esposas para un par de escenas y encontró unas en la discoteca Rogues, cortesía de Ralph Hanratty. Pero a usted no le satisficieron. ¿Le suena de algo?

—Es posible.

—Pero esas esposas... —Clarke señaló las fotos, que el abogado estaba examinando—. Parecen auténticas. Son muy similares, o puede que incluso idénticas, a las que encontraron en los tobillos de Stuart Bloom. —Hizo una pausa para que calara el mensaje—. Nosotros queremos saber qué pasó con ellas cuando terminó el rodaje.

Ness le dedicó la mirada amodorrada de una persona que ha pasado la noche en una celda y no ha podido volver a casa.

—¿Sabe la de malabarismos que tengo que hacer para acabar una película? ¿Cómo voy a recordar un detalle como ese?

—¿Aunque eso pudiera llevarnos al asesino del señor Bloom?

—Les ayudaría si pudiera —dijo el productor. Tenía los hombros caídos, pero no convenció del todo a Clarke. No podía olvidar que aquel hombre se había pasado la vida rodeado de actores.

—¿Quién las consiguió, entonces? Preguntó usted al equipo de rodaje y los actores. Alguien debió de traerlas.

—¿Joe Madden, quizás? No, Joe no. —Ness arqueó el cuello y miró al techo en busca de inspiración—. Tiene razón en lo de Colin. Trajo unas esposas de mírame y no me toques; solo les faltaba pelo rosa alrededor. Una porquería del *sex shop*...

—Tómese su tiempo —dijo Clarke, y Kelvin Brodie consultó el reloj.

—Creo que ha quedado claro que mi cliente no lo recuerda. ¿Podemos continuar?

—Bien, luego está el asunto del robo.

Clarke clavó la mirada en la de Ness.

—El robo, ¿dónde? —preguntó Brodie.

—En el despacho de Adrian Brand, un par de noches antes de la desaparición de Stuart Bloom.

Sutherland sacó una hoja mecanografiada de un sobre marrón y la leyó como si pretendiera refrescar la memoria sin molestarse en enseñársela a Brodie, ni a su cliente.

—Pidió usted ayuda a Morris Gerald Cafferty para encontrar un ladrón de cajas fuertes —dijo Clarke a Ness—. Por curiosidad, ¿lo de abrir la caja fuerte fue idea suya o de Bloom? Supongo que da igual. Lo pertinente aquí es que puso usted en contacto a un hombre llamado Larry Huston con Bloom, y ambos entraron en el despacho y vaciaron la caja.

—Esa es una afirmación insólita, inspectora Clarke —dijo Brodie extendiendo la mano, pero Sutherland no estaba dispuesto a entregarle el informe—. Agradecería ver las pruebas de las que disponen.

—Tenemos una declaración completa del señor Huston.

—¿Y una lista de los objetos robados? ¿Ese tal Huston se reunió con mi cliente o solo con Bloom? ¿Es posible que se trate de un hombre fantasioso al que han convencido para que idee esta historia francamente disparatada?

—Es un testigo creíble, señor Brodie.

Este se volvió hacia su cliente.

—Eso no ocurrió —respondió Ness.

Clarke arqueó una ceja.

—Cafferty dice que sí y Larry Huston, también.

—Nunca he oído hablar de ese tal Huston y solo vi a Cafferty un par de veces y porque Billy Locke lo convenció para que invirtiera en una de mis películas.

—¿*Zombies vs. Bravehearts*?

—Sí.

—Incluso vio el rodaje en Poretoun Woods.

—¿De verdad?

—Eso dice él.

Ness volvió a encogerse de hombros.

—¿Usted sabe cuántos parásitos hay en un rodaje? Desde el sobrino del productor ejecutivo hasta el novio o la novia de un extra. —Pareció encenderse una luz detrás de sus ojos—. ¡De ahí salieron las esposas! Ahora me acuerdo. Uno de los extras tenía un colega que siempre andaba por allí. Le caía bien a todo el mundo porque...

Ness dejó de hablar, miró a su abogado y le susurró algo al oído.

—No es muy inteligente retener información que pueda ser relevante para esta investigación —advirtió Clarke.

Brodie meditó lo que acababa de decirle su cliente y asintió, y Ness se volvió hacia Clarke.

—Siempre llevaba nieve encima. Nieve y pastillas. Yo no tomo nada de eso y no apruebo su

consumo.

Clarke rememoró su conversación con Hanratty y los ojos relucientes de Stuart Bloom y Derek Shankley en la pantalla.

—Ya sabemos que había drogas en el rodaje, señor Ness. ¿Está diciendo que ese individuo era traficante?

—Nunca vi dinero cambiando de manos.

—Pero supuestamente no regalaba la droga, ¿verdad?

Sutherland se aclaró la garganta.

—¿Por casualidad recuerda su nombre, señor Ness? —Este hinchó las mejillas y expulsó el aire ruidosamente—. ¿Conserva por casualidad una lista de todos los que visitaron el rodaje?

—No soy Paramount Pictures. Las medidas de seguridad consistían en un par de preguntas a quien yo no reconociera.

—Pero ese hombre iba con frecuencia y usted sabía que vendía drogas. —Clarke se inclinó hacia delante—. Me cuesta creer que haya olvidado su nombre. ¿Actuó alguna vez en una producción suya?

—Es posible que hiciera de extra. Me suena que su amigo era uno de los zombis de *Bravehearts*, así que quizás él también.

—¿Quién era su amigo?

Ness se encogió de hombros una vez más.

—Un hombre de la zona.

—¿Y no sabemos cómo se llamaba?

Ness negó lentamente con la cabeza.

—Estoy intentando ayudarles, de verdad.

—¿Le preguntó dónde había conseguido las esposas?

—Creo que simplemente me alegré de que pesaran un poco. Y sonaban bien. Colin lo comentó cuando rodamos esta escena —dijo señalando una de las fotos, en la que aparecían las muñecas del actor esposadas.

—¿Y cuando ya no las necesitaban...?

—Inspectora —dijo Brodie toqueteándose la pulsera de cuero del reloj—, ¿van a aportar pruebas de que las esposas de la fotografía son las que se utilizaron en el crimen?

—Estamos recabando información, señor Brodie.

—Admirable, estoy seguro de ello. Pero si son las mismas, comprenderán que el hecho de que aparecieran en una película de mi cliente explicaría por qué encontraron parte de una huella suya en ellas.

—Soy muy consciente —respondió Clarke mirando fijamente a Ness—. Si podemos demostrar que son las mismas, tal vez se salve de ir a juicio, señor Ness.

Este chasqueó los dedos como si hubiera recordado algo repentinamente.

—Su nombre de pila era Gram.

—¿Gram?

—Sí, como un gramo de cocaína.

—¿Y Gram era el traficante y no su amigo, el extra? —Ness asintió—. Pero ¿no conoce el nombre del amigo?

—El señor Ness está haciendo todo lo que puede, inspectora —terció Brodie, pero Clarke lo ignoró.

—¿Ese amigo era figurante, señor Ness? ¿En *Bravehearts*? ¿En *Cops vs. Demons*? ¿Es posible que Gram apareciera también en pantalla?

—No estoy seguro.

—Pues resulta que tengo las dos películas aquí conmigo. ¿Estaría dispuesto a verlas por si puede reconocer a alguno de los dos?

Ness se quedó pensativo un momento y asintió.

—Probablemente me encuentre mejor aquí que fuera. Cuando no me acosa la prensa, lo hace la madre de Stuart.

—Querrá que esté presente su abogado, por supuesto.

Clarke se volvió hacia Kelvin Brodie. Tres horas de películas de serie B en un ordenador portátil con Jackie Ness como acompañante. Clarke supo que la mirada del abogado podría haberla matado.

Rebus estaba sentado en el Saab vigilando la casa de Meikle con el volumen de la radio bajo. Después de veinte minutos y un paquete de chicles, salió Dallas Meikle, que se montó en el coche y se fue. Rebus cerró el suyo, se dirigió hacia la puerta principal y llamó al timbre. Le abrió Seona Meikle, que llevaba un cigarrillo en la mano. Su mirada era cualquier cosa menos hospitalaria.

—¿Le conozco? —dijo con voz ronca.

—Estuve aquí hace unos días. Me vio hablando con Dallas.

—Dijo que frecuentaba usted el McKenzie's, pero era una trola. Lo pilló cada vez que miente.

—Eso es que tiene experiencia, ¿no?

—¿Quién es y qué quiere?

—Soy exagente del DIC. Me han encargado que investigue la condena de su hijo. Deduzco que Dallas no le ha mencionado nada.

La mujer, con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios, se tomó su tiempo y cruzó los brazos.

—No —reconoció finalmente.

—Pues Dallas estuvo acosando a una de las agentes que participan en el caso y me llamó para que les ayudara.

—¿Ayudara en qué?

—A examinar las pruebas e indagar un poco más de lo que tal vez hicieron en el juicio.

—¿Está intentando sacarlo de allí?

A Seona Meikle le entró humo en los ojos y los entornó.

—Trato de determinar qué ocurrió en realidad y por qué.

Ella negó con la cabeza.

—Puto Dallas. Sabía que no lo dejaría correr.

—¿Cree que lo hizo su hijo, señora Meikle?

—¿Quién si no?

Era una pregunta lógica, pero a Rebus no le apetecía responder, así que metió las manos en los bolsillos y mantuvo una postura informal.

—He estudiado las redes sociales de algunos miembros de su familia —dijo—. Estableciendo relaciones y cosas por el estilo.

—¿Eso es legal?

Rebus la miró fijamente.

—Me gustaría saber por qué se hace llamar Chizzy, señora Meikle.

—¿Eh?

—Cuando se hace pasar por una amiga de su hija. Las veces en que se dedica a criticarla.

—Váyase a la mierda.

Seona descruzó los brazos y cogió el cigarrillo.

—Me atrevería a decir que no se pondrá contenta cuando se entere.

La mujer dio un paso atrás y empezó a cerrar la puerta.

—Es porque eligió a su padre en vez de a usted, ¿verdad? Eso es lo que la cabrea.

—Váyase a la mierda —repitió.

—Y ahora, ni siquiera tiene a Ellis consigo —añadió Rebus—. Están solos usted y su cuñado, todo muy bonito y amigable. Bueno, no es amigable en absoluto...

Sus últimas palabras rebotaron contra una puerta que acababa de cerrarse. Rebus se agachó para levantar la tapa del buzón, pero apartó rápidamente los dedos al ver que se acercaba el cigarrillo.

—Eso es intento de agresión, señora Meikle —gritó, pero obtuvo por toda respuesta su ya reiterada expresión, esta vez desde el interior de la casa. Seona Meikle había terminado con él.

—Ha ido bien —dijo Sutherland a Clarke cuando regresaron a la sala del Equipo de Delitos Graves.

Clarke se limitó a asentir y pidió a Phil Yeats que llevara un portátil y los dos DVD a la sala de interrogatorios. Cuando se sentó a su mesa, recordó que debía hacer una llamada y encontró el teléfono móvil de Derek Shankley en una lista al lado de su ordenador.

—¿Sí? —dijo.

—Soy la inspectora Clarke. Lo llamo desde Leith. Espero no molestar.

—Estaba preparando el trabajo del curso.

—No lo entretendré mucho. Solo quería saber si le sonaba el nombre de Larry Huston.

—Me temo que no.

—Creemos que ayudó a Stuart a entrar en el despacho de Adrian Brand y robar la caja fuerte.

—¿En serio?

Shankley parecía interesado.

—Stuart probablemente se citara o hablase con Huston antes del robo, que se produjo solo un par de noches antes de su desaparición.

—Stuart casi nunca hablaba de trabajo.

—¿No?

—Siempre decía que lo que no supiera no podría perjudicarme.

—¿Dos noches antes de su desaparición estaba usted esperándolo en su piso?

—Déjeme pensar... Sí, probablemente.

—Debió de volver tarde.

—A menudo, trabajaba de noche.

—Tras haberse hecho con el contenido de la caja fuerte, imagino que estaría exultante, quizá más de lo habitual.

Se impuso el silencio mientras Shankley intentaba recordar.

—Sí, así es —dijo a la postre—. Estaba temblando. Se sirvió un whisky, lo cual era infrecuente en él. Ahora lo recuerdo. Pensé que tenía fiebre o algo parecido.

—¿Y llevaba una bolsa consigo?

—No veo nada raro en eso.

—Pero no llevaba la compra. ¿Hubo algo que fuese reacio a mostrarle?

—Podría ser. No lo recuerdo. Sé que estuvo levantado hasta tarde y me despertó cuando fue a la cama. Parecía... un poco apagado. Supuse que estaría cansado. Al día siguiente, se encontraba bien.

—¿Vio la bolsa después?

—Creo que no. ¿Es importante? A lo mejor, se la llevaron en el robo.

Clarke se sobresaltó.

—¿Qué robo?

—Una semana después de la desaparición de Stuart, recibí una llamada de un vecino suyo. Alguien había abierto la puerta a patadas.

—¿Qué le robaron?

—No sé si se llevaron algo. Quiero decir, nada que yo echara en falta.

—¿Y la bolsa?

—Desconozco si aún estaba allí.

—¿Por qué no lo denunció, Derek?

—Se me adelantaron los vecinos. Me encontré con la policía cuando llegué.

—¿Qué policía?

—De los que llevan uniforme y te piden el carné.

—¿Esa información pudo ser trasladada a la brigada que estaba investigando la desaparición de Stuart?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Tiene razón —reconoció Clarke.

—¿Hay algo más, inspectora?

—Solo una cosa. Stuart y usted fueron extras en *Zombies vs. Bravehearts*. Los vi en el DVD, ¿recuerda?

—Sí.

—Imagino que ninguno de los dos había consumido nada, ¿verdad? Parecían un poco... contentos.

—Mejor eso que rígidos.

—No se meterá en líos, Derek. Solo necesito saberlo.

—Había muchas sustancias durante el rodaje, si se está refiriendo a eso.

—¿Proporcionadas por un hombre llamado Gram?

—Ahora que lo menciona...

—¿Sabe cómo se apellidaba?

—Creo que no.

—¿Podría describirlo?

—Era... muy corriente.

—¿Acento local?

—Diría que sí.

—Por lo visto, tenía un amigo que pudo haber hecho de extra con ustedes.

—Lo ignoro. Fueron pocos días, hace mucho tiempo, y colocados con lo que tuviéramos a nuestro alcance. Entonces, cuando Stuart desapareció... —Shankley suspiró—. Lo siento, no me acuerdo.

—Si lo hace, ya sabe dónde encontrarme.

—¿Podría explicarme qué tiene que ver esto con la muerte de Stuart?

—En este momento, no. Adiós, señor Shankley.

—Inspectora...

—¿Sí?

—¿Les resultaría útil echar un vistazo en el piso de Stuart?

—¿Cómo dice?

—Sus padres se lo quedaron. Me permitieron llevarme mis cosas, pero después...

—¿Todavía lo tienen?

—Según Dougal Kelly, sí.

Clarke hizo una pausa.

—No sabía que se conocieran.

—Me entrevistó para el libro que está escribiendo y me contó que nadie había tocado el piso en doce años. La familia no quería que dieran por muerto a Stuart. Puede que Catherine creyera que iba a volver algún día.

—¿Podría conseguirme la llave?

—Será mejor que se la consiga otro. He sido *persona non grata* desde la desaparición de Stuart.

—¿Y aun así, aparecerá en el libro?

—Si Catherine tiene la última palabra, no. Creo que la única razón por la que Kelly sigue ahí es que se ha convertido en un sustituto.

—¿De Stuart?

—¿Se ha fijado en el parecido que ambos guardan?

—Es posible.

—En los ojos, las maneras...

—Preguntaré a Kelly si puede conseguirme la llave.

—No me importaría acompañarla si le parece bien. Solo para refrescar la memoria.

Kelvin Brodie estaba en el umbral y se aclaró la garganta para anunciar su presencia.

—Veré qué puedo hacer —dijo Clarke a Shankley antes de colgar, y luego se dirigió hacia el abogado.

—Puede que tenga algo para usted —dijo este.

En la sala de interrogatorios, la película se encontraba en pausa. Jackie Ness estaba inclinado sobre la pantalla del portátil, con las manos apoyadas en la mesa.

—Estoy bastante seguro —dijo—. Bastante seguro. —Levantó una mano y tocó primero una cara y luego la otra—. Esos dos de ahí.

Clarke miró la pantalla.

—¿Los zombis con la cara manchada de barro y sangre?

—Barro real y sangre falsa.

Se distinguían más o menos los ojos, pero nada más. La altura y el color del pelo eran casi imposibles de adivinar.

—¿Aparecerán en otras escenas? —preguntó Clarke.

—Míre —dijo Brodie con impaciencia—, ya tiene su identificación. No sé qué más piensa conseguir...

—Es una buena película —terció Jackie Ness—. Lo había olvidado. Aún queda una hora.

—Y luego, *Cops vs. Demons* —le recordó Clarke—. Así que continúen, por favor.

Y, sonriendo al abogado, se fue de allí.

La siguiente parada fue la sala de Malcolm Fox. En cualquier caso, las montañas de documentos habían crecido. Llevaba la corbata floja y el primer botón de la camisa desabrochado.

—¿Sigues aquí, entonces? —preguntó Clarke.

—Convencí a Lyon de que no había terminado.

—Es una investigación por asesinato, Malcolm. Debe de ser más emocionante que revolver papeles en Gartcosh. —Vio que Fox examinaba el contenido de la sala y sonreía—. O diferente —precisó—. Pero dime: con ese gran cerebro forense que tienes, ¿has encontrado algo sobre un robo en el piso de Stuart Bloom?

—¿Cuándo?

—Una semana después de su desaparición. Lo denunciaron sus vecinos y la policía fue a echar

una ojeada.

Fox se puso pensativo y frunció el ceño.

—Estoy bastante seguro de que aquí no hay nada.

—Demasiado tiempo para atar cabos...

—¿Nadie sumó dos más dos?

—Probablemente creyeran que fue una acción oportunista. El tipo no estaba en casa, así que no había vigilancia.

—¿Qué se llevaron?

—Derek Shankley cree que poca cosa, si no nada.

—¿Tienes idea de por qué?

—A lo mejor, lo que buscaban no estuviera allí. O estaba allí y se lo llevaron.

—¿El contenido de la caja fuerte?

Clarke se encogió de hombros.

—Por lo que dice Derek, al margen de lo que hubiera en esa caja fuerte, su contenido no exaltó a Stuart, precisamente.

—Pero ¿alguien quería recuperarlo?

—O ignoraba que carecía de valor. —Clarke escrutó de nuevo la sala—. Suponiendo que no se lo entregara a Jackie Ness en su último encuentro.

—¿Qué dice Ness?

—Que no hubo robo, ergo no había nada que entregar. ¿Dónde está tu niñera?

—Tess cree que ahora soy de los vuestros.

—¿Solo ha tenido lugar esa cena de momento?

—Ayer por la noche salimos a tomar una copa. La idea era ir al cine, pero no nos interesaba ninguna película.

—Debería haberos invitado a ver un DVD en casa.

—¿*Cops vs. Demons*?

—La misma.

—¿Habéis averiguado algo?

—Las esposas son muy parecidas a las que utilizaron con Stuart Bloom.

—¿Y?

—Puede que tengamos una pista sobre quién las proporcionó.

—¿Un policía?

—No.

—Pero ¿son aptas para uso policial?

—Un poco antiguas. El tipo que se las facilitó era traficante de drogas.

—¿Cafferty?

—¿Por qué dices eso?

—En aquella época, era el dueño del negocio.

—Pero lo había dejado después de aquellas sobredosis. —Clarke hizo una pausa—. Veo que las cosas van sobre ruedas con Tess, ¿eh?

—Yo diría que sí.

—¿Te ha comentado algo sobre mí?

—Le he asegurado que eres uno de los buenos.

—¿Y el resto del equipo?

—Saben que tú y yo nos conocemos desde hace mucho.

—¿Eso significa que es poco probable que se sinceren contigo? —preguntó Clarke, y luego

asintió.

—Según Tess, Sutherland ha hablado en privado con todos ellos. Está de tu parte.

—Puede que al final no dependa de él.

Fox vio a qué se refería.

—¿Anticorrupción?

—¿Has tenido noticias tuyas últimamente?

—Steele quería saber cómo sentó su interrogatorio en el EDG.

—Espero que le dijeras: «Como una taza de vómito frío».

—Fui un poco más diplomático.

Clarke apoyó la mano en la torre de papeles más cercana.

—¿Hay suficiente aquí para que se presenten cargos contra alguien?

—Casi seguro.

—Pero ¿no contra Steele y Edwards?

—Probablemente, no.

—¿Y qué me dices de Skelton y Newsome? —Vio que Fox asentía lentamente—. ¿Bill Rawlston? —Fox balanceó la mano para indicar que tal vez—. ¿John Rebus?

—Ah, contra John, seguro.

—¿Por alertar a Shankley de las redadas en Rogues?

—Como aperitivo, sí.

—¿Quieres decir que hay un primer plato?

—Seguido de queso y pastelitos.

—¿Me dejarás ver la carta?

—Creo que no puede permitirse esos precios, inspectora Clarke.

—¿No tengo crédito?

Fox suspiró.

—John hizo todo lo que estaba en su mano por relacionar a Cafferty con la desaparición de Bloom, aunque eso significara contar mentiras y medias verdades a un par de amigos periodistas. Yo creo que pretendía quitar a Cafferty de en medio. No funcionó, pero uno de los periodistas acabó en el hospital.

—¿Fue cosa de Cafferty?

—Un atraco en la calle. Pero, leyendo entre líneas, sí, fue cosa de Cafferty. El periodista denunció a John, pero él lo negó todo.

Clarke digirió lo que estaba oyendo.

—Así que policías y periodistas, ¿eh? —Miró fijamente a Fox—. De ahí pueden salir toda clase de complicaciones.

El silencio se impuso hasta que Fox lo interrumpió.

—Lo sabes, ¿verdad?

—¿Que fuiste tú quien informó a Laura Smith? Por supuesto que lo sé.

—¿Te lo contó ella?

Clarke negó con la cabeza.

—Laura siempre protege sus fuentes, ambos lo sabemos. Pero olvidas que fui yo quien te la presentó. ¿Quién coño iba a ser, si no?

Fox se había ruborizado.

—Me supo muy mal que Anticorrupción fuera a por ti.

—Pero no lo suficiente para admitirlo.

—No.

Clarke se encogió de hombros.

—Steele y Edwards veían lo que querían ver. Sabían que yo tenía relación con Laura. Tú fuiste lo bastante listo para mantener la tuya en secreto. Y luego estaba mi historia con John.

—¿Intentaron llegar a él a través de ti?

Clarke negó con la cabeza una vez más.

—Me querían a mí porque nunca han conseguido echarle el guante.

Hubo otro silencio hasta que Fox se aclaró la garganta.

—¿Seguimos siendo amigos, Shiv?

—A menos que estés dándome la patada por Tess Leighton. Aunque, a lo mejor, la ves como algo más que una amiga.

—El tiempo lo dirá. Mientras tanto, si necesitas mi ayuda para meterle los pies a alguien en la hoguera...

—Las llamas se acercan cada vez más a Steele y Edwards —dijo Clarke asintiendo despacio.

—Los de la calaña de esta gente suelen tener un extintor a mano.

—A lo mejor, descubren que han sido vaciados todos.

—¿Por ti?

—Por John y por mí —lo corrigió—. Solo espero que podamos atraparlos antes de que ellos me atrapen a mí. —Lo miró fijamente—. Recuerda no mencionar nada de esto por una vez.

Clarke estaba observando a Malcolm Fox ruborizarse una vez más cuando Graham Sutherland asomó la cabeza por el umbral.

—Reclaman nuestra presencia en St. Leonard's —dijo.

—¿Mollison? —aventuró Clarke.

—Mollison —confirmó Sutherland.

El comisario Mark Mollison estaba sentado a la mesa más ordenada del mundo en su despacho de la comisaría de St. Leonard's. Había varios premios en el alféizar situado detrás de él y unos cuantos más en las paredes. Siobhan imaginó que probablemente dataran de su época de colegial. Incluso había enmarcado lo que parecía su título universitario. No les ofreció asiento ni a ella, ni a Graham Sutherland. Había tenido tiempo para preparar el ceño fruncido y la mirada penetrante.

—Se reunió usted con el cabrón de Kelly antes de su perorata —dijo sin más preámbulos—. Habría estado bien que avisara.

—La inspectora Clarke me ha asegurado... —dijo Sutherland, pero Clarke lo esquivó y dio un paso al frente.

—¿Me equivoco mucho si digo que fue Anticorrupción quien se lo contó? —Mollison no daba señales de querer contestar—. Con el debido respeto, piense en cómo pudieron averiguarlo.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que son ellos quienes filtraron la información a Dougal Kelly.

—¿Como parte de una *vendetta* continua contra usted? —preguntó Mollison esbozando una media sonrisa.

—Sé que fueron ellos —añadió Clarke—. Y sabían que yo les plantaría cara, así que decidieron defenderse primero.

—¿Se reunió con Kelly o no?

—No sabía que iba a estar allí.

—Entonces ¿pensaba que solo estarían presentes usted y Laura Smith, la misma periodista que la convirtió en el blanco de una investigación de la Unidad Anticorrupción que se prolongó casi todo el año pasado?

—Ignoraba que Smith figurara en una especie de lista negra. ¿Hay alguien más con quien no deba juntarme?

—Siobhan... —dijo Sutherland en tono de advertencia.

—Veo que nada de esto lo sorprende —terció Mollison mirando fijamente a Sutherland.

—La inspectora Clarke me informó de ello voluntariamente. Ella era consciente de que podía dar mala imagen y quería que lo supiera.

—¿Y no juzgó adecuado trasladarme esa información?

—Le pido disculpas.

—Nuestro Departamento de Prensa está furioso. Tienen a periodistas que quieren saber por qué hablaríamos con un recién llegado como Kelly mientras los manteníamos a ellos al margen.

«Ahora lo entiendo», pensó Clarke. Para Mollison, todo era cuestión de imagen pública.

—Lo único que puedo decir, señor —prosiguió Sutherland—, es que me inclino por aceptar la versión de los hechos que da la inspectora Clarke. Alguien filtró la información, pero no fue ella.

—¿Y que siga trabajando en el caso no envenenará el ambiente en el EDG?

—La inspectora Clarke se ha ganado nuestra confianza, señor.

Clarke miró la pared situada detrás de Mollison sin dejar que su expresión transmitiera nada. Mollison guardó silencio y suspiró.

—Anticorrupción está impaciente por abrir una investigación.

—Sorpresa, sorpresa.

Clarke no pudo evitar decirlo, lo cual le valió otra mirada fulminante.

—Por lo que he oído —dijo Mollison con frialdad—, no veo razones para que no se lleve a cabo.

—Salvo porque interferiría en la investigación en curso ahora que hemos llegado a un punto crítico —intervino Sutherland—. Además, ¿la Policía de Escocia no ha aireado ya suficientes trapos sucios últimamente? ¿Anticorrupción no puede esperar a que se cierre el caso?

—¿Cuando alguien está filtrando pruebas a terceros?

—No es nadie de mi equipo, señor.

—Entonces ¿quién? ¿A quién más conoce Kelly? ¿Con quién se ha reunido? —Mollison levantó el pulgar—. Conoce a Laura Smith. ¿Y a quién conoce ella? —añadió mirando de nuevo a Clarke.

—También conoce a gente de Anticorrupción —afirmó esta—. Le han dado información sobre la investigación original y se han cubierto las espaldas delatando a todos los demás.

—Supongo que puede demostrar eso, ¿no?

—Es mi palabra contra la suya —reconoció Clarke—. Hasta el momento en que Dougal Kelly lo haga público.

Mollison se puso pensativo una vez más.

—A lo mejor Anticorrupción debería hablar con el señor Kelly.

—Sí, eso sería espléndido —repuso ella mientras se las arreglaba para no poner los ojos en blanco y Sutherland hacía presión en su codo con los dedos.

—¿Algo más, señor? —preguntó Sutherland. Mollison sopesó la pregunta y agitó la mano—. Gracias, señor.

Sutherland dio a Clarke la oportunidad de mostrar contrición, pero lo único que hizo fue zafarse de su garra y abrir la puerta.

Una vez fuera, Sutherland hinchó las mejillas y espiró.

—Gracias por dar la cara por mí —dijo Clarke—, aunque eso haya supuesto contar algunas mentiras.

—Me atrevería a asegurar que no es la primera vez que alguien miente a Mollison.

—No quiero que tenga problemas por mi culpa.

—Yo solo estoy protegiendo esa partida de *pitch and putt* que me prometió. Además, parece que los de Anticorrupción anden locos por intentarlo otra vez con usted.

Habían salido de la comisaria y se encontraban en el aparcamiento trasero, donde los esperaba el Astra de Clarke. Al final de una hilera de coches patrulla, surgió otro vehículo sin distintivos: era el Audi negro. La ventanilla del lado del conductor estaba bajada y pudieron ver a Brian Steele.

—Hablando del rey de Roma... —comentó Clarke—. Tengo que hablar con él y preferiría que no fuera usted testigo.

—Ya soy mayorcito, Siobhan.

—Aun así...

Clarke echó a andar con decisión hacia el Audi y se agachó hasta que estuvo cara a cara con Steele.

—Inspectora Clarke —dijo este con desprecio—. ¿Qué la trae por aquí?

—Debe saber una cosa —respondió ella con voz pausada pero firme—. Cuando vayan a por mí, si es que lo intentan, no crean que no divulgaré desde los tejados a los cuatro vientos quién habló realmente con Dougal Kelly.

—¿Y lo haría antes de saltar?

—¿Cree que le daría esa satisfacción?

—Está sonando su teléfono —dijo Steele señalando el bolsillo de su americana.

Clarke sacó el móvil y miró la pantalla. Era su dentista, así que esperó a que finalizara la llamada.

—¿Nada urgente?

—Se han equivocado.

Steele intentó dedicarle una mirada solícita.

—Le ocurre a menudo, ¿no? Imagino que debe de resultar molesto.

Clarke trató de no mostrar su satisfacción. Steele había mordido el anzuelo. Hasta donde él sabía, Dallas Meikle seguía acosándola.

—Será mejor que vaya a ver a su amigo Mollison —le dijo Clarke—. Vuelva a lanzar sus acusaciones —se agachó un poco más—. Estoy preparada para cualquier cosa, capullo de mierda.

Luego se dio la vuelta y fue hacia donde estaba Graham Sutherland. Tras de sí, pudo oír a Steele riéndose.

—El chiste debía de ser bueno —comentó Sutherland cuando Clarke abrió el coche.

—Una pasada —respondió ella.

Rebus aparcó a la entrada del colegio de Billie. Había llegado temprano, lo cual estaba bien. Poco después, empezaron a aparecer padres y madres por doquier, así que la calle pronto se encontró repleta de coches que esperaban para llevar de vuelta a casa a los estudiantes. Rebus estaba pensando en las familias y en las mentiras que se contaban unos a otros. Desde fuera, era difícil saber qué ocurría detrás de sus paredes y ventanas. Aunque hubieras cruzado el umbral, había secretos por desvelar. En la época de Internet y los teléfonos móviles, los niños y sus padres vivían cada vez más distanciados, compartiendo confidencias pero a la vez ocultándose partes de su verdadero yo tras una máscara. Si en el pasado ya era difícil calar a la gente, ahora tenías que sortear una cantidad enorme de pistas falsas y engañosas. Los métodos policiales modernos habían caído en esa trampa al recurrir directamente a la tecnología —ordenadores y videovigilancia— para reemplazar viejas habilidades y alguna que otra intuición inspirada de vez en cuando.

En el anticuado equipo de música del Saab sonaba un cedé. Esta vez no era Arvo Pärt, sino Brian Eno, otro regalo de Deborah Quant para contribuir a su *mindfulness*. Cuando le explicó el concepto, Rebus argumentó que era algo que había hecho siempre. Antes se conocía simplemente como «pensar». Se dio cuenta de que necesitaba llamarla, quedar con ella para cenar otra vez y, a lo mejor, quedarse a dormir. Pero justo en ese momento, empezó a vibrar su teléfono.

—Hola, Siobhan —dijo—. ¿Ha habido más tropiezos?

—¿Sabías que robaron en el piso de Stuart Bloom una semana después de que desapareciera?

—No.

—Otra cagada en la investigación. ¿Te suena un traficante llamado Gram?

—¿Como Gram Parsons?

—¿Quién dices?

—Era un músico. Murió joven.

—¿Podría tratarse de un apodo, entonces?

—A lo mejor, ese tal Gram fue seguidor del original. ¿Era camello?

—De la mayoría de los que trabajaban en las películas de Jackie Ness.

—Recordaría su nombre si hubiera surgido alguna vez.

—Es el que les proporcionó las esposas.

Rebus se quedó pensativo unos instantes.

—Por aquel entonces, la banda de Cafferty dominaba la costa este. Dudo que tolerara competencia, por pequeña que fuera.

—He estado hablando de eso con Malcolm y me ha dado que pensar. Una sobredosis mortal prácticamente en la puerta de Rogues. Entramos en la discoteca y practicamos un registro, pero no encontramos nada porque tú les has dado el chivatazo.

—Lo negaré todo, por supuesto —dijo Rebus.

—Pero ¿lo hiciste por salvarles el pellejo a Stuart y Derek o estabas provocando a Cafferty? A lo que me refiero es que la persona a la que ahuyentaron esas redadas probablemente vendiera para Cafferty.

—Les das demasiadas vueltas a las cosas, Shiv. ¿Recuerdas ese centro inmóvil de la tormenta

del que te hablé?

—Un periodista acabó en el hospital por tu culpa, John.

Rebus se mordió el labio inferior.

—Son daños colaterales —dijo a la postre—. Malcolm es bueno como investigador, ¿no?

—Lo es. ¿Debería preguntar a Cafferty por ese tal Gram?

Rebus meditó la respuesta.

—¿No hay otra manera de identificarlo?

—Supongo que podríamos volver a interrogar a todos los que estuvieron delante o detrás de las cámaras en una película de Ness.

—Detecto cierta falta de entusiasmo.

—Empiezo a pensar que este caso podría haberse resuelto en su momento.

—¿Si no hubiéramos sido una panda de vagos, inútiles y conspiradores, quieres decir?

—Algo así.

—Olvidas que entonces no había aparecido el cuerpo.

—Pero sí teníais a dos empresarios poderosos a los cuales no les tocasteis ni un pelo.

—Nos faltaba un pequeño detalle llamado «pruebas», Siobhan.

Rebus la oyó soltar un largo suspiro.

—Eso no era ni mucho menos lo único que os faltaba, John —dijo antes de colgar.

Rebus no pudo encontrar en él un atisbo de desprecio. Al fin y al cabo, Clarke tenía razón. Negó haberle pasado información a Alex Shankley. También negó que les hubiera cubierto las espaldas a Skelton y Rawlston. Había hecho caso omiso de las carencias manifiestas de Newsome y gente como Steele y Edwards. En cambio, visitaba frecuentemente diversos pubs, donde utilizaba el alcohol para nublarlo todo y sentirse bien. A menos de un año de su jubilación, había empezado a temer que el trabajo fuera solo eso, un trabajo en lugar de una vocación. No podía resolver todos los casos y, aunque lo hiciera, seguirían cometiéndose delitos. ¿Qué sentido tenía, entonces? Cafferty y los demás jefes —los Stark en Glasgow, los Bartolli en Aberdeen— seguirían adelante sin cesar. Siempre habría drogas, apuñalamientos, violencia doméstica y alguien que no estuviera bien de la cabeza. La gente siempre sería codiciosa, lujuriosa, envidiosa y colérica. Se había olvidado de aquel periodista, en el que se había fijado porque el chaval pasaba hambre y era fácil de manipular, uno de esos periodistas que disfrutaban de la compañía de un policía. Después de la paliza, el muchacho había vuelto a casa de sus padres. Rebus tenía la esperanza de que las cosas le hubieran ido bien. Pero ¿y si no era así? Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Rebus mascó chicle y observó por el parabrisas mientras la escuela empezaba a soltar lastre tras finalizar otra jornada de clase. Primero fue un goteo, los que más ganas tenían de escapar y, ya luego, una masa de adolescentes chismosos y gritones. Los chicos se daban codazos y empujones, presumiendo delante de las chicas, que hacían todo lo posible por mostrar aburrimiento o escaso interés. Estaban entretenidas con sus teléfonos móviles o hablando entre ellas. Había tanta gente que a Rebus le preocupó que no llegara a ver a Billie.

Pero entonces apareció con cuatro chicas de su misma edad. Llevaba la misma mochila que las demás, falda corta y ajustada y unas medias negras que cubrían unas piernas larguiruchas. Estaba animada y se volvió con una media sonrisa hacia un chico que le había toqueteado los rizos. Sus amigas se apiñaron en torno como si pretendieran valorar los esfuerzos del chaval a cada instante, pero él no dijo nada y volvió junto a dos amigos suyos. Los diversos grupos desprendían mucha energía, que Rebus percibió como una fuerza física. Sabía que estaba contemplando el futuro, pero también que el futuro que aquellos jóvenes imaginaban tal vez no fuera como esperaban. Habría

lágrimas y traumas por el camino, se cometerían errores y se romperían promesas. Algunos se casarían con su amado para arrepentirse luego toda la vida. Otros se distanciarían. Unos cuantos tendrían problemas con la policía años después. Y hasta los habría que morirían prematuramente por enfermedad, sin descartar incluso un suicidio o dos. Ahora mismo, nada de eso les parecía factible. Vivían el momento, y eso era lo único que importaba.

Al observar a Billie vio a una chica relajada y brillante que había trabado amistades y pensó en las palabras que pronunció su padre en la cocina: «Lo mejor que he hecho en mi vida fue pedirle que viniera a vivir conmigo. Su antigua escuela era una porquería y sus notas, cada vez peores». Si tu hija es infeliz, quieres que eso cambie. Si sus notas van a peor y se muestra cada vez más taciturna y retraída... Era difícil imaginarse a Billie así. Parecía casi resplandeciente, como todos los demás.

Cuando hubo visto suficiente, Rebus cogió el teléfono y llamó a Cafferty.

—Usted otra vez —dijo.

—Yo otra vez —confirmó Rebus.

—Fue Christie, ¿verdad? Fue él quien le habló de Larry Huston —soltó Cafferty.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Según tengo entendido, me he convertido en una especie de obsesión para él. Además, acaban de trasladar a Christie a Saughton, y esa era la segunda casa de Huston. En las cárceles se habla mucho, Rebus.

—Nunca lo habría imaginado.

—Sí, sí lo habría imaginado. Me han dicho que fue a Saughton. A ver a Ellis Meikle, supongo. Pero que, por el camino, mantuvo una pequeña charla privada con el señor Darryl Christie. Si él no puede conmigo, quiere que al menos lo intente usted. Buena suerte con eso.

—Espero que no esté amenazando a Larry Huston. Si le ocurre algo, usted será el único sospechoso.

—Huston es un don nadie. No hubo ningún robo. Pregúntele a sir Adrian.

—Sabe de sobra que ya lo hemos hecho. Mejor respóndame a esto: ¿qué fue de Gram?

—¿Gram?

Rebus se lo deletreó.

—Era traficante, así que hay bastantes probabilidades de que fuera uno de los suyos o estuviera en su radar.

—Me he perdido —repuso Cafferty.

—Le vendía al equipo de Jackie Ness. ¿No visitó usted el rodaje?

—Nadie consumió drogas mientras estuve allí.

—¿No?

—Creo que me habría dado cuenta. ¿Tiene una descripción de ese tal Gram?

—Todavía no.

—¿No oiría mal? ¿Es posible que se llamara Graeme con dos es intercaladas?

—Suéltelo de una vez.

Cafferty tardó diez segundos en ordenar sus ideas.

—Investigué la sobredosis de aquel chico y siempre oía el nombre de Graeme. Traficaba en sitios como Rogues, pero se esfumó tras la muerte del muchacho.

—¿De dónde sacaba la mercancía?

—Puede que de Aberdeen.

—Recuerdo que nos dijo lo mismo en su momento para que fuéramos a por los Bartolli, lo cual le beneficiaba.

—Aberdeen, Glasgow... No sé de dónde procedía el material, pero no era mío.
—Tampoco importaba, ¿verdad? Sea como fuere, le costó la amistad de Conor Maloney.
—¿Cómo es que siempre sabe atacarme donde más me duele?
—Pobrecito, cuánto está sufriendo.
Se oyó una carcajada al otro lado de la línea y la llamada se cortó.

Última hora de la tarde en Leith. La oficina de Equipo de Delitos Graves había hecho hueco a dos visitantes. Aubrey Hamilton llegó acompañada por la pedóloga del Instituto James Hutton de Aberdeen, la profesora Lee-Anne Inglis. Tenía poco más de cuarenta años y una melena castaña peinada con raya en medio y pasada por detrás de la oreja. Llegaba cargada de datos. Con gráficos y resultados de análisis químicos. Habló a los allí presentes sobre «huellas del suelo» y de los archivos que había recopilado a partir de centenares y centenares de muestras. Unos grumos en la suela de un zapato o un neumático podían indicar dónde había estado recientemente ese zapato o neumático. El suelo, la vegetación y el polen eran cruciales. Un objeto del tamaño de un grano de arroz podía ser tan singular como una huella dactilar.

—Primero realicé pruebas cruzadas —explicó mostrando un gráfico—. Luego, una cromatografía de gases y otros análisis.

Habían colocado sillas para ella y Hamilton en el centro de la sala de modo que los agentes del EDG las rodeasen. Fox, tan atento y cautivado como un empollón en el colegio, estaba leyendo las hojas grapadas que habían repartido. Gamble, por el contrario, apenas había echado una ojeada a las suyas cuando empezó a rascarse la cabeza y a encogerse de hombros mirando a Phil Yeats.

Graham Sutherland se encontraba sentado en una esquina de su mesa y Callum Reid, en la otra. Leighton y Crowther permanecieron en sus puestos habituales y Siobhan Clarke se situó de brazos cruzados junto al mapa colgado en la pared y escuchó con atención. Ness y Brodie se habían ido hacía mucho. El avistamiento inicial de los dos figurantes fue el único. Clarke no sabía por qué el abogado parecía tan furioso cuando seguramente facturaba a Ness por horas.

—¿Tiene una localización para el coche? —preguntó Sutherland.

—Exacta, no —dijo Inglis—. Por eso quería darles la información en persona. No ha sido por falta de esfuerzo. —Sostuvo en alto una copia del informe para reforzar su argumento—. Pero lo que sí puedo decir es que, antes de llegar al bosque, el coche estuvo en alguna tierra de labranza.

—¿Una tierra de labranza?

—Los depósitos muestran paja y abono animal bajo la marga y ortigas que arrastró al bajar por el barranco, donde la marga estaba bastante más fresca. Yo diría que el coche no estuvo allí más de tres años y que antes se encontraba en un campo, una granja o un establo. La materia fecal es bovina. El tipo de suelo corresponde a las Tierras Bajas escocesas, probablemente a la costa este. La muestra tenía al menos diez años de antigüedad o puede que más.

Clarke estudió el mapa.

—Entonces ¿nos está pidiendo que registremos todas las granjas de la Baja Escocia?

—Y que busquemos un coche que ya no está allí —apostilló Sutherland.

—Yo diría —prosiguió Inglis ignorando el tono de las respuestas— que el coche fue trasladado desde la granja hasta el bosque. Los neumáticos habían arrastrado fragmentos de gravilla y piedra, como los que se encuentran en una carretera asfaltada, pero sin que se desprendieran los depósitos anteriores.

—¿Condujeron el coche en lugar de trasladarlo en un camión con plataforma? —preguntó Yeats, que miró a su alrededor—. Si estuvo nueve o diez años en el campo, la batería habría dejado de funcionar y los neumáticos estarían desgastados. Aceite, bujías... —añadió encogiéndose de

hombros.

—Debieron de ponerlo en marcha en un taller —coincidió Gamble.

—O, al menos, lo hizo alguien que tuviera conocimientos de mecánica —dijo Yeats.

Inglis se levantó de la silla y se situó en el lado opuesto del mapa respecto a Clarke para que todos pudieran verlo. Luego señaló Poretoun Woods con el dedo índice.

—Puede que estuviera en un radio de treinta kilómetros. Un trayecto más largo habría hecho que se desprendieran los depósitos de tierra.

—Probablemente podamos descartar Edimburgo —aventuró Clarke.

—Yo no lo haría —intervino Aubrey Hamilton—. Hay muchas zonas verdes a las afueras de la ciudad, es decir, tierras de cultivo.

—¿Puedo comentar que eso es como buscar una aguja en un pajar? —dijo George Gamble con brusquedad—. ¿Qué más da si el coche estuvo en el campo todo ese tiempo?

—¿Creen que pudo ocurrir sin que nadie se enterara? —preguntó Clarke—. Si averiguamos dónde estaba el coche, quizás encontremos a alguien que pueda decirnos quién lo dejó allí y quién volvió a moverlo.

Clarke buscó la confirmación de Sutherland, que asentía lentamente a la vez que hojeaba el informe.

—Esto es muy útil, muy útil —dijo con cautela.

A Clarke le pareció que intentaba convencerse a sí mismo.

A las 17:50, todos, excepto Reid y Yeats, que tenían citas en otro lugar, estaban de nuevo en el que había pasado a ser su bar habitual. Desde la marcha de las dos profesoras hasta la hora de salida, habían encontrado en Internet el nombre y el número de teléfono de la persona que necesitaban en el Sindicato Nacional de Agricultores de Escocia. Pero esa persona ya se había ido a casa, al igual que sus compañeros de oficina.

—Puede esperar a mañana —había dicho Sutherland—. Imagino que para entonces las granjas no habrán ido a ninguna parte y tampoco las visitaremos en plena noche.

Rebus envió un mensaje a Clarke preguntándole por su paradero y no tardó ni quince minutos en llegar.

—En el momento justo —dijo Sutherland—. Estaba a punto de pedir otra ronda.

—Invito yo —insistió Rebus, que preguntó a todos antes de hacer el pedido.

—Le ayudaré a traerlo —dijo Sutherland, que lo acompañó a la barra. Se había quitado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa.

—¿Cómo va? —le preguntó Rebus.

—Lentos pero con paso firme.

—¿Acusación inminente?

—La esperanza es lo último que se pierde. ¿Qué le trae por aquí?

—Tengo que hablar con Siobhan.

—Y con el inspector Fox para averiguar si ha destapado todos los trapos sucios de la investigación original, ¿eh?

Rebus miró a Fox y Clarke, que fingían estar charlando cuando, en realidad, les interesaba mucho más la conversación que se desarrollaba en la barra.

—Fox ha intentado acabar conmigo otras veces —comentó Rebus— y nunca ha llegado muy lejos.

—¿Y Steele y Edwards? ¿Algún roce con ellos?

—Tengo la ligera sospecha de que me veían como a uno de los suyos. Si nos acercáramos demasiado, no habría forma de saber quién dejaba las marcas más mugrientas.

—Parece que han tenido una vida afortunada.

—Puede que no dure mucho. —Rebus hizo una pausa—. Siobhan y yo sabemos por qué la trajo al EDG. Ella no le dará las gracias por lo del caballero que rescata a la damisela en apuros, pero yo sí. La Unidad Anticorrupción captó el mensaje, que se vio reforzado por cómo la ha defendido desde entonces.

—Tengo la sensación de que está usted a punto de enviarles otro mensaje.

Rebus entregó dos billetes de veinte al camarero.

—La ve como a una hija, ¿verdad? —añadió Sutherland.

—Ya tengo una.

—Pues como a una sobrina predilecta.

—Otro escenario por el que Clarke no le daría las gracias —respondió Rebus, que cogió dos vasos y se dirigió a la mesa.

Al final, la gente empezó a marcharse, ya fuera a casa, ya en busca de algo de comida, hasta que solo quedaron Rebus, Clarke y Fox.

—Aquí estamos otra vez —comentó Rebus levantando el vaso para hacer un brindis—. Casi como en los viejos tiempos.

—Pero sin las pintas ni la nicotina —dijo Fox, que al igual que Rebus estaba tomando zumo de manzana con gas.

—Entiendo que, mientras había un civil presente, nadie quisiera hablar con franqueza del caso —prosiguió Rebus—. Pero ahora, estamos los tres solos.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Fox.

—John está bastante informado —respondió Clarke rápidamente.

—No preguntaré gracias a quién —dijo Fox con una mirada traviesa—. Pero ¿sabe lo del campo?

—¿Qué campo? —preguntó Rebus.

—El terreno en el que el Volkswagen Polo pasó casi toda una década. No lo trasladaron al barranco hasta hace dos o tres años.

—Más o menos por la época en que Ness vendió la propiedad a Jeff Sellers —aclaró Clarke—. Quien, al poco tiempo, se la vendió a Brand.

—¿Estuvo en el campo? —Rebus parecía incrédulo—. ¿Con el cuerpo dentro?

—Por el estado de la carrocería, la profesora Hamilton cree que permaneció cubierto con una lona. Pero no había nada debajo; por eso penetró la maleza. Cuando movieron el coche, la arrancaron, pero seguía retorcida alrededor del tubo de escape e incluso invadió el interior del coche.

—¿Estaba en el campo y nadie lo vio?

Clarke negó con la cabeza.

—Lo sé.

—Total, que ahora tenemos que buscar granjas y campos en un radio de treinta kilómetros a la redonda desde Poretoun —dijo Fox—. Lo cual significa que habrá que pedir ayuda al Sindicato Nacional de Agricultores.

—Hablas como si la investigación fuera tuya, Malcolm —terció Clarke.

—No puedo evitarlo.

Fox esbozó una tímida sonrisa mirando la superficie de su bebida.

—¿Ya tienes tu informe a punto? —le preguntó Rebus a Fox.

—Un resultado en esta ronda de la investigación ayudaría a cambiar de enfoque de errores anteriores.

Rebus asintió. Estaba recordando otro bar y otra conversación.

—Visité Poretoun —dijo—. Hablé con un lugareño cuyo hijo tiene una granja allí. Adivinad qué hizo ese granjero cuando era joven.

—Ilumínanos.

—Actuar de extra en una película de Jackie Ness.

Clarke se lo quedó mirando.

—Te estás quedando con nosotros.

Rebus levantó una mano.

—Os lo juro.

Fox estaba hurgando en su teléfono y les enseñó la pantalla.

—¿Granja Poretoun Glen? —preguntó.

—Es posible —dijo Rebus—. Podríamos montarnos en el coche e ir a comprobarlo.

—Sin la bendición de Sutherland, no —dijo Clarke.

—De todos modos, ¿qué veríamos en la oscuridad? —añadió Fox.

—Aguafiestas —dijo Rebus. Luego, mirando a Fox—: ¿Te importa si hablo un segundo con Siobhan?

—¿Solo puede oírlo ella? —Fox asintió en señal de acuerdo—. ¿Alguien quiere otra ronda?

Ambos negaron con la cabeza, pero de todos modos Fox se encaminó a la barra con el vaso medio lleno en la mano. Clarke se acercó a Rebus.

—Creo que tengo material suficiente para llevárselo a Dallas Meikle —explicó Rebus en voz baja.

—¿Sabes por qué lo hizo Ellis?

Clarke abrió un poco más los ojos.

—Sé por qué ocurrió.

—¿Entonces dímelo!

Pero Rebus negó con la cabeza.

—Primero debo hacer una cosa.

—¿El qué?

—Ir a ver a Ellis otra vez. —Clarke lo miró como pidiendo una explicación, pero él negó con la cabeza de nuevo—. Más adelante —dijo—. Mientras tanto, Cafferty me ha dado un nombre: Graeme con dos es intercaladas. Es quien vendió la droga adulterada que provocó las sobredosis.

—¿Graeme traficaba por su cuenta?

—Según Cafferty, sí. Por lo visto, salió por patas cuando Cafferty empezó a buscarlo.

—Pero ¿solo llegó hasta el rodaje de Jackie Ness, momento en el cual era Gram?

Rebus se encogió de hombros. Fox parecía impacientarse.

—Si finalmente resulta información útil —le dijo Rebus a Clarke—, recuerda que yo no te lo he contado.

—¿Porque eso significaría reconocer que Cafferty te confía secretos?

—No es verdad. Lo suyo son los juegos, algunos de larga duración.

—¿Crees que sigue jugando al que empezó en 2006?

—Es posible.

Fox se acercó a la mesa.

—¿Habéis acabado de cotillear sobre mí?

—Solo estaba diciéndole a Siobhan que es una buena noticia que Cafferty esté cooperando en la

investigación.

—¿Lo está haciendo?

—Es lo que oírás Steele cuando hables con él.

—¿Por qué iba a decírselo cuando no es verdad?

—Para sacudir el caleidoscopio —respondió Rebus con una sonrisa.

—¿Se conocen el uno al otro?

—Cafferty lo utilizó como guardaespaldas en al menos una reunión con el gánster irlandés Conor Maloney.

—¿Y por qué no nos lo has dicho hasta ahora? —preguntó Clarke.

—Porque, sorpresa, sorpresa, todos los implicados lo negarán, desde luego.

—Pero ¿cómo lo sabes tú? —dijo Fox.

—Una noche, Grant Edwards se emborrachó y se le soltó la lengua. No pudo evitar contármelo. Seguramente creyó que me fastidiaría que Cafferty no me hubiera elegido a mí para el trabajo.

—¿Y de qué sirve esto, caleidoscopio aparte? —preguntó Fox, pero fue Clarke quien respondió.

—¿Para sembrar discordia entre Steele y Edwards? —aven turó.

—O, al menos, intentarlo —dijo Rebus—. Ahora, si alguien tiene hambre, estoy de humor para un curri.

Fox negó con la cabeza.

—En teoría he quedado para tomar algo —dijo volviéndose hacia Clarke, cuya mirada confirmó que no le había contado a Rebus lo de Tess Leighton.

—¿Y tú, Shiv?

—Lo siento, John. Yo también he quedado.

—Me estáis dejando plantado —dijo Rebus con fingida incredulidad—. No creáis que no me acordaré de esto cuando seáis viejos y estéis solos.

—No podemos evitar ser jóvenes y estar solicitados —respondió Clarke, que se terminó su bebida y se levantó para marcharse.

En el segundo piso de un apartamento situado en Comely Bank Avenue. Dougal Kelly y Derek Shankley habían esperado a Clarke en la entrada principal. Kelly introdujo la llave en la cerradura y accedieron a la escalera. Estaba bien conservada. Un par de bicicletas de niño permanecían atadas al pasamanos inferior con sendas cadenas. Clarke reparó en que el nombre de Bloom figuraba aún en uno de los timbres del interfono. Tras subir los dos pisos, se detuvieron frente a una puerta pintada de rojo. Justo debajo de la mirilla, en una placa de latón aparecía también el nombre de Bloom. La habían pulido recientemente y Derek Shankley pasó un dedo por encima.

—¿Catherine? —pregunto Clarke a Kelly, que asintió.

—Viene cada quince días —dijo, y luego abrió la puerta y los invitó a entrar.

—Gracias por hacer esto —dijo Clarke, tratando de no sonar demasiado refunfuñona. Kelly se encogió de hombros.

Derek Shankley se llevó las manos a las mejillas.

—Está exactamente igual —susurró mientras observaba el recibidor.

Clarke pulsó un interruptor y se encendieron las luces.

—Pagan las facturas religiosamente —confirmó Kelly.

—Lo cual explica por qué el piso está caliente.

Clarke tocó un radiador.

—Funciona con temporizador. La calefacción se enciende una hora al día.

—Aun así, todo suma, por no mencionar los impuestos municipales y demás.

—Más de una vez, Martin ha intentado convencerla de que lo venda.

Kelly se encogió de hombros. Se encontraban en el comedor y Shankley aún mantenía las manos sobre las mejillas mientras lo observaba todo: libros en las estanterías, una venerable máquina de escribir en un maletín rígido, un equipo de música con un montón de cedés al lado, y varios periódicos y revistas de actualidad que databan de 2005 y 2006.

—Es una cápsula del tiempo —dijo Clarke.

—O un mausoleo.

Clarke se quedó mirando a Kelly.

—¿Y cuando den el visto bueno para que se celebre el funeral...?

—Dudo que cambie nada. Su madre querrá venir igualmente. Se sienta en su cama y creo que incluso habla con él.

Shankley se había acomodado en un reposabrazos del sofá, y apartó las manos de la cara para enjugarse una lágrima con el dedo.

—¿Arreglaron la puerta después del robo? —preguntó Clarke.

—Probablemente —dijo Shankley.

Clarke miró a Kelly.

—¿Lo sabía? —le preguntó a Kelly.

—Hasta que Derek me lo dijo, no. Pero Catherine lo confirmó y, sí, pidió que arreglaran la puerta.

Clarke observó el comedor.

—¿Dónde podrían haber estado los papeles que se llevaron de la caja fuerte? —preguntó.

Shankley no parecía muy seguro.

—En su escritorio, quizás.

El escritorio, en realidad, era una mesa de comedor con solo un ala desplegada. Se encontraba cerca de una ventana en voladiza que dejaba entrar mucha luz natural.

—¿Siempre llevaba el portátil con él? —preguntó Clarke.

—Siempre.

Clarke se fijó en la funda de una cámara Canon que había en la estantería.

—¿Eso estaba aquí cuando entraron a robar?

Shankley asintió.

—Qué robo más raro —terció Kelly—. No tocaron el televisor, la cámara o el equipo de música, por no hablar del pasaporte o la chequera de Stuart.

—¿Tiene alguna teoría? —preguntó Clarke.

—O se llevaron únicamente lo que querían o se fueron con las manos vacías.

Clarke asintió y vio que Shankley se dirigía al pasillo.

—El dormitorio —dijo Kelly.

—Considera que la familia lo ha excluido de la historia de Stuart —dijo Clarke en voz baja.

—Y tiene razón. Catherine tampoco quiere que asista al funeral.

—Me parece innecesariamente cruel.

—A mí, también. —Kelly se acercó a Clarke—. Y a usted, ¿cómo le va?

—Sus compinches Steele y Edwards están empeñados en despellejarme.

—¿Y su jefe y el resto del equipo?

—Podré sobrellevarlo.

—¿Tomamos una copa cuando acabemos?

—Hoy, no —Clarke se lo quedó mirando. Todo era negocios—. ¿No ha informado a los medios del robo en la oficina de Brand?

Kelly negó con la cabeza.

—Convencí a Catherine de que eso no le interesaba a nadie. —Clarke asintió y volvió a examinar la habitación—. ¿Le parece raro que hayan dejado el piso tal cual?

—Creo que lo entiendo. —Oyeron unos sollozos contenidos que llegaban desde la habitación del fondo del pasillo—. ¿Deberíamos...?

Kelly negó con la cabeza una vez más.

—Derek lo pasó muy mal desde el principio. Su padre era un policía importante, un macho de Glasgow, una ciudad de machos. Vivió una mentira durante mucho tiempo y salir del armario fue duro.

—¿Cómo se lo tomó su padre?

—De entrada, cayó en la negación. Luego, en el whisky y los gritos. Vivían los dos solos y apenas se hablaban. Ambos rezaban para que el otro empezara a entenderlo.

—Buena manera de expresarlo —dijo Clarke—. Espero que aparezca en su historia; probablemente sea lo menos que se merece.

Kelly asintió con gesto distraído y miró hacia la puerta cuando apareció Derek Shankley.

—No creo que pueda quedarme más tiempo aquí —dijo Derek con voz temblorosa—. Pensaba que estaría bien, pero, en realidad, no es así. Esperaré fuera hasta que hayan terminado.

Cuando se fue, Kelly miró a Clarke, preguntándose si ella ya había visto suficiente. A modo de respuesta, Clarke se asomó al dormitorio, la cocina y el baño sin entretenerse. La cama estaba hecha y había una pequeña hendidura donde Shankley se había tumbado un momento. Clarke alisó la superficie para que Catherine Bloom no sospechara nada.

—Buena idea —dijo Kelly desde el umbral cuando estuvo listo para acompañarla al mundo exterior.

VIERNES

Cuando Clarke aparcó frente a la granja a la mañana siguiente, vio que había otro coche y una furgoneta. Tres hombres con botas de agua impolutas estaban estudiando lo que a Clarke le parecieron unos planos arquitectónicos y señalando los campos más cercanos, unos terrenos que ahora ocupaba un tranquilo rebaño de vacas.

Clarke había llevado a Crowther con ella. Fox insistió en ir, pero Sutherland le recordó que solo participaba tangencialmente en la investigación y por un motivo concreto.

—De hecho, acabo de hablar con Jennifer Lyon y cree que debería ir terminando. Le espera mucho trabajo en Gartcosh.

Fox salió de la oficina sin mediar palabra.

—Esto resucita a un muerto —comentó Crowther inhalando a pleno pulmón una bocanada de aire acre—. Es lo que me decía mi padre.

Clarke se acercó a los tres hombres.

—¿Es usted la ingeniera civil? —preguntó uno de ellos.

—Soy policía —dijo mostrando la placa—. Estoy buscando a Andrew Carlton.

—Pues póngase a la cola.

—¿Puedo saber qué hacen aquí?

—Estamos en vías de comprar estas tierras. Serán un pueblo en miniatura. Entre sesenta y setenta construcciones nuevas; en su mayoría, casas no adosadas.

Clarke vio la palabra «Brand» escrita en un lateral de la furgoneta.

—¿Trabajan para sir Adrian?

Los tres asintieron.

—¿Ha comprado la granja?

—Ha tardado unos cuantos años en convencer a Carlton y sortear todos los trámites burocráticos, pero sir Adrian no es de los que se rindan sin pelear.

—No, a menos que lo pille echando una cabezadita un productor de cine sangriento —dijo otro lanzando un puñetazo imaginario.

Riéndose, echaron a andar mientras sostenían los planos entre los tres.

Al darse la vuelta, Clarke vio que Crowther estaba observando los edificios anexos: un gran establo vacío, una sala de ordeña do llena de máquinas relucientes, un silo relleno de abono hasta la mitad, un granero con más maquinaria y un taller bien abastecido que albergaba también un cobertizo. La granja era una construcción modesta de dos plantas y la puerta estaba cerrada. Por las ventanas, Clarke pudo distinguir restos del desayuno en la mesa de la cocina —un plato, un cuchillo y una taza—, y un salón que nadie parecía utilizar demasiado.

Crowther se encogió de hombros y retomaron su búsqueda. Un camino enlodado que pasaba por detrás del cobertizo conducía a una verja destartada, tras la cual se extendía un campo muy empinado. Crowther señaló la esquina más lejana, que se había convertido en un vertedero para maquinaria y herramientas no deseadas.

—¿Tú qué opinas? —preguntó, y ahora fue Clarke quien se encogió de hombros.

Abrieron la verja y resbalaron varias veces hasta que se adaptaron al terreno. Al acercarse, Clarke pudo distinguir una empacadora, o eso le pareció, y otras piezas que podían acoplarse a un

tractor. Había un par de remolques viejos cuya madera prácticamente se había convertido en pulpa. A una pequeña furgoneta le faltaban las cuatro ruedas y había empezado a hundirse en el lodazal. También había bobinas de valla, alambre oxidado de aspecto peligroso y los restos de un congelador y una lavadora. Vieron incluso un vetusto inodoro y una ennegrecida bañera de hierro forjado.

Sin embargo, lo que les llamó la atención fue un hueco que distinguieron entre uno de los remolques y la furgoneta. Allí, el color del terreno era un poco distinto. Las hierbas y plantas que habían brotado no estaban tan enraizadas como las de alrededor.

—Han movido algo —comentó Crowther.

Clarke se dio la vuelta y miró la parte delantera de la furgoneta.

—Ahí hay una lona.

—¿Llamamos a la científica o hablamos primero con el granjero?

—Mejor, a la científica. Como mínimo, su presencia podría desconcertar al señor Carlton. Me pregunto dónde demonios se habrá metido.

Fue entonces cuando Clarke oyó un tractor a media distancia. Se subió al capó de la furgoneta para conseguir una mayor visibilidad. El tractor avanzaba lentamente y casi había cruzado un sembrado. De repente, se detuvo y apareció una figura en el estribo. Clarke saludó y el hombre bajó de la cabina, se quedó quieto unos instantes y luego se dio la vuelta y echó a correr en la dirección opuesta.

—¿Qué coño hace? —preguntó Crowther.

—¡Volvamos al coche! —gritó Clarke, que saltó de la capota de la furgoneta y corrió lo más rápido que pudo por la ciénaga.

Avisaron a la comisaría sobre la marcha. Crowther activó el navegador, que indicó que Poretoun era el único pueblo de la zona. No había muchas carreteras y, en su mayoría, eran poco más que pistas forestales. Desanduvieron el camino hasta la carretera principal y giraron a la izquierda. Finalmente vieron el solitario tractor. La carretera estaba bordeada por setos, con algún que otro hueco que permitía divisar los campos y bosques que se extendían al otro lado.

—¿Lo ves? —dijo Clarke apretando los dientes.

Tenía las botas cubiertas de barro, a punto de resbalar en cualquier momento sobre los pedales.

—No —respondió Crowther.

—Súbete al techo.

Clarke detuvo el vehículo.

—¿Estás segura?

—Tú hazlo.

Crowther se encaramó primero al capó y luego al techo y Clarke bajó la ventanilla.

—No puede andar lejos —voceó.

—A menos que no vaya a pie. A lo mejor, había un coche...

—¿Cuánto tardará en llegar la caballería?

—Quince minutos, puede que veinte. Dalkeith y Penicuik son las comisarías más cercanas.

—Pero ¿no siempre hay personal? —dijo Clarke.

—¿Existe alguna posibilidad de que manden un helicóptero?

—Sí, claro. Ya veremos si consiguen un coche patrulla...

Crowther se deslizó por el parabrisas y realizó medio giro hasta que tocó el suelo con los pies.

—Solo preguntaba —dijo al montarse en el coche.

Clarke pisó el acelerador y miró a izquierda y derecha. Antes de que pudiera frenar, una figura salió por entre la maleza. El impacto lo lanzó hacia delante, rodando. Primero chocó en el asfalto

con el hombro y luego con la cabeza, y se quedó allí tumbado, ya fuera inconsciente, ya...

—¿Muerto? —preguntó Crowther, incapaz de cerrar la boca una vez que hubo pronunciado la palabra.

Clarke puso el freno de mano, abrió la puerta y se agachó delante del granjero. Debajo del mono azul, el pecho subía y bajaba.

—¿Pido una ambulancia? —preguntó Crowther desde el asiento del acompañante.

—Pídela —confirmó Clarke aliviada.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Ellis Meikle a Rebus.

Volvieron a ocupar la misma mesa en la sala de visitas de la prisión de Saughton.

—¿Te han trasladado? —dijo Rebus.

—Todavía no, pero alguien ha intercedido. Me tratan como si fuera peligroso.

—Hablé con una persona de aquí que tiene influencia.

—¿Quién?

Rebus negó con la cabeza.

—Será mejor que no te acerques mucho. ¿Has tenido alguna visita más?

—No.

—¿Quieres saber por qué vine aquí la primera vez?

Meikle se encogió de hombros.

—Me dijo que era cosa del tío Dallas.

—Una amiga mía fue quien llevó tu caso.

—¿Clarke?

—La misma. Empezó a recibir llamadas anónimas. Siendo policía, tardó como diez minutos en desenmascarar al culpable: tu tío Dallas. Dos policías con los que había tenido problemas le dieron su número y dirección. Como son tontos y mezquinos, decidieron ofrecérsela en bandeja a tu tío. Ella quiere venganza, pero el tío Dallas se negó a ayudarla a menos que yo echara otro vistazo a tu caso. Él cree que eres inocente, Ellis. Cree en ti.

—Pues no debería.

—El problema es que me veré obligado a decirle que estaba en lo cierto. Tardé un poco en sacar conclusiones; tenía a tu padre en el punto de mira, pero no acababa de cuadrar. Puede que le gustara Kristen. Por lo visto, le iban las mujeres más jóvenes que tu madre. Pero, como te decía, no encajaba, así que tendré que hablarle al tío Dallas de Billie.

Rebus hizo una pausa dramática para que calaran sus palabras. A Ellis Meikle empezó a enrojecérselle la piel del cuello para arriba.

—No —dijo el joven, cuya voz se volvió ronca de golpe.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó Rebus—. Estás aquí por un crimen que no cometiste. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos—. Me di cuenta cuando te dije que había hablado con algunos conocidos tuyos de Restalrig. ¿Te acuerdas? Me dijeron que ella te había empujado a hacerlo y preguntaste al momento si se referían a Kristen. Luego pensé: ¿a quién, si no? —Rebus guardó silencio para que sus palabras surtieran efecto—. Billie estuvo en tu casa aquel día; tú estabas pendiente del videojuego y a ella le resultaba fácil enviar un mensaje desde tu teléfono. Y ahí se habría acabado todo si, al salir, no te hubieras encontrado con un amigo de Kristen que te preguntó por qué no estabas en el búnker. Supiste justo en ese momento quién había enviado el mensaje; parecía improbable que fuera un amigo tuyo. Así que saliste pitando, pero era demasiado tarde. Billie ya lo había hecho. Le quitaste el cuchillo, borraste sus huellas, dejaste las tuyas en su lugar y lo tiraste donde fuera fácil encontrarlo. Sacaste a tu hermana de allí y puede que ocultaras la sangre que llevaba en la ropa cubriéndola con tu chaqueta. Y eso fue todo. —Rebus separó los codos de la mesa y se recostó en la silla—. Y aún dijiste otra cosa en mi

primera visita: «¿Qué iba a hacer, si no?». No te referías a matar a Kristen, sino a cargar tú solo con la culpa.

—No puede demostrar nada.

—Medios, móvil y oportunidad —dijo Rebus—. La sagrada trinidad de cualquier investigación. La «oportunidad» ya la tenemos cubierta. En cuanto al «móvil», supongo que si pedimos la colaboración de algunos expertos informáticos o interrogamos a los alumnos adecuados de la antigua escuela de Billie, podríamos encontrar pruebas concretas de que sufría abusos por parte de Kristen. Me atrevería a decir que tú también oíste el rumor de que Kristen intentaba acercarse a tu padre a través de ti. —El joven parecía a punto de estallar, así que Rebus levantó una mano—. Son solo historias, Ellis. Yo no digo que sean ciertas, pero ahora mismo, con Internet, los teléfonos móviles y cosas por el estilo como WhatsApp y Snapchat... Te seré sincero: la verdad es que no sé qué es todo eso. Solo lo conozco de oídas. Lo que sí sé es que convierten el *bullying* en una realidad permanente. Le pedí a una persona que sabe más que yo de todo esto que investigara un poco. Los amigos de Billie, tanto en el mundo real como en Internet, eran blanco frecuente de la camarilla de Kristen, quien les decía que la dejaran de lado. Billie se sintió mucho más contenta y estable cuando se alejó de su antigua escuela, en la que no podía evitar ver a Kristen a diario. Pero eso no frenó necesariamente los insultos, las burlas y el resto. Además, ahora que tus padres se habían separado, Billie era la mujer de la casa; se sentía en la obligación de cuidar de tu padre. Puede que incluso empezara a creerse aquellos rumores... —Hizo una nueva pausa—. Todo lo cual solo nos deja los «medios».

—Lo negaré todo. —Con una mueca de rabia, Meikle apoyó un dedo en la mesa—. Aquí es donde tengo que estar.

—¿Por qué? —preguntó Rebus con verdadero interés.

—Porque fuera soy un don nadie. No tengo trabajo ni futuro. Aquí puedo ser otra cosa. —Respiró hondo—. Papá y yo nunca... Solo tenía tiempo para Billie. Pero, ahora, él y Dallas me hacen caso. Recibo cartas de seguidores. Me escriben mujeres de todas partes. Y mientras tanto, Billie está donde le corresponde, aprendiendo y creciendo. Ella tiene el cerebro y todo el amor. Yo debo estar aquí.

—Pero no te lo mereces.

Meikle se lo quedó mirando.

—¿Quién es usted para decir eso? ¿Qué sabe de mí o de mi familia? —Relajó un poco los hombros—. Vaya a decirle al tío Dallas lo que le apetezca. Si quiere ayudar a su amiga, me parece muy bien. Pero cuando él me pregunte, le diré que usted miente. Le diré que no tiene pruebas y que ni siquiera es policía.

—¿Que no tengo pruebas? Sí, es posible. —Empezó a ponerse de pie mientras se apoyaba en la mesa y bajaba el tono de voz—. No hemos llegado a los «medios», ¿verdad? —Cuando parecía estar a punto de irse, se dio la vuelta y miró a Meikle a los ojos—. Dile a Billie que en la cocina falta un cuchillo; en el soporte de madera. Si quiere que cumplas condena por ella, será mejor que se deshaga de él. Es solo cuestión de tiempo que su padre se dé cuenta, si es que no lo ha hecho ya.

—¡Yo iba a visitarlos! —gritó Meikle mientras Rebus se alejaba—. ¡Pude habérmelo llevado!

—Dile a tu tío que ayude a mi amiga —contestó Rebus—. Dile que haga lo correcto.

El mismo guardia de la vez anterior estaba esperando a Rebus en el pasillo, con los brazos cruzados, un pie delante del otro y la espalda apoyada en la pared que había frente a la biblioteca. Sonrió al ver acercarse a Rebus.

—Darryl quiere hablar con usted —dijo.

Rebus se plantó a escasos centímetros de él.

—Eres una puta vergüenza —le dijo Rebus apretando la mandíbula.

—Pues ya somos dos. Me comentó que usted trabajaba para Cafferty.

—Yo no trabajo para nadie —le espetó Rebus, tan cerca ahora de él que sus pechos casi se tocaban.

Luego se dio la vuelta y se fue. Antes de llegar al final del pasillo, oyó que se abría la puerta de la biblioteca. Christie probablemente estuviera escuchando al otro lado. Rebus siguió caminando sin molestarse en mirar atrás, ni siquiera cuando oyó pronunciar su nombre.

Clarke y Crowther estaban sentadas en Urgencias cuando llegaron Sutherland y Reid. Clarke explicó lo sucedido.

—¿La científica irá a la granja? —preguntó Sutherland.

—Haj Atwal ya se encuentra allí —respondió Crowther.

—Por el momento, todo son especulaciones —advirtió el inspector jefe.

—Pero tiene buena pinta —comentó Reid—. Principalmente, porque intentó huir. Sutherland asintió.

—¿Está ahí? —preguntó señalando una gran sala llena de cubículos separados por cortinas que había detrás del mostrador de recepción.

—Creen que podría tener una costilla rota y quizás una fractura de hombro. Están vendándolo.

—Si le administran medicación, tal vez no podamos interrogarlo de momento.

—Durante ese tiempo, la científica redactará el informe y, a lo mejor, el laboratorio pueda hacer un análisis rápido de la lona por si dejó alguna señal en el Polo...

—Además —añadió Sutherland—, podemos averiguar todo lo que podamos acerca del señor Carlton.

—Una cosa que ya sabemos —continuó Clarke —es que tiene la intención de vender la granja para construir viviendas. Brand lleva años detrás de ella.

—Es una buena razón para trasladar el Polo a otro lugar. —Sutherland asintió de nuevo—. Ha hecho un gran trabajo, Siobhan. Sabe Dios cuánto tiempo nos habría llevado registrar todas las puñeteras granjas de la lista del Sindicato Nacional de Agricultores.

—Debemos agradecerse a John Rebus —comentó Clarke—. Y al buen ojo de Emily.

—Aún quedan preguntas por responder, eso sí. Los jefes querrán oír su versión del accidente.

—No fue deliberado, Graham —le aseguró Clarke.

—El coche ni siquiera está abollado —añadió Crowther—. No creo que circuláramos a más de treinta kilómetros por hora.

Un médico con bata blanca se dirigió hacia ellos.

—¿Se hallan aquí por Andrew Carlton? —dijo—. Tengo buenas noticias: se encuentra bien. Aparecerán muchos moratones y se dolerá durante un tiempo.

—¿Qué le han dado? —preguntó Sutherland.

—¿Se refiere a analgésicos? Los ha rechazado.

—¿Está despierto?

—Listo para el alta. Si me acompañan...

Los cuatro siguieron al médico hasta uno de los cubículos. El doctor apartó la cortina y vieron al granjero con el torso desnudo y el pecho y el hombro izquierdo fuertemente vendados.

—Toda una fiesta de bienvenida —dijo estudiando sus rostros—. ¿Estoy detenido?

—Tenemos que hacerle unas preguntas, señor Carlton —dijo Sutherland—. Será mejor que nos acompañe a la comisaría.

—Primero debo hablar con Gerry.

—¿Quién es Gerry?

—Un peón. Estará preguntándose dónde coño me he metido.

—Ya lo sabe —dijo Clarke—. Los de la científica han hablado con él.

—Él no sabe nada —repuso Carlton inmediatamente.

—¿Se refiere al Polo?

Su expresión se endureció.

—¿Tendré un abogado? —preguntó.

—Podemos encargarnos de eso —le dijo Sutherland—. ¿Puede moverse o vamos a buscar una silla de ruedas?

—Creo que estoy bien, aunque necesitaría algo de ropa. —Se miró el pecho y el hombro—. La camisa no me entrará, pero puede que el mono, sí. —Miró a Clarke a los ojos y entonces se dio cuenta—. Era usted quien conducía, ¿verdad? Debe ser más cuidadosa cuando circule por carreteras rurales.

Tardaron un poco en meter a Carlton en la parte trasera del coche de Reid y casi lo mismo en volver a sacarlo al llegar a la comisaría, donde lo retuvieron en la sala de interrogatorios mientras buscaban un abogado de oficio. Leighton y Yeats estaban utilizando el ordenador y el teléfono para recabar toda la información que pudieran sobre el granjero. Carlton no tenía mujer ni novia y pidió que no avisaran a sus padres, aun cuando le advirtieran que no podría mantener en secreto la situación durante mucho tiempo. Tenía treinta y ocho años y había nacido y crecido en Poretoun. Empezó a ser granjero relativamente tarde, tras obtener una licenciatura en contabilidad y trabajar en varias compañías de seguros y bancos. La granja era de su tío, que estaba desesperado porque siguiera en manos de la familia siempre que fuera posible. A su muerte, Carlton había solicitado un préstamo para comprar la granja, cosa que sucedió a finales de 2005, unos meses antes de la desaparición de Stuart Bloom.

La agricultura fue bien durante unos años, pero las cosas empezaron a torcerse y llegó a la conclusión de que tendría que vender. Desde el principio recibió ofertas por ella. La granja se hallaba a corta distancia de Edimburgo y siempre había demanda de viviendas. Nadie quería la tierra para labrarla y Brand acabó convenciendo a las autoridades competentes de que podría recalificarse; adiós al cinturón ecológico. Carlton podría cancelar los préstamos e intereses, e incluso le quedaría algún remanente, aunque ello significara despedir a Gerry y otros peones que trabajaban a tiempo parcial, aparte de traicionar la memoria de su tío.

Habían averiguado todo esto cuando llegó la abogada con semblante aturdido. Se llamaba Sian Grant y Clarke no la conocía. Parecía joven —no llegaba a los treinta— e inexperta. Pero probablemente fuera idealista y ambiciosa; Clarke sabía que no podían permitirse subestimarla. Sutherland había decidido que Clarke y Crowther fueran las primeras en interrogar a Carlton. Era una recompensa, pero también lo hizo porque conocían los hechos tanto o más que el resto. Crowther preparó el equipo de grabación después de que Carlton conversara diez minutos con su abogada. Sirvieron té y el granjero intentó no poner cara de dolor cuando levantó la taza.

—¿Seguro que está preparado para esto? —preguntó Grant.

—Pasará de todos modos, ¿no? Si no es ahora, será más tarde. —Vio que Clarke asentía—. Pues adelante.

Las tres mujeres se acomodaron en sus asientos. A Carlton no habían podido abrocharle el mono por entero, ya que el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho lo impedía. Parecía sentirse avergonzado por ello. Siempre que no sostenía la taza con la mano buena, tiraba del algodón azul para intentar cerrarlo.

—¿Tiene frío? —preguntó la abogada.

Carlton negó con la cabeza y empezaron. Clarke le pidió información sobre algunos datos biográficos anteriores a la compra de la granja.

—La familia me tomó por loco —reconoció—. Puede que lo estuviera, pero iba allí con mi tío desde que yo era un niño. Siempre llevaba a mis compañeros de clase, sobre todo durante las vacaciones de verano. Era un parque infantil gigante. A mí nunca me pareció duro. No me importaba trabajar muchas horas.

—A nosotros nos interesa saber cómo acabó el Volkswagen Polo de Stuart Bloom en sus tierras —dijo Clarke finalmente.

—Dejaban muchas cosas por allí.

—Perdón —terció la abogada—. ¿Tienen pruebas de que el coche en cuestión se encontraba en la granja de mi cliente?

—Estamos bastante seguros.

—Pero hasta que puedan demostrarlo, seguirán siendo conjeturas, ¿verdad? Y acaba de decirles que se deshacían de muchas cosas en su terreno. Los vertidos incontrolados son un problema continuo en el campo.

—En realidad —precisó Crowther—, ha utilizado la palabra «dejar», no «deshacerse».

—Lo taparon con una lona para que nadie viera qué había dentro —añadió Clarke—. Pero usted debía de saberlo, ¿verdad, señor Carlton?

El hombre miró a su abogada, que negó con la cabeza.

—Nuestra teoría es que hubo que trasladar el coche y su contenido cuando se iniciaron las conversaciones para vender las tierras a una constructora —prosiguió Clarke—. No podía quedarse allí y que lo encontrara alguien. Debió de costarles Dios y ayuda sacarlo de en medio de ese lodazal, pero me figuro que usarían un tractor y una cadena de remolque.

—Recibiremos el informe de la científica y el laboratorio forense en las próximas horas —apostilló Crowther—. Han documentado toda la vegetación que penetró en el chasis del Polo. Cuentan con muestras del terreno, que ahora mismo son tan fiables como una huella. Probablemente haya incluso algún hilo de la lona pegado al Polo. Créame, solo necesitarán unos pocos.

—Pero ahora mismo no tienen nada de eso, agente Crowther —repuso Grant.

—Tenemos a su cliente huyendo a campo traviesa en cuanto vio a alguien en el lugar que antes ocupaba el coche —le dijo Clarke a la abogada—. Una mujer saludando desde el capó de una vieja furgoneta. Se asusta usted con facilidad, ¿no le parece, señor Carlton?

—Era algo que no esperaba ver —masculló.

—La palabra «asustarse» me ha recordado una cosa. —Clarke fingió buscar información en la carpeta que tenía delante—. Actuó usted en algunas películas de zombis de Jackie Ness, ¿verdad?

La pregunta pareció coger a Carlton desprevenido.

—Solo aparecí de fondo.

Clarke le mostró un fotograma de *Bravehearts*.

—Es usted, ¿no? Junto a su amigo Gram.

—Si usted lo dice.

—Estoy preguntándole qué dice usted.

—Podría ser cualquiera —dijo Grant.

—Podría ser cualquiera —repitió Carlton como un loro.

—Pero ¿hizo usted de extra en esa película y en alguna otra?

—Trabajé mucha gente del pueblo. Lo pasamos bien.

—Aunque no les pagaron. Y, ahora que lo pienso, tampoco les dieron comida ni agua.

—No lo hicimos por eso.

—Había mucha droga, ¿no? ¿Para levantar el ánimo quizás?

—No entiendo qué... —dijo Grant, pero las palabras de Clarke pasaron por encima de ella.

—Droga que traía su buen amigo Gram. Su buen amigo Gram también se las arregló para suministrar unas esposas que necesitaban para una escena, unas esposas idénticas a las que encontramos en los tobillos de un hombre asesinado y metido en el maletero de un coche que estuvo aparcado en sus tierras por espacio de una década. —Clarke dejó tiempo para que sus palabras surtieran efecto—. Cosa que lo convierte, como mínimo, en cómplice. A menos que ayudara a asesinar a Stuart Bloom, así como a deshacerse de su cuerpo.

Grant se volvió hacia su cliente para que le prestara toda su atención.

—De momento no hay nada demostrable. Están intentando pescar algo, Andrew; eso es todo. Las alegaciones son graves, de modo que no tiene que enfrentarse a ellas hasta que esté lúcido y se le haya pasado el dolor. —Después, a Clarke—: Lo arrolló usted con su coche, inspectora. Puede que la contusión sea lo de menos.

Clarke ignoró a la abogada y siguió mirando a Andrew Carlton a los ojos. El hombre dijo algo que Clarke no entendió bien debido a las protestas continuas de Grant.

—Lo siento, Andrew —dijo indicando a la abogada que guardara silencio—. ¿Puede repetirlo? Carlton bajó la mirada, pero su voz era firme y clara.

—Su nombre real era Graeme. No Gram, sino Graeme.

—¿Y su apellido?

—Hatch.

Clarke vio que Crowther anotaba el nombre en grandes letras mayúsculas.

—¿Y qué fue de Graeme? —preguntó.

—No lo sé.

—Pues yo creo que sí. Imagino que ya no tendrá este aspecto...

Clarke le mostró el fotograma de la película y el granjero esbozó una sonrisa triste.

—Podemos localizarlo, ¿sabe? —dijo Crowther—. Será mejor que coopere y que luego no descubramos que nos ha ocultado información.

—Se marchó por una temporada —reconoció Carlton—. Se cambió de nombre. Lo cambió todo... —Se sumió momentáneamente en sus pensamientos—. Yo no sabía qué había en el coche. Cuando lo traje, no había nada dentro, al menos que yo viera.

—El cuerpo de Bloom estaba en el maletero —dijo Clarke, y a Carlton se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Necesito cinco minutos con mi cliente —terció Sian Grant.

—¿Dónde está Graeme ahora? —preguntó Clarke al granjero—. Se quitará un peso de encima en cuanto nos lo diga.

Carlton negó con la cabeza, se sorbió la nariz y echó la cabeza hacia atrás para que no se le saltaran las lágrimas. Clarke se volvió hacia la abogada.

—Tiene que convencer a su cliente de que ayudarnos es lo más inteligente que puede hacer.

Luego, se puso de pie y pidió a Crowther que apagara la grabadora.

—Entrevista suspendida —dijo Crowther a la máquina.

Después consultó el reloj, dejó constancia de la hora y salió detrás de Clarke.

Rindieron cuentas delante de la mesa de Sutherland mientras Malcolm Fox preparaba unas tazas de té. A Phil Yeats lo habían enviado a vigilar la sala de interrogatorios. Cuando Clarke terminó

de hablar, pidió a Crowther que le confirmara que no se hubiera dejado nada.

—Lo tenemos, sin duda —fue lo único que dijo Crowther.

Clarke miró a Sutherland.

—¿Y los forenses? —preguntó ella a su vez.

—En la carrocería del Polo no hay ninguna fibra que corresponda a la lona. Pero la lona en sí misma ya es otra historia. Creemos tener restos de pintura. Probablemente saltaran cuando la carrocería empezó a corroerse alrededor de los guardabarros. Puede que no obtengamos una equivalencia exacta, pero sabremos qué marca de coche taparon. A eso hay que sumarle la zona en la que se encontraba el coche. La han medido y corresponde de manera casi exacta a un Polo. Con la vegetación, no ha habido tanta suerte, pero la profesora Inglis la examinará, y ha prometido que esta vez no piensa tardar tanto.

—¿Y qué significa todo esto? —preguntó George Gamble—. ¿El granjero es el asesino?

—No lo he pensado ni por un segundo —dijo Clarke—. Creo que nuestro hombre es su amigo Gram, o Graeme.

—No he encontrado gran cosa en Internet —la interrumpió Tess Leighton sin apartar la vista de la pantalla—. Aparecen varios Graeme Hatch, pero no guardan ningún vínculo con Poretoun o Escocia central.

—Si es necesario, podemos ir al Registro Civil y solicitar una partida de nacimiento —dijo Sutherland—. También podemos preguntar a la gente de Poretoun y alrededores. —Se quedó mirando a Clarke—. Era de la zona, ¿verdad?

—Que nosotros sepamos, sí.

—Y traficaba con drogas —añadió Crowther—. Alguien tiene que recordarlo.

—¿Alguien ha dicho «drogas»?

John Rebus apareció en el umbral.

—No puede estar aquí —dijo Sutherland—. Tenemos a un sospechoso y a su abogada al fondo del pasillo. Si se entera de que puede entrar cualquier persona de la calle...

Rebus levantó una mano para indicar que lo entendía.

—Solo quería hablar con Siobhan y no contestaba los mensajes.

—He estado ocupada, John. ¿No puede esperar?

—Solo serán cinco minutos —insistió Rebus.

—Pues vamos fuera —dijo Clarke finalmente.

Bajaron las escaleras en silencio, cruzaron la recepción y salieron. Clarke inspiró un poco de aire y rechazó el chicle que le ofrecía Rebus.

—¿Tenéis a alguien? —preguntó—. ¿El granjero del que os hablé?

Clarke asintió y le hizo un resumen de la mañana.

—En ese caso —añadió Rebus—, mi noticia puede esperar.

—¿Estás seguro? —Clarke vio que asentía—. Pero ¿está relacionada con Ellis Meikle? —Rebus asintió de nuevo—. ¿Y es una buena noticia?

—Supongo.

—No pareces muy seguro.

—Iba a decir que deberíamos hablar con su tío, pero quizá sea mejor que vaya yo. Tú ya estás hasta el cuello de trabajo.

—¿No es necesario, entonces, que esté presente? —Vio que Rebus negaba otra vez con la cabeza—. ¿Te has divertido al menos, John?

—¿Divertirme?

—Jugando otra vez a los detectives.

—Toda la diversión del mundo, Siobhan. —Rebus extendió un brazo—. La calle es un parque de atracciones gigante y hay familias felices allá donde mires.

Rebus vio que Clarke no sabía qué responder, así que le dio una palmada en el brazo y le dijo que volviera a entrar. Cuando estaba a punto de hacerlo, Clarke se detuvo.

—¿Recuerdas ese centro inmóvil del que me hablaste? —dijo—. Eso es lo que me parece ahora mismo la sala de interrogatorios.

Rebus asintió lentamente y fue a buscar su coche, pero en lugar de ponerlo en marcha, se quedó allí sentado, mascando chicle y mirando al vacío.

—Familias, ¿eh? —se dijo para sí.

Estaba pensando en Meikle, pero también en la policía, una gran familia infeliz y disfuncional. Steele le había dicho que estaba mal que un policía delatara a otro, porque era como traicionar a la familia. Sin duda, las cosas eran así en la época de Rebus. La gente encubría los defectos y puntos débiles de sus compañeros. Muchas veces había acudido un coche patrulla o un furgón al Oxford Bar para llevarlo a casa. Se levantaba totalmente vestido, sin tener ni idea de quién lo había subido los dos tramos de escalera o cómo lo había hecho. Nadie decía nada; así funcionaban las familias. Ellis Meikle creía encontrarse donde debía. Por otro lado, su padre estaba esforzándose en ofrecer a Billie una vida doméstica estable. ¿Qué derecho tenía Rebus a interferir? Habían obtenido resultados y, por lo visto, a todos les parecía bien, con la posible excepción de Dallas Meikle.

Sí, Dallas Meikle.

La siguiente persona con la que debía hablar.

Sian Grant se hallaba en el pasillo que iba desde la sala de interrogatorios hasta la oficina del Equipo de Delitos Graves. Phil Yeats se encontraba a su lado y Clarke se detuvo frente a ambos.

—A mi cliente le gustaría darles un nombre —dijo la abogada.

—Adelante.

—Siempre y cuando reconozcan que está cooperando plenamente y que eso se tendrá en cuenta en cualquier procedimiento futuro.

—Así será. —Clarke casi estaba conteniendo la respiración. La abogada le entregó un trozo de papel y Clarke leyó el nombre escrito en él—. Phil, lleve a la señorita Grant con su cliente. Retomaremos la entrevista en unos minutos.

Luego entró en la oficina del EDG y fue a la mesa de Sutherland sosteniendo el papel en alto. Sutherland estaba hablando con la oficina del fiscal.

—Glenn Hazard —dijo Clarke—. Alias Graeme Hatch.

—¿Es el relaciones públicas de Brand? —preguntó Sutherland después de apartarse el teléfono de la cara.

—Efectivamente —confirmó Siobhan Clarke—. Tenemos que comunicárselo al comisario Mollison.

Sutherland asintió pensativo.

—Hágalo usted misma —dijo—. Explíqueme cómo han atado cabos, y no reste importancia al papel que ha desempeñado.

Ambos se miraron a los ojos y Clarke sonrió.

—Gracias —dijo.

—Cuidado, eso no significa que Anticorrupción vaya a dejarla en paz.

—Tengo planes para ellos —respondió Clarke antes de dirigirse a hacer la llamada.

—Entro a trabajar dentro una hora —dijo Dallas Meikle al reconocer a la figura que había en el umbral de su casa.

—No lo entretendré tanto —le aseguró Rebus—. ¿Está la madre de Ellis en casa?

—Sí.

—Entonces, quizá deberíamos hablar en otro sitio.

Rebus tiró de la correa de Brillo, seguro de que Dallas Meikle los seguiría aunque a él no lo llevara atado.

Rebus estaba sentado en el banco del parque cuando Meikle le dio alcance. Le ofreció chicle, pero Meikle lo rehusó y acarició a Brillo en la cabeza. Cuando vio que ni el hombre ni el perro pensaban morderle, se sentó al lado de Rebus.

—He hecho lo que he podido —dijo este contemplando el parque—. He releído los informes, he hablado con unas cuantas personas y he visitado Saughton dos veces.

—¿Y?

—Y al hacerlo, Siobhan Clarke ha cumplido su parte del trato.

—¿Y qué han descubierto?

Rebus negó con la cabeza lentamente.

—Eso queda entre Ellis y yo. Se lo contará él mismo si quiere. Puede que ocurra algún día.

—Pero ¿le contó la verdad?

—Creo que en buena medida.

—¿Y no piensa explicármelo?

—Si mal no recuerdo, yo no figuraba en su trato con la inspectora Clarke. —Rebus miró a Dallas Meikle—. Usted quería una revisión del caso, y de eso mismo me he ocupado. Algunos habrían repasado las pruebas y transcripciones del juicio. Yo he hecho mucho más. Hay cosas que he descubierto que probablemente no quiera saberlas; podrían enrarecer un poco la relación entre usted y la madre de Ellis. —Hizo una pausa esperando a que Meikle dijera algo, pero no ocurrió, así que ladeó ligeramente la cabeza—. Aunque, a lo mejor, ella ya le haya contado al menos uno de sus secretos. Sí, probablemente cuando se lo eché en cara. ¿Qué se siente al descubrir que la propia madre de Billie la acosaba en Internet? —La expresión de Meikle se tornó más lóbrega, pero mantuvo la boca cerrada—. Es comprensible —dijo finalmente Rebus—, pero ahora debe hacer lo correcto. —Hizo una nueva pausa—. Y recuerde esto: Siobhan podría haberlo denunciado. Si lo hubiera hecho, usted también estaría a punto de convertirse en una transcripción jurídica.

—Eso sucederá de todos modos, ¿no es así? Al entregar a esos dos policías, estoy condenándome.

—Si dice que acudió directamente a las autoridades y que usted nunca hizo esas llamadas anónimas, no.

—Entonces, sería la palabra de ellos contra la mía.

—¿Cómo le facilitaron el teléfono y la dirección de Clarke?

—Entraron en el bar y me los dieron.

—¿Conserva el trozo de papel? —Rebus vio que el hombre asentía—. ¿En el pub hay cámaras?

—Asintió de nuevo—. De repente, ya no es su palabra contra la de ellos. Los muy idiotas le dijeron incluso quiénes eran.

—Me dijeron que no utilizara un teléfono rastreable y aconsejaron las cabinas que hay cerca del pub. También me dijeron que no hablara, pero querían saber, llegado el momento, cuándo empezaba a ponerse nerviosa. Y si yo creía que no estaba funcionando, siempre podía hacerle una visita.

—Entonces ¿tenía forma de contactar con ellos?

Meikle sacó del bolsillo trasero una tarjeta de visita con el nombre del sargento Brian Steele, su dirección en la Unidad Anticorrupción, el escudo de la policía y su lema debajo: *Semper vigilo*, «Siempre vigilante».

—¿Sabe qué significa eso? —preguntó Rebus señalando las palabras.

—No se me dan bien los idiomas.

—Pregúntele a Billie algún día. Puede que ella tenga la respuesta.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que piensa decirme?

Rebus se puso de pie.

—No deje de visitar a Ellis y asegúrese de que Billie también vaya. Al fin y al cabo, es su hermano. Es lo mínimo que puede hacer por él.

Rebus llevó a Brillo a Arden Street y lo dejó en su cesta en la cocina. Durante todo el trayecto pensó en los Meikle, lo cual le recordó a su infancia. Su madre había muerto prematuramente y su padre crio a sus dos hijos, Rebus y su hermano Michael, lo mejor que supo. Pero trabajaba muchas noches y fines de semana, dormía de día y, en ocasiones, viajaba. Como tenían que arreglárselas solos, los dos hermanos se asilvestraron. John dejó la escuela a la primera oportunidad que tuvo y se alistó en el ejército, mientras que Michael empezó a vender drogas, acabó en la cárcel y murió joven. Puede que el término «disfuncional» no existiera por aquel entonces, pero, en opinión de Rebus, su familia habría cumplido todos los requisitos.

Decidió llamar a su hija a Tongue, una población en la costa norte de Escocia, donde era difícil visitarla. Saltó el contestador, así que dejó un breve mensaje en el que le decía que estaba pensando en ella y le preguntaba por su nieta Carrie. Luego se preparó un té, pero lo tiró por el fregadero y, en su lugar, sacó una cerveza baja en alcohol de la nevera. Su respiración ya casi había recobrado la normalidad después de subir los dos pisos. Envió un mensaje a Clarke y esperó respuesta. Un traficante llamado Gram; un granjero de Poretoun; el Polo ignorado durante tantos años delante de las mismísimas narices de la policía y de los lugareños. Intentó imaginar el escenario. «Al principio, es una medida temporal fruto del pánico, pero no ocurre nada; al parecer, ha funcionado. Así que lo dejas un poco más, y luego otro poco, hasta que pasa a formar parte del paisaje. Ya casi has olvidado que está allí y lo que significa».

Envió a Clarke otro mensaje y tomó un sorbo de cerveza, una cerveza a la que le habían extirpado el alma. En la última revisión había preguntado a su médico si le haría daño alguna que otra pinta o caña.

—Acabarán con usted —respondió el doctor.

—Estipularé en mi testamento que no quiero que ninguno de los portadores del féretro vaya sobrio.

El siguiente mensaje que envió fue para Malcolm Fox, que lo llamó enseguida.

—Es agradable oír una voz conocida —le dijo Rebus.

—Jennifer Lyon prácticamente me ha ordenado que vuelva a Gartcosh. Cree que estoy

excediéndome.

—¿Y es así?

—No puedo marcharme, John. Justo ahora que se pone interesante.

—Sí, Siobhan me contó lo del granjero.

—Nos dio un nombre.

—¿De su amigo Gram?

—Antes se hacía llamar Graeme Hatch. Después del asesinato de Bloom, se fue de la ciudad y se lo cambió. Ahora es Glenn Hazard.

—¿El relaciones públicas?

—¡Sí!

—Entonces ¿todo fue obra de Adrian Brand?

—Hazard no empezó a trabajar como relaciones públicas hasta hace unos años. Nada indica que conociera a Brand en 2006, aunque probablemente sí a Jackie Ness. Merodeaba por el plató vendiendo lo que pudiera.

—¿Lo habéis interrogado?

—Bajo advertencia.

—¿Está allí ahora mismo?

En la mente de Rebus empezó a fraguarse una idea.

—Solo hay una sala de interrogatorios, así que han utilizado mi despacho. Ahí está Carlton. Alguien ha ido a St. Leonard's a buscar más equipos de grabación. En ese rato, ha llegado el comisario Mollison y la prensa ha vuelto a apostarse fuera.

—Qué jolgorio. Ahora entiendo por qué no quieres irte. —Rebus hizo una pausa—. ¿Y qué incluirás en el informe, Malcolm? ¿Me ofreces un adelanto?

—Sé lo que hiciste, si te refieres a eso.

—¿Y qué hice?

—¿Aparte de beber estando de servicio y meter a un periodista en un buen aprieto con Cafferty?

—¿Hay más?

—También sé que hiciste lo posible por encubrir que la aventura que mantenía Mary Skelton era con tu jefe, Bill Rawlston. Las tardes en que ella supuestamente estaba visitando a su madre enferma, Rawlston asistía a reuniones inexistentes en Fettes. Tú eras quien le decía a la gente por qué se había ausentado. Incluso escribiste en tus notas que estaba contigo cuando entrevistaste a Jackie Ness. El problema es que el diario de Rawlston lo sitúa en una reunión en Fettes. Dos reuniones justo a la misma hora.

—Vaya por Dios.

—Eso es, vaya por Dios.

—Malcolm, debes tener en cuenta que las familias siempre mienten, y eso es lo que éramos. En la Casa Grande nos mentíamos unos a otros y, a veces, a nosotros mismos. Y ahora solo queda una Casa Grande, Gartcosh, y adivina...

—¿Nada ha cambiado? —aventuró Fox.

—Todo el mundo sigue cubriéndose, apuñala a otros compañeros por la espalda e intenta parecer ocupado cuando, en realidad, no sucede nada. ¿Le suena de algo, inspector Fox?

—¿Crees que eso excusa lo ocurrido en el pasado?

—Quién sabe. Pero, gracias a Dios, parece poca cosa si lo comparamos con un asesinato, ¿eh?

—Nada es insignificante, John. Hubo una visita a la granja Poretoun Glen, ¿lo sabías? Y resulta que fueron Steele y Edwards. Hablaron con el tío del dueño actual. Estaba muy débil. No podía salir de casa y se sentía muy agradecido de que su sobrino tomara las riendas. Digas lo que digas

de Steele, el tipo presta atención a los detalles. Les dejó la tarjeta por si alguno de los dos, granjero o sobrino, podía ponerse en contacto con él en caso de que oyeran o recordaran algo.

—Hay hábitos que no desaparecen —dijo Rebus con una sonrisa casi inapreciable.

—¿A qué te refieres?

—*Semper vigilo*, Malc. Nos vemos pronto.

Fox debió de detectar algo en la voz de Rebus.

—¿Cómo de pronto?

—Depende del tráfico —respondió Rebus antes de colgar.

Aparcó en Leith Links, que fue lo más cerca que pudo llegar. Varias furgonetas de la prensa, un par de ellas con antenas parabólicas apuntando al cielo, ocupaban todas las plazas más próximas a la comisaría. Rebus observó desde la esquina. Había escuchado las noticias locales en la radio del Saab y estaba al tanto de que varios periodistas se habían apostado en la granja Poretoun Glen.

Finalmente salió el comisario Mark Mollison y se vio rodeado al instante. Tenía una declaración que hacer, pero no podría empezar hasta que todos se hubieran calmado. Rebus se abrió paso entre la multitud y entró en la comisaría. Al otro lado de la puerta, había un agente uniformado cuya misión consistía en echar a visitantes indeseados. Rebus levantó ambas manos.

—No soy periodista —dijo.

No reconoció al agente de recepción, así que preguntó por el inspector Fox.

—Está ocupado. Todos lo están, por si no lo había notado.

—Soy expolicía —explicó Rebus—. He estado ayudando en un caso y necesito hablar con Fox o con la inspectora Clarke.

—He dejado de escuchar después de lo de «ex» —dijo el agente, que se dio la vuelta.

Rebus notó la presencia del policía detrás de él, dispuesto a echarlo de allí con un gesto firme, así que sacó el teléfono y envió un mensaje al piso de arriba.

—Un minuto —dijo—. Si no baja nadie, me iré.

—Ya he empezado a contar —le advirtió el agente.

Cincuenta segundos después, Fox abrió la puerta y no parecía alegrarse demasiado de la presencia de Rebus.

—¿Todo en orden? —preguntó el agente.

Al final, Fox asintió con desgana. Antes de que pudiera cambiar de opinión, Rebus cruzó el umbral murmurando un «gracias».

Mientras subían las escaleras, Fox le preguntó si lo había visto alguien.

—Estaban dándose un atracón con Mollison. No soy tonto. —Rebus se detuvo y miró a Fox—. Hay una cosa que debes saber. Rawlston no se encuentra bien. Dentro de unos meses, ya no estará aquí.

—¿Estás pidiéndome que censure el informe, que lo convierta en una noticia falsa?

—Estoy pidiéndote que te tomes tu tiempo para acabarlo. Dile a tu jefa que tienes que localizar a más gente para entrevistarla. Estás siendo exhaustivo, eso es todo. —Fox empezó a subir las escaleras y Rebus lo siguió, respirando con dificultad—. Joder, Malcolm, nadie está construyendo una pira funeraria a tu alrededor. Sería una cuestión de amabilidad, nada más. Ni siquiera te he pedido que mientas. —Vio que Fox lo miraba con cara de pocos amigos—. Bueno, a lo mejor, una mentirijilla a tu jefe, sí. ¿Te lo pensarás al menos?

Habían llegado al descansillo del primer piso, donde los esperaba Siobhan Clarke con expresión adusta.

—Acabo de recibir un mensaje de Laura —dijo levantando el teléfono—. Pregunta qué está haciendo John Rebus aquí.

Fox se volvió hacia Rebus, que estaba utilizando el inhalador.

—Me ha parecido oír que no eras tonto, ¿no?

—Entonces, ¿qué demonios haces aquí, John?

—Husmear —respondió finalmente—. Prometo no interponerme en el camino.
Clarke se volvió hacia Fox.

—Y a mí me pareció entender que te habían mandado de vuelta a Gartcosh.

—Justamente estaba recogiendo mis cosas —dijo él.

—¿Qué cosas?

—Cualesquiera que sean, me está llevando más tiempo de lo previsto.
Clarke puso los ojos en blanco, entró en la sala del EDG y volvió a salir.

—Malcolm —dijo—, te pongo al cargo de John. Intenta que no se quite la correa.

Fox asintió y acompañó a Rebus a la abarrotada sala que había sido su despacho durante la última semana.

—Creía que el granjero estaba aquí —comentó Rebus.

—Lo han dejado en libertad —dijo Fox.

—¿Eso significa que no hay pruebas suficientes para acusarlo?

—Se formularán cargos, eso seguro, pero aún no sabemos cuáles y, mientras tanto, queremos que coopere.

—¿Qué ha cantado de momento?

Rebus aceptó la silla que le ofreció Fox y cogió un fajo de papeles relacionados con la investigación de 2006.

—No hagas eso, por favor —dijo Fox—. Si entra alguien y te ve aquí...

—No te preocupes. No le contaré a nadie que me has invitado a subir para que te ayude a embellecer el informe.

—¿Nunca te has planteado ser cómico?

Rebus dejó las hojas encima de la mesa.

—Estabas a punto de contarme lo del granjero —dijo.

—Era amigo de Graeme Hatch desde el colegio. Luego, Hatch fue a la universidad. Suspendió el primer curso y volvió a Poretoun, pero mientras estuvo fuera, desarrolló una nueva habilidad.

—¿Vender droga?

—No a gran escala, según Carlton, pero sí a una lo suficiente estable como para ganarse la vida. Trabajaba en pubs y discotecas de Edimburgo, además de en su pueblo y en algún otro cercano. Siempre que había rodaje, se desplegaba un buen mercado.

—¿Y todo eso, delante de las narices de Cafferty?

—Le preguntamos a Carlton si Hatch trabajaba para alguien, pero cree que iba por libre.

—Debía de sacar la mercancía de algún sitio.

—Por lo visto, de Internet.

—Estás de broma.

—La traía de China y procedente de otros lugares a través de la *dark web*.

—¿Carlton era cliente y consumidor? —preguntó Rebus.

—Solo drogas estimulantes para que no decayera la fiesta.

Rebus se puso pensativo.

—Una frase interesante, Malcolm.

Fox frunció el ceño.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Por qué?

—Ese aluvión de sobredosis y la conexión con Rogues. Cafferty asegura que fue cosa de un vendedor llamado Graeme. —Rebus hizo una pausa—. ¿Qué dice Carlton sobre el coche?

—Solo que Hatch apareció con él una noche y le dijo que necesitaba dejarlo allí.

—¿Le preguntó por qué?

—Dice que bromeó con que era robado. Hatch insistió en que no hiciera preguntas. Lo llevaron al campo, lo rodearon de basura y le echaron una lona por encima. Además, el interior parecía estar vacío. Hatch llevaba una bolsa. Puede que dentro estuvieran el portátil y el móvil de Bloom.

—¿Y los documentos de la caja fuerte de Brand? —aventuró Rebus, y Fox se encogió de hombros.

—Sabemos que el cuerpo de Stuart Bloom yacía en el maletero. Es posible que Carlton no mirara dentro en ningún momento.

—¿Hatch no lo ha mencionado?

—Siguen interrogándolo a menos de diez metros de aquí.

—¿Tiene abogado?

—Sí.

—¿Trasladaron el coche hace dos o tres años?

Fox asintió.

—Por la época en que Carlton le dijo a su viejo amigo que estaba planteándose vender la granja. Lo sacaron del campo, arrancaron la batería e hincharon un poco los neumáticos.

—¿Seguía funcionando después de tantos años?

—Ingeniería alemana —dijo Fox—. Hazard se lo llevó y fue la última vez que Carlton lo vio.

—Pero él lo sabía, ¿verdad? ¿Sabía a quién pertenecía?

—Yo diría que sí. De lo contrario, ¿por qué le entró el pánico cuando vio a Siobhan?

—Pero ¿qué dice él?

—Lo niega. Nunca veía las noticias, así que solo le sonaba la desaparición de una persona.

—Tiene que estar mintiendo.

—Por descontado que miente.

—¿Así que su viejo amigo aparece años después con un poco más de peso, un peinado y un nuevo porte y no hablan del coche? ¿Carlton ni se acerca a él?

—Supuestamente.

—¿Y cuando reaparece en Poretoun Woods con los restos de Stuart Bloom dentro...?

—Sigue sin ver las noticias.

—Ya, claro —dijo Rebus, que resopló.

—Esa es su versión.

—Pues huele peor que una plasta de vaca reciente. Y, con cooperación o sin ella, si sabía lo que estaba haciendo, irá directo a la cárcel.

—Por eso sigue negándolo.

Rebus asintió.

—Entonces, ahora solo tenéis que ponerlo en contra de Hazard.

—Exacto. Pero hay un problema...

Rebus asintió de nuevo.

—¿Por qué lo hizo Hazard?

—¿Alguna idea al respecto?

—Déjame cinco minutos con él en una habitación y quizá pueda ayudarte. —Rebus vio que Fox sonreía burlonamente—. Hablo en serio, Malcolm —dijo—. Muy en serio.

Podían retener a Hazard veinticuatro horas sin presentar cargos. Estaban aprovechando ese tiempo para registrar su casa, la oficina, sus ordenadores y extractos telefónicos. Entrevistaron a gente de su pasado y presente. Entre tanto, su abogado estaba haciendo un poco de ruido. ¿Qué pasaba con el Equipo de Delitos Graves y esas alegaciones no demostradas? Primero, el robo y, ahora, un viejo asesinato.

Sutherland miró con dureza a Francis Dean, el abogado. No trabajaba en el mismo bufete que Kelvin Brodie, pero obviamente se había corrido la voz.

A Hazard le habían tomado las huellas y una muestra de ADN. Volverían a examinar las esposas, el volante y las manijas del Polo, la lona, así como los diversos vehículos y máquinas que rodeaban el espacio donde se encontraba el coche. Habían preguntado a Carlton, pero recordaba que Hazard llevaba guantes cuando volvieron a poner en marcha el Polo. ¿Y el propio Carlton? No creía haberse puesto guantes. A él también le tomaron las huellas y una muestra de ADN, y se pidió al laboratorio de Howdenhall que trabajara toda la noche si era necesario. Sutherland ya había encargado *pizzas* y refrescos.

Finalmente, el cansancio pudo con ellos. Glenn Hazard fue trasladado a una celda de St. Leonard's y al equipo de Sutherland le dijeron que intentara descansar, aunque no demasiado. El tiempo pasaba y tendrían que esforzarse para poder convencer a la oficina del fiscal de que debía formular cargos por asesinato. A pesar de haber encontrado habitaciones en un hostel del campo de golf, Clarke rechazó la oferta, insistiendo en que su casa se encontraba a solo cinco minutos en coche. Fox le preguntó si podía dormir en el sofá, y Clarke aceptó.

—Pues esa butaca es para mí —dijo Rebus—, a menos que quieras cederle tu cama a un anciano agotado.

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Qué problema hay con tu piso?

—A lo mejor, te olvidas de llamarme si hay novedades en el caso.

—¿Y Brillo?

—Bien visto.

Rebus fue a Marchmont para recoger al perro. Mientras tanto, Fox se dirigió a un local de *fish and chips* situado casi al final de Broughton Street. Cuando Rebus llegó al piso de Clarke, el pescado estaba a lo sumo tibio, pero habían preparado té y Fox le ofreció una salchicha rebozada al perro.

—Espero que no lo vomite —dijo Clarke.

—¿Brillo o yo? —preguntó Rebus, que se llevó unas patatas avinagradas a la boca.

Estaban sentados en el comedor. Fox había añadido unas latas de cola e Irn-Bru a la compra, y Rebus abrió una cerveza.

—La cafeína probablemente sea lo último que necesite —dijo Clarke, que siguió bebiendo el té de menta que se había preparado. Comió utilizando los envases y cuando hubo terminado, los tiró al suelo, apoyó la cabeza en la butaca y cerró los ojos.

—No dormirás —le dijo Rebus—. Esto es el equivalente policial de Nochebuena.

—¿Y si el laboratorio no obtiene suficiente información? Ahora mismo es la palabra de Carlton

contra la de Hazard. Si lo único que encontramos en el coche son las huellas y el ADN del granjero...

—Vaya, qué optimista. Pensaba que el cínico aquí era yo.

—Shiv tiene razón —dijo Fox—. El coche estaba en la propiedad de Carlton. Este y Bloom actuaron como extras en una película de Jackie Ness, así que tal vez se conocieran mejor de lo que admite Carlton.

—¿Insinúas que el granjero es un gay que no ha salido del armario y que por eso mató a Bloom?

—Bloom lo ve en Rogues y a lo mejor se dan el lote. Luego se lo encuentra otra vez durante el rodaje. Carlton está...

—¿Tan avergonzado que lo mata? —dijo Rebus sin molestarse en disimular su desconfianza—. No lo creo en absoluto.

Brillo se le había subido al regazo y estaba durmiendo mientras Rebus lo acariciaba detrás de las orejas.

—Entonces ¿por qué lo hizo Hazard? ¿Una venta de drogas que se complicó? ¿Una deuda?

Rebus levantó la mano separando los dedos y Fox captó perfectamente el mensaje: «Cinco minutos con él».

—Por qué ocurrió no importa —dijo Clarke somnolienta y con los ojos cerrados—. Solo tenemos que demostrar que lo hizo uno u otro. —De repente, pareció recordar algo, se incorporó y miró a Rebus—. Tenías noticias para mí, John.

Rebus asintió.

—Ellis Meikle está encubriendo a su hermana.

—¿A Billie?

—Probablemente no podría demostrarlo en un tribunal, pero sé que es así.

—¿Qué le dirás a su tío?

—Ya hemos hablado.

—¿Nos entregará a Steele y Edwards?

—Bueno, para ser más exactos presentará una queja a Investigaciones Especiales, lo cual te deja totalmente fuera.

—¿Eso qué significa?

—Significa que no hizo caso de la propuesta de los Chuggabugs de utilizar tu número de móvil, un número que le facilitaron ellos para acosarte.

—¿Es su palabra contra la de ellos?

—No exactamente.

—¿Crees que no podrán salir airosos de esta?

—Steele se trae algo entre manos, Shiv. Créeme.

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa?

—Para empezar, puedo citar todas las caras B de los Rolling Stones desde los años setenta.

—Pero ¿apostarías dinero? —preguntó Fox.

Rebus empezó a contar con los dedos.

—*I Want to Be Loved, Stoned, Little by Little...*

—No lo animes —le dijo Clarke a Fox—. Es su manera de esquivar la pregunta.

—Me conoce demasiado —contestó Rebus, que se encogió de hombros. Luego, mirando a Clarke—: ¿Hazard ha dicho algo que nos acerque a la verdad de lo ocurrido?

—No conocía a Stuart Bloom, no se citó nunca con él, nunca vendió drogas, no se fue de la ciudad ni cambió de identidad porque estuviera huyendo de algún delito y no tiene ni idea de por

qué Andrew Carlton se ha inventado esa historia, a menos que sea porque los agricultores estén notando la crisis económica y quizás esté mentalmente desequilibrado.

—Eso me suena a verborrea de abogado.

—Casi todo lo que acabo de mencionar es cosa del abogado. Hazard se queda mudo como si estuviera hecho de granito.

—Pero no es así, lo cual significa que podemos ir a por él.

—¿Cómo?

—El amigo John —terció Fox— quiere pasar un rato a solas con el sospechoso.

—Eso no va a ocurrir —zanjó Clarke y cerró los ojos de nuevo.

—No necesariamente a solas —dijo Rebus—. Podría acompañarme alguien.

—El equipo legal de Hazard se pondría las botas. Esto no es Miss Marple, John. No puedes intervenir en la investigación como si tal cosa.

—La última vez cometí muchos errores, Siobhan. Solo me gustaría tener la oportunidad de enmendarlos.

—Uno no siempre tiene lo que quiere.*

Rebus miró a Clarke y después a Fox.

—Cara B de *Honky Tonk Women* —dijo—. ¿Sigues queriendo apostar?

Justo antes de la medianoche, Rebus pidió que lo disculparan durante una hora. Brillo irguió las orejas, pero su dueño negó con la cabeza. Salió solo del piso y se dirigió hacia el coche. El trayecto fue rápido. La ciudad estaba tranquila, iluminada por los letreros y los escaparates de las tiendas. Delante de sus bares favoritos había unos cuantos clientes compartiendo cigarrillos e historias. Por un momento, le habría gustado ser uno de ellos, pero cambió un chicle por otro y siguió conduciendo.

La puerta del edificio estaba cerrada, así que llamó al timbre. A aquellas horas de la noche, probablemente creerían que era un bromista y volvió a probar. A la tercera intentona, oyó el interfono.

—Te equivocas de piso, joder —dijo Charles Meikle.

—Soy John Rebus. Tenemos que hablar un momento.

—¿A estas horas?

—He pensado que sería mejor esperar a que Billie estuviera durmiendo.

Hubo un silencio momentáneo y Meikle abrió la puerta. Rebus se tomó su tiempo para subir las escaleras, pero cuando llegó al piso de Meikle le costaba respirar.

—¿Se me va a morir aquí? —preguntó el hombre desde el umbral.

Rebus negó con la cabeza.

—No, pero me vendría bien un vaso de agua.

—Mientras me prometa que hablará en voz baja...

Rebus asintió y siguió a Meikle hasta la cocina. No creyó haberlo despertado. Meikle iba vestido y estaba totalmente alerta. Se dio la vuelta con un vaso medio lleno y Rebus lo cogió, pero en lugar de beber, lo dejó en la encimera.

—La última vez que vine —dijo—, apoyó aquí los puños. Recuerdo que me pareció un poco raro. Cuando lo hizo, tenía las palmas de las manos alzadas, como si intentara esconder algo —señaló la encimera—. Veo que se ha deshecho de él.

—¿De qué?

—Del soporte de madera en el que faltaba un cuchillo.

—¿Y eso quién lo dice?

Rebus ignoró la pregunta. Finalmente cogió el vaso y bebió un trago.

—¿Sabe qué deduje a partir de eso? Deduje que usted lo sabía. Por supuesto que lo sabía. ¿Dónde iba a llevar Ellis a Billie después de lo que pasó? Iba manchada de sangre. Necesitaba que ella volviera y se pusiera ropa limpia. —Hizo una pausa—. Cosa que lo convierte a usted en cómplice.

—No puede demostrar nada.

—Es posible.

—¿A qué se refiere?

—Digamos que hablo con Billie...

Por la mirada de Meikle, sospechó que si el soporte para cuchillos hubiera estado allí, habría cogido uno.

Rebus levantó una mano.

—El caso es que no sé si es necesario. Es una chica inteligente y sensible. No podrá echárselo a la espalda. Será como una sombra que la perseguirá en todo momento, lo cual significa que usted siempre estará inquieto, preguntándose si se vendrá abajo o cuándo sucederá eso. Y lo mismo ocurre con su hermano. La familia entera está condenada a cadena perpetua, no solo Ellis. — Levantó un poco el tono de voz—. ¿No es así, Billie?

La chica salió del oscuro pasillo y se quedó en el umbral. Se la veía pálida y frágil con el camisón, que le llegaba hasta los tobillos.

—No pasa nada, cariño —le dijo su padre—. Lo prometí entonces y sigo haciéndolo ahora. — Después, dirigiéndose a Rebus en un tono amenazante—: Será mejor que se largue. Si vuelve, le juro que le retorceré el cuello.

—No lo dudo. —Rebus se volvió hacia Billie—. Tienes un padre imponente. Pero una cosa es hablar, o incluso pensarlo, y otra bien distinta hacerlo. —Pasó junto a ella en dirección a la puerta—. Esto es muy frío, Billie, y puede que tu padre y Ellis empiecen a darse cuenta algún día.

Rebus salió y se detuvo en el descansillo. Si estaban hablando dentro del piso, no podía oírlos. Al bajar las escaleras, empezó a tararear una melodía y hasta que llegó abajo, no supo cuál era.

R. Dean Taylor, «There's a Ghost in My House». Hacía tiempo que no la escuchaba...

SÁBADO

Eran las 6:30 y aún estaba oscuro. Los trabajadores de fin de semana empezaban a llegar a la ciudad. Los autobuses iban casi vacíos, las ventanas estaban empañadas por la condensación y unos pocos transeúntes buscaban tiendas que abrieran temprano o no cerraran nunca. Clarke les había preparado un café y Rebus preguntó si el quiosco abriría pronto. Fox dijo que en los periódicos no habría nada que no se hubiera publicado ya en Internet.

—¿Alguna vez has intentado leer las páginas de las carreras en un teléfono? —respondió Rebus.

Luego se separaron: Clarke y Fox fueron a Leith y Rebus llevó a Brillo al parque de Meadows antes de volver al piso de Arden Street.

—Se reanudará el servicio normal —prometió al perro antes de irse.

Delante de la comisaría de Leith solo había un periodista. Parecía joven y aterido, y preguntó a Rebus a qué hora trasladarían a Hazard.

—Pronto —contestó Rebus apiadándose de él.

El joven sacó el teléfono para avisar a sus compañeros y Rebus intuyó que había formulado la misma pregunta a Clarke y Fox, pero ellos lo habían ignorado.

«Ha sacado la pajita corta», pensó al entrar. «Como los dispositivos de vigilancia de antaño. Se te dormía el culo y no tenías dónde mear». Esta vez, el agente de recepción lo reconoció y le permitió acceder.

Sutherland se encontraba en lo alto de la escalera flanqueado por Clarke y Fox. El inspector jefe iba tan bien vestido como siempre, pero estaba pálido y tenso, y señaló a Rebus.

—Váyase —le ordenó.

—Escuche, creo que podría...

Pero Sutherland ya se encaminaba a la sala del equipo de Grandes Investigaciones. Entonces dio media vuelta y miró a Clarke.

—Si sigue aquí dentro de treinta segundos, será expulsada del equipo.

El brazo que Clarke extendió pudo ser un gesto de disculpa o de rechazo.

—Dile que puedo ayudarlos —dijo Rebus.

—Si falla todo lo demás —respondió Clarke asintiendo.

—Esperaré en el coche. —La miró fijamente—. Manténme informado, a menos que quieras que monte una escenita delante de la prensa.

Clarke hizo un gesto afirmativo, pero Rebus no se lo acababa de creer.

En la sala del EDG, Reid y Crowther estaban pasando el parte a Sutherland. Los demás aún no habían llegado. El laboratorio no había arrojado demasiada información de utilidad, pero la muestra del terreno coincidía en un noventa por ciento, lo cual, según la profesora Hamilton, era suficiente para un tribunal.

—¿No había huellas en la lona? —preguntó Fox.

—Solo del granjero —dijo Reid—. Y restos de pintura de un coche del mismo color y año que

el Polo. No han podido darnos una coincidencia definitiva.

—¿Las huellas de Hazard no aparecen en las esposas?

—Fue lo bastante listo como para ponerse guantes cuando movieron el coche. A lo mejor, siempre ha sido inteligente en ese sentido.

—¿Llevaba guantes cuando atacó a Bloom?

—Si es que atacó a Bloom —puntualizó Sutherland.

—¿Tiene dudas, señor? —preguntó Clarke.

—Ahora mismo es la palabra de Carlton contra la suya. Aunque esas esposas hubieran pertenecido a Hazard en algún momento, solo tiene que decirle al tribunal que las perdió. Tal vez, las cogiera o se las robase su amigo agricultor. ¿Quién fue el que huyó al verla? ¿Quién el que tuvo el coche en su propiedad hasta que se vio obligado a moverlo tras la venta?

—Todo apunta a Carlton y no a Hazard —coincidió Reid.

—Pero Carlton no escapó después del crimen, ni cambió de identidad ni su vida entera —arguyó Clarke—. Y no conocía a la víctima.

—Tampoco sabemos si Hazard la conocía.

—Hazard estaba por allí revoloteando siempre que había un rodaje, lo cual lo sitúa junto a Jackie Ness, y Bloom trabajaba para Ness y actuó como extra en sus películas.

—Estamos caminando en círculos —dijo Sutherland sin molestarse en ocultar su frustración—. Y pronto tendremos que dejar en libertad a Hazard.

—O acusarlo —comentó Clarke.

—¿Sin pruebas? Su abogado no lo permitirá.

—La declaración del granjero es bastante convincente —terció Crowther.

—Dudo que Francis Dean lo vea así —repuso Sutherland.

—¿Y no hemos averiguado nada del pasado de Hazard? Sus viejos amigos, contactos, clientes... Reid entregó la documentación a Clarke.

—Compruébalo tú misma. Parece que dejó de traficar, se centró y encontró su vocación en las relaciones públicas.

—Y todo eso sucedió justo después de la desaparición de Bloom —murmuró Clarke entre dientes.

—Hemos registrado su piso y revisado sus cuentas de correo electrónico. Hemos contactado con antiguas novias y gente con la que compartió vivienda durante sus años en Glasgow. No tiene antecedentes, ni siquiera multas por exceso de velocidad o aparcamiento.

—No podía arriesgarse a meterse en líos —afirmó Crowther.

Sutherland estaba leyendo un mensaje de texto en el móvil.

—Y ahora mismo viene de camino. Su abogado probablemente esté esperando abajo. —Se volvió hacia Reid—. ¿Puede intentar despertar a nuestras bellas durmientes?

Justo cuando terminó de hablar, aparecieron Leighton y Yeats seguidos por Gamble. Los tres parecían faltos de aliento cuando se disculparon.

—No se molesten en ponerse cómodos —dijo Sutherland—. George y Phil, los quiero en el laboratorio forense. Cerciórense de que hayan realizado todas las pruebas habidas y por haber. El coche, la lona y las esposas. El laboratorio tiene el ADN de Glenn Hazard. Si dejó una gota de sudor, un cabello o una baba al toser, lo quiero, ¿entendido? Los demás repasarán todo lo recopilado sobre Hazard de momento. Hay muchas lagunas en la historia de su vida. Es posible que se nos haya escapado algo crucial. Malcolm y Tess, echen un último vistazo a los informes originales del caso. ¿Acecha en ellos por algún lugar? —Asintió en dirección a Reid—. Callum, usted vendrá conmigo a la sala de interrogatorios. —Luego, a los presentes—: Quiero que

estemos todos en el pasillo cuando llegue Hazard; dedicándole una combinación de gestos de indiferencia y miradas a los ojos que le diga que ya es nuestro. —Dio una palmada—. Necesitamos resultados, amigos, y eso significa que hay que ponerse manos a la obra. ¿Creen que han tenido jornadas largas? Pues hoy van a conocer una nueva definición de lo que supone trabajar duro. A sus puestos...

Rebus vio llegar la furgoneta y se bajó del Saab para presenciar el circo. La prensa había recibido el aviso y estaba lista para atacar. En la comisaría no había entrada trasera, ni siquiera un callejón en el que la furgoneta pudiera depositar su cargamento. Los periodistas y las cámaras rodearon a Glenn Hazard cuando lo acompañaban a la puerta. Parecía desconcertado, la viva imagen de la inocencia. Su abogado estaba esperando en la escalera, preparado para dar la batalla, con una tez recién afeitada, rosácea y reluciente. Rebus no lo conocía, pero sí a los de su especie: atildado como un maniquí de escaparate y rociado de pies a cabeza con un aerosol denominado *privilegio*. Finalmente, los escoltas llevaron al interior a Hazard y la aglomeración empezó a dispersarse mientras los periodistas revisaban cámaras y teléfonos, y enviaban la última hora a las redacciones y redes sociales. Laura Smith se acercó a Rebus con una sonrisa que intentaba no parecer excesivamente profesional.

—Sin comentarios, Laura —le dijo él.

—Totalmente extraoficial, John. Eres civil.

—Adelante, pues.

—¿Hay combustible suficiente?

—¿Para acusarlo? —Rebus esperó a que asintiera—. Como bien dices, soy civil.

—Pero te has pegado a este caso como una lapa. Me han dicho que hoy has venido poco después que Fox y Siobhan.

—Estoy impresionado.

Rebus estaba buscando al joven periodista que ejercía de vigilante nocturno.

—Está tomándose un descanso más que merecido —dijo Smith—. Puede que sea joven, pero se precia de saber reconocer una cara y ponerle nombre. —Hizo una pausa—. Si alguien mencionara en un artículo que has participado en el caso, la acusación podría correr peligro, ¿verdad?

—¿Qué quieres, Laura?

—Información.

—Deberías preguntarle a Siobhan.

—Pero parece que no tengo influencia sobre ella.

—Si interfieres y el caso se va al garete, a lo mejor deberías borrarla de tus contactos.

—Solo necesito una hora de ventaja sobre la competencia, John.

—Ahora mismo, no puedo ayudarte. —Señaló las losas sobre las que se encontraban—. Estoy en ascuas, al igual que tú.

—Pero...

—El tiempo se acaba. Si el Equipo de Delitos Graves no quiere verse obligado a soltar a Hazard, necesitará un poco de ayuda.

—¿Por tu parte, quieres decir?

—Así que, a lo mejor, me quede un par de horas por aquí para ver qué pasa.

—Yo no he traído el coche —miró en dirección al Saab—. ¿Te importa si me siento en el tuyo calentita un rato?

—Sí.

—¿Tienes miedo de que mis extraordinarias habilidades puedan contigo y se te acabe

escapando algo de forma involuntaria?

—Sí, claro —replicó Rebus haciendo una mueca.

—Entonces ¿por qué no pones a prueba esa confianza? ¿Cómo vas a pasar el rato, si no?

—Había pensado en estudiar algún idioma.

Smith asintió.

—Conversar siempre es la mejor manera de aprender. Puedo ofrecerte francés, alemán, conocimientos básicos de italiano...

Rebus notó que su resistencia cedía un poco.

—De acuerdo, pero primero dime una cosa. Y sin mentiras.

—Por supuesto.

—¿De verdad no has traído el coche?

—De verdad.

—¿Y a cuántas calles lo has dejado?

Smith frunció los labios un momento.

—A dos —confesó al fin.

Rebus asintió y volvió al Saab sabiendo que la llevaba detrás.

—Entonces prepárate para que se te duerma el trasero. Y no esperes comodidades.

Cuando Graham Sutherland salió del lavabo, estaba esperándolo Clarke, que señaló las escaleras y se detuvo a media altura.

—Su cara me dice que no hay novedades, ni del laboratorio ni de ningún otro sitio —dijo Clarke—. Todo son habladurías por corroborar. Ambos sabemos qué dirá el fiscal al respecto.

—Esto no es precisamente un bálsamo para el alma, Siobhan. ¿Adónde quiere llegar?

—Creo que John sabe algo que podría sernos útil.

—¿Y qué sabe exactamente?

—Solo se lo dirá a Glenn Hazard.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no? Usted estará allí y el abogado de Hazard, también. Quedará grabado. No veo en qué pueda perjudicarnos.

—¿No sabe qué tiene intención de decir Rebus ahí dentro? —Vio que Clarke negaba con la cabeza—. Entonces, es demasiado arriesgado.

—Lo dudo, sobre todo cuando hay otras personas en la sala que pueden pararlo si es necesario. —Clarke llevaba el teléfono en la mano—. Llámelo. ¿Qué tiene de malo escucharlo? Si soltamos a Hazard, ¿quién nos dice que no volverá a desaparecer?

Sutherland dudó, pero acabó cogiendo el teléfono, que devolvió a Clarke para que buscara el número de Rebus. Luego lo agarró de nuevo, esta vez más cuidadosamente.

—Rebus —oyó al otro lado.

—John, soy el inspector jefe Sutherland. Dice Siobhan que posee usted información que podría sernos de ayuda con Glenn Hazard.

—Eso creo.

—¿Podría explicarme de qué se trata?

—Tengo que decírselo yo mismo.

—No creo que sea buena idea. Su abogado...

—Su abogado no me preocupa, pero quizás haya cosas que usted no quiera oír.

—Tiene que haber un policía allí.

—Pues que así sea. —Hubo un silencio al otro lado de la línea—. ¿Quieren que lo haga o no?

—Primero tendré que hablarlo con Francis Dean.

—¿El abogado?

—Sí.

—Estaré ahí dentro de dos minutos. Asegúrese de que los de recepción me dejen pasar.

Rebus colgó y Sutherland devolvió el teléfono a su propietaria.

—¿Debo interpretarlo como un «sí», entonces? —dijo Clarke.

—Más bien, como un «quizás» —respondió Sutherland, que empezó a subir las escaleras.

Cuando Rebus entró en la sala de interrogatorios, Callum Reid salió con una mirada que había estado ensayando durante un rato. Hazard se sentó de brazos cruzados junto a su abogado. Allí

dentro hacía mucho calor y Dean se quitó la americana, aunque se dejó puesto el chaleco. Cuando Rebus creía que no podría despreciar más a los abogados de lo que ya hacía, vio que este llevaba un reloj de bolsillo con cadena de oro.

Sutherland estaba comprobando que el equipo de grabación funcionara correctamente. Rebus ocupó la silla de al lado, que aún irradiaba el calor de las posaderas de Reid. Hazard engulló una taza de té y le sirvieron otra.

—¿Ustedes dos se conocen? —preguntó el abogado.

Rebus miró a Hazard y negó con la cabeza.

—No nos hemos visto nunca —dijo.

—¿Podemos dejar constancia de que no conoce ni ha hablado hasta hoy jamás con mi cliente?

—Podemos —confirmó Rebus.

—¿Están de acuerdo en que esto resulta una práctica sumamente inusual y en que la conversación puede ser inadmisibile en futuros procesos?

Pero Rebus estaba mirando a Hazard.

—Debería pedirle a su abogado que se vaya —le dijo.

—Eso no va a ocurrir —repuso Dean.

Rebus lo ignoró y miró a Hazard a los ojos.

—Hablaremos de la discoteca Rogues unos dos meses antes de la desaparición de Stuart Bloom, pero quiero hacerlo sin la presencia de ese estirado.

Hazard le devolvió la mirada, pero Rebus ya había participado en duelos como aquel. Intentó transmitir aburrimiento, cruzando los brazos incluso, y arqueó la cabeza como si el techo hubiera cobrado repentinamente un interés extraordinario.

—Mire, inspector jefe Sutherland —dijo Dean, cuyas mejillas ya rubicundas se pusieron más rojas aún—, no sé a qué creen estar jugando aquí, pero esto ha dejado de ser extremadamente irregular para adentrarse en el terreno del absurdo.

Sutherland miró a Rebus en busca de una explicación, pero fue Hazard quien habló.

—¿Su hombre también se irá?

—Le dije que debería hacerlo, pero ha insistido.

Dean se volvió hacia su cliente.

—En ese caso, sería muy temerario que se quedara aquí sin su abogado.

Hazard asintió y se recostó un poco en la silla.

—Salga, Francis, pero no se vaya muy lejos. Quédese delante de la puerta.

—Solo necesitaré cinco o diez minutos —dijo Rebus.

—Glenn, le ruego que reconsidere...

—Lárguese, Francis. No se preocupe, joder. El taxímetro seguirá corriendo.

Hazard levantó la taza y se terminó el té. El abogado tenía el rostro casi morado cuando recogió los papeles y la americana, y empujó la puerta con el hombro. Cuando se hubo marchado, Rebus pasó el brazo por delante de Sutherland y paró la grabación.

—Espere un momento —protestó el inspector.

—Es libre de irse —dijo Rebus con firmeza, sabiendo que Sutherland no cedería, y miró de nuevo a Hazard a los ojos.

—Por aquella época, era usted un traficante de poca monta —dijo Rebus—. Tenía que moverse continuamente para no aparecer en el radar de los peces gordos, gente como Morris Gerald Cafferty. —Hizo una pausa—. ¿Le suena ese nombre?

Hazard asintió.

—Cafferty incluso asistió al rodaje —prosiguió Rebus—. Supongo que aquel día desapareció

usted.

—¿Puedo preguntar qué pruebas tiene de todo esto? —interrumpió Hazard.

—Muy pocas —reconoció Rebus—. Pero sé que traficaba usted y que vendió una droga que mandó a seis chavales al hospital. En aquel momento, yo era policía y lo recuerdo bien. Cafferty era el único traficante al que conocíamos, pero aun así, nos sorprendió. Su mercancía nunca había estado adulterada. De repente, se producen seis sobredosis en una misma noche con sus correspondientes ingresos en Urgencias. Y solo sobrevivieron cinco; Jamie Spowart no lo consiguió. Imagino que a usted no le importaría demasiado, pero sus padres estaban destrozados y probablemente sigan estándolo.

»Luego desapareció. Se fue de Edimburgo, pero siguió traficando en platós de rodaje y es muy posible que también en los pueblos situados al sur de la ciudad. Imagino que cambió de proveedor; no quería que la palmara nadie más. Mientras tanto, nosotros hostigamos a Cafferty como lo haría un sarpullido, lo cual afectó al negocio por una temporada y mancilló su nombre entre otros tipejos de su ralea. Había estado cortejando a un matón irlandés llamado Conor Maloney. ¿Le suena de algo? —Rebus obtuvo un gesto negativo por respuesta—. Pero estoy bastante convencido de que sí conocía el nombre de Stuart Bloom. Era cliente habitual de Rogues, y puede que incluso le comprara mercancía. Entonces, ese chaval muere y usted se esfuma repentinamente. Unos meses después, aparece como extra en una película de Jackie Ness y Bloom lo reconoce. Lo recuerda. Ahora tiene un problema. Lo que sucedió después es una incógnita. ¿Intentó hacerle chantaje? ¿Amenazó con acudir a la policía? A lo mejor, usted solo temía que hiciera una cosa u otra, así que quedó con él, lo mató y dejó el cadáver en la granja de su amigo. —Hizo una pausa—. ¿Qué tal voy de momento, señor Hazard?

—Aún no he oído nada que no sea una teoría.

—Teorías es todo lo que tengo.

—¿Y cree que, de repente, voy a levantar los brazos y confesar? —preguntó Hazard abriendo más los ojos.

Rebus negó con la cabeza despacio.

—Yo creo lo siguiente: saldré de aquí, entrará su abogado, el inspector jefe Sutherland pondrá en marcha la grabadora y usted le ofrecerá una confesión completa de culpabilidad.

—¡Ah!, ¿sí?

—Está usted en lo cierto cuando dice que no tengo pruebas, y eso es un problema.

—No le quepa la menor duda.

—Me ha malinterpretado. —Rebus se inclinó hacia delante—. No es un problema para mí, sino para usted.

Hazard se echó a reír y señaló a Sutherland.

—¿Lo está oyendo? Ha traído aquí a un loco redomado.

Sutherland parecía estar a punto de decir algo, pero Rebus levantó una mano para impedirselo. Seguía mirando a Hazard.

—Dentro de una media hora, lo soltaremos tal como exige la ley. Pero yo habré llamado mucho antes a Cafferty para contarle la historia. Cafferty tiene buena memoria, sobre todo cuando se trata de una venganza. Le costó usted mucho dinero y buena parte de su maltrecha reputación, que tardó años en recuperar. Va a por usted desde 2006, Glenn. Lleva doce años con la sangre hirviendo. —Rebus hizo una pausa—. Pero ahora atacará. Desde el momento en que ponga un pie en la calle, será un hombre señalado.

—¿Usted lo está oyendo? —le preguntó Hazard a Sutherland con un leve pero perceptible temblor en la voz—. Su hombre amenaza con echarme a los lobos.

—Lo de los lobos no lo tengo claro —dijo Rebus—, pero Cafferty tiene una granja de cerdos en Fife. Podemos enseñarle pruebas de todos los hombres a los que ha torturado y asesinado durante estos años. Solo lo hemos metido una o dos veces entre rejas. Se le da bien irse de rositas. Muchas víctimas desaparecieron, al igual que Stuart Bloom. Pero usted no es tan bueno como Cafferty; Bloom reapareció.

—Supongamos que yo no maté a nadie. Estarían enviando a un inocente a...

—Ya, pero sabemos que sí lo hizo, y eso es lo que confesará para no convertirse en una víctima de Cafferty. Y, a cambio, podemos ofrecerle un trato.

Hazard pareció tranquilizarse un poco.

—¿Qué clase de trato?

—Mejor del que merece. Después del juicio, nos aseguraremos de que vaya usted a la cárcel de Saughton. ¿Por qué? Porque allí se encuentra Darryl Christie, un hombre poderoso que odia tanto a Cafferty como Cafferty odia a la persona que vendió esas sobredosis. Christie no quiere que Cafferty llegue hasta usted. De hecho, hará todo lo posible para que no ocurra. Que usted siga vivo será un incordio para Cafferty, un elemento irritante que siempre estará ahí. Eso tiene mucho valor para Darryl Christie, créame.

Ahora fue Rebus quien se recostó en la silla.

—Tiene veinte minutos para decidirse —anunció Sutherland con renovado vigor.

—No, no los tiene —corrigió Rebus—. Porque, en cuanto salga de aquí, si no hemos llegado a un acuerdo, hablaré directamente con Cafferty. —Se abrochó la americana y se puso de pie—. Otra cosa, inspector jefe Sutherland. Cuando me vaya, traiga a Clarke en lugar de a Reid. Es tan buena como imagina.

—Espere un segundo —dijo Hazard, que se frotó la frente como si eso fuera a ayudarlo a tomar una decisión.

—Ya no hay tiempo para juegos —le dijo Rebus mientras se dirigía a la puerta. Luego se detuvo, sacó el teléfono del bolsillo y puso la mano en el pomo.

—Por favor —dijo Hazard con medio trasero fuera de la silla—. Necesito un minuto, joder.

Que fue exactamente el tiempo que le concedió Rebus mientras consultaba su reloj de pulsera.

—De acuerdo —dijo Hazard cuando abrió la puerta.

Rebus la cerró de nuevo y se dio la vuelta.

—¿De acuerdo? —repitió, y Hazard asintió—. En ese caso, solo tengo otra pregunta para usted. —Se acercó a la mesa y cruzó los brazos—. ¿Quién le dio las esposas? ¿Fue Brian Steele? Dicen que en aquella época consumía coca.

—Lo conocía —reconoció Hazard.

—Y sabía que Ness necesitaba unas esposas para la película y quería causarle buena impresión, así que acudió a Steele...

Pero Hazard negó con la cabeza.

—No fue Steele —dijo.

Rebus intentó disimular su decepción.

—¿Quién, entonces?

—Su compañero.

Rebus entornó los ojos.

—¿Grant Edwards? —vio que Hazard asentía—. ¿También era cliente suyo?

Hazard asintió de nuevo.

Sutherland miró a Rebus, pero este se limitó a encogerse de hombros y abrió otra vez la puerta. Francis Dean estaba esperando al otro lado del pasillo.

—Todo suyo —dijo Rebus.

Clarke y Fox se encontraban en el umbral de la sala del EDG y Rebus se mostró impasible al dirigirse a las escaleras. Mientras bajaba, oyó la voz de Sutherland reclamando la presencia de Clarke.

Laura Smith estaba en el Saab leyendo correos electrónicos en el teléfono.

—Ni siquiera tienes entrada USB —protestó.

—Ya te dije que a los coches antiguos les faltan unas cuantas comodidades.

—No es antiguo, es viejo. ¿Cómo ha ido ahí dentro?

—Démosle media hora.

—Entonces tendrán que dejarlo en libertad.

—Tú espera —dijo Rebus antes de poner el cedé de Brian Eno—. No quiero hablar durante un rato —añadió—. Necesito pensar un poco.

—Se acabó el tiempo —comentó Smith consultando el teléfono.

—Efectivamente —dijo Rebus.

—¿Y sigue ahí? ¿Eso quiere decir que está hablando?

—Eso parece. —Rebus se permitió una pequeña sonrisa.

—¿Y cuándo me contarás la historia?

—Cuando reciba la llamada. Hablando del tema...

El teléfono de Rebus estaba vibrando y lo cogió.

—Ahí dentro he oído cosas que probablemente no debiera —dijo Graham Sutherland en voz baja.

—Por eso no quería que estuviera presente.

—Sí, ahora lo entiendo.

—¿Ha hablado?

—Bastante, pese a los intentos de su abogado, que está cada vez más nervioso.

—¿Ha dicho por qué lo hizo?

—Todavía no hemos llegado a eso, pero si tengo que hacer suposiciones, diría que no se ha equivocado usted por mucho. Me he tomado un descanso para que Siobhan y Callum se ocupen de él. Dean está furioso porque le hayamos dejado a usted estar presente; dice que eso contamina cualquier historia que nos cuente su cliente.

—Dudo que eso condicione al jurado.

—El fiscal, en cambio, está encantado. Puede que le deba una copa, John.

—No bebo estando de servicio, señor.

Era una broma bastante mala, pero Sutherland se rio igualmente.

—En cierto modo, me gustaría que estuviera aún en activo.

—Sí, a mí también —confesó Rebus.

—¿Realmente tiene usted influencia en ese tal Christie?

Rebus se quedó pensativo unos instantes.

—Puede —concluyó a la postre—. Aunque dudo que vaya a malgastarla en un pringado como Glenn Hazard.

—Entonces ¿ahora Hazard se halla abandonado a su suerte? —Sutherland hizo una pausa—. ¿Y

Cafferty?

—Se enterará tarde o temprano.

—Ojalá no me hubiera quedado en esa puta habitación.

—¿Me denunciará?

—Por supuesto que no.

—Dígale a Siobhan que me llame cuando acabe.

—Lo haré. Y gracias de nuevo.

La llamada finalizó. Smith se había inclinado tanto que prácticamente tenía la cabeza en el regazo de Rebus.

—¿Has oído algo? —preguntó Rebus.

—No.

—Mejor.

—Pero ¿está confesando el asesinato?

—Eso parece.

—Joder, John, ¿qué le dijiste?

—Eso quedará en el confesionario.

—Dudo que alguien te imagine como un sacerdote.

—Hace mucho tiempo salía a beber con uno. A lo mejor, me enseñó unos cuantos trucos.

En el Oxford Bar de anocheada. Rebus, Clarke y Fox habían ocupado la sala trasera. Estaban sentados a la mesa situada más cerca del fuego mientras Clarke ataba cabos.

—Según Hazard, él no sabía que Bloom estuviera muerto. Lo golpeó con el canto del teléfono móvil. Solo quería dejarlo inconsciente. La idea era llevarlo a la granja, atarlo en el establo y convencerlo de que no siguiera adelante con su plan.

—¿Y cuál era su plan? —preguntó Fox.

—Bloom había visto a Hazard en el rodaje. Sabía quién era y por qué había abandonado repentinamente la escena de los clubes.

—¿Por las sobredosis?

Clarke asintió.

—Hazard creía estar vendiendo ketamina procedente de China, pero el cargamento era una mezcla de ketamina y MDMA en una dosis demasiado fuerte. —Tomó un sorbo—. Si Hazard no hacía lo que Bloom quería, pensaba hablar, ya fuera con nosotros o con Cafferty.

Rebus la miró por encima del borde del vaso.

—¿Y qué quería Bloom?

—Ya había robado en la oficina de Brand. Bloom creía que si podía llevarse algo, sería igual de fácil dejar algo en su lugar.

—¿Pensaba dejar drogas allí?

—En la oficina o, más probablemente, en la casa. Luego daría el chivatazo a la policía o a la prensa, y Brand ya no supondría una amenaza para las ambiciones de Jackie Ness.

—¿Por qué le puso las esposas?

—Como decía, Hazard jura que creía que Bloom estaba inconsciente. Quería impedir que huyera al despertar. Era mucho más eficaz que ponérselas en las muñecas.

—¿Y por qué no se las quitó?

Clarke sonrió tímidamente.

—Adivina.

—¿Perdió la llave?

—Perdió la llave —confirmó—. Cuando llegó a la granja, abrió el capó y empezó a temerse lo peor.

—¿Qué pinta Andrew Carlton en todo esto?

—Yo diría que Hazard pensaba que podría meterle miedo a Bloom, pero cuando vio que estaba muerto, le entró el pánico. Fue a buscar a Carlton y le dijo que necesitaba dejar un coche en algún sitio.

—¿Tú te lo crees?

Clarke se quedó pensativa unos instantes y se encogió de hombros.

—No sé si tiene demasiada importancia. Carlton, como mucho, es un cómplice. Hazard no ha dicho que estuviera allí cuando quedó con Bloom y lo golpeó.

—¿Dónde se vieron?

—Al borde de Poretoun Woods. Por lo visto, fue idea de Bloom.

Pasaron casi un minuto entero digiriendo la historia en silencio. Rebus intentaba hacer durar la

cerveza y sostenía el vaso sin beber.

—¿Quieren tomar algo?

Al levantar la cabeza, vieron a Grant Edwards, cuyo cuerpo llenaba el umbral.

—Creo que no —dijo Clarke.

Edwards desapareció en el bar y volvió con un whisky muy aguado. Luego cogió la silla situada junto a Clarke, se sentó y bebió un trago sin molestarse en brindar.

—Gracias por venir —dijo Rebus.

—¿Acaso tenía alternativa?

Rebus vio que Edwards no estaba sonriendo. Llevaba un grueso abrigo de lana y no parecía que fuera a quitárselo.

—En una escala del uno al diez —dijo—, ¿cómo estoy de jodido?

—Once —respondió Rebus.

—Depende de lo que nos cuente —puntualizó Clarke.

—¿Saben ya que hablamos con Dallas Meikle?

—No es nada nuevo —dijo Clarke.

—Y ya nos hemos ocupado de ello —añadió Rebus—. Ahora, Dallas Meikle está con nosotros.

—Entonces, esto no les servirá de nada.

Edwards había sacado el teléfono del bolsillo. Tacleó varias veces y lo sostuvo en alto para que pudieran oír la grabación. Era de mala calidad, pero audible, y reconocieron la voz de Steele.

«Si la llamas a menudo, te prometo que se pondrá nerviosa. Pero si no es así o crees que merece algo peor, siempre tienes su dirección».

«Veamos qué pasa», decía Dallas Meikle.

«Mantenme informado. Si se cabrea, quiero saberlo».

Edwards paró la grabación y volvió a guardarse el teléfono.

—Steele siempre ha mantenido que eras más inteligente de lo que la gente decía —comentó Rebus.

—Una póliza de seguros nunca viene mal —dijo Edwards.

—¿Sabía desde hacía tiempo que todo podía torcerse? —preguntó Clarke.

—Es una póliza de seguros, tal como he dicho.

—¿Qué pensaste cuando Bloom apareció esposado? —terció Rebus.

—Al principio, poca cosa. Pero cuando resultó que eran aptas para uso policial...

—¿Recordaste las que le habías facilitado a tu camello?

—También era el camello de Brian. No podíamos arriesgarnos a comprar droga del lote de Cafferty. Le habría dado al pez gordo algo que utilizar para sí como póliza de seguros.

—Pero tú lo sabías, ¿no? Cuando esos chavales sufrieron la sobredosis, sabías quién era el responsable.

—Brian aconsejó a Gram que se fuera de la ciudad por una temporada.

—Aunque no muy lejos, ¿verdad? Así tendríais asegurado el suministro. —Rebus hizo una pausa—. ¿Cuándo te diste cuenta de que las esposas podían ser tuyas?

—No até cabos. Gram había desaparecido de nuestro radar hacía años.

—Y cuando escapó justo después de que Stuart Bloom desapareciera de la faz de la tierra, ¿tampoco atasteis cabos?

—No puedo hablar por Brian. —Edwards hizo rotar el vaso sin apartar la vista de él—. Y entonces ¿cuánto han averiguado de momento?

—Lo suficiente —afirmó Clarke—. Dudo que Hazard deje de hablar —miró a Rebus—. Tiene mucho que perder.

—¿Qué le han ofrecido?

—Eso no es cosa tuya —dijo Rebus con impasibilidad—. Lo único que debería preocuparte es a qué cantidad de tu triste carrera podrás aferrarte.

—He trabajado duro por mi pensión. La invertiré en una franquicia de motos.

—Eso está bien —dijo Rebus en un tono que traslucía justo lo contrario.

Edwards miró sucesivamente a los tres.

—¿Qué tengo que hacer para salvarla?

—Sentarse en una habitación con Asuntos Internos e Investigaciones Policiales y todo aquel que necesite conocer su historia —respondió Fox—. No se guarde nada. Debe salir todo a la luz.

—¿Incluido Cafferty?

Rebus se inclinó hacia delante en medio del silencio que se impuso en la sala.

—Habla conmigo —dijo.

—Él y Brian se conocen desde hace tiempo. Se han traspasado mucha información y siempre ha sido una calle de doble sentido.

Rebus señaló el bolsillo de Edwards.

—¿Alguna de sus conversaciones están guardadas en tu teléfono?

—Es posible —reconoció Edwards—. Todo depende de si vais a golpearme con un guante de seda o con uno de acero.

—Eso no dependerá de nosotros —terció Clarke.

—Nada de esto depende de nosotros —replicó Edwards—. A nosotros nos mandan a las alcantarillas con una pala, un cubo y una linterna medio descargada.

—¿Eso es lo que te has contado a ti mismo todos estos años? —preguntó Rebus—. ¿Un cuento de hadas para poder dormir por las noches?

—Duermo bien, gracias por preguntar. ¿Y tú, Rebus, después de lo que has encubierto todos estos años? Y no me digas que nunca has hecho tratos con tu buen amigo Cafferty. —Edwards se volvió hacia Clarke—. Y usted, con su amiga periodista. Sabíamos de sobra quién había hablado con ella... —Guardó silencio y vio que Clarke y Fox intercambiaban una mirada fugaz—. Ah —dijo, alargando la vocal—. Parece que en eso nos equivocamos.

—Lo cual no os impidió echar a Dallas Meikle encima de la inspectora Clarke —le espetó Rebus.

—Eso fue idea de Brian. Ya le dije que no era de las mejores que había tenido, pero estaba empecinado.

—¿Y eso?

Edwards miró fijamente a Rebus.

—Porque nunca podría ir a por ti. Eras una criatura de Cafferty. —Vio que Rebus estaba a punto de interrumpirlo—. Cafferty disfrutaba demasiado jugando contigo. Si hubiéramos acabado contigo, lo habríamos estropeado.

Edwards se volvió hacia Clarke sin mediar palabra.

—¿Así que me veían como una criatura de John y como no podían enfrentarse a él, fueron a por mí?

Edwards se encogió de hombros.

—Esa era la mentalidad de Brian.

—A lo mejor, estaba celoso, ¿no? —dijo Fox—. Quizá quería que Cafferty se interesara por él.

Edwards volvió a encogerse de hombros envuelto en su abrigo.

—Todo esto tiene que salir a la luz —añadió Fox—. Le pondré en contacto con Asuntos Internos. Será mejor que acuda usted a ellos y nos mantenga a nosotros al margen.

Esperó a que Edwards asintiera.

—Pues ya hemos terminado aquí —dijo Rebus, que señaló el vaso de whisky—. Pero antes, iré a buscarte otra ronda.

Cuando volvió de la barra, tuvo que dejar paso a Fox y Clarke, que ya se dirigían a la salida.

—Os daré alcance en un segundo —dijo.

Edwards se sentó con desgana y apuró la copa. Rebus le dejó la nueva delante, pero cuando iba a cogerla, lo agarró de la muñeca. Edwards era fuerte, pero Rebus se hallaba de pie, lo cual le daba ventaja.

Además, no tenía sentido negar que estaba furioso.

Cuando Edwards se levantó de la silla, ya tenía la mano atada a la mesa.

—Son las mismas que utilizasteis conmigo —dijo Rebus, que retrocedió hasta que estuvo fuera de su alcance.

Edwards volcó la mesa y los vasos salieron volando. Luego estudió la pata de la mesa y vio que estaba unida a las demás por un travesaño. No podía liberarse deslizando las esposas.

—Creo que he perdido la llave —dijo Rebus encogiéndose de hombros, y dio media vuelta.

Clarke y Fox estaban esperándolo fuera y echaron a andar por Young Street rumbo a North Castle Street, donde habían aparcado los coches.

—¿Edwards saldrá airoso de esta? —preguntó Clarke.

—¿Conoces la historia de Burke y Hare? —dijo Rebus respirando con dificultad.

—Eran unos asesinos que vendían a sus víctimas a médicos para que las utilizaran en disecciones —respondió Fox.

Rebus asintió.

—Hare testificó en contra del coimputado. En otras palabras, delató a su compadre. Salió en libertad, lo cual suena atroz, pero al parecer fue el acuerdo al que llegaron. Tampoco le sirvió de mucho. Huyó al sur, pero alguien lo reconoció y lo dejó ciego. Acabó sus días mendigando. — Cuando llegó al Saab, Rebus hizo una pausa—. Nadie sale airoso del todo.

—¿Ni siquiera Billie Meikle? —preguntó Clarke.

—Supongo que puede haber excepciones —reconoció Rebus—. Pero aun así, no estoy seguro. Eso no significa que debas sentirte culpable por nada de esto.

—Dudo que eso me consuele —respondió ella mientras se dirigía a su coche con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

Edwards seguía forcejeando con la mesa cuando vio una figura en el umbral.

—Necesito ayuda —dijo.

—Bien, bien.

Edwards se quedó inmóvil cuando entró Brian Steele, que llevaba las manos metidas en los bolsillos. Luego las sacó y se agachó para ver mejor a su atribulado compañero.

—Te vas de la lengua y así te lo agradecen, ¿eh?

Steele negó con la cabeza en un gesto de falsa comprensión.

—Que te den por culo, Brian. Échame una mano.

—Aquí la tienes, Grant.

La bofetada sonó como un latigazo. Edwards intentó abalanzarse sobre él, pero la mesa se lo impidió. Steele le rodeó el cuello con el antebrazo y presionó. Edwards, con los ojos desorbitados y apretando la mandíbula, soltó un gemido ahogado.

—Llevo una temporada observándote, chaval —le dijo Steele al oído—. Me preguntaba cuándo

cantarías, y parece que ya tengo la respuesta.

Con la mano libre, Edwards agarró los dedos de Steele y le dobló uno hasta que amenazó con romperse. Steele gritó de dolor y la presión sobre la garganta se atenuó. Entonces, Edwards logró zafarse, golpeó con fuerza el travesaño de la mesa, lo rompió y soltó las esposas. Cuando se volvió hacia Steele, un puñetazo lo alcanzó de lleno en la nariz y empezó a sangrar. Con los ojos llenos de lágrimas, se abalanzó con todo su peso sobre Steele y chocaron contra una mesa. Edwards tenía a su viejo amigo agarrado del cuello cuando los pocos habituales que se encontraban en la barra reunieron valor para intervenir. Eran suficientes para separarlos. Cuando Steele intentó propinarle otro puñetazo, el camarero se lo impidió. Gruñendo y escupiendo, lo arrastraron escaleras abajo y lo echaron de allí.

El camarero señaló a Edwards.

—Si queréis pelear, hacedlo fuera —dijo—. Pero primero, tendrás que pagar los desperfectos.

—Esto es cosa de Rebus —protestó Edwards, que agitó las esposas delante de la cara del camarero—. ¡Que pague él!

—Si quieres hacerlo así... —El camarero sacó el teléfono—. Que se ocupe de esto la policía.

—¡Yo soy la policía! —Edwards hizo una pausa para recobrar el aliento—. Yo soy la policía —repitió, aunque esta vez con menos convicción que antes.

En casa, Rebus dio de comer a Brillo y lo llevó a pasear por el parque de Meadows, donde contempló la gran extensión de hierba en dirección a Quartermile. Sabía cuáles eran las ventanas del dúplex de Cafferty. Una de ellas tenía la luz encendida, así que sacó el teléfono y llamó.

—Está hablando con los samaritanos —protestó Cafferty—. ¿En qué podemos ayudarle esta noche?

—Creo que puede estar a punto de perder un rostro amigo en Anticorrupción.

Se abrió paso el silencio por unos instantes.

—Hay muchos donde escoger.

—Es posible, pero no tantos a los que haya cultivado durante años.

—Bueno, gracias por avisar. Imagino que querrá un favor a cambio.

Rebus miró a Brillo y le habría gustado tener una cuarta parte de su energía.

—¿Qué es lo que puede contarme acerca del robo en la oficina de Brand?

—Fue una trampa —dijo Cafferty—. La documentación era falsa. Tenía la intención de despistar a Ness si algún día se hacía con ella.

—¿Y cómo lo sabe?

—Stuart Bloom dejó una nota donde lo explicaba. Ni se molestó en enseñársela a Ness. Lo supo en cuanto leyó los documentos robados.

—¿Entró usted en su piso?

—En realidad, lo hizo un rostro cuidado y amigo por mí.

Steele...

—¿Y después?

—Cuando Bloom desapareció, me deshice de todo.

—Debió de decepcionarle que los documentos no le otorgaran la influencia que quería ejercer sobre Conor Maloney.

—Eso es agua pasada, John. —Cafferty hizo una pausa para beber, asegurándose de que Rebus pudiera oírlo, y exhaló ruidosamente—. Pero he oído que Siobhan tiene al asesino de Bloom.

—Ese traficante que en su día se llamaba Graeme Hatch se re convirtió en Glenn Hazard.

—¿El relaciones públicas?

—Bloom amenazaba con ponérselo a usted en bandeja.

—¿En serio?

—Supongo que saldrá a la luz durante el juicio.

—¿Todo?

—Puede que no todo exactamente —dijo Rebus.

Brillo había empezado a ladrarle a otro perro y Rebus le ordenó que se sentara y volvió a ponerle la correa.

—¿Está en Meadows con el chuchó? No lo veo.

Rebus se dio la vuelta y miró hacia la ventana iluminada.

—Pero yo a usted, sí. Claro como el día.

—Venga a tomar una copa. Se supone que el vino es bueno para la presión arterial.

—Es posible, pero dudo que usted lo sea para mí.

—Recuerde felicitar a Siobhan de mi parte, John. Y déjese ver más a menudo.

—Una última cosa...

—Sí.

—En su día, Steele y Edwards conocían a Graeme Hatch. Lo protegieron de usted para poder seguir comprando lo que él vendía.

Hubo un silencio en la línea mientras Cafferty digería la información, y luego se sorbió la nariz.

—Espero que no esté contándome una mentira.

—No.

—En ese caso, puede que tenga que hablar con ellos.

—Yo no me demoraría. No tardarán mucho en estar bajo custodia. Pero le aviso: yo me quedo con Edwards.

Rebus colgó y vio que la figura desaparecía de la ventana del ático. Brillo tiró de la correa.

—Hora de ir a casa, hijo —le dijo Rebus.

La llamada se produjo a las tres de la madrugada con número oculto. Cuando Cafferty cogió el teléfono, vio que había recibido un mensaje en el otro móvil. Era de la encantadora Rebecca. Un rato antes, él le había mandado un mensaje aconsejándole que dejara a Brian Steele antes de que empezara la tormenta. La respuesta de Rebecca consistió en un corazón y un pulgar levantado. Cafferty se permitió una ligera sonrisa al contestar.

—¿Qué es tan urgente, joder? —gruñó Conor Maloney.

—Una pequeña novedad: tienen al asesino de Stuart Bloom. Fue el traficante que vendió la mercancía adulterada a esos chavales.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Entonces no fui yo?

—Y el traficante no trabajaba para mí, así que...

—¿Tregua?

—Llevamos demasiado tiempo calumniándonos y desconfiando el uno del otro. Ya es hora de que saquemos la pipa de la paz, ¿no le parece?

—Depende de lo que contenga.

—Muchas oportunidades, Conor. El Brexit será una mina de oro para los capitalistas del desastre.

—¿Es lo que somos?

—Imagino que habrá estado observando la línea de puntos que separa el norte del sur y que se habrá preguntado qué podría significar una frontera irlandesa dura.

—¿Dónde ha oído eso?

—Es una hipótesis fundamentada. He llegado a esa conclusión porque usted y yo pensamos igual. Parece que la gente está quemando puentes y levantando muros por todas partes. Yo quiero que entre nosotros ocurra justo lo contrario.

—Supongo que podríamos poner algunas ideas en común.

—Por teléfono, no. Puedo ir a su casa o usted venir a la mía. En Escocia hay hoteles bastante bonitos, aunque todavía no soy propietario de ninguno.

—Cara a cara, ¿eh?

Cafferty cogió el otro teléfono, donde la pantalla seguía mostrando el mensaje de Rebecca.

—A veces —dijo en voz baja—, las viejas costumbres son las mejores.

EPÍLOGO

Era una radiante tarde de sábado. John Rebus y Deborah Quant fueron caminando cogidos de la mano hasta Bruntsfield Links. Brillo llevaba puesta la correa e iba delante. Pronto vieron a Clarke y Sutherland protegiéndose del viento del este. Ambos arrastraban un *putter* y un hierro nueve. Malcolm Fox los saludó cuando se acercaron.

—¿Eres el árbitro? —preguntó Rebus.

—Si no, harán trampas continuamente. Han jugado tres hoyos y Graham no está mostrando demasiada piedad. ¿Os habéis enterado de la noticia?

—¿De qué noticia hablas?

—Por lo visto, Steele ha desaparecido.

—¿En serio? Entonces hay una vacante para ti en Anticorrupción, suponiendo que la quieras.

Fox lo miró con ademán inquisitivo.

—Suena como si no creyeras que fuera a volver, ¿verdad?

Rebus hizo un gesto, pero Fox no acertó a adivinar si se había encogido de hombros o se trataba, más bien, de un temblor. Luego observaron a Clarke intentando golpear. En su segundo intento, la bola salió rebotando por el césped.

—¿No debería haber un poco más de elevación? —preguntó Quant.

—Sería mejor que utilizara solo el *putter* —añadió Rebus.

Después, Sutherland dio un golpe limpio y la pelota aterrizó al borde del *green*.

—Esto se está convirtiendo en una escabechina —comentó Fox.

Los tres se acercaron a los jugadores cuando se dirigían al siguiente lanzamiento.

—Veinte libras a que Siobhan gana este hoyo —gritó Rebus a Sutherland.

—¿Lo dice en serio?

—Nunca he hablado más en serio.

—Adelante —respondió Sutherland con una sonrisa.

Clarke golpeó y estuvo a punto de llegar al *green*.

—No es un mal resto —dijo Rebus.

Sutherland empezó a alinear el *putt*. Entonces, Rebus se agachó y soltó a Brillo.

—A por ella.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Brillo echó a correr y cogió la pelota de Sutherland con la boca. Rebus se volvió hacia Fox.

—Ha perdido este hoyo. ¿No le parece, árbitro?

Deborah Quant le apretujó el brazo.

—Eres muy malo, John.

—Pero todos hemos conocido a peores personas en la vida, ¿eh?

Rebus le dio un pellizco en la mejilla e intentó no mirar hacia Quartermile.

IANRANKIN

JOHN REBUS

1. Nudos y cruces

El secuestro y posterior asesinato de dos muchachas ha conmocionado a Edimburgo. Ahora acaba de desaparecer una tercera chica en las mismas circunstancias y todo el mundo se teme lo peor. El inspector John Rebus es uno de los policías que pretende dar caza al asesino. Ni su vida personal ni sus vicios se interpondrán en su camino.

2. El escondite

En una casa ocupada, aparece el cadáver de un yonqui. A nadie parece importarle, aunque el lugar está ornamentado con parafernalia satánica: una estrella de cinco puntas y dos velas consumidas al lado de un cuerpo dispuesto como si hubiera sido crucificado. Solo el inspector John Rebus tiene claro que esa muerte no es accidental.

3. Uñas y dientes

La ciudad se ve sumida en el terror: hay un psicópata suelto que mata y después ingiere una parte del cuerpo de su víctima. En calidad de experto en asesinatos en serie, el inspector John Rebus se desplaza hacia el sur a aportar sus conocimientos al caso. Allí Rebus no está en su ambiente y topa con algunos prejuicios... y también con una atractiva psicóloga.

4. Jack al desnudo

Durante una redada, la policía descubre a Gregor Jack, un popular político escocés, en compañía de una prostituta. Es un pequeño escándalo que puede desprestigiar a Jack. Y ese no será el único golpe que reciba: Elizabeth, su mujer, acaba de desaparecer. El inspector Rebus deberá descubrir qué hay detrás de todo ello.

5. El libro negro

Tras la brutal agresión a un colega muy cercano, el inspector Rebus empieza a investigar hasta

tener entre manos un caso relacionado con el incendio de un hotel, un cuerpo no identificado y una larguísima noche de horror y muerte. Si quiere resolver el misterio, Rebus deberá enfrentarse a los oscuros secretos de su compañero.

6. Causas mortales

En pleno agosto, el festival teatral de Edimburgo está en su apogeo. Nadie podría imaginarse que en ese ambiente pueda aparecer un cadáver con evidentes signos de tortura. Todos los indicios apuntan a la culpabilidad de un grupo de activistas políticos. Rebus deberá esforzarse para acabar con el terror en una ciudad repleta de turistas.

7. Muerte helada

Mientras Edimburgo permanece sumida en el frío invierno, el inspector John Rebus se ve asediado por los interrogantes. ¿Han secuestrado a la hija del alcalde o solo se ha fugado de casa? ¿Por qué un concejal ahora destruye documentos que deberían haber sido eliminados hace años? ¿Y por qué recibe Rebus sorprendentes invitaciones?

8. Black and Blue

John Rebus simplemente intenta hacer su trabajo. Está tratando de atrapar a un criminal que podría llevarle hasta el legendario asesino John Biblia. Sin embargo, la suerte no está de su parte: está siendo objeto de una investigación interna dirigida por un policía que tiene buenas razones para querer acabar con él.

9. El jardín de las sombras

El inspector Rebus está abrumado por el papeleo que le está generando su actual investigación. A este trabajo tan pesado se le añaden más problemas: acaba de estallar una guerra entre bandas en las calles de Edimburgo. ¿Podrá John Rebus enfrentarse a todo eso y además ocuparse de su hija, que acaba de ser atropellada?

10. Almas muertas

Una llamada de un antiguo compañero le trae al inspector John Rebus recuerdos y también un sentimiento de culpabilidad. Por si eso fuera poco, Edimburgo parece haberse transformado en un manicomio donde un chico ha desaparecido, un pedófilo frecuenta el zoo y un asesino convicto quiere jugar al ratón y al gato con Rebus.

11. En la oscuridad

Escocia está a punto de recuperar su Parlamento tras siglos de espera. El inspector John Rebus forma parte del comité de seguridad oficial. Todo tiene que salir a la perfección y dejar atrás viejas supersticiones. Una misión que se antoja difícil de conseguir cuando aparecen varios cadáveres vinculados al edificio que será sede del Parlamento.

12. Aguas turbulentas

Una estudiante ha desaparecido en Edimburgo y el inspector John Rebus tiene poca información para avanzar en la investigación. Tan solo cuenta con dos pistas: una muñeca de madera encerrada en un pequeño ataúd y una partida de rol que se juega de forma virtual. Afortunadamente, su compañera Siobhan Clarke le echará una mano.

13. Resurrección

Parece que el inspector John Rebus esta vez ha llevado demasiado lejos su insubordinación. Por ello, es enviado a un centro de la policía para someterse a un reciclaje profesional. Allí hay otros policías que, como él mismo, gozan de una dudosa reputación. Y también hay sombras que emborronan el pasado.

14. Una cuestión de sangre

Al norte de Edimburgo, un exmilitar irrumpe en un colegio privado y mata a tiros a dos jóvenes de diecisiete años. Un caso claro. El único interrogante que tiene que resolver el inspector Rebus es ¿por qué? El progresivo interés que siente el policía por el asesino le llevará a descubrir demasiados secretos y mentiras en torno a su figura.

15. Callejón Fleshmarket

El cuerpo de un inmigrante ilegal aparece en una zona de viviendas protegidas de Edimburgo. ¿Es un ataque racista o algo muy distinto? El inspector Rebus quiere entregarse de lleno al caso pero tendrá que enfrentarse a otras preocupaciones, como el cierre de su antigua comisaría o el fantasma de la prejubilación.

16. Nombrar a los muertos

En julio de 2005 los miembros del G8 se reúnen en Escocia. La policía no da abasto ante las numerosas manifestaciones de protesta y los altercados. Solo hay un policía que se ha quedado al margen de todo: John Rebus. No estará mucho tiempo de brazos cruzados, porque el aparente suicidio de un político le pone sobre la pista de un asesino.

17. La música del adiós

La carrera del inspector John Rebus está llegando a su fin. El policía intenta cerrar algunos asuntos antes de jubilarse, hasta que un caso se interpone en su camino. Un poeta ruso disidente acaba de morir en un atraco. Curiosamente aparece en la ciudad una delegación de hombres de negocios rusos. Y para Rebus estas casualidades huelen mal.

18. Sobre su tumba

Hace ya algún tiempo que John Rebus se ha retirado como policía, pero eso no evita que se vea inmerso en una extraña investigación. Una serie de desapariciones aparentemente sin relación entre ellas se produce desde hace años. Rebus quiere llegar al fondo del asunto. El problema es que parece que nadie más quiere.

19. La Biblia de las Tinieblas

John Rebus ha regresado al cuerpo de policía con menor graduación y un chip en su hombro. Ahora está trabajando en un caso de hace treinta años en el que parece que ha existido juego sucio. El policía Malcolm Fox también está investigando por su lado, y parece que pasado y presente van a colisionar de una forma letal.

20. Perros salvajes (X Premio RBA de Novela Policiaca, 2016)

La jubilación no va con John Rebus. Siobhan Clarke ha estado investigando la muerte de un importante abogado cuyo cuerpo fue hallado junto a una nota amenazante. En el otro extremo de Edimburgo, Big Ger Cafferty ha recibido una nota idéntica y una bala a través de la ventana. Entre tanto, el inspector Malcolm Fox reúne fuerzas con un equipo de agentes de Glasgow que está persiguiendo a una conocida familia de gánsteres. Así que cuando la inspectora Siobhan Clarke le pide ayuda, Rebus no necesita barajar demasiado sus opciones.

21. Mejor el diablo

En 1978 Maria Turquand fue asesinada en una habitación de hotel. Se investigó a los sospechosos, pero el culpable nunca apareció. John Rebus siempre tuvo la sensación de que algo se le escapaba a la policía. Ahora ha decidido recuperar el caso. Pero no es lo único que le preocupa al exinspector Rebus y a sus compañeros. Un aspirante a controlar las actividades delictivas en Edimburgo ha recibido una paliza. Todas las miradas recaen sobre un viejo conocido de Rebus: el gánster Big Ger Cafferty.

22. El eco de las mentiras

En un bosque cercano a Edimburgo han encontrado un coche abandonado. En el maletero hay un cadáver con los tobillos esposados. Se trata de un detective que desapareció diez años atrás. El inspector John Rebus participó en el equipo que realizó la infructuosa búsqueda inicial y sabe que se hicieron muchas cosas mal. Ahora también lo sabe la prensa y la familia del fallecido. La policía tiene la posibilidad de enmendar sus antiguos errores, pero un nuevo paso en falso podría llevarse por delante la carrera y la reputación de muchos policías, incluido Rebus.

IANRANKIN

MALCOLM FOX

1. Asuntos internos

A nadie le gusta el Departamento de Asuntos Internos, dedicado a investigar a otros policías. Ahí es donde trabaja Malcolm Fox. Acaba de resolver con éxito un caso, así que debería sentirse satisfecho, pero sus problemas personales no lo permiten. Además, el trabajo nunca se detiene y un nuevo policía corrupto aparece en el horizonte.

2. Las sombras del poder

Parece que hay alguna que otra manzana podrida en el cuerpo de policía de Fife. Hasta allí se desplazan Malcolm Fox y su equipo de Asuntos Internos. Sin embargo, lo que encuentran allí no es un simple caso de corrupción, sino un asunto con fuertes implicaciones políticas, que hunde sus raíces en el pasado hasta desvelar antiguas tensiones entre Escocia y Londres.

OTROS TÍTULOS DE IAN RANKIN EN RBA

Puertas abiertas

Mike Mackenzie tiene mucho tiempo libre y una pizca de maldad en su interior. Está buscando un pasatiempo para entretenerse y quizá darle un nuevo significado a su existencia. La casualidad quiere que en una subasta de objetos artísticos encuentre lo que busca. Ahora tiene la oportunidad de cometer el crimen perfecto.

* Referencia a la canción *I'm Still Standing*. Tres líneas más abajo, se cita la canción *Tiny Dancer*, también de Elton John. (N. del t.)

* En el original, *You Can't Always Get What You Want*, título de una canción de los Rolling Stones. (N. del t.)

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es

Table of Contents

MARTES

1

2

3

MIÉRCOLES

4

5

6

7

JUEVES

8

9

10

11

12

13

VIERNES

14

15

16

17

18

19

20

21

22

SÁBADO Y DOMINGO

23

24

LUNES

25

26

27

MARTES

28

29

30

31

32

33

MIÉRCOLES

34

35

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[JUEVES](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[VIERNES](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[SÁBADO](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[EPÍLOGO](#)

[IAN RANKIN. JOHN REBUS](#)

[IAN RANKIN. MALCOLM FOX](#)

[OTROS TÍTULOS DE IAN RANKIN](#)

[Notas](#)